

INTRODUCCIÓN

DOMINGO, 14 DE JULIO DE 1991

Siempre está ahí, esperando el momento de salir a relucir.

Me levanto a eso de las diez, preparo dos tazas de té, las llevo al dormitorio y coloco una en cada mesilla. Los dos nos tomamos el té a sorbos, con aire pensativo. Al poco de haber despertado se producen esos largos silencios aún colmados por los sueños, jalonados por un comentario ocasional: sobre la lluvia, sobre la noche anterior, sobre el hecho de que esté fumando en el dormitorio aunque había dicho que no volvería a hacerlo. Ella me pregunta qué voy a hacer esta semana, y yo pienso: 1) veré a Matthew el miércoles. 2) Matthew aún tiene mi vídeo de Campeones. 3) [Al recordar que Matthew, hinchas del Arsenal de forma puramente decorativa y que hace un par de años que no visita Highbury, y que por tanto no ha tenido ocasión de ver a los fichajes más recientes en carne y hueso] me pregunto qué pensará de Anders Limpar.

Y en tres sencillísimos pasos, a los veinte minutos de haberme despertado, ya estoy lanzado. Veo a Limpar cuando encara a Gillespie, lo veo amagar una finta a la derecha y caer: ¡PENALTI! ¡MARCA DIXON! ¡2-0!... Veo el taconazo de Merson y veo que Smith chuta con la derecha al segundo palo, en el mismo partido... Veo la vaselina que le coló Merson a Grobbelaar en Anfield... Veo a Davis revolverse en el área y chutar contra el Aston Villa... (Y todo esto, atención, sucede en una mañana de julio, que es nuestro mes de vacaciones, durante el cual no se juega al fútbol en ninguna parte.) Cuando dejo que ese estado de pura ensoñación se apodere de mí por completo, hay veces en que sigo sin parar y repaso los partidos de Anfield en el 89, de Wembley en el 87, de Stamford Bridge en el 78, y toda mi vida de aficionado al fútbol pasa vívidamente ante mis ojos.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta.

En ese instante le miento. No estaba pensando en Martin Amis, en Gérard Depardieu ni en el Partido Laborista, para nada. Claro está que los obsesos no tienen posibilidad de elección: a la fuerza tienen que mentir en instantes como ése. Si tuviéramos que decir siempre la verdad, seríamos incapaces de mantener una relación normal con cualquier persona que viva en el mundo real. Nos tendríamos que pudrir lentamente con nuestros programas de mano de los partidos del Arsenal, con nuestra colección de discos originales, etiqueta azul, de la Stax, o con nuestros spaniels de pura raza King Charles, y nuestras ensoñaciones de minuto y medio de duración irían haciéndose más y más largas, hasta terminar por perder nuestro trabajo, dejar de ducharnos, de afeitarnos, de comer, y al final nos pasaríamos la vida revolcándonos por el suelo con toda nuestra basura, rebobinando el vídeo una y otra vez, empeñados en aprendernos de memoria todos los comentarios del locutor, incluido el análisis experto de David Pleat, correspondiente a la noche del 26 de mayo de 1989. (¿Piensa el lector que he tenido que comprobar la fecha? ¡Ja!) La verdad es así de simple: durante largos ratos de un día normal y corriente, soy un perfecto idiota.

No quisiera dar a entender que la contemplación del fútbol sea por sí misma un reprochable uso de la imaginación. David Lacey, el jefe de la sección de fútbol del Guardian, es un estupendo escritor y un hombre obviamente inteligente; es de suponer que dedica al fútbol su vida interior en cantidades aún mayores que yo. Lo que nos diferencia es que yo muy rara vez me pongo a pensar. Me dedico a recordar jugadas, a fantasear; procuro visualizar todos y cada uno de los goles que ha marcado Alan Smith; saco la cuenta de los campos de fútbol de Primera División en los que he visto algún partido. Una o dos veces, cuando no podía conciliar el sueño, he intentado incluso contar a todos los jugadores del Arsenal que he visto en directo a lo largo de mi vida. (De pequeño, me sabía incluso cómo se llamaban las mujeres y las novias del equipo que ganó el doblete, Liga y Copa en el mismo año; hoy ya sólo me acuerdo de que la novia de Charlie George se llamaba Susan Farge y de que la mujer de Bob Wilson se llamaba Megs, pero hay que reconocer que hasta ese recuerdo parcial es espantosamente innecesario.)

De todo esto, no hay nada en absoluto que sea propio del pensamiento, al menos en el sentido estricto del término. No hay análisis, no hay conciencia de uno mismo, no hay rigor mental en funcionamiento, porque a los obsesos les está negada toda clase de perspectiva sobre su propia pasión. En cierto modo, es exactamente eso lo que define a un obseso (y sirve además para explicar por qué son tan pocos los que se reconocen como tales. Un hinchado al que conozco bastante, y que la temporada pasada fue a ver un partido entre los reservas del Wimbledon y los reservas del Luton en una gélida tarde del mes de enero, solo, no con espíritu de ponerse en posición de superioridad, ni tampoco en un gesto de burla de sí mismo, de chifladura juvenil, sino porque el partido le interesaba de veras, hace poco desmintió con insistencia que fuese un excéntrico).

Fiebre en las gradas es un intento de alcanzar una visión ajustada sobre mi propia obsesión. ¿Por qué ha resistido casi un cuarto de siglo esa relación que comenzó siendo simple capricho de colegial, más incluso que ninguna otra relación que haya trabado yo de forma voluntaria y con pleno conocimiento de causa? (Quiero mucho a mi familia, pero yo no los he elegido, y ya no mantengo contacto con ninguno de los amigos que tuve antes de cumplir los catorce años, exceptuando al otro hinchado del Arsenal que iba al colegio conmigo.) ¿Por qué ha podido sobrevivir esta afinidad a mis periódicas caídas en la indiferencia, en la tristeza e incluso en un odio real y verdadero?

En parte, este libro también es una exploración de algunos de los significados que el fútbol parece encerrar para muchos de nosotros. A mí me ha quedado clarísimo que mi devoción por el equipo dice mucho de mi carácter y de mi historia personal, pero el modo en que suele consumirse este deporte al parecer proporciona informaciones de toda clase acerca de nuestra sociedad y nuestra cultura. (Tengo algunos amigos a los que esto les parecerá pretencioso, por no decir una estupidez autoexculpatoria, ese tipo de justificación a la desesperada que cabría esperar de un individuo que ha pasado una inmensa parte de su tiempo libre pelándose de frío y tiritando de nervios en una grada. Son personas que se muestran especialmente impermeables a esta idea, simplemente porque yo tiendo a sobrevalorar la carga metafórica del fútbol, introduciéndola por tanto en toda clase de conversaciones en las que no tiene cabida,

así de simple. Últimamente he reconocido que el fútbol no tiene ninguna relevancia en la guerra de las Malvinas, en el caso Salman Rushdie, en la guerra del Golfo, en la tasa de natalidad, en el agujero de la capa de ozono, etcétera, etcétera, y por eso mismo quisiera aprovechar esta oportunidad para pedir disculpas a todo el que haya tenido que prestar atención a mis analogías, tan patéticamente forzadas en este sentido.)

Por último, Fiebre en las gradas explica qué significa ser un hinch. He leído libros sobre fútbol escritos por personas a las que obviamente les gusta mucho el fútbol, pero está claro que eso no tiene nada que ver. También he leído libros es

1968-1975

DEBUT EN CASA

ARSENAL — STOKE CITY 14/9/68

Me enamoré del fútbol tal como más adelante me iba a enamorar de las mujeres: de repente, sin explicación, sin hacer ejercicio de mis facultades críticas, sin ponerme a pensar para nada en el dolor y en los sobresaltos que la experiencia traería consigo.

En mayo del 68 (ya sé que es una fecha que tiene sus connotaciones, por descontado, aunque cuando sale a colación yo sigo pensando más en Jeff Astle que en París), nada más cumplir once años, mi padre me preguntó si me apetecería ir con él a la final de la Copa de Inglaterra que disputaban el West Brom y el Everton; al parecer, un colega suyo le había ofrecido dos entradas. Le dije que no me interesaba nada el fútbol, ni siquiera una final de Copa. Y es verdad, en serio, al menos por lo que supuse entonces, aunque me permití la perversión de ver todo el partido por televisión. Semanas después también vi por televisión, entusiasmado y en compañía de mi madre, el Manchester United-Benfica. A finales de agosto me levanté un día muy temprano para oír por radio cómo iba el United en la final de la Copa Intercontinental. Me gustaban Bobby Charlton y George Best (no había oído hablar aún de Denis Law, el tercero de la Santísima Trinidad, que se había tenido que perder el partido contra el Benfica debido a una lesión), y me gustaban con un apasionamiento que me tomó totalmente por sorpresa y que duró tres semanas, hasta que mi padre me llevó a Highbury por primera vez.

Mis padres se habían separado en 1968. Parece ser que mi padre había conocido a otra mujer con la que se fue a vivir, y yo me quedé con mi madre y con mi hermana en una casa pequeña, no adosada, igual que tantísimas otras de los alrededores de Londres. Esta situación no tiene nada de particular por sí sola (aunque tampoco recuerdo que hubiera nadie en mi clase que tuviera padres separados: hicieron falta otros siete u ocho años para que la onda expansiva de los años sesenta recorriese los cuarenta kilómetros que nos separaban de Londres por la M-4), pero la ruptura nos había herido a los cuatro de distintas formas, tal como suele suceder con las rupturas.

Inevitablemente surgieron algunas dificultades a raíz de la nueva fase en que se hallaba la familia, aunque la más crucial fuera en este contexto posiblemente la más banal de todas: el problema tan tópico, pero sin embargo inabordable, del sábado por la tarde que era preciso pasar en el zoo con uno solo de nuestros dos progenitores. Muy a menudo mi padre sólo podía venir a visitarnos entre semana; por razones evidentes, a ninguno nos apetecía quedarnos en casa a ver la televisión, pero tampoco había en realidad ningún sitio al que un hombre pudiera llevar a sus dos hijos, ambos menores de doce años. Por lo general, los tres íbamos en coche a una de las localidades vecinas o a un hotel del aeropuerto, y allí nos sentábamos en un restaurante desangelado y desierto a hora tan temprana. Gill y yo cenábamos pollo asado o

filete con patatas, una de dos, más o menos en total silencio (los niños no suelen ser grandes conversadores a la hora de la cena; en todo caso, estábamos acostumbrados a cenar con la televisión puesta), mientras mi padre nos observaba. Debí de volverse loco tratando de idear alguna otra cosa que hacer con nosotros, pero las opciones de que disponía en una ciudad dormitorio como todas las de la periferia londinense, entre las seis y media y las nueve de un lunes por la noche, eran francamente limitadas.

Aquel verano, mi padre y yo pasamos una semana en un hotel de las cercanías de Oxford. Por las noches, nos sentábamos en el desangelado comedor del hotel y yo cenaba pollo asado o filete con patatas, una de dos, más o menos en total silencio. Después de cenar nos sentábamos a ver la televisión con los demás huéspedes del hotel, y mi padre bebía en exceso. Aquello tenía que cambiar.

Ya en septiembre, mi padre volvió a probar suerte con el fútbol, y debió de quedarse de una pieza cuando le dije que sí. Nunca había dicho que sí a ninguna de sus propuestas, aunque rara vez le decía que no. Me limitaba a sonreír con cortesía y emitía un ruidito con el que deseaba expresar interés, pero sin comprometerme: creo que era una muletilla enloquecedora que inventé específicamente en aquella época de mi vida, pero que de alguna manera todavía no me he quitado de encima. Hacía dos o tres años que intentaba llevarme al teatro. Cada vez que me lo proponía, yo me encogía de hombros y sonreía estúpidamente, a resultas de lo cual mi padre terminaba por enojarse y me decía que me olvidase, que daba igual, y eso era precisamente lo que yo quería que dijera. Y no sólo me ocurría eso con Shakespeare: también me inspiraban gran rechazo los partidos de rugby, los partidos de críquet, los viajes en barco, las excursiones de un día a Silverstone y a Longleat. No me apetecía hacer absolutamente nada. No había en ello la menor intención de castigar a mi padre por su ausencia. La verdad es que siempre pensé que me encantaría ir con él a donde fuera, exceptuando todos los sitios que a él se le ocurrían.

El año 1968 fue, supongo, el más traumático de toda mi vida. Después de la separación de mis padres nos mudamos a una casa más pequeña, aunque durante una temporada, por no sé qué serie de circunstancias, nos quedamos sin casa y tuvimos que ir a vivir con los vecinos; estuve enfermo, con una grave ictericia; empecé a ir a la escuela primaria. Pecaría de prosaico si creyera que la fiebre por el Arsenal que estaba a punto de apoderarse de mí no tuvo nada que ver con todo este lío. (Y me pregunto de paso cuántos otros hinchas, si se vieran en el brete de tener que examinar las circunstancias que les han llevado a su personal obsesión futbolera, encontrarían algún otro equivalente del típico drama freudiano. A fin de cuentas, el fútbol es un deporte fantástico, desde luego, pero ¿qué distingue a los que se contentan con ver media docena de partidos por temporada —ir a ver los partidos grandes, pasar de los partidos basura, es seguramente lo más sensato que se puede hacer— de los que se sienten obligados a verlos todos en vivo y en directo? ¿Por qué viaja alguien de Londres a Plymouth un miércoles, gastando un preciado día de vacaciones, para asistir al partido de vuelta de una eliminatoria cuyo resultado había quedado más que visto para sentencia durante el partido de ida que se jugó en Highbury? Ya puestos, si esta teoría que relaciona el hecho de ser un hincha con una imprecisa forma de terapia se aproxima en cierto modo a la realidad, ¿qué carajo se oculta en el

subconsciente de las personas que van a ver los partidos valederos para un trofeo tan insignificante como el que patrocina la Leyland DAF? Tal vez sea preferible no llegar a saberlo nunca.)

Existe un cuento de un escritor norteamericano llamado Andre Dubus. Se titula «El padre en invierno», y trata de un hombre cuyo divorcio lo ha separado de sus dos hijos. En invierno, el trato que tiene con ellos es el típico de una relación tensa e incluso enojosa: van una tarde a un club de jazz, otra tarde van al cine, otra van a cenar temprano, y se miran unos a otros en silencio. Cuando llega el verano y pueden ir a la playa, padre e hijos se llevan de maravilla. «La larguísima playa y el mar era su jardín; la manta extendida sobre la arena, su casa; la neverita portátil y el termo, la nevera de la cocina. De nuevo vivían como una familia de verdad.» En las telecomedias y en las películas hace tiempo que se ha empezado a reconocer esta terrible tiranía que ejerce el lugar, y representan a no pocos hombres que van dando tumbos por los parques con unos niños intratables y malhumorados, que a lo sumo juegan un poco al frisbee. En cambio, «El padre en invierno» para mí significa mucho porque va bastante más allá: consigue aislar qué es lo verdaderamente valioso en la relación entre padres e hijos, y explica con sencillez y concisión por qué aquellas excursiones al zoo estaban condenadas de antemano al fracaso.

En este país, que yo sepa, lugares como Bridlington y Minehead nunca podrían proporcionar el mismo tipo de liberación que las playas de Nueva Inglaterra que aparecen en el relato de Dubus. Sin embargo, mi padre y yo estábamos a punto de encontrar el perfecto equivalente británico de aquellas playas. Las tardes de los sábados en el norte de Londres nos proporcionaron un contexto en el que con toda naturalidad podíamos estar juntos. Podíamos conversar cuando nos diera la gana, el fútbol nos daría algo de qué hablar (y, en cualquier caso, los silencios no eran opresivos), aparte de que los días disponían de una estructura propia, de una rutina. El campo del Arsenal iba a ser nuestro jardín (y teniendo además un césped perfectamente inglés, a menudo podríamos contemplarlo con tristeza bajo una fina llovizna); el bar de fish and chips de los Cañoneros que hay en Blackstock Road, nuestra cocina; las gradas de la Banda Oeste, nuestro cuarto de estar. Fue un decorado maravilloso, que además cambió nuestras vidas cuando más tenían que cambiar, sólo que también fue absolutamente exclusivo: mi padre y mi hermana nunca encontraron un sitio en el que convivir de verdad. Puede que eso ahora ya no ocurra; puede que una niña de nueve años, en la década de los noventa, sienta que tiene el mismo derecho de ir a un partido que nosotros sentimos en su día. Sin embargo, en 1969 y en nuestra localidad, esta idea no estaba muy extendida, y mi hermana tuvo que permanecer en casa, con su madre y sus muñecas.

No recuerdo gran cosa del partido que se disputó aquella primera tarde. Gracias a uno de esos trucos de la memoria estoy capacitado para ver con claridad el único gol: el árbitro pita un penalti (entra corriendo en el área, señala el punto fatídico con el índice, se oye un clamor); se hace el silencio cuando Terry Neill se dispone a lanzarlo, y el gentío emite un gemido cuando Gordon Banks se lanza a un lado y para la pelota, que vuelve muy oportunamente a los pies de Neill: esta vez, marca el tanto. No obstante, estoy convencido de que esa imagen la he construido poco a poco a partir de lo que desde hace mucho tiempo conozco sobre incidencias

similares. Estoy convencido de que no vi nada de lo que he relatado. Todo lo que realmente vi aquel día fue una desconcertante cadena de incidentes incomprensibles, al final de la cual todo el mundo a mi alrededor se puso en pie gritando a voz en cuello. Si llegué a reaccionar igual, tuvo que ser con un vergonzoso margen de diez segundos después de todo el griterío.

Sin embargo, sí dispongo de otros recuerdos más fiables y seguramente más cargados de sentido. Recuerdo la abrumadora virilidad de todo el ambiente, el humo de los puros y las pipas, las palabras malsonantes (palabras que yo había oído antes, aunque no entre adultos, y menos a semejante volumen), y sólo al cabo de muchos años se me ocurrió que a la fuerza había tenido que surtir efecto todo aquello en un chaval que vivía con su madre y con su hermana. Recuerdo haber contemplado más al público que a los jugadores. Desde donde estaba sentado, seguramente pude haber contado a más de veinte mil espectadores, cosa que sólo es capaz de hacer el aficionado al deporte (o Mick Jagger o Nelson Mandela). Mi padre me indicó que en el campo había tanta gente como la que vivía en mi pueblo, y yo sentí el lógico respeto al asimilar esa información.

(Las multitudes que asisten a un partido de fútbol ya no nos parecen asombrosamente grandes, sobre todo porque desde la guerra han ido reduciéndose progresivamente. Los entrenadores a menudo se quejan de la apatía de su público, sobre todo cuando sus mediocres equipos de Primera o Segunda División han conseguido evitar una abultada derrota durante unas cuantas jornadas de liga. Lo cierto es que si el Derby County logró una entrada media de unos diecisiete mil espectadores durante la temporada de 1990-1991, año en que terminó de farolillo rojo de Primera División, tuvo que ser de milagro. Pongamos que unos tres mil fueran hinchas del equipo visitante: eso supone que entre los catorce mil restantes hubo gran número de personas que fueron a ver al menos dieciocho veces en un solo año el peor fútbol que se haya visto nunca. A decir verdad, ¿qué necesidad tenían de ir?)

De todos modos, no fue la nutrida multitud lo que más me impresionó, ni tampoco fue que los adultos gozasen de absoluta libertad para gritar insultos como «¡SOPLAPOLLAS!» a voz en cuello y sin llamar demasiado la atención de los demás. Lo que más me impresionó fue sin duda que muchos de los hombres que estaban a mi alrededor detestaban, odiaban de veras estar allí. Por lo que yo sé, nadie parecía disfrutar, al menos en el sentido en que yo entendía ese término, nada de lo que allí ocurrió en toda la tarde. Pocos minutos después del pitido inicial se hizo patente la ira («Eres un DESGRACIADO, Gould. ¡Es un MIERDA!» «¿Cien libras por semana? ¡CIEN LIBRAS POR SEMANA! ¡Eso mismo tendrían que pagarme a mí por venir a verte jugar!»). A medida que fue pasando el tiempo de juego, la ira se convirtió en una generalizada sensación de atropello, para helarse después en un descontento malhumorado y silencioso. Ya, ya me sé todos los chistes al respecto. ¿Qué otra cosa podía esperar en Highbury? Lo cierto es que también fui a los campos del Chelsea, del Tottenham y de los Rangers, y en todos ellos vi lo mismo: que el estado natural del hinchas futbolero es de una amarga desilusión, al margen del resultado del marcador.

Creo que los hinchas del Arsenal sabemos en el fondo muy bien que el fútbol que se suele ver en Highbury no ha sido especialmente bello, y que esa reputación que por tanto nos han

colgado, según la cual somos el equipo más aburrido de la historia universal, no es tan mitificadora como quisiéramos. En cambio, cuando tenemos un equipo capaz de cosechar algunos éxitos, perdonamos casi todo. El Arsenal que yo vi aquella tarde llevaba algún tiempo cosechando fracasos espectaculares. En efecto, no habían ganado nada desde el año de la Coronación, y ese fracaso abyecto y sin paliativos equivalía a echar sal en los estigmas abiertos de los hinchas. Muchos de los que estaban a nuestro alrededor tenían toda la pinta de los hombres que han visto todos los partidos de todas las temporadas insípidas, estériles. El hecho de que me estuviera inmiscuyendo en un matrimonio que se había agriado de forma desastrosa dotó a aquella tarde de una lascivia particularmente apasionante (de haberse tratado de un matrimonio de verdad, los niños habrían tenido prohibido el acceso al campo): uno de los cónyuges iba dando tumbos de un lado a otro en un patético intento por complacer al otro, que a su vez se había vuelto de cara a la pared, tan cargado de aborrecimiento que ni siquiera soportaba mirar. Los hinchas que no pudieran acordarse de cómo fue la década de los treinta (aunque a finales de los sesenta eran muchos los que la recordaban bien), la época en que el club ganó cinco Ligas y dos Copas de la Asociación de Fútbol Profesional,[1] recordaban en cambio a los Compton y a Joe Mercer de la década anterior; el propio estadio, con sus hermosas graderías de estilo art déco y sus bustos tallados por Jacob Epstein nada menos, daba la sensación de no ver con buenos ojos a la muchedumbre que se había congregado, casi equiparable a todos los habitantes de mi pueblo.

Había estado anteriormente en diversos espectáculos públicos; había ido al cine y al teatro, y había visto a mi madre cantar con el coro del White Horse Inn nada menos que en el salón de actos del ayuntamiento. Pero todo aquello no tenía nada que ver con el fútbol. El público del que hasta ese momento yo había formado parte en una u otra ocasión pagaba su entrada a cambio de pasarlo bien, y aunque muy de vez en cuando fuera posible descubrir a un niño inquieto y deseoso de irse, o a un adulto en pleno bostezo, nunca había visto tantas caras distorsionadas por la rabia, la frustración o la desesperación. El espectáculo en forma de dolor era un concepto totalmente nuevo para mí. Parecía algo que yo había estado esperando a descubrir.

Puede que no sea demasiado descabellado insinuar que fue una idea que a la postre terminaría por configurar mi vida entera. Siempre me han acusado de tomarme demasiado en serio las cosas que más amo —el fútbol, por supuesto, pero también los libros y los discos—, y es cierto que me invade una especie de ira cuando oigo un mal disco o cuando alguien se muestra tibio ante un libro que significa mucho para mí. Tal vez fueran aquellos hombres desesperados y amargados que se habían reunido una tarde cualquiera en la Banda Oeste, en el campo del Arsenal, los que me enseñaron a encolerizarme de esa manera; tal vez por eso mismo me gano la vida al menos en parte haciendo las veces de crítico; tal vez sean sus voces las que oigo cuando estoy escribiendo. «Eres un SOPLAPOLLAS, Mengano.» «¿El Premio Booker? ¿EL PREMIO BOOKER? A mí tendrían que dármele por haber tenido el valor de leerle.»

Aquella tarde fue la que dio comienzo a todo esto. No hubo un noviazgo más o menos prolongado. Y ahora soy consciente de que si hubiese ido a White Hart Lane o a Stamford

Bridge en vez de acudir a Highbury, habría ocurrido exactamente lo mismo: así de abrumadora fue aquella primera experiencia. En un desesperado y sensato intento de impedir que sucediera lo inevitable, mi padre me llevó a ver a los Tottenham Spurs una tarde en que Jimmy Greaves le calzó cuatro roscos al Sunderland. Su equipo ganó por 5-1. Pero el daño estaba hecho, y aquellos seis goles, por no hablar de los excepcionales jugadores que vi en aquel partido, me dejaron frío. Ya estaba enamorado del equipo que había ganado al Stoke por 1-0 gracias al rechace de un penalti.

UN JIMMY HUSBAND REPETIDO

ARSENAL — WEST HAM 26/10/68

En aquella ocasión, que fue mi tercera visita a Highbury (un empate sin goles: había visto a mi equipo marcar en total tres goles en cuatro horas y media), a todos los niños nos dieron gratis un álbum de Estrellas del Fútbol. Cada página del álbum estaba dedicada a un equipo de Primera División, y contenía unos catorce o quince huecos para pegar los cromos de los jugadores del equipo. También nos regalaron un paquete de cromos con el que empezamos nuestra colección.

Ya sé que no es corriente describir así las ofertas promocionales, pero el álbum resultó ser el último paso, el paso crucial de un proceso de socialización que había comenzado en el partido contra el Stoke. Los beneficios que tenía en el colegio el ser aficionado al fútbol eran sencillamente incalculables (aunque el profesor de educación física fuera un galés que intentó en una memorable ocasión prohibirnos dar patadas a un balón redondo incluso en casa): puede que la mitad de mis compañeros, y posiblemente una cuarta parte del personal docente, fueran entusiastas aficionados al fútbol.

No es de extrañar que yo fuera el único hincha del Arsenal durante aquel primer año. El Queens Park Rangers, equipo de Primera División más cercano a donde yo vivía, contaba con Rodney Marsh; el Chelsea tenía en sus filas a Peter Osgood, el Tottenham tenía a Greaves y el West Ham tenía a tres héroes del Mundial: Hurst, Moore y Peters. El jugador más conocido del Arsenal era probablemente Ian Ure, quien debía su fama a su hilarante incompetencia en el campo y a sus apariciones en el concurso televisivo Quiz Ball. En cambio, en aquel primer curso gloriosamente saturado de fútbol no importaba que estuviera solo. En la ciudad dormitorio en que vivía, ningún club tenía el monopolio de los hinchas; además, mi mejor amigo del momento, hincha del Derby County como su padre y su tío, estaba igual de aislado que yo. Lo principal era ser creyente. Antes de clase, en el recreo y a la hora de comer, jugábamos al fútbol en una cancha de tenis y con una pelota de tenis. Entre clase y clase nos cambiábamos los cromos de Estrellas del Fútbol: por ejemplo, Ian Ure por Geoff Hurst (era extraordinario que los cromos tuvieran el mismo valor), Terry Venables por Ian St. John, Tony Hatley por Andy Lochhead.

De esta forma, el ingreso en el colegio para iniciar la educación secundaria fue inimaginablemente fácil. Es probable que yo fuera el más bajito de mi curso, pero la estatura carecía de importancia, aunque mi amistad con el hincha del Derby, que era el más alto con diferencia, también me vino muy bien; si mi trayectoria como alumno no se distinguió por los éxitos (a final de curso me metieron en el carro de los del montón, con los que permanecí durante el resto de mis estudios de secundaria), las clases al menos eran pan comido. Ni siquiera el hecho de ser uno de los únicos tres chavales que aún llevábamos pantalón corto me resultó tan traumático como debiera. Mientras supieras cómo se llamaba el entrenador del Burnley, a nadie le importaba que fueras un chaval de once años vestido como uno de seis.

De aquel tiempo a esta parte, esa historia se ha repetido en varias ocasiones. Los primeros amigos que tuve en la universidad, con los que trabé amistad sin mayores problemas, eran hinchas de tal o cual equipo; examinar con aire de estudioso las páginas deportivas de un periódico durante el almuerzo de un primer día de trabajo todavía despierta hoy una reacción de simpatía. Y sí, sí que estoy al tanto de la otra cara de este maravilloso recurso del que disponemos los hombres: terminamos por ser unos reprimidos, fracasamos en nuestras relaciones con las mujeres, nuestra conversación es trivial, aburrida; somos incapaces de expresar nuestras necesidades emocionales, no conseguimos relacionarnos como debíamos ni siquiera con nuestros hijos, morimos sumidos en la soledad y en la tristeza. ¿Sabes qué pienso? ¡Qué cojones importa! Si uno puede llegar a una escuela en la que hay otros ochocientos chavales, la mayor parte de ellos mayores, todos ellos más altos que uno, y no sentirse intimidado simplemente porque lleva a un Jimmy Husband repetido en el bolsillo de la chaqueta, creo que el trato valió la pena.

DON ROGERS

SWINDON TOWN — ARSENAL (EN WEMBLEY)15/3/69

Esa temporada fui con mi padre otra media docena de veces a Highbury; mediado marzo de 1969 ya estaba mucho más allá del punto de no retorno al que suelen llegar los hinchas. Los días de partido me despertaba con un retortijón de nervios en el estómago, una sensación que continuaría intensificándose hasta que el Arsenal hubiese logrado una ventaja de dos goles al menos, y en ese momento sí empezaba a relajarme un poco: a decir verdad, sólo llegué a relajarme una vez, cuando le ganamos al Everton por 3-1 antes de Navidad. Mi enfermedad sabatina llegaba al extremo de que insistía en estar en las gradas del estadio poco después de la una de la tarde, dos horas antes de que empezara el partido. Esta extravagancia la aguantaba mi padre con estoica paciencia, aunque a menudo hacía frío, y aunque a partir de las dos y cuarto mi distracción era tal que imposibilitaba toda comunicación.

Los nervios que tenía antes de cada partido eran siempre así, aunque no nos jugásemos nada. En aquella temporada, el Arsenal había perdido toda opción al título de Liga allá por noviembre, algo más tarde que de costumbre; esto supuso que dentro del desarrollo global de los acontecimientos ya no tenía prácticamente ninguna importancia que ganaran o perdiesen los partidos que fui a ver. A mí, en cambio, me importaba hasta la exasperación. En estas primeras fases, mi relación con el Arsenal era de naturaleza totalmente personal: el equipo no existía más que cuando yo estaba en el estadio (no recuerdo que me sintiera especialmente hundido a raíz de los pésimos resultados en campo contrario). Por lo que a mí se refería, si ganasen los partidos que yo viera en directo por 5-0 y perdieran todos los demás por 10-0, la temporada habría sido espléndida, probablemente conmemorada con un viaje del equipo en pleno, en un autobús abierto, para recorrer la M4 con el único propósito de venir a saludarme.

Hice una excepción en las eliminatorias de Copa: deseaba que las ganase el Arsenal incluso en mi ausencia, pero caímos derrotados por un único gol en el campo del West Brom. (Debo señalar que me obligaron a acostarme antes de que se supiera el resultado, pues el partido se jugó un miércoles por la noche, y mi madre anotó el resultado en un papel que colocó en mi estantería, para que yo lo viese nada más despertar a la mañana siguiente. Me quedé medio atontado, mirándolo durante largo rato: me sentí traicionado por lo que ella había escrito. Si de veras me amaba, a la fuerza tendría que haberse apañado un resultado mejor que aquél. Tan doloroso como el resultado fue el signo de exclamación con que lo remató, como si fuese..., bueno, como si fuese una exclamación. Me pareció tan fuera de lugar como si lo hubiera utilizado para subrayar el fallecimiento de un pariente: «¡La abuela murió pacíficamente mientras dormía!» Estas decepciones aún me resultaban totalmente novedosas, por supuesto; igual que cualquier otro hincha, ahora ya casi las doy por supuestas. En el momento en que escribo estas páginas, he vivido el dolor de una derrota en una final de Copa nada menos que veintidós veces, pero nunca tan intensamente como la primera vez.)

De la Copa de la Liga en realidad no había tenido noticia, sobre todo por ser una competición que se disputaba entre semana y todavía no me estaba permitido ir a los partidos que se jugaban en días laborables. Ahora bien, cuando el Arsenal alcanzó la final estaba yo dispuesto a aceptarlo como compensación por una temporada que a mí me había parecido arrasadoramente mala, aunque la verdad es que fue bastante similar a cualquier otra de los años sesenta.

Así pues, mi padre pagó en la reventa una cantidad bastante elevada y compró dos entradas (nunca averigüé exactamente cuánto tuvo que pagar, aunque más adelante, con una muy justificada irritación, me dio a entender que le salieron carísimas) y el sábado 15 de marzo («CUIDADO CON LOS IDUS DE MARZO», tituló el Evening Standard su suplemento en color) fui a Wembley por primera vez en la vida.

El Arsenal se enfrentaba al Swindon Town, un equipo de Tercera División: nadie tenía al parecer ninguna duda de que el Arsenal ganaría el partido y, de paso, su primer título en dieciséis años. Yo no estaba tan seguro. Callado durante todo el trayecto en coche, ya en las escaleras del estadio le pregunté a mi padre si estaba tan convencido como todos los demás. Intenté que mi pregunta pareciera puramente casual, el típico amago de charla deportiva que traban dos hombres en un día cualquiera, pero en realidad no tuvo nada de eso: lo que de hecho deseaba era que un adulto, mi padre para más señas, me tranquilizase y me convenciera de que lo que estaba a punto de presenciar no me iba a dejar maltrecho de por vida. «Mira —debería haberle dicho—, cuando juegan en casa, un partido de Liga normal y corriente, me da tanto miedo que pierdan que no puedo ni pensar, ni hablar siquiera; a veces no puedo ni respirar. Si te parece que el Swindon tiene la más mínima posibilidad de ganar, aunque sea una entre un millón, mejor será que me lleves a casa ahora mismo, porque no creo que pueda soportarlo.»

Si le hubiera hablado así, habría sido irracional que mi padre me llevara al estadio. En cambio, me limité a preguntarle con un falso aire de curiosidad quién creía él que iba a ganar el partido; contestó que estaba seguro de que ganaría el Arsenal por tres o cuatro a cero, la misma corazonada que tenía todo el mundo, así que obtuve en gran medida la tranquilidad y la confianza que tanto necesitaba, pero de todos modos me quedé maltrecho de por vida. Igual que el signo de exclamación de mi madre, la risueña confianza de mi padre se me antojó después una traición insufrible.

Yo estaba tan asustado que la experiencia de Wembley —una multitud de cien mil personas, un campo inmenso, un ruido ensordecedor, una tremenda sensación de expectación— no me afectó en absoluto. Si llegué a percatarme de algo fue solamente de que aquello no era Highbury, y esa sensación de extrañamiento sólo sirvió para que aumentase mi inquietud. Me pasé el partido temblando hasta que el Swindon marcó poco antes del descanso, y entonces el miedo se convirtió en desolación. Aquel gol fue uno de los más catastróficamente estúpidos que haya regalado nunca un equipo de profesionales: un pase atrás que fue el colmo de la ineptitud (obra de Ian Ure, cómo no) seguido por un fallo del portero (Bob Wilson), que resbaló en el barro y permitió que el balón atravesara la línea junto a la base del poste derecho. Por

vez primera, de golpe y porrazo me percaté de la presencia de todos los hinchas del Swindon que había a nuestro alrededor, de su espantoso acento del oeste, de su absurda e inocente alegría, de su delirante incredulidad. Hasta ese momento, nunca me había cruzado con los hinchas del equipo contrario, y les odié como nunca había odiado a un perfecto desconocido.

Cuando faltaba un minuto para que terminase el partido, el Arsenal empató de forma inesperada y rarísima, con un cabezazo en plancha, a raíz de un rebote en la rodilla del portero. Procuré no echarme a llorar de alivio, pero fue algo superior a mis fuerzas. Me puse de pie en el asiento y le grité a mi padre una y otra vez: «Ahora todo irá bien, ¿verdad que sí? ¡Ahora todo irá bien!» Él me dio unas palmaditas en la espalda, complacido de que hubiésemos rescatado algo de aquella tarde tan deprimente y tan cara, y me reiteró que sí, que ahora por fin todo iría bien.

Fue su segunda traición del día. El Swindon marcó otros dos goles en la prórroga, primero una birria de gol a la salida de un córner, y después un golazo de Don Rogers, que recorrió más de treinta metros con el balón pegado a la bota. Fue imposible de soportar. Con el pitido final, mi padre me traicionó por tercera vez en menos de tres horas: se puso en pie para aplaudir a aquellos candidatos a la derrota que habían trastornado todos los pronósticos, y yo eché a correr hacia la salida.

Cuando me alcanzó estaba hecho una furia. Me sermoneó largo y tendido sobre la deportividad, con firmeza y con vehemencia (¿qué me importaba a mí la deportividad?); me llevó al coche y condujo de camino a casa en absoluto silencio. Puede que el fútbol nos hubiera dotado de un nuevo medio a través del cual comunicarnos, pero eso no significaba que lo aprovechásemos, ni tampoco que fuera algo forzosamente positivo.

No recuerdo cómo fue el resto de aquel sábado, pero sé que el domingo, que era el Día de la Madre, opté por ir a misa en vez de quedarme en casa, ya que en casa corría el riesgo de ver por televisión el resumen del partido, cosa que me habría empujado a un estado de depresión permanente y rayano en la demencia. Y sé que cuando llegamos a la iglesia, el vicario manifestó su contento al ver a una nutrida congregación de fieles, teniendo en cuenta que competía con la tentación de ver una final de Copa de la Liga por televisión: también sé que mis amigos y familiares me dieron algún que otro discreto codazo y soltaron alguna que otra pulla. Pero todo eso no fue nada en comparación con lo que ya sabía que me esperaba en el colegio el lunes por la mañana.

Para unos cuantos chavales de doce años, en permanente busca de cómo humillar a sus camaradas, las oportunidades como aquella eran tan buenas que ninguno la dejaría pasar. Cuando abrí la puerta del edificio prefabricado en que estaba el aula, oí que alguien gritaba: «¡Ahí está!»; acto seguido me sumergí en medio de una masa de chavales que chillaban, se mofaban y se reían sin parar. A unos cuantos, según comprendí tristemente antes de caer al suelo, ni siquiera les gustaba el fútbol.

Puede que durante mi primer curso no importara demasiado que fuese hincha del Arsenal, pero en segundo mi afición había pasado a ser bastante más significativa. El fútbol todavía era, en lo esencial, un asunto de interés que nos unía y nos igualaba a todos. En ese sentido, las cosas no habían cambiado. Sin embargo, a medida que pasaban los meses fuimos definiendo con toda claridad nuestras respectivas lealtades, y era más fácil tomarnos el pelo unos a otros. Por eso era de esperar lo que ocurrió, aunque no por previsible se me hizo menos dolorosa aquella mañana de lunes. Tendido en el suelo del colegio, se me ocurrió la idea de que había cometido un grotesco error; tuve el ferviente deseo de volver atrás en el tiempo, para insistir con mi padre en que no me llevase a aquel Arsenal-Stoke, sino a un hotel desangelado y semivacío, al zoo, a cualquier parte. No quería tener que pasar por eso una vez por temporada. Quería estar con el resto de la clase, darle una buena tunda a cualquier chaval de los que tan a menudo y tan horrorosamente se abusaba, un empollón, un alfeñique, un indio o un judío. Por primera vez en la vida me sentí diferente y aislado, y detesté esa sensación.

Conservo una fotografía del partido que disputó el Arsenal el sábado siguiente a la tragedia del Swindon, en campo del Queens Park Rangers. George Armstrong se levanta del suelo tras haber marcado el gol que daría la victoria al Arsenal. David Court va corriendo hacia él, con los brazos en alto, en un gesto triunfal. Al fondo se ve a los hinchas del Arsenal en la grada, silueteados sobre un edificio de viviendas que hay detrás del estadio: también ellos han alzado los puños al cielo. En su día, no alcancé a entender nada de lo que vi en esa foto. ¿Cómo podían celebrar los jugadores un gol, después del modo en que se habían humillado (y me habían humillado a mí), tan sólo siete días antes? ¿Por qué iba a celebrar un hincha que hubiera sufrido lo que yo sufrí en Wembley un gol de medio pelo en un partido de medio pelo? Me quedaba mirando aquella fotografía durante un buen rato, intentando detectar en la imagen alguna huella del trauma sufrido la semana anterior, algún indicio del pesar, del dolor, pero sin encontrar nada de eso: al parecer, todos menos yo habían olvidado lo ocurrido. Durante mi primera temporada como hincha del Arsenal, me habían traicionado mi madre, mi padre, los jugadores y los hinchas del equipo.

¡INGLATERRA!

INGLATERRA — ESCOCIA MAYO DE 1969

Aunque siempre tengo la tentación de darme un baño caliente en el que haya disuelto la esencia de Kenneth Wolstenholme, en lo más profundo del corazón sé que a finales de los sesenta y principios de los setenta hubo cosas mejores y cosas bastante peores. La selección de Inglaterra, qué duda cabe, era mejor entonces: todavía era la campeona del mundo, estaba cuajada de espléndidos jugadores y daba incluso la impresión de que podría conservar el título cuando se disputaran en México los Mundiales del año siguiente.

Me sentía orgulloso de Inglaterra, entusiasmado de que mi padre me llevara a ver a la selección en Wembley, con la potente iluminación del estadio (y volver allí al poco de la final de la Copa de la Liga fue muy terapéutico, fue todo un exorcismo que acabó con los demonios que, si no, me hubiesen acosado durante muchos años). Y aunque no cabe duda de que Colin Bell, Francis Lee y Bobby Moore eran mejores que Geoff Thomas, Dennis Wise y Terry Butcher, lo que me permitió no albergar la menor reserva, la menor ambigüedad frente a aquella selección nacional, no fue sólo la notable calidad del equipo. Las ambigüedades llegarían con el paso del tiempo: cuando cumplí dieciséis o diecisiete años, ya sabía de fútbol más que el seleccionador nacional.

Tener facultades críticas es algo terrible. A los once años no había películas malas, sólo había películas que no me apetecía ver; no había comidas malas, sólo coles de Bruselas y berzas; no había libros malos, pues todo lo que leía era estupendo. De repente, me levanté de la cama un día cualquiera y todo había cambiado. ¿Cómo era posible que mi hermana no entendiese que David Cassidy no estaba en la misma onda que Black Sabbath? ¿Cómo demonios pensaba mi profesor de literatura que La historia del señor Polly era mejor que Diez negritos, de Agatha Christie? Desde aquel momento y en lo sucesivo, el placer ha sido algo mucho más huido.

En cambio, en 1969 y por lo que a mí respecta, no existía un solo jugador en la selección de Inglaterra que pasara por malo. ¿Por qué iba a alinear Sir Alf a uno cualquiera que no estuviese a la altura de las circunstancias? ¿Qué sentido tendría? A mí no me cupo la menor duda de que los once jugadores que destrozaron a Escocia aquella noche —dos goles de Hurst y otros dos de Peters frente a uno de Colin Stein para Escocia— eran los mejores del país. Sir Alf no se había fijado en ninguno de los titulares del Arsenal, perfecta confirmación de que sabía muy bien qué estaba haciendo. De todos modos, como no se retransmitía fútbol por televisión, muchas veces tampoco sabíamos quién era bueno y quién no: en los resúmenes salían los buenos jugadores en el momento de marcar un gol, y no los malos que los habían fallado.

A principio de los setenta me había convertido en un inglés de pies a cabeza; dicho de otro modo, odiaba a Inglaterra tanto como la mitad de mis compatriotas. Me sentía molesto por la ignorancia del entrenador, por sus prejuicios y sus miedos, y estaba seguro de que mi selección habría acabado con cualquier equipo del mundo, aparte de experimentar una profunda antipatía por los jugadores del Tottenham, del Leeds, del Liverpool y del Manchester

United. Empecé a revolverme cada vez que veía por televisión un partido de la selección nacional; empecé a pensar que, como tantos otros, no tenía ningún punto de contacto con lo que veía: podría haber sido igualmente galés, escocés u holandés. ¿Ocurre esto mismo en otros países? Estoy al corriente de que los italianos alguna vez han recibido a sus chicos, cuando vuelven de una humillación en el extranjero, lanzándoles tomates en el aeropuerto, pero es que hasta esa clase de compromiso escapa a mi comprensión. «Que les den», he oído decir a los ingleses en muchas ocasiones, refiriéndose a la selección inglesa. ¿Habrá una expresión equivalente en italiano, en brasileño o en español? Cuesta trabajo imaginarlo.

Parte de ese desprecio puede estar relacionado con una realidad, y es que tenemos demasiados jugadores de indiscernible y muy dudosa calidad; los galeses o los irlandeses prácticamente no tienen dónde elegir cuando han de hacer la selección, y los hinchas saben simplemente que los seleccionadores tienen que apañárselas con lo que hay. En esas circunstancias, las actuaciones penosas son inevitables, y las victorias pasan por pequeños milagros. Luego hay que tener en cuenta la cantidad de seleccionadores nacionales que en Inglaterra han tratado a jugadores de auténtica clase —jugadores fenomenales, como Waddle y Gascoigne, Hoddle y Marsh, Currie y Bowles, George y Hudson, futbolistas cuyas virtudes son tal vez delicadas, difíciles de encarrilar, pero mucho más valiosas que las de un par de caballos trotones dispuestos a correr sin parar— con el desdén que los demás reservamos sólo a los pervertidores de menores. (Es decir: ¿qué equipo nacional ha sido incapaz de dar un puesto en la alineación a Chris Waddle, el jugador que en 1991 atravesó tranquilamente la defensa del AC Milán cada vez que le dio la gana?) Por último, están los hinchas del equipo nacional inglés (sobre ellos me extendo en otra parte), cuyas actividades a lo largo de los años ochenta difícilmente fomentaron que los demás nos identificásemos en modo alguno con el equipo.

No siempre ha sido ése el comportamiento de los hinchas en los partidos entre selecciones nacionales. Es imposible no sentir una punzada de dolor cuando se ven por ejemplo los partidos del Mundial de 1966 en los que no tomó parte Inglaterra. En el ya famoso partido entre Corea del Norte y Portugal que se disputó en Goodison Park (en el que los desconocidos asiáticos cobraron una ventaja de 3-0 sobre uno de los mejores equipos de aquella competición, que terminó por ganarles 3-5), se ve a una multitud de más de treinta mil personas, la inmensa mayoría de los cuales son escoceses, aplaudiendo a rabiar los goles de uno y otro equipo. Es difícil imaginar ese mismo entusiasmo hoy en día; sería mucho más probable que unos dos mil gamberros se dedicasen a poner ojos rasgados cada vez que los asiáticos tocaran el balón, y que imitasen a un mono cuando Eusebio recibiera la pelota. Sí, por descontado que tengo nostalgia, por más que sea nostalgia de una época que nunca fue del todo nuestra: tal como dije antes, hubo cosas mejores y cosas bastante peores, y la única forma que uno tiene de aprender a asimilar la propia juventud consiste en aceptar las dos partes de la proposición.

Entre el público que aquella noche fue al partido no estaba ninguno de los santos de Goodison Park, aunque tampoco era diferente de los públicos en medio de los cuales me había encontrado durante toda la temporada, si se exceptúa a un escocés extravagantemente emotivo que estaba delante de nosotros, que se pasó el primer tiempo bamboleándose en

precario y que ya no reapareció en la grada al comienzo de la segunda parte. La inmensa mayoría de los presentes disfrutamos mucho del partido, como si al menos una noche el fútbol hubiera pasado a ser una variante más de la industria del espectáculo. Puede que, como fue mi caso, la gente disfrutara de la libertad momentánea de no tener la implacable y dolorosa responsabilidad de ser hinchas de un determinado club: yo quería que ganase Inglaterra, pero no por eso era mi equipo. A fin de cuentas, ¿qué significaba mi país para mí, para un chaval de doce años de la periferia de Londres, en comparación con un equipo londinense cuyo estadio se encontraba a casi cincuenta kilómetros de donde yo vivía, un equipo del que nunca había oído nada y que ni siquiera sabía que existía nueve meses antes?

DE CAMPAMENTO

ARSENAL — EVERTON 7/8/69

Cuando se iba a jugar el partido inaugural de la primera temporada que pude ver completa me encontraba en Gales, en un campamento de boy-scouts. No había querido ir. Ni siquiera en mis mejores momentos había sido yo un modelo de entusiasmo y de pundonor para los boy-scouts; para postre, poco antes de marcharme había descubierto que mis padres finalmente se iban a divorciar. A decir verdad, esta noticia no me alteró conscientemente más de lo previsible. A fin de cuentas, ya llevaban algún tiempo separados, de modo que el proceso legal del divorcio me pareció una mera confirmación de la separación.

Desde el día en que llegamos al campamento, en cambio, me empecé a sentir una nostalgia terrible, insoportable. Enseguida me di cuenta de que me iba a ser imposible cumplir aquellos diez días lejos de casa. Todas las mañanas llamaba a mi madre a cobro revertido; cuando hablaba con ella, me echaba a sollozar patética y vergonzosamente. Era consciente de que ese comportamiento resultaba increíblemente débil por mi parte. Cuando encargaron a un boy-scout algo mayor que yo que hablase conmigo para saber qué me pasaba, le conté el asunto del divorcio con una desvergonzada ansiedad: fue la única explicación que se me ocurrió como excusa más o menos aceptable, que disculpase mis melindrosas ganas de ver a mi madre y a mi hermana. Y el truco me salió bien. Durante el resto de mi estancia, todos los demás boy-scouts me trataron con un lastimero respeto.

Lloriqueé y me quejé a lo largo de la primera semana, pero no por eso me fue más fácil aguantar allí. El sábado mi padre vino a verme desde su casa en las Midlands. El sábado, cómo no, iba a ser el día más difícil de todos. Estaba atascado en un ridículo campamento en Gales y se iba a disputar el partido inaugural de la temporada. Mi sensación de desarraigo se agudizó.

Había echado de menos el fútbol durante los meses precedentes. El verano del 69 fue el primero de mi vida en el que eché algo en falta. Mi padre y yo teníamos por delante problemas anteriores al Arsenal; las páginas deportivas de los periódicos ya no contenían ninguna noticia de interés: en aquella época, antes de Gascoigne y antes de los cínicos e insignificantes torneos de pretemporada que de un modo u otro presuponen una alternativa muy parecida a la metadona hasta que comience la verdadera competición, antes del ridículo frenesí que actualmente sacude el mercado de fichajes y traspasos, los periódicos podían sobrevivir durante semanas enteras sin decir absolutamente nada de fútbol; no teníamos permiso para bajar a las canchas de tenis del colegio y dar unas cuantas patadas al balón. Todos los veranos anteriores los había esperado con anhelo y los había recibido con los brazos abiertos, pero aquel verano dismanteló muchas de las rutinas de las que dependía mi existencia hasta tal punto que terminé por sentirme medio ahogado y en modo alguno liberado, casi como si julio y noviembre hubiesen cambiado de lugar en el calendario.

Mi padre llegó al campamento a media tarde. Fuimos paseando hasta una peña situada en la linde del campo y allí nos sentamos; comentamos que el divorcio no iba a suponer prácticamente ninguna diferencia en nuestras vidas, y también hablamos de que durante la temporada siguiente podríamos ir a Highbury más a menudo. Me di cuenta de que tenía razón en lo que dijo sobre el divorcio (aunque si lo hubiese reconocido, habría sido como decir que los trescientos kilómetros que él había recorrido ese día no sirvieron para nada), pero la promesa que me hizo sobre el fútbol me pareció vana. De ser cierta, ¿qué estábamos haciendo los dos, sentados sobre una roca en un rincón de Gales, si el Arsenal jugaba ese día contra el Everton? Mucho antes de llegar a esa situación, mi autocompasión había sacado a relucir lo peor de mí. La verdad es que eché la culpa de todo —de la pésima comida del campamento, de aquellas caminatas de pesadilla, de las incómodas tiendas de campaña, de los asquerosos agujeros llenos de moscas en los que teníamos que cagar y, por encima de todo, de las dos localidades que se habían quedado vacías en la Banda Oeste de Highbury— al hecho de ser hijo de dos padres separados, producto de un hogar roto, cuando la realidad era que si estaba en un campamento de boy-scouts en Gales era porque yo había querido entrar en los boy-scouts. No fue la primera vez en mi vida, y seguro que tampoco ha sido la última, en que una tristeza egoísta, propia del que se empeña en estar en posesión de la verdad, me despojaba poco a poco de toda lógica.

Poco antes de las cinco fuimos a mi tienda de campaña para escuchar los resultados de la jornada. Los dos sabíamos que el éxito del viaje que había realizado mi padre dependía en gran medida no de su capacidad de tranquilizarme y convencerme de que entrase en razón, sino de las noticias que llegaran del norte de Londres. Creo que mi padre rezó más incluso que de costumbre para que ganara el equipo que jugaba en casa. De todos modos, durante los veinte minutos anteriores yo prácticamente no le hice ni caso. Se sentó sobre el saco de dormir de alguno de mis compañeros —era la viva imagen de la incongruencia, con su inmaculada vestimenta de sport, típica de los jóvenes ejecutivos de los años sesenta— y sintonizamos Radio 2. La música de arranque de Sports Report hizo que de nuevo me asomaran las lágrimas a los ojos (en un mundo mejor, distinto de aquél, los dos estaríamos sentados en los cálidos asientos tapizados de cuero del coche que utilizaba mi padre aunque fuera de su empresa, avanzando a pesar del tráfico intenso, tarareando esa melodía). Cuando terminó la música, James Alexander Gordon anunció que habíamos perdido por 0-1. Mi padre se recostó contra la lona de la tienda, cansado, sabedor de que todo su viaje había sido una pérdida de tiempo. Yo volví a casa al día siguiente.

QUE ABURRIMIENTO, QUE ABURRIMIENTO DE ARSENAL

ARSENAL — NEWCASTLE 27/12/69

«Y todos aquellos espantosos empates a cero contra el Newcastle —se lamentaría mi padre durante los años venideros—. Y todas aquellas gélidas, aburridas tardes de sábado.» En realidad, sólo hubo dos terribles empates a cero contra el Newcastle, aunque es cierto que se produjeron durante mis dos primeras temporadas en Highbury. Por eso supe muy bien qué quería decir, y llegué a sentirme personalmente responsable de aquellos dos tediosos partidos.

A esas alturas, ya me sentía culpable por algo en lo que había implicado a mi padre. Él no había llegado a tener auténtico afecto por el equipo, y creo que hubiese preferido acompañarme a cualquier otro campo de la Primera División. Fui muy consciente de este hecho, y de ahí surgió una nueva fuente de incomodidad: mientras todo el Arsenal se las veía y se las deseaba para salir adelante con un triunfo por la mínima, o conformándose con empatar a cero, yo me desvivía de pura vergüenza, esperando a que mi padre manifestase su profunda insatisfacción. Después del partido contra el Swindon, había descubierto que la lealtad, al menos en términos futbolísticos, no era objeto de una elección moral, tal como pudieran serlo la valentía o la amabilidad, sino que era más bien como una verruga o una joroba, es decir, algo con lo que uno ha de convivir sin remedio. Los matrimonios no son ni de lejos tan rígidos; es imposible cazar por sorpresa a un hincha del Arsenal que se vaya al campo del Tottenham a escondidas para disfrutar de unas caricias y unos arrumacos fuera del lecho conyugal, y aunque el divorcio sea posible, por qué no (siempre puedes dejar de ir al campo si las cosas se ponen mal de veras), volver a casarse es algo que queda fuera de toda consideración. A lo largo de estos veintitrés años, muchas veces he leído casi con lupa la letra pequeña de mi contrato con la esperanza de encontrar una forma de salir del atolladero, pero he comprobado que no existe. Cada derrota, por humillante que sea (Swindon, Tranmere, York, Walsall, Rotherham, Wrexham), hay que saber sobrellevarla con paciencia, con fortaleza y con tolerancia; lisa y llanamente, no hay nada que hacer, y caer en la cuenta de que eso no tiene vuelta de hoja es algo que puede terminar por hacer que te retuerzas de pura frustración.

Por supuesto que me dolía que el Arsenal practicase un juego aburrido, y había terminado por reconocer que esa reputación, sobre todo en aquella etapa de la historia del Arsenal, era en gran parte merecida. Por supuesto que hubiese querido que marcaran trillones de goles y que jugasen con el nervio y la calidad de once clones de George Best, pero eso no iba a suceder, al menos —estaba clarísimo— en un futuro inmediato. Fui incapaz de defender las deficiencias de mi equipo ante mi padre —bastante tenía con verlas con mis propios ojos, bastante me fastidiaba—; tras cada débil lanzamiento a la portería contraria, tras cada uno de aquellos pases fallados, me cruzaba de brazos y me disponía a soportar los suspiros y los gruñidos que sin duda se oírían en el asiento de al lado. Estaba encadenado al Arsenal y mi padre estaba encadenado a mí. Ninguno de los dos tenía forma de encontrar la salida.

PELE

BRASIL — CHECOSLOVAQUIA JUNIO DE 1970

Hasta 1970, la gente de mi edad e incluso los que eran unos años mayores conocíamos con mucho más detalle a Ian Ure que al mejor jugador del mundo. Sí que sabíamos que era increíblemente bueno, pero apenas habíamos tenido ocasión de verlo: su equipo fue eliminado, vapuleado literalmente en el Mundial de 1966, en un partido contra los portugueses, aunque en realidad él no estaba entonces en condiciones de jugar. Además, nadie se acordaba de lo que pasó en Chile en 1962. Seis años después de que Marshall McLuhan publicase *Comprender los medios de comunicación*, tres cuartas partes de la población de Inglaterra tenían una idea tan clara de Pelé como la que habían tenido de Napoleón ciento cincuenta años antes.

El Mundial de México en el 70 inauguró una fase totalmente nueva en el consumo del fútbol. Siempre había sido un deporte global al menos en el sentido de que en el mundo entero se veían los partidos, aparte de que se jugaba en el mundo entero; ahora bien, cuando Brasil conservó la Copa del Mundo en el 62, la televisión era más un artículo de lujo que de primera necesidad, y la tecnología requerida para transmitir en directo un partido desde Chile al resto del mundo aún no se había inventado. En el 66, los sudamericanos no hicieron un gran papel. Brasil quedó eliminado antes de llegar a cuartos de final; Argentina pasó sin pena ni gloria hasta ser eliminada por Inglaterra en cuartos, en un partido en que el capitán argentino, Ratin, fue expulsado, si bien se negó a salir del campo, con lo que Sir Alf comentó después que eran unos animales. El único equipo sudamericano que quedó entre los ocho primeros, Uruguay, se llevó una paliza de 4-0 contra Alemania. Y de este modo México 70 fue la gran confrontación entre Europa y Sudamérica a la que por primera vez el mundo entero tuvo ocasión de asistir. Cuando Checoslovaquia se adelantó en el marcador contra Brasil, David Coleman comentó que «parece ser verdad todo lo que nos habían dicho de este equipo». Se refería a la desaliñada defensa de Brasil, aunque lo dijo con el tono del que ha sido encargado de presentar una cultura a otra.

Durante los ochenta minutos restantes, todo lo que sabíamos de Brasil también resultó una verdad como un templo. Igualaron con un gol de falta directa que ejecutó Rivelino, un disparo con rosca, magistral, que pareció incluso mágico debido a la altitud a que se jugaba el partido, en México. ¿Había visto yo alguna vez marcar un gol de falta directa? Creo que no. Luego se pusieron con 2-1 a su favor: Pelé recibió un pase largo, lo bajó con el pecho y lanzó una volea a la escuadra. Ganaron por 4-1, y los espectadores del distrito londinense 2W nos quedamos debidamente atribulados.

No fue sólo por la calidad del fútbol que desplegaban, sino por cómo consideraban cualquier embellecimiento ingenioso y alucinante como si fuese algo tan funcional y tan imprescindible como un simple saque de esquina o un fuera de banda. La única comparación que se me pudo ocurrir entonces fue la de los coches de juguete: aunque a mí no me interesaban para nada los Dinky, los Corgi o los Matchbox en miniatura, me entusiasmaba el Rolls Royce rosa de Lady Penelope y el Aston Martin de James Bond, coches que llevaban un equipamiento tan

sofisticado como los asientos de eyección automática o las ametralladoras ocultas, que los elevaba muy por encima de la aburrida normalidad. El intento que hizo Pelé de marcar un gol desde su propio campo, el engaño que le hizo al portero de Perú, cuando amagó a un lado y la bola salió por el otro..., éstos sí eran los equivalentes futbolísticos de los asientos de eyección automática, al lado de los cuales las demás jugadas parecían meros utilitarios como los que Vauxhall empezaba a fabricar en cadena. Hasta la forma que tenían los brasileños de celebrar los goles —daban cuatro pasos en carrera, saltaban, agitaban el puño; daban otros cuatro pasos a la carrera, saltaban otra vez, agitaban el puño— era desconocida, divertida y envidiable al mismo tiempo.

Lo más curioso de todo fue que tampoco era para tanto: Inglaterra podía pasar sin todo aquello. Cuando nos tocó enfrentarnos a Brasil en el segundo partido, tuvimos la mala suerte de perder por 1-0. En un torneo que dio lugar a docenas de superlativos —el mejor equipo de todos los tiempos, el mejor jugador de todos los tiempos, los dos mejores fallos de todos los tiempos (ambos de Pelé)—, salimos airoso con dos superlativos en nuestro haber? la mejor parada de todos los tiempos (de Banks a un tiro de Pelé, por supuesto) y el mejor robo de balón de todos los tiempos (de Moore a Jairzinho). Es significativo que nuestra aportación a esta juerga superlativa se debiera a los aciertos defensivos, pero no importa: durante noventa minutos, Inglaterra dio la impresión de ser tan buena como el mejor equipo del mundo. Lloré después del partido, es cierto (aunque fue sobre todo porque no había entendido el funcionamiento del torneo, y pensé que estábamos eliminados. Mi madre tuvo que explicarme las peculiaridades del sistema de clasificación).

En cierto modo, Brasil nos estropeó a todos la fiesta. Pusieron de manifiesto una especie de ideal platónico que ya nadie sabría encontrar de nuevo, ni siquiera los propios brasileños. Pelé se retiró del fútbol, y en los cinco mundiales siguientes sólo enseñaron algún atisbo muy aislado de aquel fútbol que era como el asiento de eyección automática, como si el Mundial del 70 no fuera más que un sueño que ellos mismos sólo recordasen a medias. En el colegio nos quedamos con la colección de monedas del Mundial que patrocinaba Esso; nos quedamos con un par de caprichosas jugadas que ensayábamos a veces. Pero no nos salían ni de broma, así que al final renunciábamos.

UNA PALIZA

ARSENAL — DERBY 31/10/70

En 1970, mi padre se fue a vivir al extranjero. Así dio comienzo una nueva rutina en mis relaciones con el Arsenal, en la cual ya no fue posible confiarlo todo a sus visitas, que iban a espaciarse mucho. En el colegio conocí a otro hinchas del Arsenal, un chaval algo mayor que yo, al que apodaban el Rata. Me lo presentó el hermano de un compañero mío, el Rana, y los dos empezamos a ir juntos a Highbury. Los primeros tres partidos que vimos juntos fueron una gozada, un éxito espectacular: 6-2 contra el West Brom, 4-0 contra el Forest y 4-0 contra el Everton. Fueron tres partidos consecutivos en casa, y aquel otoño fue paradisíaco.

Ya sé que pararse a considerar cómo estaban los precios en 1970 es una estupidez, por no decir que es propio de un vejstorio imperdonable, pero lo pienso hacer. Un billete de ida y vuelta hasta la estación de Paddington costaba 30 peniques para los menores de edad; la ida y vuelta de Paddington a la estación de Arsenal, en metro, salía por 10 peniques; la entrada para el partido estaba en 15 peniques (25 para adultos). Aunque te comprases un programa de mano, era posible recorrer cuarenta kilómetros y ver un partido de Primera División, para volver luego a casa, por menos de 60 peniques.

(Quién sabe, tal vez esta banalidad tenga cierto peso. Si hoy decido viajar en tren para ir a ver a mi madre, me gasto 2 libras y 70 peniques en el billete de ida y vuelta, lo cual supone un aumento de diez veces sobre los precios del billete de adultos en 1970. En la temporada 1991-1992, cuesta 8 libras una localidad de pie en las gradas del Arsenal, y eso ya representa que se ha multiplicado por treinta y dos. Por primera vez en la historia es más barato ir a cualquiera de los cines del West End y ver a Woody Allen o a Arnold Schwarzenegger —cómodamente sentado en tu propia butaca— que ocupar una localidad de pie para ver jugar a Barnsley en un partido de Copa de la Liga que acabe 0-0. Si yo tuviera veinte años menos, no llegaría a ser hinchas del Arsenal: es prácticamente imposible que los chavales de hoy en día dispongan de diez o quince libras cada dos sábados, y si yo no hubiese podido ir con frecuencia a Highbury durante mi adolescencia, es muy improbable que mi afición hubiese seguido intacta.)

El esplendor de estilo art déco que se respiraba en las localidades de la Banda Oeste no estaba a nuestro alcance; para eso, hacía falta tener los bolsillos tan hondos como los de mi padre, así que el Rata y yo fuimos al Recinto de los Escolares, desde donde se veía el partido casi por entre las piernas de los jueces de línea. En aquella época, el club no estaba a favor de la publicidad en las bandas, y tampoco veía con buenos ojos que se pusiera música por megafonía antes de comenzar el partido o en el descanso. En Highbury no había ni lo uno ni lo otro. Los hinchas del Chelsea podían oír canciones de los Beatles o de los Stones; en el descanso, en Highbury nos entretenía la Banda de la Policía Metropolitana y su vocalista de rigor, el inspector Alex Morgan. El inspector Morgan (que no mejoró de rango durante su larga trayectoria de cantante en Highbury) entonaba algunas canciones conocidas de las operetas y los musicales de Hollywood: en el programa que tengo de aquel partido contra el Derby se indica que aquella tarde entonó «Girls Were Made to Love and Kiss», de Lehár.

Era un rito singular. Poco antes de que se reanudase el partido, daba una nota extraordinariamente aguda y la sostenía un buen rato. Ése era el clímax de su actuación. En la parte baja de la Banda Este, a sus espaldas, la gente se ponía en pie y aplaudía, mientras que los espectadores del Fondo Norte se empeñaban en hacerlo callar con sus silbidos estruendosos y sus cánticos atronadores. El Recinto de los Escolares, ya se ve, ostenta ese tipo de nombre pintoresco e incluso estrambótico que sólo el Arsenal, con sus operetas de chiste, su presidente formado en Eton, su pesada y apabullante historia, pudo cometer el desatino de soñar siquiera, como si diese a entender que aquello era un lugar seguro para personajes como Jennings y Darbshire, o para Guillermo Brown, siempre y cuando accediera a portarse bien: estaba lleno de gorras ladeadas y de chaquetas de uniforme relativamente sucias, de ranas en los bolsillos de los presentes, de piruletas y bolsas de pipas. Era el sitio ideal, está claro, para que dos escolares del extrarradio vieran el gran partido de la jornada en la ciudad.

La realidad del Recinto de los Escolares no era exactamente así en 1970: los cortes de pelo al uno y las recias botas Doctor Martens habían hecho acto de presencia por primera vez en las graderías. Aquella estrecha franja de localidades era efectivamente el caldo de cultivo perfecto para los futuros hooligans, para los duros chicos de Finsbury Park y de Holloway, todavía demasiado pequeños o quizás escasos de recursos para ir a ver el partido en el Fondo Norte, donde a buen seguro estarían sus hermanos mayores. El Rata y yo no nos fijamos en ellos durante los primeros partidos. A fin de cuentas, todos éramos hinchas del Arsenal, ¿no? ¿Por qué íbamos a preocuparnos? Sin embargo, algo había que nos diferenciaba. No era nuestra forma de hablar, pues ninguno de los dos éramos especialmente cuidadosos en este aspecto. Puede que fuera nuestra forma de vestir, nuestro corte de pelo, nuestras bufandas con los colores del equipo, limpias y dobladas con verdadera devoción, o el fervor con que antes del partido repasábamos el programa de mano, que guardábamos sin una sola arruga en el bolsillo interior o en la bolsa de lona.

Salimos del estadio cuando faltaban dos minutos para que terminase el partido contra el Derby; el Arsenal ganaba por 2-0 (goles de Kelly y Radford, uno en cada parte).

Un par de chicos negros (¡chicos negros! ¡Una alucinación increíble!) que tendrían nuestra edad, aunque nos sacaban varios palmos de estatura y eran de un planeta distinto —del planeta de la vida real, del planeta de la moderna educación secundaria, del planeta del lado más duro de la ciudad—, nos dieron un empujón al pasar por delante. Se me paró un momento el corazón y apreté el paso hacia la salida. Nos siguieron. Aceleramos más aún, deseosos de salir cuanto antes del laberinto de pasillos y tornos por el que se accede al estadio. Ya en la calle pensé que aquellos chavales no nos tocarían ni un pelo de la ropa si estuviésemos en medio de una muchedumbre compuesta sobre todo por adultos, tal como la que en ese momento salía masivamente del campo.

Al parecer, el gentío no les alteró lo más mínimo. Echamos a correr hacia el metro; ellos también. El Rata logró escapar, mientras que a mí me alcanzaron, me empujaron contra el

muro del estadio, me soltaron un par de bofetadas en toda la cara, me robaron mi bufanda rojiblanca y me dejaron hecho un guiñapo, traumatizado, tirado en la acera. La gente —adultos con talante paternal y tranquilizador— pasaba a mi alrededor o incluso por encima de mí, tal como he hecho yo al ver innumerables refriegas y palizas a la salida de los campos de fútbol. En el colegio me habían zurrado alguna vez mucho más fuerte (no sólo era bajito, sino también chulo y descarado, lo cual constituye una combinación especialmente desafortunada), aunque casi siempre me había zurrado alguien a quien yo conocía, razón por la cual la paliza, no se sabe cómo, termina por parecer más o menos aceptable. Aquello fue distinto. Aquello me dio mucho más miedo: no entendía dónde estaban los límites, no sabía si había tenido buena o mala suerte, y aunque ya supiera que estaba tan obsesionado por el equipo que iba a volver al mismo sitio a las primeras de cambio, la posibilidad de que me cayera una paliza semejante uno de cada dos sábados a las cinco menos veinte de la tarde era sencillamente desoladora.

La verdad es que dudo mucho que por entonces yo tuviera conciencia de clase. Pocos años más tarde, cuando descubrí la política, tal vez habría tenido la sensación de merecer una bofetada en la boca por ser un varón privilegiado, blanco y de clase media —en efecto, ya al pasar de la adolescencia a la juventud, cuando mi principal fuente de opiniones en lo ideológico resultó ser el primer disco de los Clash, probablemente hasta me la hubiese propinado yo solito—, pero por entonces no pude menos que sentir en lo más profundo una gran decepción y una intensa vergüenza. La decepción fue porque seguramente por fin empecé a sospechar que hay gente que va al fútbol, pero no por las razones que debiera (la devoción a los Cañoneros del Arsenal, o al menos cierto entusiasmo por un deslumbrante e incisivo extremo). La vergüenza debida a que, a pesar de mi estatura y mi juventud, yo seguía siendo un hombre, y en los hombres existe algo sin duda ridículo y deslavazado, pero muy poderoso, que se niega en redondo a tolerar todo lo que pueda ser tenido por una muestra de flaqueza y debilidad. (La versión que acabo de ofrecer sobre lo sucedido aquella tarde es arquetípicamente masculina: eran dos contra uno, yo era pequeño, ellos eran enormes, en fin... Bien podría haber sido que me atacase un chaval ciego y manco de sólo siete años, pero la memoria me ha protegido adecuadamente de todo rastro de sospecha que me llevara a pensar que me había portado como un mequetrefe pueblerino.)

Puede que lo peor de todo fuera la imposibilidad de quitarme el peso de encima comunicándoselo a mi madre. Si se lo hubiera dicho, me habría prohibido ir al fútbol si no era en compañía de mi padre, y esa prohibición habría durado muchos años. Por eso me guardé lo sucedido, confesé que se me había olvidado la bufanda en el metro —y eso que era un regalo de mi abuela—, aguanté toda suerte de quejas sobre mi irresponsabilidad y mi falta de cuidado y fui castigado sin salir a tomar fish and chips, tal como hacía todos los sábados por la noche. Aquella noche, cualquier teoría sobre la brutal experiencia de la degradación urbana no habría servido de nada conmigo. Sólo me interesaba la degradación suburbana y periférica, que se me antojaba la más cruel de todas las posibles.

¿ME HAS VISTO EN LA TELE?

SOUTHAMPTON — ARSENAL 10/4/71

Estoy de vacaciones en Bournemouth, que es donde vivían mis dos abuelas. Por fortuna, jugamos un partido fuera de casa precisamente contra el Southampton. Adquiero un billete de autobús, viajo un trecho por la carretera de la costa y consigo llegar hasta la parte más baja del graderío, aunque en el estadio Dell casi no cabe un alfiler. Al día siguiente, cuando Southern emite el resumen del partido por televisión, salgo en la esquina inferior izquierda de la pantalla cada vez que se saca un córner (McLintock marcó precisamente a la salida de un córner, y su gol supuso el 2-1 decisivo): un muchachito sobrio y algo severo, siete días antes de cumplir los catorce años, inconfundiblemente prepúber... Sólo que no hago gestos con los brazos, ni hago muecas ni burlas, ni empujo al chaval que está de pie a mi lado. Me limito a estar en mi sitio, inmóvil, en medio de la hiperactividad y el desafuero juveniles que me rodean.

¿Por qué estaba tan serio? En cualquier otro lugar yo todavía era un niño: en casa, en el colegio, donde aún tuve ataques incontenibles de risa tonta hasta el último curso; y cuando salía con mis amigos, dos de los cuales ya se habían echado novia, en lo que sin duda fue el progreso más hilarante que ninguno hubiésemos visto hasta la fecha, el que más nos enconó y nos separó, por no hablar del golpetazo en el plexo solar que nos supuso y del mosqueo a que dio lugar. (Fue simbólico que incluso cambiase algún apodo. Larry, así llamado porque su físico y su estilo recordaban mucho a Larry Lloyd, el defensa central del Liverpool, pasó a ser Caz, debido al nuevo interés que a partir de aquel momento tuvo en común con Casanova, el delantero italiano. Fue un golpe de ingenio que nos entusiasmó.) En cambio, cuando estaba viendo un partido del Arsenal dudo mucho que pudiera sentirme relajado, en condiciones de reír, al menos hasta que tuve veintimuchos años. Si hubiese vuelto a salir por televisión pegado al banderín de córner en cualquier partido al que asistiera entre 1968 y 1981, mi expresión habría sido prácticamente la misma.

La verdad, lisa y llanamente, es que las obsesiones no tienen ninguna gracia. Los obsesos no ríen. No obstante, aquí se encierra también una verdad más compleja: no creo que fuese entonces muy feliz, y el problema que consiste en tener trece años y un talante un tanto depresivo es que cuando el resto del mundo se lo pasa en grande, como tan a menudo ocurre, uno se queda sin el contexto apropiado para vivir su pesar. ¿Cómo vas a expresar la tristeza que te abrumba si todo el mundo se empeña en hacerte reír? En los partidos del Arsenal, sin embargo, no hubo risas al menos por mi parte. Y aunque tenía amigos a los que les hubiese encantado acompañarme a los partidos, es muy significativo que mi apego incondicional a los colores de mi equipo enseguida diera pie a una actividad esencialmente solitaria: la temporada siguiente fui a presenciar unos veinticinco partidos, diecisiete o dieciocho por mi cuenta. Creo que no me apetecía pasarlo bien en el fútbol. Me lo había pasado bien en otros lugares, y estaba asqueado de aquello. Más que nada necesitaba un sitio en el que una infelicidad inconcreta pudiera prosperar, un sitio donde estarme quieto, agobiado y mohíno. Estaba triste, ¿no? Pues cuando iba a ver a mi equipo, podía desenvolver esa tristeza y airearla un poco.

COMO GANE YO EL DOBLETE

ARSENAL — NEWCASTLE 17/4/71

En poco más de un año cambiaron las tornas. El equipo seguía teniendo escasez de estrellas y no andaba sobrado de bríos, pero de repente empezó a ser difícilísimo ganarle. En 1970, por fin terminó la desoladora caza de un trofeo que se nos había resistido durante diecisiete años cuando el Arsenal ganó la Copa de Ferias, la actual Copa de la UEFA, y además con auténtico estilo. Después de cepillarse al Ajax —con Johan Cruyff incluido— en la semifinal, remontaron un marcador adverso para ganarle al Anderlecht belga el partido de ida de la final por 3-4. En el partido de vuelta les ganamos en Highbury por 3-0, y hubo hombres talluditos que bailaron de alegría en el campo, que incluso lloraron de puro alivio. Yo no estuve allí. Aún no tenía permiso para ir por mi cuenta a un partido entre semana.

1971 fue el annus mirabilis del Arsenal. Ganamos en una misma temporada el Campeonato de Liga y la Copa, el famoso doblete que sólo han conseguido tres equipos en lo que va de siglo. Para colmo, ganaron los dos títulos en una misma semana: el lunes por la noche ganaron la Liga en el campo del Tottenham, y el sábado la Copa en Wembley, contra el Liverpool. No estuve allí. No fui al campo del Tottenham porque aún no tenía permiso para ir por mi cuenta a un partido entre semana; no estuve en Wembley porque mi padre no consiguió una entrada, a pesar de que me lo había prometido. Sí, ¿qué pasa? Aún me duele, aunque hayan pasado veinte años.

Total, que no estuve en ninguna de las grandes ocasiones. (Ni siquiera estuve en Islington cuando el equipo recorrió las calles aclamado por el gentío después de la final de Copa. Tuve que ir a visitar a mi tía Vi, a Dulwich.) Me lo perdí todo. Y como este libro trata sobre el consumo del fútbol, y no sobre el fútbol mismo, el año del doblete —la mejor temporada del Arsenal en lo que va de siglo— no tiene cabida en mi relato, no mucha, lo cual tampoco está mal del todo si se piensa en la impresión que causa. Desde luego, tiré el transistor contra la pared de mi cuarto cuando sonó el pitido final en Tottenham; me volví literalmente loco de alegría cuando Charlie George marcó el gol del triunfo en la final de Copa, cuando se quedó tirado boca arriba, con los brazos abiertos; me las di de ganador en el colegio, y procuré idear alguna forma de humillar a mis compañeros de clase, como ellos me habían humillado dos años antes, aunque al final me conformé con esbozar una sonrisa beatífica que tanto los alumnos como los profesores comprendieron muy bien. Por lo que a ellos se refiere, yo era el Arsenal, y tenía todo el derecho del mundo a apurar las mieles del triunfo.

Yo en cambio no lo entendí así, de veras. Me había ganado a pulso el dolor que me causó el desastre contra el Swindon, pero no había contribuido con nada al doblete de aquel año, a menos que se pueda contar como aportación decisiva mi presencia en unos doce partidos de Liga, mi chaqueta del colegio con las solapas llenas de chapas y los muchos pósters de revista que tenía en mi cuarto. Todos los demás, los que consiguieron entradas para la final de Copa y los que hicieron cinco horas de cola en el campo del Tottenham, tienen mucho más que decir sobre el doblete, en comparación con lo que pueda decir yo.

Ahora intento aferrarme al hecho de que dos semanas antes de la gloria sí me las había ingeniado para colocarme en el centro de la narración del doblete. El día de mi cumpleaños fui con mi padre a ver un Arsenal-Newcastle (otra vez un partido horrible.) A la vez que vi el partido, estuve oyendo el transistor que él me había regalado (el mismo transistor, es cierto, que hice añicos el 3 de mayo), uno de bolsillo, perfecto para las tardes de los sábados. El Leeds encabezaba la clasificación de Primera División, y esa tarde jugaban en casa contra el West Brom, que estaba el quinto por la cola, y que en toda la temporada no había conseguido una sola victoria fuera de su estadio. Había entonces una tira cómica titulada Las botas de Billy, cuyo personaje poseía unas botas que lo transformaban por completo: dejaba de ser un chavalillo mediocre para convertirse en una superestrella. De pronto, me encontré en posesión de un transistor que transformaba los resultados de los peores equipos en dramáticas victorias fuera de casa. Cuando lo encendí, poco después de empezado el segundo tiempo, marcó un gol el West Brom; cuando volví a encenderlo, marcaron de nuevo. En Highbury se dio la noticia por megafonía y el público enloqueció. Charlie George marcó el único gol de la tarde y el Arsenal se puso en cabeza de la clasificación por vez primera en toda la temporada.

El regalo que recibí aquella tarde no tenía precio: era como la paz en el mundo o el fin de la pobreza en el Tercer Mundo, algo que nadie podría comprar ni siquiera con un millón de libras; a menos que mi padre hubiese untado al árbitro de aquel partido en campo del Leeds por un millón de libras, que es la única explicación que me cuadra si pretendo entender algunas de las decisiones que tomó aquella tarde. Uno de los goles del West Brom fue por consenso popular un fuera de juego como una catedral: el público invadió el terreno de juego, y el Leeds fue sancionado y obligado a jugar fuera de su propio campo durante los primeros partidos de la temporada siguiente. «La gente se ha vuelto loca, pero tiene todo el derecho del mundo», afirmó Barry Davis de forma memorable aquella noche, en el programa Match of the Day. Qué tiempos aquellos en que los comentaristas televisivos todavía fomentaban activamente las insurrecciones, en vez de defender con toda pompa la reintroducción del servicio militar obligatorio. Si le diste una pasta al árbitro, muchas gracias, padre. Fue una idea genial. ¿Habría perdido el Leeds en casa, contra el West Brom, si no hubiera sido mi cumpleaños? ¿No habría terminado el partido entre el Arsenal y el Newcastle con el marcador a cero, tal como siempre habían terminado los Arsenal-Newcastle? ¿Habríamos ganado la Liga después? Lo dudo.

EN OTRA CIUDAD

CHELSEA — TOTTENHAM ENERO DE 1972

No me equivoco cuando afirmo que así como yo soy por propia naturaleza hincha del Arsenal —yo también era un jovencito agrio, estaba siempre a la defensiva, me encantaba discutir con quien fuera, seguramente me reprimía más de la cuenta—, el sitio que le correspondía a mi padre era Stamford Bridge. El Chelsea era un equipo extravagante, imprevisible y, hay que reconocerlo, no era un conjunto muy de fiar; a mi padre le gustaban las camisas de color rosa y las corbatas de efectos teatrales; como yo era un severo moralista, creo que muchas veces pensé que no le hubiese ido nada mal un poquito más de coherencia. La paternidad, como diría George Graham, es una maratón, no una carrera de velocidad. Fuera cual fuese la razón, era patente que a mi padre le gustaba ir a ver al Chelsea mucho más que nuestros viajes a Highbury, y era fácil entender por qué. Una vez vimos a Tommy Steele saliendo del servicio de caballeros de la Banda Norte del Chelsea (no sé, puede que fuera John Alderton), y antes del partido almorzábamos en uno de aquellos restaurantes italianos de King's Road. Otra vez dimos una vuelta por el Chelsea Drugstore, donde me compré el segundo disco de Led Zeppelin y olisqueé con suspicacia el humo de cigarrillos que impregnaba el ambiente. (Y es que yo era tan poco imaginativo como un defensa central del Arsenal.)

El Chelsea contaba con Osgood, Cooke y Hudson, jugadores que eran impetuosos y de toque excepcional; su idea del fútbol era desconcertantemente distinta de la que preconizaba el Arsenal (esa semifinal de la Copa de la Liga, uno de los mejores partidos que he visto nunca, terminó en 2-2). Más importante que todo esto es el hecho de que Stamford Bridge y sus alrededores me ofreciesen una versión distinta, pero todavía familiar, de Londres: familiar, seguramente, porque el muchacho de clase media que reside en la periferia siempre ha estado al tanto de su existencia. No era muy distinto del Londres que ya conocíamos por otras excursiones, cuando íbamos a ver las pantomimas, las películas y los museos: un Londres ajetreado, muy de luces brillantes y de gran ciudad, con una suprema conciencia de estar en el centro mismo del universo. La gente que se veía por Chelsea en aquellos tiempos era gente muy consciente de estar en el centro del universo. El fútbol era un deporte de moda, y los jóvenes ejecutivos que animaban a los azules eran gratos de ver, aparte de dar a Stamford Bridge (a las localidades de asiento, vaya) el aire de un lugar de exótica exquisitez.

Aquello no era, en cambio, lo que yo buscaba en el fútbol. El Arsenal y su barrio eran para mí mucho más exóticos que todo lo que llegase a ver por los alrededores de King's Road, de lo más auténticos en todas sus variantes más castizas. Todas las apacibles calles en pendiente que había por los alrededores de Highbury y de Finsbury Park, todos los amargados y sin embargo leales vendedores de coches de segunda mano..., aquello sí que era exótico de verdad, el Londres que un chaval del valle del Támesis nunca podría haber visto por sí mismo, por mucho que fuera al cine Casino a ver películas en Cinerama. Mi padre y yo buscábamos cosas muy distintas. Cuando él empezaba a desear una parte al menos de todo lo que se

ventilaba en Chelsea (y también cuando por vez primera en toda su vida parecía capaz de permitirse el lujo), yo me moría de ganas por salir corriendo en sentido opuesto.

UN CHICO DE ISLINGTON

READING — ARSENAL 5/2/72

El inglés blanco de clase media, residente en el sur de Inglaterra, es el ser más desarraigado de la tierra: preferiría pertenecer a cualquier otra comunidad del mundo. La gente de Yorkshire, de Lancaster, los escoceses y los irlandeses, los negros, los ricos y los pobres, e incluso los norteamericanos y los australianos tienen algo que puede hacerles llorar cuando están sentados en un pub, algo que les incite a cantar unas cuantas canciones alusivas, cosas que siempre podrán agarrar y apretar con fuerza cuando les entren ganas, mientras que nosotros no tenemos nada, nada que de veras queramos tener. De ahí el fenómeno de la falsa pertenencia a una clase social y a una patria chica, en razón del cual todo el pasado, la formación y la procedencia de cada cual se fabrica a medida con tal de proporcionar una identidad cultural más o menos aceptable. ¿Quién era el que cantaba «Quiero ser negro»? Ese título lo dice todo, y todos nos hemos cruzado alguna vez con alguien que de verdad quisiera ser negro: a mediados de los setenta, en Londres hubo muchos hombres y mujeres jóvenes, inteligentes y por lo demás conscientes de la realidad en que vivían, que comenzaron a hablar con un acento y un vocabulario deliberadamente jamaicanos, que a decir verdad no les sentaba lo que se dice nada bien. ¡Qué ganas teníamos todos de haber nacido en los Projects de Chicago, en los guetos de Kingston, en los duros arrabales del norte de Londres, en Glasgow, y me refiero a todos aquellos punks que se comían las vocales a propósito y pronunciaban mal adrede, a pesar de haber recibido una educación de colegio privado! ¡Cuántas chicas de Hampshire, que tenían sin embargo abuelos en Liverpool o en Brum! ¡Cuántos fans de los Pogues que en cambio vivían en Hertfordshire y que cantaban canciones de rebeldes irlandeses! ¡Cuántos eurófilos que siempre dirán que, aunque sus madres vivan en Reigate, su sensibilidad está en Roma!

Desde que crecí lo suficiente para comprender qué supone ser de un barrio de las afueras, comencé a desear haber nacido en alguna otra parte; preferentemente, en el mismo norte de Londres. Ya he descuidado mi pronunciación todo lo posible; siempre que puedo, conjugo en plural formas verbales que sólo se ponen en singular, y cometo otras tropelías lingüísticas que denotan mi exagerada filiación. Este proceso comenzó poco después de mis primeras visitas a Highbury, se prolongó durante toda mi educación secundaria y escaló hasta cotas alarmantes cuando llegué a la universidad. Mi hermana, que por otra parte también tiene algún que otro problema con sus raíces de barrio suburbano, optó por el camino opuesto cuando empezó la carrera universitaria, y de buenas a primeras empezó a hablar como si fuera la duquesa de Devonshire; cuando nos presentábamos a nuestras respectivas amistades, a éstas el encuentro les parecía una experiencia que desembocaba en una total perplejidad. Era como si se preguntasen cuál de los dos era el hijo natural, cuál era el adoptado. ¿Le había tocado a ella vivir tiempos muy duros, o es que yo había tenido suerte en la vida? Nuestra madre, nacida y criada en el sudeste de Londres, pero residente en la periferia londinense durante más de cuarenta años, tiene un acento que está exactamente a caballo entre ambos extremos.

En cierto modo, nadie podría echarnos a ninguno la culpa de nada, y menos a los cockneys de pega, a los falsos irlandeses, a los que querían ser negros, a los pseudopijos que adoptaban aires de Sloane Square. La ley de Educación de 1944, el primer gobierno laborista, Elvis, los beatniks, los Beatles y los Stones, los años sesenta... Nunca tuvimos la menor posibilidad de salir bien librados. Para mí, la culpa la tiene la reforma del sistema educativo. Antes de la guerra, nuestros padres quizás hubieran logrado ahorrar lo justo para enviarnos a cualquier colegio privado de segundo orden, y nosotros habríamos recibido una educación clásica más bien ramplona y superficial, para entrar después a trabajar en un banco; aquel nuevo sistema educativo tuvo por sana intención crear una amplia meritocracia, y logró que las escuelas estatales volvieran a ser hasta cierto punto aconsejables para los vástagos de las buenas familias. En la posguerra, los niños y niñas de la escuela secundaria entraron en una especie de vacío. Ninguna de las culturas que estaban al alcance de la mano parecía ser la más apropiada para nosotros, y fue necesario escoger una cualquiera sobre la marcha, sin pararse a pensarlo. A fin de cuentas, ¿qué es la cultura inglesa de clase media, suburbana y de posguerra? ¿Las novelas de Jeffrey Archer y Evita, Flanders, Swann y los Goons, Adrian Mole y las películas del tándem Merchant-Ivory, Francis Durbridge presenta... y la ridícula forma de andar que tiene John Cleese? No es nada llamativo que todos quisiéramos ser Muddy Waters o Charlie George.

El encuentro Arsenal-Reading en la cuarta ronda de Copa, en 1972, fue el primero y más doloroso de los muchos desenmascaramientos que aún estaban por llegar. El Reading era el equipo de Liga más cercano al pueblo en que yo vivía: un desdichado accidente geográfico que yo habría hecho lo que fuera, cualquier cosa, con tal de corregir. Highbury estaba a más de cuarenta kilómetros; Elm Park a menos de quince. Los hinchas del Reading tenían un marcado acento de Berkshire, y lo más inaudito es que no les preocupaba. Ni siquiera intentaban hablar como londinenses. Dentro del estadio, me vi en medio de los hinchas del equipo local —las localidades se vendían días antes del partido por motivos de seguridad, y me fue más fácil ir a Reading que al norte de Londres para comprar mi entrada—, y mientras esperaba a que transcurriesen los noventa minutos de antelación con que de costumbre me presentaba en el campo, apareció a mi lado una familia en pleno (¡una familia!), la madre, el padre y el hijo, enfundados en sus bufandas blanquiazules y con escarapelas (¡escarapelas!) en las solapas, y no contentos con haber llegado allí, se pusieron a charlar conmigo como si tal cosa.

Me preguntaron por mi equipo y por el estadio, hicieron algún chiste —¡hatajo de campesinos!— para burlarse del pelo de Charlie George, me ofrecieron unas galletas, me prestaron sus programas de mano y sus periódicos. Empezó a gustarme la conversación. Mi impostado acento cockney sonaba a mis oídos impecable y sin un solo defecto en comparación con su detestable forma de hablar, y aquella relación empezó a tomar un cariz de lo más gratificante, ya que era como si el listillo de la ciudad se hubiese encontrado con los patanes pueblerinos.

Cuando empezaron a preguntarme por el colegio todo se torció de manera lamentable; algo habían oído sobre los institutos de enseñanza secundaria que existían en Londres, y se empeñaron en saber si era verdad todo lo que se contaba. Me pareció que pasaban varias

horas mientras me lanzaba a trenzar una elaboradísima fantasía basada en las dudosas hazañas de la media docena de vándalos y gamberretes del colegio. Sólo podría dar por hecho que yo había logrado convencerme de lo que estaba diciendo: llegados a ese punto, mi pueblo se había convertido, en mi imaginación, en una barriada del norte de Londres, a mitad de camino entre Holloway e Islington. Y es que cuando el padre me preguntó dónde vivía, le dije la verdad.

—¿En Maidenhead? —repitió incrédulo el padre—. ¿En Maidenhead? ¡Pero si eso está ahí al lado, a menos de diez kilómetros!

—No, a casi quince kilómetros —contesté. A él no le convenció que seis kilómetros de más supusieran una diferencia de peso. Yo me di cuenta de lo que pretendía insinuar, y me puse colorado.

Acto seguido, me hizo callar.

—Esta tarde no deberías animar al Arsenal —dijo—. Esta tarde deberías estar con el equipo de tu pueblo, chico.

Fue el momento más humillante de toda mi adolescencia. Un mundo imaginario de lo más completo, elaborado a la perfección, se me hizo pedazos y quedó reducido a la nada delante de mí. Quise que el Arsenal me vengara, quise que dejásemos al equipo de Tercera División a la altura del betún, que machacásemos a sus pedantes y resabiados hinchas, pero sólo ganamos por 2-1 y gracias a un paradón de Pat Rice cuando ya se acababa la segunda parte. Al final del encuentro, el padre aquel de Reading me revolvió el cabello y me dijo que al menos no tardaría mucho en llegar a mi casa.

Aquel contratiempo tampoco me detuvo, y en menos de quince días ya había reconstruido el «distrito londinense» de Maidenhead. Esta vez me aseguré de que la siguiente ocasión en que visitara otro campo distinto del nuestro, fuese un campo bien alejado, cuanto más lejos mejor, de modo que cualquiera pudiera creer que mi pueblecito del valle del Támesis tenía estación de metro, una comunidad de antillanos y, cómo no, sus terribles e irresolubles problemas sociales.

FELICIDAD

ARSENAL — DERBY 12/2/72

En aquellos tiempos, para que un partido saliera a pedir de boca y fuese de veras memorable, para que yo pudiera volver a casa sintiéndome por dentro plenamente realizado, éstas eran las condiciones que debía reunir: tenía que ir a verlo con mi padre; teníamos que almorzar en el bar de fish and chips (sentados los dos solos, nada de compartir mesa); teníamos que haber conseguido entradas para la parte alta de la Banda Oeste (porque desde allí se ve el túnel de vestuarios, y puedes saludar la salida al campo de los tuyos antes que el resto de los espectadores), entre la línea de medio campo y el Fondo Norte; el Arsenal tenía que jugar bien y ganar por dos goles de diferencia; el estadio tenía que estar lleno hasta la bandera, o casi, lo cual solamente era posible si el adversario era un equipo de cierta entidad; el partido tenía que ser grabado por la televisión, para que lo retransmitiese la ITV en The Big Match el domingo por la tarde o, como poco, la BBC en Match of the Day (supongo que prefería verlo cuanto antes); para terminar, mi padre tenía que ir al campo bien abrigado. Muchas veces venía desde Francia sin un buen abrigo, olvidándose de que aquellas tardes de sábado no pocas veces transcurrían con temperaturas bajo cero, por lo que su incomodidad era tan patente que a mí me desbordaba la culpa cuando insistía en que nos quedásemos hasta el pitido final. (De todos modos, siempre insistía en que nos quedásemos hasta el último momento; cuando llegábamos al coche, mi padre estaba tan muerto de frío que casi no podía ni hablar. Me sentía fatal por eso, pero no tanto como para arriesgarme a no ver un gol que marcásemos en el último minuto.)

Eran unos requisitos inmensos, y por eso no es de extrañar que sólo se cumplieran todos ellos una sola vez, por lo que yo recuerdo, en un partido contra el Derby en 1972: un Arsenal inspirado por la sabiduría de Alan Ball derrotó a los que luego iban a ser campeones de Liga por 2-0, con dos goles de Charlie George, uno de penalti y otro de un cabezazo sensacional. Y como encontramos mesa en el bar de fish and chips, como el árbitro señaló la pena máxima cuando Ball fue derribado en vez de gesticular con los brazos para indicar que siguiera el juego, como mi padre se acordó de venir con su abrigo, he dejado con el tiempo que ese partido se convierta en algo que no fue: para mí, hoy representa todo el misterio, la totalidad del disfrute, aunque es erróneo. El Arsenal jugó demasiado bien, el gol de Charlie fue demasiado espectacular, la asistencia al partido fue demasiado concurrida y el público se lo pasó demasiado bien con el juego del equipo... El 12 de febrero ocurrió lo que ocurrió, es decir, exactamente como acabo de describirlo, aunque ahora sólo tenga importancia por lo atípico. La vida no es, no ha sido nunca un triunfo por 2-0, en casa, contra los líderes de la Liga, y menos después de almorzar fish and chips estupendamente.

MI MADRE Y CHARLIE GEORGE

DERBY COUNTY — ARSENAL 26/2/72

Se lo supliqué, le lloré, le di la lata: a la postre, mi madre terminó por ceder a mi insistencia y me dio permiso para viajar a ver los partidos que el Arsenal jugara en campo contrario. En su día me puse más contento que unas castañuelas; ahora mismo me siento indignado. ¿Qué demonios pensó que estaba haciendo? ¿Es que no había leído los periódicos, es que no veía la televisión? ¿No había oído hablar de los hooligans? ¿De verdad que desconocía qué eran los «especiales del fútbol», aquellos trenes tristemente famosos que llevaban a los hinchas de un rincón a otro del país? Si es que me podrían haber matado.

Ahora que lo pienso, el papel que tuvo mi madre en todo esto no deja de ser bastante misterioso. Es comprensible que no le hiciera ninguna gracia que yo me gastara el dinero en discos de Led Zeppelin, en entradas para ir al cine, y tampoco parecía especialmente deseosa de que me gastara el dinero comprando libros. En cambio, no sé bien cómo le pareció correcto que viajara a Londres primero, y luego a Derby o a Southampton casi una vez por semana, arriesgándome a verme envuelto con el primer grupo de chiflados con que me cruzase por el camino. Nunca ha censurado mi manía futbolística; de hecho, fue ella quien me compró la entrada para ir a ver la eliminatoria de Copa en el campo del Reading, para lo cual tuvo que coger el coche y desplazarse por la A4, helada y cubierta de nieve, para hacer la cola de rigor mientras yo estaba en clase. Y ocho años más tarde todavía iba a llegar a casa para encontrarme encima de la mesa del comedor una entrada que se me había resistido con uñas y dientes, hasta que la di por imposible, que ella le había comprado a un compañero de trabajo (por veinte libras, una cantidad que no le sobraba), para que yo fuese a ver la final de Copa entre el Arsenal y el West Ham.

Bueno, es verdad: por descontado, tiene algo que ver con la masculinidad, pero dudo mucho que su afición al fútbol, habitualmente tácita y sólo ocasionalmente activa, fuese por mi provecho: era por ella misma. Ahora tengo un poco la impresión de que los sábados representábamos los dos una excéntrica parodia de esas comedias de situación que transcurren entre una pareja de casados: ella me llevaba en coche a la estación de ferrocarril, yo subía al tren de Londres, cumplía como un hombre y, nada más regresar, la llamaba desde la cabina de la estación para que me recogiese. Ella me servía la merienda y el té recién hecho, que yo me zampaba mientras le hablaba de mi padre. Con toda dulzura, me hacía toda clase de preguntas sobre un asunto que no conocía muy a fondo, pero en el que intentaba sobre todo interesarse, más que nada por mí. Si las cosas no habían ido bien, pasaba de puntillas por encima de los pormenores; los días en que el partido había salido a pedir de boca, mi satisfacción colmaba toda la sala. En todas las casas de Maidenhead, esta escena era la que se sucedía con toda exactitud, en todas sus variantes, de lunes a viernes: todos los días laborables a la caída de la tarde. La única salvedad era que en nuestra casa no nos poníamos en situación hasta que llegaba el fin de semana.

Ya sé que existe un argumento según el cual el hecho de interpretar el papel de tu propio padre delante de tu propia madre no es precisamente la mejor manera de garantizar una buena salud mental durante los siguientes años de tu vida. De todos modos, una cosa, tíos: todos lo hemos hecho en un momento u otro, ¿verdad?

Los partidos fuera de casa fueron para mí el equivalente a tener que quedarme hasta muy tarde en el trabajo, y la quinta ronda de la Copa contra el Derby, en su campo, fue la primera vez que iba a poder hacerlo como es debido. En aquellos tiempos no se habían impuesto las restricciones sobre los desplazamientos que existen hoy en día (British Rail llegó a descartar los trenes «especiales del fútbol», y son los clubs los que tienen que ocuparse de todos los detalles del viaje de su hinchada): podíamos llegar sobre la marcha a la estación de St. Pancras, comprar un billete barato para un tren sin ningún extra, sin ningún lujo, y subimos enseguida a un vagón destartado, por cuyos pasillos iban patrullando los policías con los perros adiestrados. Buena parte del viaje discurría en la más absoluta oscuridad —las bombillas eran destrozadas a intervalos brevísimos—, por lo que la lectura era muy difícil, aunque yo siempre, lo que se dice siempre, llevé un libro en el bolsillo, aparte de pasarme la mitad del viaje, o más, en busca de los compartimentos en que viajasen hombres ya maduros, seguramente nada interesados en llamar la atención de los pastores alemanes.

Al llegar a destino nos recibían centenares de policías, que luego nos escoltaban hasta el terreno de juego dando un largo rodeo para alejarnos del centro de la ciudad. Durante esas caminatas, mis fantasías de hooligan urbano se desbocaban. Estaba totalmente a salvo; me protegía no sólo la policía, sino también mis compañeros de hinchada, y me sentía por tanto en absoluta libertad para corear a voz en cuello —aunque todavía no me había cambiado la voz— las amenazas y los cánticos de los demás. La verdad es que no tenía yo un aire así como muy duro: distaba mucho de rozar la estatura que debería haber tenido, y llevaba gafas de montura negra, las típicas de la Seguridad Social, estilo empollón, aunque es verdad que me las guardaba durante aquellas caminatas; es de suponer que para conseguir un aire un poco más terrorífico. Sin embargo, los que meditan sobre la pérdida de identidad que han de experimentar los hinchas futboleros en realidad pierden de vista un detalle crucial, y es que esa pérdida de identidad puede ser un proceso paradójicamente muy enriquecedor. ¿A quién le apetece estar condenado a todas horas a ser el que es? Yo, por ejemplo, quería dejar de ser un gilipollas de orejas de soplillo, con gafas y periférico al menos de vez en cuando; me entusiasmaba ser capaz de aterrar a los tenderos de Derby, de Norwich o de Southampton (y estaban aterrados: saltaba a la vista). Hasta la fecha, había tenido muy contadas ocasiones de intimidar a los demás, aunque sabía muy bien que no era precisamente yo el que animaba a los transeúntes a pasar corriendo a la otra acera, arrastrando a sus niños como si les fuera la vida en ello: éramos nosotros, y yo formaba parte del nosotros, un órgano del cuerpo hooligan. El hecho de que fuera el apéndice —diminuto, inservible, oculto en algún lugar, en medio del cuerpo— no importaba en modo alguno.

Así como ir hasta el campo era la gloria, era el poder en estado puro, verse de pie dentro del estadio y volver después a la estación de ferrocarril ya no eran experiencias tan vigorizantes. La violencia prácticamente ha desaparecido hoy en los estadios por unas cuantas razones: los

hinchas son separados como es debido (en aquel entonces, si te apetecía jugártela e instalarte donde estaban los hinchas del equipo contrario, sólo tenías que atravesar los tornos); los hinchas del equipo visitante suelen verse obligados a permanecer dentro del campo hasta que los alrededores se han despejado; las medidas policiales son más sofisticadas, etcétera. Durante la primera mitad de los setenta, en cambio, hubo peleas en todos los partidos del Arsenal a los que yo asistí. En Highbury solían producirse en el Fondo del Reloj, donde se situaban los hinchas del equipo visitante; por lo común, sólo eran breves escaramuzas. Los hinchas del Arsenal cargaban contra el enemigo, el enemigo huía en desbandada, la policía se adueñaba de la situación. Eran ataques rituales. La violencia estaba más en el movimiento en sí que en los puños y en las botas (fueron estas «carreras» las causantes de la tragedia de Heysel, y no una auténtica agresión física). Pero de vez en cuando, sobre todo contra el West Ham, el Tottenham, el Chelsea o el Manchester United, las algaradas también se producían en el Fondo Norte, que es donde se arma la bulla: cuando los hinchas del equipo contrario alcanzaban un número considerable, intentaban apoderarse del territorio de los hinchas locales como si fuera de hecho una isla de importancia estratégica incalculable.

Por consiguiente, era muy difícil ver los partidos cuando jugábamos fuera de casa. Estar en la zona «reservada» a los visitantes no era garantía de protección; a decir verdad, de ese modo tan sólo informabas a los contrarios de tu identidad. Y colocarse en el otro extremo era igual de peligroso (en el supuesto de que los del Arsenal se propusieran invadir el fondo de los de casa), o bien carecía de sentido: ¿por qué ibas a tomarte la molestia de viajar por medio país para luego tener que fingir que eras hincha del contrario? De ser posible, yo me decantaba por un punto intermedio, en la banda, donde se pudiera estar en paz; si no, me colocaba en la zona de los de «fuera», pero siempre hacia una esquina, lo más lejos posible de los hinchas más bravucones y aguerridos del Arsenal. De todos modos, nunca disfruté de los partidos fuera de casa. Me sentía continuamente nervioso, a menudo con motivos de peso: a lo largo de la tarde, en distintas ocasiones que parecían elegidas por el azar, estallaban las peleas, anunciadas por el mismo tipo de griterío con que se recibe un gol. El hecho de que el griterío comenzase cuando la jugada estaba lejos de cualquiera de las porterías era algo que te desorientaba en extremo. Yo he visto a los jugadores mirar a su alrededor, perplejos al ver que sus esfuerzos en lanzar un saque de banda fueran recibidos con semejante entusiasmo coral.

Aquella tarde en Derby fue peor que casi todas las demás. Hubo rifirrafes antes del partido, que se repitieron esporádicamente durante el encuentro. Aunque me encontraba en la parte baja de la grada, semiescondido entre niños que aún iban al fútbol con sus padres, tenía miedo. Tenía tanto miedo que llegué a sentir cierta ambivalencia sobre una posible victoria del Arsenal. Un empate me habría parecido perfecto, pero también podría soportar una derrota que nos apease de la Copa, si con ello tuviera garantías de volver a la estación de Derby sin que me pasara nada anómalo y nadie me abriese una brecha en la cabeza. En momentos como aquellos, pesan sobre los jugadores más responsabilidades de las que pueden percibir e incluso comprender. En todo caso, ese tipo de percepción no era una de las cualidades más evidentes de Charlie George.

Charlie George es uno de los pocos iconos de los años setenta que hasta la fecha no ha podido ser sometido a la deconstrucción de rigor, posiblemente porque ya a primera vista parece ser uno más de los famosos calcados del identikit del que han salido George Best, Rodney Marsh o Stan Bowles, uno de aquellos melencólicos, caprichosos y despilfarradores que hace veinte años salían casi de debajo de las piedras. Es verdad que tenía cualidades tan excepcionales como el mejor de su especie, y también es verdad que sus dotes no fueron explotados con sensatez a lo largo de su carrera de futbolista (sólo jugó una vez con la selección de Inglaterra, y ya al final no figuraba en la alineación titular del Arsenal). Todo esto, así como muchas otras cosas —su temperamento, sus líos con los entrenadores, el feroz entusiasmo que despertaba en los hinchas más jóvenes y en las mujeres—, era normal y corriente, por no decir que era tópico en una época en la que el fútbol había empezado a semejarse a la música pop tanto en su presentación al público como en su consumo.

Charlie George difería levemente del rebelde al uso en dos aspectos. Primero, se había pasado sus años de adolescente en las graderías del club con el que después iba a jugar. Aunque este hecho no sea insólito —muchos jugadores del Liverpool y del Newcastle fueron hinchas de sus equipos cuando eran pequeños—, George es uno de los pocos inadaptados sociales geniales de veras que han saltado directamente por encima de la valla del terreno de juego, pasando de las gradas a vestir el uniforme del equipo. Best era irlandés, Bowles y Marsh eran itinerantes... George no sólo era del Arsenal hasta la médula, no sólo se había nutrido en el Fondo Norte y en el equipo juvenil, sino que tenía toda la pinta de que correr por el campo con el uniforme de jugador fuese para él la mejor manera de evitar que lo expulsaran del estadio. Así se comportaba. Físicamente, no encajaba en el molde: tenía una potentísima complexión y medía más de uno ochenta, un exceso para ser un George Best. El día de mi cumpleaños en 1971, poco antes de marcar aquel gol contra el Newcastle, se apoderó de él uno de sus frecuentes ataques de ira y agarró del cuello a un fornido defensa del Newcastle para levantarlo del suelo. No fue un gesto de petulancia típico de un inadaptado social, sino una amenaza pura y dura, entre hombres. Los mozalbetes que van de ese palo y que frecuentan las graderías jamás se han podido encontrar con un representante más convincente de su manera de ser.

En segundo lugar, no era un rebelde en los medios de comunicación por la sencilla razón de que no podía conceder entrevistas. (Su torpeza a la hora de expresarse era tan legendaria como auténtica.) Su lacia melena permaneció sin tocar en lo más mínimo hasta el día en que cometió la pifia de hacerse una permanente en plan afro, a mediados de los setenta. De hecho, cuando debutó con el equipo, en la temporada 1969-1970, daba la sospechosa sensación de que estaba a punto de cortarse el pelo al uno. No le interesaban las mujeres: Susan Farge, una novia suya cuyo nombre aún recuerdo, aparece intimidante y muy destacada en casi todas las fotos que le hicieron fuera del terreno de juego. Era toda una estrella, sin duda, y a los medios de comunicación les interesaba cualquier cosa acerca de él, pero nunca supieron qué hacer con él en realidad. El comité que en su día se encargó de promocionar el consumo de huevos de granja intentó sacarle partido, pero el lema de la campaña, «Huevos para desayunar y Charlie George», resultó significativamente incomprensible. Sin que nadie supiera cómo, George había conseguido ser un personaje imposible de vender, blindado y a prueba de bomba

contra los medios de comunicación: posiblemente, fue la última estrella con estatura de icono popular que logró semejante hazaña. (Por alguna inexplicable razón, consiguió permanecer en la conciencia de mi abuela —una conciencia que parecía un colador— años después de retirarse del fútbol. «¡Charlie George!», escupió con todo su desprecio más o menos en 1983, una vez en que le dije que me iba a Highbury a ver un partido. Mucho me temo que lo que Charlie George pudo significar para mi abuela es algo que jamás llegará a comprenderse bien.)

En Derby, lo vi en medio de un terrorífico terreno de juego, que en invierno era de los que te pueden convertir los músculos en gelatina, y estuvo asombroso. (¡Qué campos aquellos! El Baseball Ground de Derby, White Hart Lane, incluso Wembley... ¿No fue la hierba de invierno una innovación de los ochenta, del estilo de los vídeos o los helados de yogur?) Marcó dos goles que nos volvieron locos: con la melodía del que entonces era un éxito reciente de Andrew Lloyd Webber, cantamos: «¡Charlie George! ¡Superstar! ¿Cuántos golazos has marcado ya?» (a lo cual los hinchas del Derby contestaron, igual que tantos otros por todo el país: «¡Charlie George! ¡Maricón! ¿Cuántos polvazos te han calzado ya?» Cuesta trabajo no echarse a reír cuando alguien recuerda los años sesenta y los setenta diciendo que fue la edad de oro del ingenio futbolero en las gradas). A pesar de los dos roscos de Charlie, el partido terminó con un 2-2, gracias al gol que el Derby logró en el último minuto, y así me encontré con el empate que tan ansiosamente había anhelado, aunque luego no viniera acompañado por una caminata de regreso a la estación en la cual no hubiera altercados y broncas de todo tipo.

Fue culpa de Charlie. Por diversos motivos que seguramente necesitarían un libro entero si los quisiéramos explicar como es debido, un gol siempre es un gesto de provocación, especialmente si las gradas ya están bañadas por esa media luz que desprende la violencia, como sucedía aquella tarde. Yo comprendía que Charlie era un futbolista profesional, y que si se le presentase una ocasión de marcar, nuestra ya tenue seguridad física no debería ser tomada en cuenta. Hasta ahí, estaba clarísimo. Ahora bien: que fuese absolutamente esencial celebrar el gol corriendo hacia los hinchas del Derby —en cuya compañía, sin perder de vista sus gruñidos y sus insultos, su odio y su desdén de sureños, su aborrecimiento hacia los cockneys, sus skinheads escogidos, sus botas con puntera de acero, íbamos a tener que pasar nosotros el resto de la tarde, por no decir que aún debíamos atravesar territorio hostil, sus callejuelas, escabulléndonos después del pitido final del encuentro— y dedicándoles un ambiguo gesto de victoria que hizo con los dedos, aunque bien podría haber significado «ya os podéis joder, provincianos gilipollas»..., eso ya es mucho más opaco. Tal como yo vi el gesto, el sentido de la responsabilidad y del deber que pudiera tener Charlie le había abandonado al menos momentáneamente.

Se llevó un abucheo tremendo y fue multado por la Asociación de Fútbol Profesional. A nosotros nos persiguieron todo el camino hasta la estación, lanzándonos botellas y latas que pasaban rozándonos las orejas. Felicidades, Charlie.

HISTORIA SOCIAL

ARSENAL — DERBY29/2/72

El desempate terminó en 0-0 y fue un partido carente de mérito. Pese a todo, sigue siendo el único partido del primer equipo que se ha disputado en Highbury un día laborable y a media tarde durante todo el tiempo que llevo yo siendo hincha del Arsenal: en febrero de 1972 tuvo lugar la huelga de los trabajadores de las centrales eléctricas. Para todos nosotros, la huelga supuso disponer sólo esporádicamente de luz eléctrica y vivir muchas veces a la luz de las velas, por no hablar de las cenas frías. Para un hincha enamorado del fútbol que vivía su tercera temporada, supuso alguna que otra visita al vestíbulo del Comité de Energía Eléctrica, donde se exponía al público la rotación de los cortes de fluido por zonas, para descubrir quiénes iban a tener el privilegio de ver The Big Match el domingo por la tarde. Para el Arsenal, la crisis obrera de las centrales eléctricas supuso el quedarse sin focos de campo, y de ahí que el desempate se tuviera que jugar un martes por la tarde.

Fui al partido a pesar de que tenía clase, y aunque había imaginado que el público estaría compuesto únicamente por unos cuantos escolares que, como yo, hubiesen hecho novillos, aparte de unos pocos jubilados, la verdad es que aquella tarde nos reunimos más de sesenta y tres mil espectadores en el campo: fue la mejor entrada de la temporada. Me dio asco. ¡No era de extrañar que el país fuese de capa caída! Mi pequeño delito escolar me impidió compartir con mi madre mi inquietante opinión (aunque esa ironía no se me pasó por la cabeza en su día), pero ¿qué demonios estaba pasando?

Ahora, con treinta y tantos años de edad, la eliminatoria de Copa disputada un día laborable por la tarde (el West Ham se enfrentó al Hereford, que iba de matagigantes, otro martes por la tarde: fueron a ver el partido cuarenta y dos mil espectadores) tiene una maravillosa pátina muy de comienzos de los setenta, casi como un episodio de The Fenn Street Gang o como un paquete de cigarrillos Number Six. Puede ser que todos los que fuimos a Upton Park y a Highbury, todos y cada uno de los ciento seis mil espectadores de aquellos dos partidos, quisiéramos recorrer casi de puntillas uno de los millones de minúsculos callejones que atraviesan la historia social de un país.

BOB MACNAB Y YO

STOKE CITY — ARSENAL (EN VILLA PARK)15/4/72

La Copa de la temporada 1971-1972 fue una caja de sorpresas, una fuente aparentemente inagotable de maravillas y de preguntas de concurso para especialistas. ¿Qué dos equipos necesitaron once horas para zanjar su enfrentamiento en la cuarta eliminatoria? ¿Qué jugador marcó nueve goles en el partido de la primera ronda, que su equipo ganó por 11-0 contra el Margate? ¿En qué equipo jugaba entonces, y qué equipo lo fichó después? ¿Quiénes fueron los dos jugadores del Hereford que marcaron en el pasmoso triunfo de su equipo, perteneciente a la Liga Sur, frente al todopoderoso Newcastle de Primera División? (¿Una pista? Todos esos nombres tienen una especial resonancia para los hinchas del Arsenal.) Las respuestas son las siguientes: el Oxford City y el Alvechurch; Ted Macdougall; el Bournemouth y el Manchester United; Ronnie Radford y Ricky George. El concursante que obtenga los siete puntos en liza, uno por respuesta acertada, se lleva unas pobladas patillas estilo años setenta.

Además, la competición dio lugar a aquellos desempates entre semana y a media tarde, al gesto triunfal de Charlie George. En Villa Park, en la semifinal que disputamos contra el Stoke, nuestro portero titular, Bob Wilson, tuvo que salir en camilla cuando íbamos 1-1 (le sustituyó John Radford), pero es que además hablé con Bob MacNab, el lateral izquierdo del Arsenal, dos horas antes de que empezara el encuentro.

Fui a Villa Park con Hislam, un aspirante a hooligan que vivía en Maidenhead, con el cual me encontraba bastante a menudo en los trenes de ida y de vuelta. Me inspiraba mucho respeto. Llevaba una bata blanca de carnicero adornada con toscos dibujos alusivos al Arsenal, siempre en rojo, como era de rigor para todo el que tuviera la pretensión de ser alguien en las graderías. En el tren de regreso, el que salía a las 17.35 de Paddington, se sentaba a mi lado y me preguntaba por el resultado, contándome que había estado detenido en las mazmorras de la policía, debajo del terreno de juego, y que no tenía ni idea de lo que había ocurrido encima de su cabeza. Jenkins, el cabecilla al parecer legendario de los hooligans del Fondo Norte (no será preciso decir que yo nunca había oído hablar de él), era uno de sus amigos íntimos.

Pronto iba a descubrir, tal como era de prever, que todo aquello era mentira podrida, y que la relación que Hislam tenía con la realidad era muy difusa incluso en sus mejores momentos. Si existía de veras un individuo como Jenkins (el cabecilla, una especie de general de los hooligans que todo lo planea y que es responsable de las tácticas militares del grupo, probablemente tiene su única razón de ser en la mitología urbana e incluso suburbana y periférica), Hislam no lo conocía. Yo mismo, deseoso de contar entre mis conocidos a un auténtico delincuente, empecé a preguntarme cómo sería posible que un chaval de catorce años, ostensiblemente inofensivo, consiguiera que lo arrestasen todos los sábados en que había partido por delitos que siempre resultaban frustrantemente inconcretos.

La cultura futbolística es tan amorfa, tan rígida y difícil de manejar, tan vasta (cuando oía hablar a Hislam de los incidentes que había presenciado en King's Cross y en Euston, en las callejuelas de Paddington, todo Londres parecía al alcance de sus tentáculos) que a la fuerza atrae a más seres fantasiosos de lo que en puridad le correspondería. Si alguien aspira a tomar parte en una terrible batalla campal contra los hinchas del Tottenham, la batalla no tuvo por qué haberse producido necesariamente dentro de un estadio, en un lugar en el que podría verificarse con facilidad. Pudo haberse producido en una estación de ferrocarril, por el camino del campo o en un pub en territorio enemigo: los rumores futboleros de esta índole siempre han sido tan espesos e impenetrables como la niebla. Hislam lo sabía, y era muy feliz cuando maquinaba sus grotescas, tremendas, inverosímiles mentiras. El fútbol era algo perfectamente pertrechado para alimentar su voraz apetito, sus ganas de autoengañarse, tal como podía alimentar las mías. Disfrutamos de una temporada en la que nuestra simbiosis funcionó de modo satisfactorio. Él quería creer que era un hooligan, y yo también. Durante aquella temporada, pudo contarme cualquier cosa que se le pasara por la cabeza.

Mi padre me había conseguido dos entradas para el partido, y yo aún no le había contado hasta qué punto llegaba mi soledad futbolística; Hislam se mostró generosamente de acuerdo en beneficiarse de la entrada libre. Cuando llegamos a Villa Park, primero tuvimos que encontrar la taquilla en la que debíamos recogerlas. Era la una y media, y allí estaban algunos jugadores, repartiendo entradas a sus mujeres y a sus amigos y familiares. Uno de ellos era Bob MacNab, el lateral izquierdo. No había jugado de titular desde el mes de enero, y me sorprendió verlo allí. Casi no pude creer que Bertie Mee, el entrenador, fuera a darle su primera oportunidad en tres meses, teniendo en cuenta que nos jugábamos la semifinal de la Copa. Al final, la curiosidad pudo más que mi timidez.

—¿Qué, Bob? ¿Vas a jugar?

—Pues mira, sí.

En los libros de corte autobiográfico, los diálogos son vistos de forma muy comprensible con cierta reticencia por parte del lector. ¿Cómo demonios va a recordar el autor al pie de la letra una conversación que tuvo lugar hace quince, veinte, cincuenta años incluso? Sin embargo, «¿Qué, Bob?

¿Vas a jugar?» es una de las únicas cuatro frases que he dicho directamente a un jugador del Arsenal. (Para que conste, las otras tres fueron: «¿Cómo va la pierna, Bob?», a Bob Wilson cuando se estaba recuperando de una lesión en la temporada siguiente; «¿Me firmas un autógrafo, por favor?», a Charlie George, a Pat Rice, a Alan Ball y a Bertie Mee; y, bueno, para terminar, «¿Cómo va la pierna, Brian?», que le dije a Brian Marwood a la entrada de la tienda del Arsenal, cuando ya tenía edad para no haber dicho semejante bobada.) Por lo tanto, puedo certificar que fue literalmente como lo cuento.

He imaginado algunas conversaciones, cómo no. Todavía a estas alturas me llevo a menudo a Alan Smith o a David O'Leary al pub, les invito a unas cervezas sin alcohol, me siento con ellos

y charlamos largo y tendido, hasta después de la hora de cierre del local, sobre la parsimonia de que se suele acusar a George Graham, el estado físico de Charlie Nicholas o el traspaso de John Lukic. En fin; lo cierto es que el club significa mucho más para nosotros que para ellos. ¿Dónde estaban ellos hace veinte años? ¿Dónde estarán dentro de veinte años? Mejor dicho, ¿dónde estarán un par de ellos dentro de tan sólo dos años? (En Villa Park o en Old Trafford, encarando la portería del Arsenal con la pelota en los pies: ahí estarán, cómo no.)

No, en serio: soy feliz tal y como están las cosas, muchas gracias. Ellos son jugadores del equipo, yo soy un hinch, y no me apetece emborronar las fronteras que existen. Los hombres suelen reírse ante lo que entienden como una grotesca inadecuación por parte de las groupies de las bandas de rock, pero pasar una noche con una estrella es algo perfectamente comprensible, que tiene su equilibrio y su lógica. (Si yo fuese una jovencita núbil de veinte años o así, probablemente iría a los entrenamientos a tirarle mis bragas a David Rocastle, por más que este tipo de confesión siga sin ser por desgracia aceptable, aun cuando la haga uno de los llamados «nuevos» hombres.) Con eso y con todo, muchos hemos tenido ocasión de hablar con los jugadores, ya sea en el acto de presentación de unas botas nuevas que la estrella va a promocionar o en la inauguración de una tienda de material deportivo, en un club nocturno o en un restaurante, y casi todos hemos aprovechado esas ocasiones. («¿Cómo va la pierna, Bob?»; «El sábado estuviste sensacional, Tony»; «Eh, no dejéis de machacar al Tottenham la semana que viene, ¿vale?») Y estos torpes, titubeantes y vergonzosos encuentros, ¿qué son sino tentativas algo alcoholizadas, intentos que uno hace a ciegas y en plena oscuridad? No somos jóvenes, no somos ninfas deseables; somos adultos que hemos echado barriga, y no tenemos realmente nada que ofrecer. Los futbolistas profesionales son personas tan maravillosas, tan deseables y tan inalcanzables como las modelos, y yo por lo menos no quiero pasar por un viejo verde que se dedica a pellizcar el trasero de la primera que se le pone a tiro.

Todo esto aún no lo tenía procesado cuando me encontré a Bob MacNab vestido de chándal. Cuando entré en el estadio y vi que dos tíos delante de mi sitio se ponían a hablar de los cambios de la alineación, les dije que Bob MacNab iba a jugar. Añadí que me lo había dicho él en persona. Me miraron, se miraron el uno al otro y menearon la cabeza (aunque cuando se anunció la alineación del partido por megafonía, volvieron a mirarme otra vez). Mientras tanto, Hisslam se había encaramado a lo más alto de la tribuna que en Villa Park llaman Holte End, para estar allí con los suyos, y no perdió un instante en contar a todo el que le prestara atención que se había colado en el estadio pasando por debajo de los tornos. (Esto se lo decía muy serio a todo el que se encontrase, tanto si lo conocía como si no, nada más entrar en el campo.) ¿Quién de los dos estaba fantaseando? Yo, no cabe duda. Nadie tiene la suerte de hablar con los jugadores justo antes del encuentro, aunque colarse sin pagar... ¿qué sentido tendría mentir en ese punto, cuando uno lleva una entrada en el bolsillo?

WEMBLEY, 2.ª PARTE: LA PESADILLA CONTINUA

LEEDS - ARSENAL 5/5/72

Un clásico sueño que representa la ansiedad, un sueño banal por lo obvio que resulta. Intento llegar al estadio de Wembley, llevo en el bolsillo una entrada para la final. Salgo de casa con tiempo de sobra para llegar al partido, pero todos los esfuerzos que hago por encaminarme al estadio me llevan a avanzar en sentido opuesto. Al principio, no paso de sentir una irritación que en el fondo me divierte, pero poco a poco se desencadena el pánico: cuando faltan dos minutos para las tres de la tarde, estoy en pleno centro de Londres e intento encontrar un taxi, a la vez que empiezo a reconocer que no voy a poder ver el partido. El sueño sin embargo me divierte, de un modo extraño. Lo he tenido seis veces, siempre antes de las finales de Copa que ha jugado el Arsenal desde 1972, así que es una pesadilla indisolublemente ligada al éxito. Me despierto bañado en un sudor frío, que me sirve para saborear el primer momento del día en que me anticipo a lo que está aún por venir.

La entrada para la final de Copa la había conseguido directamente a través del club, en vez de recurrir a la reventa y a mi padre. Me sentía ridículamente orgulloso de esa entrada: más excéntrica fue aún la alegría que me produjo la carta de felicitación con que recibí la entrada, que conservé durante varios años. Las entradas para la final de Copa se adjudicaban sobre la base de los cupones numerados que venían en la parte de atrás del programa. Quien tuviera todos los programas de mano, como yo, tenía más o menos todas las garantías de conseguir una entrada. El sistema aspiraba a recompensar a los hinchas más leales, aunque en realidad compensara a los hinchas más decididos a localizar los programas que les faltasen en los puestos de venta adecuados, repartidos por los alrededores del estadio (un proceso laborioso que constituía por sí solo una prueba de lealtad al club). Había estado en la inmensa mayoría de los partidos disputados en casa y en algunos de los que jugamos fuera; tenía tanto derecho como cualquiera, y puede que más que la mayoría de aficionados, a tener una localidad en las gradas de Wembley. Mi orgullo era debido a un sentimiento de pertenencia que no había tenido el año anterior.

(Este sentimiento de pertenencia es crucial a la hora de entender por qué hay gente que viaja a Plymouth un miércoles por la noche para presenciar en directo un partido insignificante; sin ese sentimiento, el fútbol no tendría sentido como negocio. Sin embargo, ¿hasta dónde llega? Hay hinchas que todas las semanas viajan a lo largo y ancho del país..., ¿les «pertenece» el club a ellos más que a mí? Y el viejo aficionado que sólo se desplaza diez veces por temporada, pero que ha ido a Highbury desde 1938..., ¿no le pertenece también a él, no pertenece él al club? Por descontado. Yo sin embargo necesité aún algunos años más para descubrirlo; entretanto, era simplemente cuestión de que el que no llora, no mama. A menos que yo hubiese sufrido, a menos que hubiese temblado y llorado a moco tendido en mi bufanda, nunca habría sido posible sentir el placer o apuntarse ningún tanto cuando llegasen los buenos tiempos.)

El partido fue de por sí tan deprimente como cualquier otro Arsenal-Leeds. Los dos equipos tenían ya una especie de historia de enfrentamientos mutuos, y los encuentros tendían a ser violentos y con pocos goles. Mi amigo Bob MacNab fue amonestado nada más empezar el partido; desde ese instante, todo fue un rosario de tiros libres y de tanguas, de zancadillas y dedos acusadores, de bufidos e insultos. La cosa empeoró sustancialmente si se tiene en cuenta que era el Centenario de la final de Copa de la Asociación de Fútbol Profesional. Estoy convencido de que si los peces gordos de la asociación hubiesen tenido las manos libres para elegir a los dos finalistas, el Arsenal y el Leeds habrían quedado en la parte más baja de la lista. Las celebraciones del aniversario que tuvieron lugar antes del partido (yo había encontrado mi localidad en la grada unos noventa minutos antes del comienzo del partido, como tenía por costumbre) consistieron en un desfile de todos los equipos que habían sido finalistas de Copa, cada uno con su estandarte, pero resultaron casi grotescas. ¿Alguien se acuerda del partidazo que hizo Matthews en el 53? ¿Y de Bert Trautmann, que jugó de portero con un collarín en las cervicales en el 56? ¿Recuerda alguien el equipo del Arsenal que alcanzó el doblete en el 61? ¿Y el triunfo del Everton en el 66? ¿Y el cabezazo magistral de Osgood en el 70? ¿Sí? Bien, pues vean ahora a Storey y a Bremner empeñados en hacerse mutuamente todos los cardenales que les sea posible en las piernas. La actitud con que se desarrolló el partido sólo sirvió para exacerbar la tensión que tenía en el estómago, para debilitarme con cada minuto de partido, tal como me había pasado en el partido contra el Swindon, disputado tres años antes. Si nadie iba a tomarse la molestia de poner de relieve los aspectos más gratificantes del fútbol (y hubo rachas en las que dio la impresión de que nadie se iba a tomar la molestia de tratar el balón como es debido), ganar la Copa iba a terminar por ser tanto más importante, ya que no había otra cosa en la que pensar.

Al comienzo de la segunda parte, Mick Jones llegó como buenamente supo hasta la línea de fondo y metió un pase para que Allan Clarke marcara el gol del Leeds de un cabezazo que resultó ridículo, pues no le costó ningún esfuerzo. Era ineludible que fuese el único gol del partido. Creo que tiramos un balón al poste o al larguero, no recuerdo bien, y también nos salvaron un tiro a gol desde la misma raya, pero eso no pasaba de ser la típica colección de momentos memorables en una final de Copa, que nadie se toma realmente en serio. Estaba clarísimo que los propios jugadores del Arsenal habían entendido lo infructuoso de su empeño.

Según se acercaba el final del encuentro, me dispuse a soportar la pena negra que se me iba a tragar entero, igual que ocurrió después del partido contra el Swindon. Tenía quince años: la opción de echarme a llorar ya no estaba a mi alcance, tal como había estado en 1969. Cuando el árbitro pitó el final del encuentro, recuerdo que se me reblandecieron un poco las rodillas. No sentí ninguna lástima por el equipo, ni por el resto de los hinchas, sino por mí mismo, aunque ahora comprendo que toda la tristeza que pueda producir el fútbol siempre adquiere esta forma. Cuando nuestros equipos pierden en Wembley, pensamos en los compañeros de clase o de trabajo a los que hemos de ver el lunes por la mañana, y pensamos en el delirio que nos ha sido negado; parece inconcebible que alguna otra vez lleguemos a sentirnos tan vulnerables como en esos instantes. Tuve la sensación de que ya nunca más tendría el valor de ser un hincha. ¿Cómo iba a pensar siquiera en pasar otra vez por semejante tesitura? ¿Es que iba a

tener que ir a Wembley cada tres o cuatro años, durante el resto de mi vida, para terminar sintiéndome así de mal?

Noté que alguien me echaba el brazo al hombro y por primera vez comprendí que estaba de pie junto a tres hinchas del Leeds: un hombre mayor, su hijo y su nieto. «No te preocupes, chaval —dijo el viejo—. Seguro que vuelven.» Por un instante pensé que me estaba sujetando para que no me cayera, hasta que se me pasó el primer espasmo de tristeza, el más intenso, y recobré la fuerza. Casi inmediatamente vi a dos cabezas rapadas del Arsenal, que se acercaban con una inconfundible y ominosa furia en la mirada, abriéndose paso hacia nosotros cuatro. Me hice a un lado y vi que le quitaban al pequeño la bufanda del Leeds que llevaba al cuello. «Devuélvesela», dijo su padre, aunque sólo por saber que habría parecido un mequetrefe si no hubiera dicho nada y pese a no abrigar la menor esperanza de que se la devolvieran. Se produjo un breve remolino de puños al aire, y los dos hombres dieron un paso atrás; yo no me quedé a ver qué tipo de paliza se llevaban. Me fui corriendo a la salida y me marché directamente a casa, asustado y mareado, medio enfermo. En realidad, sólo de esa forma pudo haber terminado la final de Copa del Centenario.

UNA NUEVA FAMILIA

ARSENAL — WOLVES15/8/72

A lo largo del verano de 1972 cambiaron las cosas. El Arsenal, que como equipo era la quintaesencia del fútbol inglés (es decir, el más directo y agresivo que se pueda imaginar), se nos puso de parte del fútbol continental, y durante media docena de partidos, a comienzos de la temporada 1972-1973, decidieron ponerse a jugar un fútbol total. (Para quienes sólo tengan una vaga idea de las tácticas futbolísticas, el fútbol total fue una invención holandesa que partía de la flexibilidad de todos los jugadores presentes en el terreno de juego. Los defensores tenían que atacar, los delanteros tenían que jugar en el centro del campo: fue la versión futbolística de la posmodernidad, y a los intelectuales les entusiasmó.) Aquel mes de agosto los aplausos moderados y cómplices empezaron a ser tan habituales en Highbury como lo había sido el roce de sesenta mil pies sólo dos años antes. Imagínese que la señora Thatcher vuelve un buen día de Bruselas y nos da un sermón sobre los peligros de la patriotería: sólo así se puede tener una idea bastante aproximada de lo sorprendente que fue aquella conversión.

Después de ganar en el campo del Leicester en el partido inaugural de la temporada, hicimos trizas a los Wolves (5-2, con goles de dos defensas como MacNab y Simpson). «Nunca he gozado tanto en un partido del Arsenal», dijo el comentarista del Daily Mail a la mañana siguiente. «Jugaron mejor que en una docena de partidos del año del doblete.» «La dureza de antaño, la obsesiva búsqueda de los cabezazos que pudieran conectar los delanteros, han desaparecido. Tal como descubrieron los desventurados jugadores de los Wolves, el Arsenal tiene una inventiva y una capacidad de improvisación totalmente desconocida.» Por primera vez, aunque es cierto que no fue la última, empecé a pensar que el estado de ánimo y la fortuna del Arsenal eran reflejo de los míos. No fue tanto que los dos estuviéramos jugando con brillantez y que además ganásemos (aunque mis notas en los últimos exámenes fuesen la prueba definitiva que yo necesitaba para convencerme de que era un auténtico aspirante al Campeonato de la Vida). Fue más bien que durante el verano de 1972 mi vida pareció haberse convertido repentina y pasmosamente en algo exótico, y el hecho de que mi equipo hubiese adoptado como por arte de birlibirloque un extravagante estilo continental fue perfecta e inexplicablemente análogo. En aquel partido contra los Wolves, absolutamente todo fue desconcertante: los cinco goles, la calidad de los pases (Alan Ball estuvo extraordinario), el ronroneo del público, el entusiasmo que despertó el equipo en una prensa habitualmente hostil. Y yo todo esto lo vi desde la parte inferior de la Banda Este, en compañía de mi padre y de mi madrastra, una mujer a la que había conocido pocas semanas antes, en la cual siempre había pensado, caso de que llegara a pensar en ella, como si fuera lisa y llanamente el Enemigo.

Durante los cuatro o cinco años transcurridos desde la separación de mis padres, a mi padre nunca le había preguntado nada sobre su vida privada. En parte, mi inhibición es comprensible: como casi todos los niños de mi edad, yo carecía del vocabulario y de las agallas necesarias para hablar de cosas así. En parte, tampoco es tan fácil de explicar, por estar relacionado con el hecho de que ninguno de los dos hacíamos la menor referencia a lo ocurrido, al menos

mientras pudiéramos evitarlo. Aun cuando yo tuviera constancia de que existía Otra Mujer cuando se fue mi padre, nunca le había preguntado nada acerca de ella. La imagen que por tanto tenía de mi padre era muy incompleta. Sabía que seguía trabajando, que vivía en el extranjero, pero nunca me propuse imaginar el tipo de vida que pudiera llevar: él me acompañaba al fútbol, me preguntaba qué tal me iba todo en el colegio y luego desaparecía otro par de meses, que seguramente pasaba en una especie de limbo que yo no me había parado a imaginar.

Era inevitable que tarde o temprano me viera obligado a afrontar el hecho de que mi padre, como cualquiera de nosotros, vivía en un contexto distinto, más amplio del que yo le había adjudicado. Esa confrontación se produjo a comienzos del verano de 1972, cuando descubrí que mi padre y su segunda esposa habían tenido dos hijos que aún eran pequeños. En julio, sin haber digerido aún aquella asombrosa noticia, fui a Francia a visitar a una familia con la que ni siquiera había soñado nunca. Como toda esa realidad hasta entonces me había sido ocultada, no dispuse de la gradual acumulación de detalles que suele tenerse en estos casos: igual que Mia Farrow en *La rosa púrpura de El Cairo*, arrastrada del patio de butacas a la pantalla, para caer en una película a la cual se la llevó uno de los personajes, yo me vi lanzado de golpe y porrazo a un mundo que había sido imaginado y construido sin mi participación, un mundo radicalmente ajeno, y sin embargo de algún modo reconocible. Mi hermanastro era pequeño, moreno, y cuidaba con gran respeto a su hermanita, dieciocho meses menor que él, rubia y expansiva, una niña que derrochaba confianza en sí misma... ¿Dónde había visto yo a esos dos? En nuestras películas domésticas, así de fácil. Y si eran nosotros dos, Gilí y yo, ¿por qué hablaban a medias en francés y a medias en inglés? ¿Qué se suponía que era yo para ellos? ¿Un hermano, una especie de tercer padre, algo a mitad de camino, un intermediario del mundo de los adultos? ¿Cómo era posible que hubiese una piscina y que en la nevera nunca faltasen las Coca-Colas? Me encantó, me espantó, quise volver a casa en el primer avión y quise quedarme hasta el final del verano, todo al mismo tiempo.

Cuando volví, tuve que inventarme un *modus vivendi* que me sirviera durante los años venideros, tarea que pensé que podría conseguir cerciorándome de que el nuevo mundo nunca fuera mencionado en el viejo, aunque de nada hubiera servido quejarse de que en nuestro minúsculo jardín no hubiese piscina; por eso, una parte inmensa e importantísima de mi vida quedó íntegra y pacíficamente al margen de la otra, bien separada, en un planteamiento perfectamente ideado para generar no poca mendacidad, autoengaños y brotes de esquizofrenia en un adolescente bastante confuso de por sí.

Cuando mi madrastra se sentó a mi lado en Highbury para ver el partido contra los Wolves, fue como si un personaje de Dinastía hubiese hecho su entrada en Southfork, el rancho de Dallas: la aparición de un habitante de un mundo determinado en el centro de otro mundo separado de aquél por compartimentos estancos, de algún modo secó la realidad inherente a los dos. Para colmo, al Arsenal le dio por colocar pases perfectamente medidos por todo el campo, y nuestros defensas empezaron a aparecer como por ensalmo en el área contraria, para colarle alguna que otra vaselina al portero contrario con una precisión y una delicadeza dignas de Johan Cruyff. Mis sospechas de que el mundo se había vuelto loco de remate se vieron

confirmadas. El Arsenal en pleno estaba convencido de ser la selección de Holanda. Si hubiese afinado la vista, seguramente habría llegado a ver cerdos volando con toda serenidad por encima del Fondo del Reloj.

Dos meses después caímos derrotados por 5-0 en Derby, y de inmediato volvimos a nuestro juego de siempre, tenaz y tranquilizante. El hecho de que el experimento fuese tan breve de algún modo reforzó la impresión de que todo había sido una metáfora particularmente ingeniosa, ideada sólo para mí y descartada en el momento en que yo pude entenderla.

CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

CRYSTAL PALACE — LIVERPOOL OCTUBRE DE 1972

He aprendido unas cuantas cosas gracias al fútbol. El hecho de que conozca buena parte de la geografía de Inglaterra y de Europa no se debe al colegio, sino a los partidos fuera de casa y a las páginas deportivas de los periódicos, y el fenómeno de los hooligans me ha aportado cierto gusto por la sociología y un grado no desdeñable de trabajos de campo. He aprendido el valor que tiene invertir mi tiempo y mi energía en cuestiones que no puedo controlar, así como el valor que tiene el pertenecer a una comunidad cuyas aspiraciones comparto por completo, de forma totalmente acrítica. En mi primera visita a Selhurst Park, con mi amigo el Rana, vi un cadáver, el primero que veía, y aprendí algo sobre, bueno, sobre la vida misma.

Según caminábamos hacia la estación de ferrocarril después del partido, descubrimos al hombre tendido en el suelo, parcialmente cubierto por una gabardina, con una bufanda del Palace, púrpura y azul, todavía al cuello. Otro hombre más joven estaba agachado junto a él. Nosotros dos cruzamos la calle para echar un vistazo.

—¿Está bien? —preguntó el Rana.

El hombre meneó la cabeza.

—No. Está muerto. Yo iba caminando detrás de él y de repente se desplomó.

Parecía muerto, es verdad. Estaba grisáceo. Hasta nosotros reconocimos que estaba increíblemente inmóvil. Los dos nos quedamos impresionados.

El Rana intuyó que allí había una historia que valía la pena conocer, que interesaría no sólo a la peña de nuestro curso, sino también a los mayores.

—¿Quién se lo ha cepillado? ¿Los tarados del Liverpool?

El hombre perdió los estribos en ese momento.

—¡Qué va! Ha tenido un ataque al corazón. Ahora, largaos de aquí, mocosos.

Y nos largamos, claro, y así terminó el incidente. Nunca lo he llegado a olvidar del todo, las cosas como son: fue mi primera y única visión de la muerte, y ésa es una imagen instructiva. La bufanda del Palace, un detalle banal y hogareño; el momento del suceso (después del partido, pero a mitad de temporada); el desconocido que prestaba una atención consternada, pero en el fondo ajena al suceso. Y, para postre, los dos adolescentes idiotizados, boquiabiertos ante una pequeña tragedia, fascinados e incluso embelesados, sin el menor rastro de azoramiento.

Me preocupa la perspectiva de morir a mitad de temporada de esa forma, aunque soy consciente de que con toda probabilidad moriré en algún momento comprendido entre agosto y mayo. Todos tenemos la ingenua aspiración de que, cuando nos vayamos de este mundo, no dejaremos ningún cabo suelto por ahí: habremos hecho las paces con nuestros hijos, les habremos dejado felices, bien asentados en el mundo, y habremos conseguido más o menos todo lo que queríamos conseguir a lo largo de la vida. Es una soberana estupidez, por supuesto. Los hinchas de fútbol que contemplan su propia mortalidad saben de sobra que es una estupidez. Quedarán cientos de cabos sueltos. Es posible que muramos la víspera de que nuestro equipo por fin juegue en Wembley, o al día siguiente del partido de ida de una eliminatoria de la Copa de Europa, o en plena campaña por el ascenso, o en medio de una cruda batalla por evitar el descenso de categoría; teniendo en cuenta las diversas teorías que existen sobre la vida en el más allá, tenemos todas las papeletas de no llegar a saber nunca cuál fue el resultado. Todo lo que realmente cuenta acerca de la muerte, en términos metafóricos, es que casi con toda seguridad nos sucederá antes de que obtengamos los grandes trofeos a que aspiramos. Aquel hombre tendido en la acera, tal como comentó el Rana en el camino de vuelta a casa, no llegaría a saber si el Palace permaneció en Primera División al final de la temporada; tampoco llegaría a saber que el Palace no ha dejado de subir y bajar de categoría durante los veinte años siguientes, que han cambiado los colores del uniforme al menos una docena de veces, que llegarían a jugar una final de Copa, que terminarían jugando los partidos con la inscripción «VIRGIN» en la camiseta. Pero así es la vida.

No me gustaría morir a mitad de temporada. Por otra parte, soy uno de los que seguramente serían felices, creo yo, si mis cenizas fueran esparcidas sobre la hierba de Highbury (aunque también comprendo que hay restricciones en este sentido: son demasiadas las viudas que contactan con el club para cumplir el último deseo de sus difuntos esposos, y existe el temor de que el césped no responda favorablemente ante el contenido de la cantidad de urnas que se vaciarían en el campo). Sería muy grato pensar que quizá pueda permanecer en suspenso dentro del estadio de una forma u otra, para ver al primer equipo un sábado y al filial el sábado siguiente; me gustaría tener la certeza de que mis hijos y mis nietos serán hinchas del Arsenal, y de que podré ver los partidos junto a ellos. No me parece una mala manera de pasar la eternidad. Y no me cabe duda de que preferiría que mis cenizas fueran esparcidas por la Banda Este, en vez de en el Atlántico o en una montaña cualquiera.

Tampoco querría morir inmediatamente después de un partido, claro (como le pasó a Jock Stein, seleccionador nacional de Escocia, que murió después de que su equipo ganase a Gales y se clasificara para jugar la fase final de los Mundiales, o como el padre de un amigo, que murió hace unos años al término de un Celtic-Rangers de Glasgow). De alguna forma, parece un exceso pensar que el fútbol sea el único contexto adecuado para la muerte de un hincha. (Y no me refiero a las muertes de Heysel o Hillsborough, de Ibrox o Bradford: ésas fueron tragedias de índole muy diferente.) No me gustaría que me recordasen con un meneo de cabeza y una sonrisa cariñosa, dando a entender que ésa sería la forma de morir que yo habría elegido, suponiendo que pudiera elegir. Siempre me quedaré con la gravedad de lo serio antes que con la congruencia más ramplona.

A ver si lo aclaramos de una vez. No quisiera estirar la pata en Gillespie Road después de un partido, porque podría ser recordado como un excéntrico; sin embargo, por excéntrico que sea, quiero flotar sobre Highbury en calidad de espíritu incorpóreo, y ver los partidos del filial durante el resto de la eternidad. En cierto modo, estos dos deseos —a primera vista incompatibles, e incomprensibles, supongo, para todo el que no tenga una fijación equivalente— son característicos de los obsesos, epítome de su gran dilema. Aborrecemos que nos traten con cierto paternalismo (hay personas que sólo me conocen en mi vertiente de maníaco compulsivo, que me preguntan con paciencia y lentitud, con monosílabos, qué tal estuvo el Arsenal y, acto seguido, se vuelven a hablar con otra persona de la vida en general, como si el hecho de ser un hinchado descartase de plano la posibilidad de formar una familia, tener un trabajo o expresar una opinión acertada sobre la medicina alternativa); aunque nuestra demencia implica que la condescendencia ajena sea casi inevitable. Me lo conozco al dedillo, y pese a todo deseo lastrar a mi hijo bautizándolo con los patronímicos de Liam Charles George Michael Thomas. En fin, supongo que me lo tengo merecido.

EL DÍA DE LA GRADUACIÓN

ARSENAL — IPSWICH14/10/72

Cuando cumplí quince años ya no era tan bajito: a decir verdad, en mi curso había unos cuantos chavales bastante más bajos que yo. En muchos aspectos fue todo un alivio, aunque implicó un problema que me atormentó por espacio de unas semanas: si de veras quería conservar un mínimo respeto por parte de los demás, ya no podía posponer el paso del Recinto de los Escolares al Fondo Norte, la gradería cubierta que se halla tras una de las porterías y que alberga a los hinchas más escandalosos y más bestias del Arsenal.

Había planeado mi debut con todo esmero. Durante parte de la temporada, había pasado más tiempo contemplando aquella alarmante masa de ruidosa humanidad que se situaba a mi derecha que dedicado a contemplar lo que sucedía en el campo, delante de mis narices. Intentaba calcular exactamente adónde podía dirigirme, qué partes me convenía evitar. El partido contra el Ipswich se me antojó la oportunidad ideal: era poco o nada probable que los hinchas del Ipswich se propusieran «tomar al asalto» el Fondo Norte, y el público apenas llegaría a los treinta mil, más o menos la mitad del aforo del estadio. Había llegado el momento de abandonar para siempre a los Escolares.

Es difícil recordar ahora con cierta precisión qué era lo que más me preocupaba. A fin de cuentas, cuando viajaba al campo del Derby, o a Birmingham para ver al Aston Villa, por lo común me apostaba en el fondo que ocupábamos la hinchada visitante, que en realidad no era sino un Fondo Norte cambiado de estadio, así que no pudo darme miedo la perspectiva de que surgieran problemas (pues siempre era más probable en los partidos de fuera o al otro extremo del campo del Arsenal), ni tampoco pudo amedrentarme el tipo de gente con la que iba a estar de pie. Más bien supongo que me daba miedo la idea de que alguien me descubriese, tal como había sucedido en Reading a principio de año. ¿Y si los de mi alrededor descubrieran que no era de Islington? ¿Y si se daban cuenta de que era nada menos que un intruso procedente de la periferia, que iba a la escuela secundaria y que preparaba sus exámenes de latín? Al final tuve que arriesgarme. Tal como parecía probable, si provocaba que la gradería en pleno se pusiera a cantar ensordecedoramente «HORNBY ES UN PAJILLERO» u «ODIAMOS A LOS EMPOLLONES, ODIAMOS A LOS EMPOLLONES, ODIAMOS A LOS EMPOLLONES» al son de «Dambusters' March», allá penas: al menos tenía que intentarlo.

Llegué a las gradas poco después de las dos. Aquello me pareció enorme, mucho mayor de lo que me había parecido desde mi localidad de costumbre: una vastísima extensión de empinadas gradas de cemento gris, sobre las cuales se había erigido un complejo de vallas metálicas. La posición que había escogido —exactamente en el centro, más bien abajo— indicaba tanto un considerable grado de jaleo vocal (en la mayor parte de los estadios, el ruido de los espectadores se inicia en el centro de la grada que ocupan los hinchas del equipo de casa, y se extiende hacia el exterior; los laterales del campo y las localidades de asiento sólo se suman al bullicio en situaciones de gran excitación) como un grado no desdeñable de

precaución (en el centro, pero más arriba, no era precisamente el lugar más idóneo para un debutante delicado de corazón).

Los ritos de iniciación suelen encontrarse más a menudo en las novelas con pretensiones de alta literatura, o en las producciones cinematográficas de Hollywood también pretenciosas, que en la vida real, sobre todo en la vida real de la periferia de las grandes ciudades. Todas las cosas que presuntamente habían de transformarme —el primer beso, la pérdida de la virginidad, la primera pelea, la primera copa, las primeras drogas— más o menos sucedieron tal como estaba previsto; no tuvo parte la voluntad, no hubo un doloroso proceso de toma de decisiones (la presión del grupo de individuos semejantes, el mal humor, la relativa precocidad de la mujer adolescente tomaron todas las decisiones por mí), y es posible que, a fin de cuentas, yo surgiera de todas estas experiencias formativas tan completamente amorfo como antes de vivirlas. Atravesar el torno del Fondo Norte fue la única vez, que yo recuerde, en que agarré el toro por los cuernos al menos hasta que tuve veintitantos (en serio: éste no es el lugar más adecuado para repasar todos los toros que debería haber agarrado por los cuernos a esas alturas, pero sé bien que no me había tomado la molestia, y que me daba igual): quería hacerlo, pero al mismo tiempo me daba —es patético— un poco de miedo. Mi único rito de iniciación, pues, fue el haberme plantado sobre un trozo de cemento distinto de otro cualquiera; el hecho de que me hubiese convencido para hacer algo que sólo deseaba hacer a medias, el hecho de que saliera bien... para mí fue importante.

Una hora antes del comienzo del partido, la vista que tenía desde mi sitio era espectacular. Nada me tapaba ninguno de los rincones del terreno de juego, e incluso la otra portería, aunque me la había imaginado diminuta, se veía con toda claridad. En cambio, a las tres en punto sólo veía una franja del campo, un estrecho túnel de hierba que iba desde el área pequeña más cercana hasta la línea de fondo de la otra mitad. Los banderines de córner habían desaparecido del todo; la portería que tenía debajo de mí sólo era visible si saltaba en el momento oportuno. Cada vez que un disparo salía desviado por poco en nuestro fondo, todo el mundo se apelotonaba hacia delante; tenía que bajar seis o siete peldaños por las gradas, y cuando miraba alrededor, la bolsa de lona en la que había dejado mi programa de mano y mi Daily Express parecía estar a muchos kilómetros de distancia, casi como una toalla en la playa cuando has salido a nadar en un mar bravío. Vi el único gol del encuentro, un voleón de George Graham desde unos treinta metros, pero sólo pude verlo porque lo marcó en el Fondo del Reloj.

Me encantó estar allí, por supuesto. Me encantaron las distintas categorías de ruido: el ruido formal, ritual, que se armaba al saltar los jugadores al terreno de juego (íbamos invocando el nombre de cada uno de los titulares, empezando por nuestro preferido, hasta que cada uno respondía con un saludo); el rugido espontáneo y amorfo, correspondiente a los momentos en que algo apasionante había ocurrido en el campo; el redoblado vigor de nuestros cánticos después de un gol, o después de un ataque continuado contra la meta contraria. (Y también allí se daba, entre hombres más jóvenes y menos alienados, ese rumor sordo y futbolero que se oye cuando las cosas se tuercen.) Tras mi alarma inicial, empezó a gustarme el instante y el modo en que era arrojado hacia el campo y succionado después hasta volver a mi sitio. Y me

encantaba el anonimato: a fin de cuentas, nadie me iba a descubrir. Me quedé allí durante diecisiete años seguidos.

Hoy en día ya no existe el Fondo Norte. El Informe Taylor recomendó que, después de Hillsborough, los estadios de fútbol sólo tuvieran localidades de asiento. Todos los clubs de Gran Bretaña han decidido seguir esa recomendación. En marzo de 1973 estuve entre sesenta y tres mil espectadores en Highbury, para asistir a un desempate en una eliminatoria de Copa contra el Chelsea. Hoy en día es imposible que se junte tal número de espectadores en Highbury ni en ningún otro estadio de Inglaterra, con la salvedad de Wembley. En 1988, el año anterior a la catástrofe de Hillsborough, el Arsenal llegó a reunir dos veces en una misma semana a cincuenta y cinco mil espectadores. El segundo de aquellos dos partidos, una semifinal de la Copa de la Liga frente al Everton, parece hoy en día el último de los partidos que representan en la memoria la experiencia del fútbol en estado puro: los focos encendidos, la lluvia constante, un inmenso rugir que no cesó en todo el partido. Sí, claro que es triste; el gentío que se junte en un partido de fútbol aún será capaz de crear un nuevo ambiente que pueda electrizar a los presentes, pero nunca podrá recrear aquel ambientazo de antes, que requería una muchedumbre enorme y un contexto en el que la simple multitud pudiera formar un único e inmenso cuerpo reactivo.

Más triste aún es la forma que ha escogido el Arsenal para remodelar el estadio. Me costó 25 peniques ver el partido contra el Ipswich; el plan de obligaciones que ha lanzado el Arsenal implica que a partir de septiembre de 1993, un abono para el Fondo Norte costará un mínimo de 1.100 libras más el precio de la entrada. Pensando incluso en la inflación, me resulta un poco excesivo. Un plan de emisión de bonos y obligaciones parece una idea financieramente muy acertada para el club, pero es impensable que el fútbol en Highbury vuelva a ser como era.

Los grandes clubs parecen estar hartos de sus hinchas de base. En cierto modo, ¿quién podría echarles la culpa de eso? Los jóvenes varones de clase obrera, de clase media baja, suelen traer de la mano un complejo y a veces inquietante conjunto de problemas propios; los presidentes y los consejeros podrían sostener que dispusieron de una ocasión y que la echaron a perder, e incluso que las familias de clase media —el nuevo público al que se quiere traer al estadio— no sólo se portarán como es debido, sino que además pagarán mucho más para hacerlo.

Este argumento tiende a pasar por alto ciertas cuestiones capitales sobre la responsabilidad y la justicia, así como que los clubs de fútbol tengan o no un papel que desempeñar en la comunidad a la que pertenecen. Pero es que aun cuando no se tengan en cuenta estos problemas, a mí me da la impresión de que en todo el razonamiento se esconde un defecto fatal. Parte del placer que se tiene en un estadio de fútbol es una mezcla de lo indirecto y lo parasitario, ya que a menos que uno esté en el Fondo Norte, o en el Kop si uno es hincha del Liverpool, o en Stretford End si el equipo de sus amores es el Manchester United, confía plenamente en que sean otros los que aporten el ambiente, y el ambiente es uno de los ingredientes clave de la experiencia futbolística. Estos inmensos fondos son tan vitales para los

clubs como para los propios jugadores, no sólo porque los ocupantes de los fondos manifiestan sonoramente su apoyo incondicional al equipo, no sólo porque proporcionan al club cuantiosas sumas con cada partido (aunque estos factores no sean mi mucho menos desdeñables), sino sobre todo porque sin su concurso nadie se tomaría la molestia de ir al campo.

El Arsenal, el Manchester United y los demás son víctimas de la ilusión de que la gente paga el precio de la entrada para ver jugar a Paul Merson y a Ryan Giggs, y por supuesto que es así. No obstante, son muchos —las personas que ocupan los asientos que cuestan unas veinte libras, y los tíos de tribunas y palcos— los que también pagan por ver cómo ve la gente a Paul Merson (o por oír cómo le gritan a voz en cuello). ¿Quién pagaría por una tribuna si el campo entero estuviese lleno de ejecutivos? El club vende las entradas de tribuna y de palco con la condición de que el ambiente es gratis, por lo cual es lícito pensar que el Fondo Norte ha generado tantos ingresos como cualquiera de los jugadores. ¿Quién se va a ocupar del ruido a partir de ahora? ¿Seguirán yendo al campo los chavales de clase media, con sus padres y sus madres, si son ellos los que tienen que generar el ruido y el ambiente? ¿No tendrán la sensación de que les han timado? Efectivamente, así las cosas el club les habrá vendido entradas para un espectáculo cuyo mayor atractivo ha sido eliminado precisamente para dejarles sitio a ellos.

Un apunte más sobre el tipo de público que el fútbol ha decidido que quiere tener: los clubs tienen que asegurarse de ser muy buenos, de que no habrá años de vacas flacas, porque ese nuevo público no tolerará un solo fracaso. Ese público no lo conforman personas capaces de ir a ver jugar al equipo contra el Wimbledon por ejemplo en pleno mes de marzo, cuando el equipo esté en el decimoprimer lugar de la clasificación y haya sido eliminado de todas las competiciones de Copa. ¿Por qué iban a ir al campo en esas condiciones, si tienen muchísimas otras cosas que hacer? Por eso, si no me equivoco, el Arsenal ha apostado por no pasar más rachas de diecisiete años sin ganar un solo título, tal como ocurrió entre 1953 y 1970, ¿no es eso? Se acabaron los flirteos con el descenso, como en 1975 y 1976, o los lustros en los que no estuvimos presentes en ninguna final, tal como ocurrió entre 1981 y 1987. Nosotros, los ingenuos incondicionales, aguantamos todo eso y mucho más. Al menos estaremos presentes veinte mil de los nuestros, por mal que vaya el equipo (y a veces ha ido mal, muy mal, fatal). En cambio, este nuevo público... bueno, yo no estaría tan seguro.

EL PAQUETE COMPLETO

ARSENAL — COVENTRY 4/11/72

La única molestia del Fondo Norte fue que me compré el paquete completo. Durante el segundo tiempo del tercer partido que veía desde allí (el segundo, contra el Manchester City, fue memorable tan sólo porque Jeff Blockley, reciente fichaje del club y tan incompetente que podría haber rivalizado con el mismísimo Ian Ure, desvió con la mano un córner del Manchester City al larguero: el balón botó detrás de la línea de gol, pero el árbitro no les concedió ni el gol ni el penalti; ¡cómo nos reímos!), Tommy Hutchison, del Coventry City, metió un golazo impresionante en una jugada individual. Recibió el balón a unos treinta metros de la línea de fondo, por la banda izquierda, y dejó a su paso un reguero de defensas del Arsenal, para salvar la salida de Geoff Barnett con un toque magistral por encima del portero, colándola por la escuadra del segundo palo. En el Fondo Norte se hizo un segundo de silencio cuando vimos a los hinchas del Coventry regodearse en el Fondo del Reloj como si fuesen delfines en el acuario, y acto seguido se entonó de todo corazón y al unísono el amenazador cántico de turno: «Os vamos a moler la puta cabeza a patadas.»

Obviamente, ya lo había oído antes. Durante quince años más o menos había sido la respuesta de turno a cualquier gol que marcase el equipo visitante en cualquier campo de fútbol de todo el país (las variantes propias de Highbury eran: «Vais a volver a casa en una ambulancia de Londres», «Os esperamos a la salida» y «Los del Fondo del Reloj, haced lo que tengáis que hacer»; como los hinchas del Arsenal instalados en el Fondo del Reloj estaban más cerca de los hinchas del equipo contrario, se les cargaba con la responsabilidad de la venganza). En esta ocasión, la única diferencia fue que yo mismo entoné la imprecación por vez primera. Me irritó ese gol; me ofendió y me dejó tan hundido como a todos los que estábamos en la grada. Fue una suerte que todo un campo de fútbol me separase de los hinchas del Coventry en ese momento, porque si no..., si no..., hubiese hecho de todo, cualquier cosa, no sé qué, pero suficiente sin duda para aterrorizar a todo el distrito postal N5.

En muchos aspectos, por descontado, tenía su gracia, tal como la tiene la inmensa mayoría de las pretensiones propias de los hooligans adolescentes, aunque todavía ahora me cuesta trabajo reírme de mi conducta: ha pasado media vida desde aquello, y aún me da vergüenza. Prefiero pensar que en aquel furioso quinceañero no había nada de mí, del adulto, pero sospecho que eso sería excederse en optimismo. En mí queda mucho de aquel quinceañero, es inevitable (tal como les pasa a millones de hombres), y así se explica en parte al menos la vergüenza. El resto yo creo que se debe al reconocimiento del adulto en el muchacho. Sea de un modo o de otro, no es buena noticia.

Al final sí que aprendí. Aprendí que amenazar a cualquiera era una ridiculez: con la misma, podría haber prometido a los hinchas del Coventry que iba a tener un hijo suyo. Aprendí además que la violencia, y la cultura concurrente con la violencia, es en todos los casos poco apetecible: no mola nada (ninguna de las mujeres con las que he tenido ganas de acostarme

se habría quedado especialmente impresionada aquella tarde por mi reacción). La mayor lección, la que te hace ver que el fútbol no es más que un juego, y que si tu equipo pierde no hay razón para ponerse hecho un basilisco... Prefiero pensar que también la he aprendido bien. Pero todavía hay ocasiones en que siento esa punzada, sobre todo en los partidos fuera de casa, cuando estamos rodeados por los hinchas del equipo contrario y el árbitro no nos pasa ni una, y aguantamos y aguantamos, hasta que Adams resbala y el delantero centro contrario cuele un remate, y se arma una zapatiesta enorme a tu alrededor... Vuelvo a acordarme de dos lecciones, no de las tres, lo cual en ciertos aspectos es suficiente, aunque no lo sea en otros.

De alguna forma, la masculinidad ha adquirido un sentido más específico, menos abstracto que la feminidad. Muchas personas parece que contemplan la feminidad como una cualidad; en cambio, según gran número de hombres y mujeres por igual, la masculinidad es un conjunto común de suposiciones y de valores que los hombres pueden aceptar o rechazar. ¿Te gusta el fútbol? Entonces también te tiene que gustar la música soul, la cerveza, soltarle un sopapo a otro, sobarle las tetas a las mujeres, el dinero. ¿Que prefieres, el rugby o el críquet? Entonces te tienen que gustar los Dire Straits o Mozart, el vino, pellizcarles el trasero a las mujeres, el dinero. ¿Que no te va ni lo uno ni lo otro? Macho, nein danke? En ese caso, se deduce que eres un pacifista vegetariano, estudiadamente ajeno a los encantos de Michelle Pfeiffer, convencido de que sólo los vivales más rijosos escuchan a Luther Vandross.

Es fácil olvidarse de que podemos elegir. Teóricamente, es posible que a uno le guste el fútbol, la música soul y la cerveza, por poner un ejemplo, y que aborrezca sobar las tetas y pellizcar los traseros de las mujeres (o bien, hay que admitirlo, a la inversa); es posible admirar a Muriel Spark y también a Bryan Robson. No deja de ser interesante que sean los hombres quienes parecen estar más al tanto de las ocasiones que existen para ligar y emparejarse: una colega mía, feminista de pies a cabeza, se negó literalmente a creer que yo voy a ver los partidos del Arsenal. Parece ser que su incredulidad fue debida a que una vez habíamos mantenido una animada conversación sobre una novela feminista. ¿Cómo iba a haber leído yo ese libro si además iba a Highbury con cierta frecuencia? Dile que te gusta el fútbol a una mujer que tenga costumbre de pensar, y te expones a ver por el ojo de la cerradura cómo es la muy aleccionadora imagen que tienen las mujeres del hombre.

Y, con todo, tengo que reconocer que mi lamentable furia durante el partido contra el Coventry fue la conclusión lógica de lo que se había iniciado cuatro años antes. A los quince años, yo no era capaz de elegir, y tampoco sabía reconocer que esta cultura no es forzosamente discrecional. Si me apetecía pasar los sábados en Highbury viendo un partido de fútbol, también tenía que enarbolar una lanza con toda la mala saña de que fuera capaz. Si, tal como parece muy probable, teniendo en cuenta que esporádicamente estaba sin padre, parte de mi obsesión por el Arsenal fue debida a que me proporcionaba una manera rápida de llenar un carrito anteriormente vacío en el Supermercado de la Masculinidad, quizá sea comprensible que no supiera distinguir hasta mucho después entre lo que era basura y lo que de veras valía la pena conservar. Lo metía todo en el mismo saco, todo lo que iba viendo. Y una rabia estúpida, ciega y violenta era algo que ciertamente apareció en mi campo visual.

Tuve suerte (y fue cuestión de suerte, no puedo apuntarme el tanto) de que muy pronto me diera náuseas aquello; tuve suerte de que la mayor parte de las mujeres que me han gustado, y de los hombres a los que quise por amigos, en esta etapa, a esos verbos les corresponde exactamente el lugar en que los he colocado, nunca habrían querido nada de mí en caso contrario. Si hubiese conocido a ese tipo de chica que aceptase o incluso fomentase la beligerancia masculina, quizá no habría tenido que tomarme la molestia. (¿Cómo era aquel eslogan antibelicista de la guerra de Vietnam? ¿«Las mujeres dicen sí a los hombres que dicen no»?) Hay en cambio hinchas y aficionados al fútbol, los hay a patadas, que nunca han sentido la necesidad ni la aspiración de contemplar en la debida perspectiva su propia agresividad. Son gente que me preocupa, gente que desprecio, gente que me da miedo; algunos, muchas veces hombres ya adultos, de treinta y tantos años de edad, incluso con hijos, ahora ya son demasiado viejos para ir por ahí amenazando a otros con molerles la cabeza a patadas, pero lo siguen haciendo.

CAROL BLACKBURN

ARSENAL — DERBY31/3/73

A estas alturas, tengo la impresión de que debo defender la exactitud de mis recuerdos y, quizá, la de todos los aficionados al fútbol por extensión. Nunca he llevado un diario en el que anotase asuntos futboleros, y a buen seguro que he olvidado por completo cientos y cientos de partidos; sin embargo, la unidad de medida de mi vida han sido los partidos jugados por el Arsenal. Todo acontecimiento dotado de cierto significado tiene en mi vida un matiz futbolístico. Por ejemplo, ¿la primera vez que fui testigo en una boda? Perdimos 1-0 contra los Spurs en la tercera ronda de la Copa, y escuché la retransmisión del trágico error que cometió Pat Jennings por la radio del coche, mientras estaba aparcado en una explanada en Cornualles que el viento barría sin misericordia. ¿Que cuándo terminó mi primera aventura amorosa de verdad? Al día siguiente de un decepcionante empate, 2-2, contra el Coventry: era 1981. Que estos acontecimientos tengan la debida conmemoración no deja de ser comprensible; en cambio, lo que no consigo explicar es por qué recuerdo algunas otras cosas. Por ejemplo, mi hermana recuerda haber estado dos veces en Highbury, pero no sabe nada más de aquellas dos ocasiones. Yo sé que asistió a un triunfo por 1-0 contra el Birmingham en 1973 (con gol de Ray Kennedy, precisamente la tarde en que debutó Liam Brady), y a otro por 2-0 contra el Stoke, ya en 1980 (goles de Hollins y Samson). Mi hermanastro vino por vez primera en 1973, y vio un empate, 2-2, en partido de Copa contra el Leicester. ¿A qué se debe que sea yo quien lo sabe con toda seguridad? Cuando alguien, hombre o mujer, me dice que estuvo en Highbury una vez en 1976, y que vio un partido contra el Newcastle que terminó en 5-2, ¿por qué me siento irrimediablemente inclinado a puntualizar, diciendo que el marcador final fue en realidad un 5-3? ¿Por qué no puedo limitarme a sonreír con un mínimo de cortesía y a decir que sí, que fue un partido espléndido?

Ya sé que somos unos pelmas, ya sé que debemos de parecer unos maniáticos, unos cascarrabias, pero ahora ya no se puede hacer gran cosa por cambiarnos. (A todo esto, mi padre es bastante parecido cuando se trata del fútbol en Bournemouth y del críquet en Hampshire durante la década de los cuarenta.) Esto de los marcadores, los goleadores, las ocasiones de que disfrutamos, etcétera, son recuerdos de una sola pieza: la pifia de Pat Jennings en aquel partido contra el Tottenham no tuvo la misma importancia que la boda de Steve, por descontado que no. Sin embargo, los dos acontecimientos han terminado por ser, para mí, partes intrínsecamente complementarias de un conjunto nuevo y diferente. Por consiguiente, quizá pueda decir que la memoria de un obseso sea más creativa que la de una persona normal, y no en el sentido de que nos inventemos las cosas, sino teniendo en cuenta que tenemos una serie de recuerdos repletos de cortes, de saltos, de fundidos, de fraccionamientos de pantalla y de innovaciones cinemáticas bastante barrocas. ¿Quién sino un aficionado al fútbol utilizaría un fallo colosal en un campo embarrado, a cuatrocientos cincuenta kilómetros de su lugar de residencia, para conmemorar una boda? Tener una verdadera obsesión exige una muy recomendable agilidad mental.

Es esta agilidad la que me permite fechar el comienzo de mi adolescencia con bastante precisión: tuvo lugar el jueves 30 de noviembre de 1972, cuando mi padre me llevó a Londres para comprarme ropa. Escogí unos pantalones estilo Oxford, un polo de lana de color negro, una gabardina negra y unos zapatos negros con bastante plataforma. Recuerdo la fecha con toda claridad porque el sábado siguiente, cuando el Arsenal jugó contra el Leeds United en Highbury y les ganamos por 2-1, llevaba todas aquellas nuevas prendas, y me sentía más a gusto que nunca dentro de mi piel. Me había cortado el pelo de una forma totalmente nueva (supuestamente recordaba a la de Rod Stewart, aunque nunca tuve el valor necesario para dejármelo de punta), a juego con el atuendo, y a juego con el nuevo corte de pelo empecé a cultivar un nuevo interés por las chicas. Una de estas tres innovaciones dio un vuelco a mi vida.

El partido contra el Derby fue realmente un partido de los grandes. Después de la racha de indiferencia que había supuesto el fin del experimento sobre el «fútbol total», el Arsenal volvió a trancas y barrancas a disputar la lucha por el Campeonato de Liga limitándose lisa y llanamente a ser lo que siempre había sido: un equipo peleón, correoso, competitivo, difícil de doblegar. Si ganábamos aquel partido (contra el campeón vigente), tendríamos una clara posibilidad de ponernos en cabeza de la tabla por vez primera desde el año del doblete. Estábamos empatados a puntos con el Liverpool, que aquella tarde jugaba contra el Tottenham. A la vista del programa de mano del partido contra el Derby, hay que recordar qué extraordinariamente equilibrada suele estar la suerte en esto del fútbol. Si hubiésemos derrotado al Derby, habríamos tenido todas las de ganar de nuevo el Campeonato de Liga; en realidad, perdimos el título por una diferencia de tres puntos, precisamente la diferencia que concedimos aquella tarde. El siguiente sábado jugamos contra el Sunderland, un equipo de segunda, en partido de Copa, y también lo perdimos. Las dos derrotas consecutivas, en un momento tan crítico, llevaron a Bertie Mee a dismantelar todo el equipo a fuerza de cambios, y ya nunca volvió a disponer de una alineación potente de verdad. Tres años más tarde tuvo que dejar el banquillo. Si hubiésemos ganado cualquiera de aquellos dos partidos —deberíamos, podríamos, tendríamos que haber ganado los dos sin demasiadas complicaciones—, la historia reciente del club podría haber sido radicalmente distinta.

Así las cosas, el transcurso de la siguiente década iba a dirimirse para el Arsenal aquella tarde, pero a mí no me importó nada. La noche anterior, Carol Blackburn, que había sido mi novia durante unas tres o cuatro semanas (recuerdo haber visto con ella el resumen del Chelsea-Arsenal, en cuartos de final de la Copa, que se disputó en Stamford Bridge; ella era del Chelsea, y vimos el resumen dos semanas antes en casa de un amigo), había roto conmigo. Era una chica para mí guapísima; tenía el pelo largo y liso, con raya al medio, y unos ojos de cervatilla que te derretían sólo con mirarlos, casi como los de Olivia Newton-John. Su belleza me había reducido a un silencio nervioso, miserable, durante buena parte de nuestro noviazgo, y la verdad es que no fue de extrañar que se largase con un tío que se llamaba Daz, un año mayor que yo, que ya tenía, por increíble que fuera, un trabajo.

Fui muy desdichado durante el partido (lo vi desde el Fondo del Reloj, aunque no sé bien por qué: puede que pensara que la energía reconcentrada del Fondo Norte fuese lo más inapropiado para mi estado de ánimo), pero no por lo que sucedió delante de mí: por primera

vez en casi cinco años de asistir a partidos del Arsenal, todo lo que sucedía en el campo me parecía carente de sentido, y a duras penas llegué a procesar que perdimos por 1-0 y que así echamos a perder la gran ocasión de ponernos en cabeza de la clasificación. Me di cuenta instintivamente, cuando el Arsenal puso ahínco en empatar ya en los últimos minutos del partido, de que no íbamos a marcar; me di cuenta de que aunque el defensa central del Derby hubiese agarrado la pelota con las dos manos para tirársela al árbitro a la jeta, habríamos fallado el consiguiente penalti. ¿Cómo íbamos a ganar, a empatar siquiera, si yo me sentía así? Una vez más, el fútbol como metáfora.

Me dolió mucho nuestra derrota contra el Derby, cómo no, aunque no tanto como me dolió que Carol Blackburn me dejara. No obstante, lo que más me dolió de todo —y este pesar sólo lo sentí mucho, mucho después— fue la brecha que se había abierto entre el club y yo. Entre 1968 y 1973, los sábados fueron lo único que daba sentido al resto de la semana; pasara lo que pasase en casa o en el colegio, nunca era más que pura filfa, los anuncios del descanso entre los dos tiempos del gran partido. En aquella época, el fútbol era la vida, y no lo digo en sentido metafórico: sólo viví experiencias grandes de verdad en Highbury, ya fuera el dolor de la pérdida (Wembley en el 68 y en el 72), la alegría (el año del doblete), las ambiciones frustradas (los cuartos de final de Copa de Europa contra el Ajax), el amor (Charlie George) y el tedio (casi todos los sábados, la verdad sea dicha). Hice incluso amigos en el equipo juvenil o gracias al mercado de fichajes. Lo que hizo Carol Blackburn fue darme otro tipo de vida, la vida real, sin vuelta de hoja, en la que las cosas me iban a pasar a mí, y no al club. Y ya se sabe que ese regalo suele ser bastante extraño.

ADIÓS A TODO ESO

ARSENAL — MANCHESTER CITY 4/10/75

Conservo pocos programas de mano de la temporada 73-74, así que debí de ir a algunos partidos, pero no los recuerdo. Sé que la temporada siguiente no fui al fútbol, y que a la siguiente, 75-76, sólo fui una vez con mi tío Brian y mi primo pequeño, Michael.

En parte, dejé de ir porque el Arsenal daba verdadera pena: George, McLintock y Kennedy se habían ido del equipo y nunca fueron adecuadamente sustituidos; Radford y Armstrong ya no eran lo que habían sido, Ball no se tomaba ninguna molestia por dar el callo, un par de jóvenes (jugaban entonces Brady, Stapleton y O'Leary) se enfrentaban a dificultades fáciles de entender en su empeño por formar parte de una voluntariosa alineación y, para colmo, algunos fichajes recientes no estuvieron a la altura de las circunstancias. (Por ejemplo, Terry Mancini era un defensa central medio calvo, muy desenvuelto, un tío sin complicaciones, que parecía fichado para salvar la promoción a Segunda División, por entonces poco menos que inevitable.) En el transcurso de siete años, Highbury había vuelto a ser el desdichado campo de un equipo moribundo, tal como era precisamente cuando yo me enamoré de él.

Esta vez, en cambio, preferí ahorrarme los detalles (que tampoco quisieron ver otros diez mil hinchas, dicho sea de paso). Ya lo había visto todo. Lo que no había visto antes eran, en cambio, las chicas que iban a clase al instituto o a un colegio de monjas, y que trabajaban los fines de semana en la sucursal de Boots que había en la calle mayor de Maidenhead. Así fue como en algún momento de 1974, el trabajo de limpiar y de colocar productos en la estantería correspondiente que yo realizaba por las tardes (y que me había empeñado en conseguir, pues me hacía falta dinero para ir al fútbol), pasó a ser un trabajo que también quise realizar los sábados.

Todavía estaba en el colegio en 1975, pero me faltaba poco. Hice los exámenes de ingreso durante el verano, y conseguí aprobar por los pelos dos asignaturas. Con un descaro de los que quitan el hipo, decidí seguir estudiando durante otro trimestre para preparar los exámenes de ingreso en Cambridge, y no porque quisiera irme a Cambridge, creo yo, sino porque no quería entrar en la universidad tan de repente, y tampoco me apetecía viajar por el mundo, dar clase a niños discapacitados, trabajar en un kibbutz o desempeñar cualquier otra actividad por el estilo, que me ayudara a ser una persona más interesante. Total, que trabajaba dos días por semana en Boots, iba a clase de vez en cuando y salía con los pocos amigos que aún no se habían ido a la universidad.

No eché de menos el fútbol, no mucho. Había cambiado un grupo de amigos por otro durante el curso anterior: la peña futbolera con la que me había pasado los primeros cinco años de secundaria, como el Rana, Larry alias Caz y los demás, empezó a parecerme menos interesante que los jóvenes un tanto deprimidos y exquisitamente lacónicos que iban conmigo a clase de lengua y literatura. De golpe y porrazo, la vida empezó a ser cuestión de salir de copas, probar drogas blandas, leer literatura del resto de Europa, escuchar a Van Morrison... Mi

nuevo grupo giraba en torno a Henry, un tío que acababa de llegar al colegio, que se las dio de maoísta radical en las elecciones a delegado (y ganó), que se quitaba a veces la ropa en los pubs y que a la postre terminó en una especie de psiquiátrico después de robar unas sacas de correo en la estación de ferrocarril, para vaciar todo su contenido desde lo alto de un árbol. Kevin Keegan y su asombrosa capacidad de trabajo debieron de parecerme poca cosa, y quizá sea comprensible, comparado con todo aquello. Veía fútbol por televisión, y en dos o tres ocasiones fui a ver a los Queens Park Rangers durante aquella temporada en que poco les faltó para ganar la Liga, cuando tenían en la línea de ataque a Stan Bowles y a Gerry Francis y hacían aquel fútbol fanfarrón que nunca había gustado en realidad a los del Arsenal. Me había convertido en un intelectual, y los artículos que publicaba Brian Glanville en el Sunday Times me enseñaron que los intelectuales deben apreciar el fútbol por lo que tiene de arte, no por la furia y el sentimiento.

Mi madre no tiene hermanos ni hermanas: todos mis parientes son de mi familia paterna, y el divorcio de mis padres nos aisló a mi madre, a mi hermana y a mí de la rama más frondosa de la familia, en parte porque así lo quisimos y en parte por la distancia geográfica a la que estábamos. Alguna vez me han insinuado que, para mí, el Arsenal fue una especie de sustitutivo que me compensó por la carencia de una amplia familia durante mi adolescencia, y aunque ésta sea la excusa que me hubiese gustado aducir por mi cuenta y riesgo, incluso a mí me cuesta trabajo explicar de qué forma podría haber cumplido el fútbol en mi vida la misma función que mis primos jactanciosos, mis afectuosas tías y mis estupendos y cariñosos tíos. Por lo tanto, es inevitable percibir cierta simetría cuando recuerdo que mi tío Brian llamó por teléfono para decirme que iba a llevar a Highbury a su hijo Michael, un forofo del Arsenal a sus trece años, por lo cual se le había ocurrido proponerme que los acompañara: puede que cuando el fútbol ya dejaba de ser una fuerza de peso en mi vida, las alegrías que da el tener una amplia familia estuvieran a punto de revelárseme.

Fue curioso ver cómo agonizaba Michael, una versión rejuvenecida de mí mismo, cuando su equipo perdía por 0-3 y sin embargo logró entrar de nuevo en el partido (aunque el Arsenal perdió por 2-3 sin habernos hecho soñar siquiera que podría arrancar un punto). Vi la desazón pintarse en su rostro y empecé a entender de qué manera puede el fútbol ser algo tan crucial para los chicos de esas edades: ¿en qué otra cosa podríamos perdernos, cuando los libros ya han empezado a ser algo difícil y las chicas aún no nos han hecho ver que son el centro de nuestra vida, tal como sí había descubierto yo? Allí sentado, me di cuenta de que todo había terminado para mí, todo lo relacionado con Highbury. Ya no me hacía ninguna falta. Y fue triste, por descontado, porque aquellos seis o siete años habían sido muy importantes para mí, hasta el extremo de salvarme la vida en varios sentidos. Sin embargo, había llegado el momento de seguir mi camino, de poner en práctica todo mi potencial académico y romántico, de dejar el fútbol en manos de quienes tuvieran gustos menos complejos, menos cultivados. Puede que Michael se ocupase de llevar bien alto el estandarte, hasta que le llegara el momento de cedérselo a otro. Y fue grato pensar que esa afición no iba a extinguirse en la familia, y que quizás un buen día yo mismo volvería al estadio para acompañar a mi propio hijo.

No se lo comenté a mi tío ni a Michael —no quise dármelas de paternalista, ni insinuarle que la fiebre del fútbol era una enfermedad que sólo aquejaba a los niños—, pero cuando ya salíamos del estadio me despedí en privado y de modo muy sentimental de todo aquello. Había leído poesía suficiente para reconocer un momento enaltecido nada más verlo. Estaba muñéndose mi infancia con toda limpieza, con decencia, y si no sabemos cómo lamentar adecuadamente una pérdida de tanta resonancia, ¿qué vamos a lamentar? A mis dieciocho años por fin había crecido. En la edad madura ya no habría sitio para el tipo de obsesión con que yo había convivido, y si no me quedaba más remedio que sacrificar a Terry Mancini y a Peter Simpson para aspirar a entender a Camus como es debido, para acostarme con montones de estudiantes de bellas artes, todas más o menos nerviosillas, por no decir neuróticas y voraces, que así fuera. La vida estaba a punto de empezar, así que por fuerza tuve que renunciar al Arsenal.

1976-1986

MI SEGUNDA INFANCIA

ARSENAL — BRISTOL CITY 21/8/76

Tal como hube de comprobar más adelante, mi repentina frialdad frente a todo lo que estuviera relacionado con el Arsenal no tuvo nada que ver con los ritos de iniciación, con Jean-Paul Sartre ni con Van Morrison, y sí en cambio —en cantidades industriales— con la ineptitud de la delantera formada por Kidd y Stapleton. Cuando Bertie Mee dejó el banquillo en 1976, y su sustituto, Terry Neill, fichó a Malcolm Macdonald, que antes jugaba en el Newcastle, por 333.333 libras esterlinas, toda mi devoción por el equipo resucitó como por arte de birlibirloque, y de nuevo estuve presente en Highbury para asistir al comienzo de la temporada, con tanto estúpido optimismo por el club y con tanta hambre de fútbol como a principio de los años setenta, cuando mi obsesión adquirió dimensiones de auténtica fiebre. Si no me había equivocado al suponer antes que mi indiferencia trajo consigo el comienzo de la madurez, hay que decir que esa madurez sólo duró unos diez meses, y que a los diecinueve años cumplidos ya estaba de lleno en mi segunda infancia.

Terry Neill no era en realidad lo que nadie hubiese considerado un salvador. Vino directamente del banquillo del Tottenham, por lo cual no traía credenciales que lo hicieran más apreciado entre gran parte de la afición del Arsenal, y tampoco es que allí hubiese hecho un gran trabajo: a trancas y barrancas consiguió evitar el descenso a Segunda División (si bien el Tottenham estaba en el fondo destinado a bajar más adelante). De todos modos, ya se sabe que escoba nueva barre bien, y en el equipo teníamos unos cuantos rincones llenos de telarañas. A juzgar por la afluencia de público en aquel primer partido suyo, no fui yo el único que se dejó engatusar por la promesa de un nuevo amanecer.

De hecho, Macdonald y Neill, y el inicio de aquella nueva era, sólo fueron parcialmente responsables de mi regreso al redil. Durante los meses anteriores me las había apañado para convertirme otra vez en un colegial, y lo había conseguido paradójicamente dejando los estudios cuando conseguí un trabajo. Después de hacer los exámenes de ingreso en la universidad me puse a trabajar en la City, para una inmensa compañía de seguros. Creo que la idea que tenía en mente no era otra que llevar mi fascinación por Londres a una conclusión más o menos natural y llegar a formar parte de la ciudad, cosa que me iba a resultar mucho más difícil de lo previsto. No me podía permitir el lujo de vivir allí, así que iba y venía a diario, a las horas punta (y se me iba el sueldo en billetes de tren y en tomar unas cervezas después del trabajo); tampoco llegué a conocer a muchos londinenses (claro que como estaba empeñado en pensar que los genuinos londinenses eran gente que vivía en Gillespie Road, Avenell Road o Highbury Hill, en el distrito N5, siempre resultarían huidizos). Mis compañeros de trabajo, en

su mayor parte, eran como yo: jóvenes que vivían fuera de la metrópoli, en alguno de los condados circundantes.

Así pues, en vez de convertirme en un adulto metropolitano, terminé recreando punto por punto mi adolescencia en la periferia de la gran ciudad. Me aburría como una ostra a todas horas, igual que cuando estaba en el colegio (la empresa estaba a punto de trasladar su sede a Bristol, y todos teníamos poquísimo trabajo que hacer); pasábamos la jornada sentados en pupitres alineados, a docenas, procurando dar la impresión de estar atareados; los amargados supervisores, a los que la empresa había negado incluso la elemental dignidad de un cubículo semejante al de los jefes, nos vigilaban como buitres, y nos regañaban cada vez que nuestra manera de perder el tiempo se volvía demasiado descarada. En climas como éste florece la afición al fútbol: yo me pasé casi todo aquel largo y mortalmente caluroso verano de 1976, hablando sin parar de Charlie, del doblete y de Bobby Gould con uno de mis colegas, un hincha de los pies a la cabeza, aunque un tanto sardónico, que estaba en puertas de hacerse policía, tal como yo estaba en puertas de hacerme universitario. No hizo falta mucho tiempo para que tuviera conciencia de que mi viejo entusiasmo volvía a ejercer su absorbente influjo sobre todo mi ser.

Quien sea hincha de verdad, en serio, de un equipo determinado, siempre se encuentra con otros hinchas similares, ya sea haciendo cola en cualquier parte, en una casa de empeños o en el retrete de una gasolinera. Era inevitable que me volviera a encontrar con Kieran. Lo vi dos años después, al terminar la final de Copa del 78: estaba sentado en un murete, en los alrededores de Wembley, esperando a sus amigos. Su bandera pendía desmadejada, viva imagen de la desdicha posterior al partido. No me pareció el momento más apropiado para decirle que de no haber sido por nuestras charlas de aquel verano en la oficina, probablemente yo no habría estado aquella tarde allí, sintiéndome tan hecho polvo como él.

En fin, ésa es otra historia. Después del primer partido que representó mi vuelta a las andadas, contra el Bristol City, volví a casa con la impresión de que me había dejado engañar. A pesar de la presentación de Malcolm Macdonald, cuyo imperioso saludo al público antes de empezar el partido ya me llevó a sospechar lo peor, el Arsenal no mejoró lo más mínimo con respecto a los dos años anteriores. Teniendo en cuenta que perdimos 0-1 contra un equipo como el Bristol City, que a duras penas había subido de Segunda División para pasar un total de cuatro años deambulando con más pena que gloria por Primera, podría incluso afirmar que éramos mucho peores. Pasé un calor agobiante bajo aquel sol de agosto, maldije mi suerte, sentí que aullaba dentro de mí la misma frustración de antaño, sin la cual había vivido feliz y contento. Igual que los alcohólicos que se sienten con las fuerzas suficientes para meterse un lingotazo pensando que no va a pasar nada, había cometido un error fatal.

SUPERMAC

ARSENAL — EVERTON 18/9/76

En uno de mis vídeos (El mejor equipo de la historia del Arsenal, una antología de imágenes a cargo de George Graham, por si hay alguien a quien le interese el dato) está perfectamente recogido uno de esos momentos típicos de Malcolm Macdonald. Trevor Ross se adueña del balón por la banda derecha y lo cruza por alto antes de que el lateral izquierdo del Manchester United tenga tiempo de salirle al paso. Frank Stapleton salta a rematar, torsiona todo el cuello y clava la bola al fondo de la red. ¿Por qué es un instante tan característico de Supermac, casi la quintaesencia de este jugador, teniendo en cuenta que no toma parte en la jugada del gol? Fácil: porque aparece lanzándose a la desesperada hacia el balón, justo antes de que cruce la línea de gol, sin que aparentemente llegue a conectar con la pelota, tras lo cual sale a todo correr hacia la derecha de la imagen con los brazos en alto, no para felicitar al goleador, sino porque así pretende apuntarse el tanto. (Se le ve mirar con gesto algo angustiado por encima del hombro cuando cae en la cuenta de que sus compañeros no tienen ninguna intención de apiñarse a su alrededor.)

Este partido contra el Manchester United no es la única muestra de su vergonzosa tendencia a anotarse toda jugada de mérito que le quede más o menos cerca. En una semifinal de Copa contra el Orient, en la temporada siguiente, los anales indican que marcó dos veces. A decir verdad, los dos disparos habrían terminado fuera, en saque de puerta para el contrario —es decir, ni siquiera iban dirigidos entre los tres palos, ni de lejos— de no ser porque rebotaron contra un defensa del Orient (las dos veces el mismo) y trazaron después una ridícula parábola lejos del alcance del portero, para terminar mansamente alojados en la red. No obstante, tales consideraciones estaban muy por debajo de Malcolm: él celebró los dos tantos como si hubiese regateado a todos los jugadores contrarios antes de ajustar un tiro a la cepa del poste. Nunca se le dio bien ironizar un poco sobre su persona.

En este partido contra el Everton, que ganamos por 3-1 (resultado que por cierto nos llevó a pensar que sí, que habíamos dado por fin un paso adelante, e incluso a confiar en que Terry Neill estuviera formando un equipo que sería capaz de ganar la Liga otra vez), hay otra joya de este estilo. Macdonald corre en paralelo al central, que al final mete limpiamente la bota y eleva el balón de forma patética sobre la salida de su portero. Inmediatamente, Macdonald alza los brazos y echa a correr hacia nosotros, hacia el Fondo Norte, mirando atrás para comprobar que el resto del equipo celebra ya su acierto. Los defensas tienen fama, como es lógico, de no reconocer que han marcado en propia meta. Sin embargo, el central del Everton se quedó tan pasmado por el descaro del delantero contrario que dijo a la prensa que nuestro número 9 no había llegado a rozar siquiera la pelota. Con eso y con todo, Macdonald se anotó el mérito de la jugada.

La verdad sea dicha: tampoco hizo una gran carrera en el Arsenal. Se retiró por culpa de una grave lesión de rodilla con sólo tres temporadas en nuestro equipo, aunque en la última

temporada sólo disputó cuatro encuentros. Y se las arregló a pesar de todo para convertirse en una leyenda. En sus mejores momentos fue un jugador espléndido, aunque en Highbury no se prodigó mucho. Vivió su mejor racha cuando jugaba en el Newcastle, un equipo por lo general modesto, pero era tan ambicioso que parece haber conseguido a golpe de músculo un lugar destacado en la Sala de Trofeos del Arsenal. (En Arsenal, 1886-1986, la historia definitiva del club, escrito por Phil Soar y Martin Tyler, sale en portada, mientras que Wilson y Brady, Drake y Compton, no aparecen en ninguna foto.)

Así pues, ¿cómo hemos permitido que se lleve todos los elogios? ¿Por qué se relaciona inmediatamente con lo mejor del club a un futbolista que no jugó siquiera cien partidos con el Arsenal, mientras que se ha olvidado a otros que jugaron seis o siete veces más que él? Cuando menos, Macdonald fue un jugador con carisma, y eso es algo que el equipo nunca ha tenido. Por eso, en Highbury hacemos como si de veras fuese un jugador importantísimo, con la esperanza de que al poner su foto en portada de nuestros libros de papel satinado, nadie se acuerde de que sólo jugó dos años con nosotros, y de que así nos confundan con el Manchester United, el Tottenham o el Liverpool. A pesar de la buena salud, a pesar de la fama del Arsenal, nunca hemos tenido esa inclinación: siempre hemos sido tirando a grises, sospechosos en demasía para todo el que tenga su propio ego, pero no nos hace ninguna gracia reconocerlo. El mito de Supermac es un timo que el club lleva a cabo consigo mismo. Y a todos nos hace felices consentirlo.

UN PUEBLO DE CUARTA DIVISIÓN

CAMBRIDGE UNITED — DARLINGTON 29/1/77

Hice la solicitud de ingreso en Cambridge desde el lugar adecuado y en el momento adecuado. La universidad buscaba con ahínco alumnos que hubieran sido educados en el sistema estatal, y a pesar de mis pobres resultados en los exámenes de acceso, a pesar de mis respuestas a medio cocinar en el examen de ingreso y a pesar de la entrevista, en la que estuve irremediabilmente torpe de expresión oral, me fue concedida una plaza. Por fin empezaba a dar dividendos mi forma de hablar, tan estudiadamente inculta, aunque no del modo que en cierta época había supuesto. No me dio por resultado mi ingreso en el Fondo Norte, sino en Jesus College, en Cambridge. No cabe duda de que sólo en nuestras más antiguas universidades puede dar cierta credibilidad, aunque sea callejera, el hecho de haber recibido una enseñanza secundaria en los condados de la periferia de Londres.

Es cierto que la inmensa mayoría de los aficionados al fútbol carecen de una licenciatura expedida por Oxford o Cambridge (los hinchas son personas corrientes, por más que los medios de comunicación se empeñen en hacernos creer lo contrario, y la inmensa mayoría de las personas carecen de una licenciatura por Oxford o Cambridge), pero no es menos cierto que la mayoría de los hinchas no tienen antecedentes criminales, ni llevan navaja, ni mean encima de la gente, ni llegan a cometer las barbaridades que se suponen tan características de ellos. En un libro que trata de fútbol, la tentación de pedir disculpas (por Cambridge, por no haber dejado el colegio a los dieciséis para quedarme en paro, para dedicarme a la mala vida o para dar con mis huesos en un reformatorio) es abrumadora, pero también estaría absolutamente fuera de lugar.

¿A qué clase de gente pertenece el fútbol? Veamos unas perlas tomadas al azar de la crítica que escribió Martin Amis sobre el libro de Bill Buford titulado Entre los vándalos: «amor por la fealdad», «ojos de pitbull acorralado», «tez y olor corporal de frito de cebolla con queso». Estas expresiones tienen por objeto crear una imagen calidoscópica del típico hincha, pero los hinchas típicos saben de sobra que esa imagen está muy desenfocada. En lo que atañe a mi educación, a mis intereses y a mi profesión, soy consciente de que difícilmente puedo ser representativo de gran parte de la gente que ocupa las gradas de los estadios; ahora bien, cuando se trata de mi conocimiento del fútbol y de mi amor por el fútbol, la manera en que puedo hablar y la manera en que hablo siempre que surge la ocasión, así como mi lealtad a los colores de mi equipo, no tienen nada de extraordinario.

El fútbol tiene fama de ser el deporte del pueblo llano, y por eso mismo está expuesto a toda clase de personas que no son, por así decir, del pueblo llano. A unos les gusta porque en el fondo son unos socialistas sentimentales, platónicos; a otros, porque fueron a un colegio privado y lo lamentan; a otros, porque su oficio —escritor, locutor de radio, ejecutivo de una agencia publicitaria— les ha llevado muy lejos del lugar al que están convencidos de pertenecer, o bien del que proceden, y así el fútbol les parece una vía rápida e indolora de

volver allí. Son estas personas las que al parecer tienen mayor necesidad de describir los campos de fútbol como si fueran un agujero infecto en el que habita la escoria de la sociedad, un conjunto de ciudadanos viciosos y embrutecidos, que ni siquiera merecen ese nombre. Al fin y al cabo, no les interesa nada que se sepa la verdad, que esos «ojos de pitbull acorralado» son escasos y aparecen, si acaso, muchas veces disimulados tras los cristales de unas gafas, y que las gradas están llenas de actores, de chicas que trabajan en publicidad, de profesores y contables, de médicos y enfermeras, así como de esa gente de clase obrera que son como la sal de la tierra, aunque también haya vándalos malhablados. Sin las mil demonologías del fútbol, ¿cómo iban a demostrar que lo entienden quienes se han distanciado de él a causa de las exigencias del mundo moderno?

«Yo diría que calificar a los hinchas como "seres infrahumanos que sólo saben eructar" nos facilita muchísimo el hecho de que nos traten así, y facilita por tanto que se produzcan tragedias como la de Hillsborough»: así se expresa un hombre de hondo saber, Ed Horton, en un fanzine como *When Saturday Comes*, a raíz de la reseña de Martin Amis. «Los escritores son bien recibidos en el fútbol, pues es un deporte que no ha tenido la literatura que se merece. En cambio, los esnobs que se las dan de frecuentar los barrios bajos y de codearse con "los chicarrones" no nos hacen ninguna falta.» Exactamente. Por eso, lo peor que puedo hacer por el fútbol es un acto de contrición, o un desmentido, o una sentida disculpa por la educación que he recibido: el Arsenal hizo su aparición en mi vida mucho antes que Cambridge, y ha seguido conmigo hasta mucho después. Aquellos tres años en la universidad no suponen ninguna modificación en ningún aspecto, al menos por lo que alcanzo a entender.

En cualquier caso, cuando llegué a la universidad tuve muy claro que no estaba solo: éramos docenas de chavales cortados por el mismo patrón, unos de Nottingham, otros de Newcastle, otros de Essex, casi todos educados en el sistema estatal y recibidos con los brazos abiertos por una serie de colegios universitarios que se desvivían por atenuar su imagen de elitismo infranqueable. Además, todos jugábamos al fútbol, todos éramos hinchas de un equipo u otro, y en pocos días habíamos contactado entre nosotros, así que fue como empezar de nuevo la enseñanza secundaria, sólo que sin los cromos de la colección Estrellas del Fútbol.

En vacaciones iba de Maidenhead a Highbury, y viajaba desde Cambridge a Highbury para asistir a los partidos más importantes, aunque no podía permitirme el lujo de ir muy a menudo, y así fue como me enamoré igual que la primera vez, sólo que del Cambridge United. No es algo que entrase en mis planes: en principio, los partidos del United sólo deberían haberme servido para pasar el mono de los sábados por la tarde, pero terminaron por exigir toda mi atención con una intensidad tal como nada ni nadie había logrado atraerme con anterioridad.

No es que pecase de infidelidad al Arsenal, ya que uno y otro equipo no residen en el mismo universo. Si los dos objetos de mi adoración se hubiesen encontrado de repente en una fiesta, en una boda, o en cualquiera de esas otras situaciones sociales tirando a incómodas que uno procura rehuir siempre que puede, se habrían sentido confusos: si nos ama a nosotros, ¿qué verá en ellos? El Arsenal contaba con Highbury y con unas cuantas estrellas del fútbol, por no hablar de una hinchada enorme ni del tremendo peso de la historia del club. El Cambridge tenía

un estadio bastante pequeño y desvencijado, el Abbey Stadium (donde el equivalente del Fondo del Reloj era el Fondo de los Huertos y de vez en cuando, los hinchas más zascandiles del equipo visitante se colaban por detrás y lanzaban berzas por encima del muro); rara vez pasaban de cuatro mil los espectadores que iban a ver los partidos, y carecía por completo de historia: sólo llevaban seis años inscrito en la Liga Nacional de Fútbol. Para colmo, cuando ganaban un partido se oía por megafonía, en todo el estadio, «I've Got a Lovely Bunch of Coconuts», en un ramalazo de excentricidad que nadie me supo explicar jamás. Era imposible no sentir un cálido aprecio por ellos, no exento de cierto paternalismo.

Bastaron dos partidos para que sus resultados empezasen a importarme mucho. Sin duda fue en parte porque eran un equipo puntero de la Cuarta División; el entrenador, Ron Atkinson, le había dado un estilo muy personal, rápido, jugando el balón al pie, lo que normalmente le servía para marcar tres o cuatro goles en los partidos de casa (al Darlington le ganaron por 4-0 en mi primera visita al campo). También tuvo bastante relevancia el hecho de que Webster, el guardameta, y el defensa, Batson, tuvieran conexiones con el Arsenal. Yo había visto a Webster salvar dos goles cantados en uno de los pocos partidos que jugó con el Arsenal en 1969; Batson, que fue uno de los primeros futbolistas negros que actuaron en partidos de la Liga de Fútbol a principios de los setenta, había experimentado una reconversión tremenda: desde que dejó de pisar Highbury, de ser un centrocampista más bien malo había pasado a ser un defensa con verdadera clase.

De todos modos, lo que más disfrutaba era el modo en que se manifestaban, casi a primera vista, todos los jugadores, con su carácter y sus defectos. El actual jugador tipo de la Cuarta División es casi siempre un joven anónimo: tanto él como sus colegas y adversarios tienen el mismo físico, perfectamente intercambiable, una habilidad similar, un ritmo similar, un temperamento similar. La vida en la Cuarta División era entonces muy distinta. En el Cambridge había jugadores gordos y jugadores flacos, jóvenes y talludos, rápidos y lentos, jugadores que iban de capa caída y otros que aún estaban por vivir la cresta de la ola. Jim Hall, el delantero centro, tenía la planta y los movimientos de un tío de cuarenta y cinco años como poco; su compañero en el ataque, Alan Biley —que más adelante jugaría en el Everton y en el Derby—, gastaba un ridículo corte de pelo al estilo de Rod Stewart y se movía por el campo como un galgo; Steve Spriggs, que era el motor del equipo en el centro del campo, era achaparrado y paticorto. (Con gran espanto por mi parte, más de una vez me confundieron con él por la calle mientras estuve viviendo en Cambridge. Una vez, un hombre me señaló con el dedo para que me viera su hijo; yo estaba apoyado contra una tapia, filmándome un Rothmans y comiéndome una empanadilla, diez minutos antes de que empezara un partido en el que iba a jugar Spriggs: esa equivocación dice bastante sobre las expectativas que tenía la gente en Cambridge acerca de su equipo. Otra vez, en el servicio de caballeros de un pub del pueblo, me enzarcé en una absurda discusión con un individuo que se negó a reconocer que yo no era quien le dije que no era.) El más memorable de todos era Tom Finney, un extremo taimado y belicoso, que iba a estar en la fase final del Mundial de 1982, por increíble que pueda parecer, con la selección de Irlanda del Norte, aunque siempre como reserva. Sus cabezazos en plancha y sus faltas casi siempre iban rubricados por un indignante guiño que dirigía al público.

Antes estaba convencido, aunque ahora ya no, de que crecer y madurar son procesos análogos, en el sentido de que ambos son procesos inevitables e incontrolables. Ahora tengo la impresión de que madurar es algo que rige la voluntad: uno puede elegir ser adulto, aunque sólo sea en momentos contados. Esos momentos se presentan con poquísima frecuencia, ya sea en plena crisis en una relación de pareja, por ejemplo, o cuando uno de pronto se encuentra con la oportunidad de empezar de cero en otra parte. Y siempre es posible no hacer caso de ellos o bien aprovecharlos tal como vienen. En Cambridge podría haberme reinventado por completo si hubiera sido lo bastante listo; podría haber dejado atrás al chaval cuya fijación con el Arsenal tanto le había ayudado a atravesar un trecho especialmente complicado de su infancia y su primera juventud, y haberme convertido en otra persona del todo diferente, en un joven confiado en sí mismo, ambicioso y seguro del camino que iba a recorrer por el mundo. Pero no lo hice. Fuera por la razón que fuese, seguí aferrado al personaje que había sido en mi adolescencia como si en ello me fuera la vida, y dejé que él me guiase durante mis años de estudiante universitario. De ese modo, y no por primera ni por última vez, aunque no fuera culpa suya, el fútbol me sirvió a un tiempo como espina dorsal y como retardante.

Y eso fue la universidad, así de simple. No participé en los montajes teatrales de los estudiantes, no participé en ningún movimiento político estudiantil ni publiqué nada en las revistas de la universidad, no obtuve becas ni destaqué por mis calificaciones académicas, no hice nada de nada. Dos veces por semana iba al cine; vivía bastante de noche y bebía cerveza en abundancia; conocí a un par de personas muy agradables a las que aún veo de vez en cuando. Compré discos de Graham Parker, de Television, de Patti Smith y de Bruce Springsteen, de los Clash, cuando no los pedí prestados. Asistí a una sola conferencia durante todo mi primer año en la facultad, jugué dos veces por semana en el segundo o tercer equipo de mi residencia universitaria... y esperé a que hubiera partido en el Abbey o eliminatoria de Copa en Highbury. A decir verdad, no sé cómo me las apañé para que todos los privilegios que una educación en Cambridge habitualmente confiere a quien se puede beneficiar de ese lujo pasaran totalmente por encima de mí. La verdad es que me daba un poco de miedo el lugar. El fútbol, el consuelo de mi infancia, mi manta de Linus, fue mi forma de aguantar a trancas y barrancas todo el chaparrón.

LOS CHICOS Y LAS CHICAS

ARSENAL — LEICESTER CITY 2/4/77

Aparte de ir al fútbol, hablar y escuchar música, aquel año hice algo más: me enamoré perdidamente, hasta el punto de que me daban retortijones, de una chica muy guapa, vivaracha y lista, que estudiaba para dedicarse a la enseñanza. Despejamos nuestros pupitres (ella había llamado la atención de unos cuantos pretendientes durante las primeras semanas de curso, yo tenía una novia allá donde vivía) y pasamos buena parte de los tres o cuatro años que siguieron en compañía el uno del otro.

Creo que, por derecho propio, ella forma parte de esta historia. Y en unos cuantos aspectos. De entrada, fue la primera de mis novias que fue conmigo a Highbury (en las vacaciones de Semana Santa, a finales del segundo trimestre). La promesa de renovación que vivimos con el arranque de la temporada se había volatilizado; a decir verdad, el Arsenal acababa de batir el récord histórico del club en lo referente a una larga racha de derrotas: habían conseguido perder consecutivamente contra el Manchester City, el Middlesbrough, el West Ham, el Everton, el Ipswich, el West Brom y el Queens Park Rangers. En cambio, la presencia de esta chica encandiló al equipo al igual que me había encandilado a mí, y marcamos tres tantos en la primera media hora de partido. El primero lo hizo Graham Rix la tarde en que debutaba; David O'Leary, que quizás marcó como mucho otra media docena de goles a lo largo de la década siguiente, metió dos en menos de diez minutos. Una vez más, el Arsenal tuvo muy en cuenta su costumbre de hacer las cosas más raras que se pueda imaginar. Tanto, que el partido, y no sólo, la ocasión, terminaría por ser memorable para mí.

Fue muy raro estar allí con ella. Por una errónea concepción de la galantería —estoy seguro de que ella hubiese preferido una localidad de pie—, compré entradas para sentarnos en la parte baja de la Banda Oeste; ahora mismo, lo único que recuerdo es su reacción cada vez que el Arsenal marcaba un tanto. Todos los de la fila se levantaban, todos, menos ella (en las localidades de asiento, levantarse para celebrar un gol es una acción tan involuntaria como un estornudo). Así pues, en tres ocasiones tuve que mirarla allí sentada, muerta de la risa. «Es graciosísimo», me dijo por toda explicación, y no me costó entender a qué se refería. Nunca se me había ocurrido pensar que el fútbol es, qué duda cabe, un juego gracioso, y que igual que ocurre con todas aquellas cosas que sólo funcionan si uno se las cree, la visión desde el fondo (y como ella siguió sentada tuvo una visión desde el fondo, una panorámica de una hilera de traseros masculinos en su mayor parte impresentables) es sumamente ridícula, como la visión entre bastidores de un plató de Hollywood.

Nuestra relación —que fue para los dos la primera relación seria, la primera en la que uno u otra dice «quédate a dormir», «te presento a mi familia», «por qué no pensamos en tener hijos un día de éstos»— en gran medida fue cuestión de descubrir por vez primera los misterios de nuestros equivalentes del sexo opuesto. Yo ya había tenido otras novias, cómo no; sin embargo, ella y yo teníamos un trasfondo muy similar, unas aspiraciones muy similares, aparte

de intereses y actitudes similares. Nuestras diferencias, que eran enormes, se presentaban sobre todo por nuestro género diverso; si yo hubiera sido chica, ella era el tipo de chica que, según comprendí y según deseé, habría sido con toda seguridad. Muy posiblemente por esta razón me intrigaron tanto sus gustos, sus caprichos y sus tendencias, y sus pertenencias indujeron en mí una fascinación por los cuartos de las chicas que siguió en pie en tanto en cuanto las chicas tuvieran un cuarto propio. (Ahora que he pasado de los treinta años las chicas ya no tienen un cuarto propio: tienen pisos o casas, que muy a menudo comparten con otro individuo. Es una pérdida que me duele).

Su habitación me ayudó a entender que las chicas eran mucho más peculiares que los chicos; caer en la cuenta de ese hecho me hirió profundamente. Tenía una antología de poemas de Yevtushenko (¿quién coño era Yevtushenko?); estaba inconcebiblemente obsesionada con Ana Bolena y las hermanas Brontë; le gustaban todos los cantautores y cantantes de la vena más sensible, conocía bien las ideas de Germaine Greer, sabía bastante de pintura y de música clásica, y ése era un conocimiento que había adquirido fuera del marco de los exámenes de ingreso en la universidad. ¿Cómo había ocurrido tal cosa? ¿Cómo había terminado yo por fiarme de dos novelas de Chandler y del primer disco de los Ramones para que me dieran algún tipo de identidad propia? Las habitaciones de las chicas proporcionaban infinidad de claves sobre su carácter, su trasfondo personal, sus gustos; los chicos, por el contrario, éramos tan intercambiables y tan amorfos como los fetos, y nuestras habitaciones, quitando el típico póster de Athena (yo tenía uno de Rod Stewart, que me gustaba considerar como algo agresivo y auténticamente barato, rozando lo hortera), estaban tan vacías como el útero materno.

Es acertado afirmar que la mayor parte de nosotros nos definíamos solamente por la cantidad y el alcance de nuestras aficiones. Unos chicos tenían más discos que otros; algunos sabían mucho de fútbol; a otros les interesaban los coches, el rugby, lo que fuera. En vez de una personalidad teníamos tales o cuales pasiones, pasiones previsibles y desprovistas de todo interés, que de ninguna forma hubiesen podido iluminarnos o reflejarnos tal como las de mi novia la iluminaban y la reflejaban. Y ésta es una de las diferencias más inexplicables que hay entre hombres y mujeres.

He conocido algunas mujeres a las que les gusta el fútbol, mujeres que van a ver unos cuantos partidos por temporada, pero aún no he conocido a ninguna capaz de hacer aquel viaje a Plymouth un miércoles por la noche. Y he conocido a mujeres a las que les gusta la música, mujeres que distinguen perfectamente entre Mavis Staples y Shirley Brown, pero nunca he visto a una mujer que tenga una inmensa colección de discos neuróticamente ordenados por orden alfabético y en constante expansión. Es como si cada dos por tres perdieran los discos, o como si hubiesen delegado en otra persona que conviva con ellas —un novio, un hermano, un compañero de piso: por lo común suele ser un hombre— para que se ocupara de los detalles físicos de evidente interés. Los hombres no pueden dejar que eso suceda. (A veces soy consciente de que en mi grupo de amigos que son hinchas del Arsenal existe una competencia tácita pero de todos modos visible: a ninguno nos gusta que nos cuenten una noticia del club que no sepamos ya, sea una lesión en uno de los reservas o, por ejemplo, la próxima

modificación del diseño de la camiseta, un asunto así de crucial.) No pretendo decir que no existan mujeres mentalmente estreñidas, pero sí está claro que son muchísimos más, de largo, los hombres a los que se puede aplicar ese concepto. Así como hay mujeres obsesionadas, suelen estarlo, creo yo, por otras personas; a lo sumo, el objeto de sus obsesiones cambia con relativa frecuencia.

Cuando recuerdo mis años de universitario, años en los que la mayoría de los chicos eran tan incoloros e insípidos como el agua del grifo, es tentador pensar que todo empieza más o menos en esa etapa: los hombres hemos tenido que desarrollar nuestra facultad de almacenamiento de datos y de discos, o de programas de fútbol, en compensación por nuestra incapacidad de distinguir una arruga de otra. Ahora bien, eso no explicaría cómo es que una adolescente normal, tirando a lista, se convierte en un ser más interesante que cualquier otro adolescente normal, también tirando a listo, sólo en virtud de su sexo.

Quizá no sea de extrañar que mi novia quisiera venir a Highbury: en mí no había mucho más (ella ya se sabía de memoria mi disco de los Ramones) o no había al menos algo que yo hubiese descubierto. Sí tenía cosas muy mías: mis amistades, mis relaciones con mi padre, mi madre y mi hermana, mi música, mi afición al cine, mi sentido del humor..., pero no entendía que todo eso fuera gran cosa en términos individuales, al menos en el sentido en que eran individuales sus cosas. En cambio, mi solitaria e intensa devoción por el Arsenal, con todos sus requisitos adicionales (mi costumbre de comerme las vocales se hallaba en un punto crítico, poco menos que irremediable, como otros defectos gramaticales intencionados)..., bueno, al menos era diferente, ya que me prestaba dos rasgos personales que no fueran la nariz, los ojos y la boca que todo el mundo tiene.

COSAS DE MUJERES

CAMBRIDGE UNITED — EXETER CITY 29/4/78

Mi llegada a Cambridge dio lugar a las dos mejores temporadas de la breve historia del United. Durante mi primer año, ganaron de calle la Liga de Cuarta División; durante mi segundo año, la vida se les puso más cuesta arriba en Tercera, y tuvieron que esperar a la última semana del Campeonato para eludir el descenso. Disputaron dos partidos en una semana en el Abbey: el martes contra el Wrexham, el mejor equipo de la división, y ganaron por 1-0; el sábado contra el Exeter, un partido que a la fuerza tenían que ganar para no perder la categoría.

Cuando faltaban veinte minutos, el Exeter se adelantó en el marcador, y mi novia (que junto con su amiga y el novio de su amiga estaban deseosos de vivir de primera mano la gloria y el vértigo de seguir en la categoría) hizo rápidamente lo que yo siempre había supuesto que suelen hacer las mujeres en momentos de crisis: se desmayó. Su amiga la llevó al puesto de primeros auxilios. Mientras tanto, yo no hice otra cosa que rezar en silencio para que llegara el empate, como así ocurrió, seguido minutos después por el gol de la victoria. Sólo cuando los jugadores descorcharon la última botella de champán frente a un público jubiloso empecé a sentir remordimientos por la indiferencia que había manifestado antes.

Había leído hacía poco un libro titulado La mujer eunuco, que me causó una honda y duradera impresión. Sin embargo, ¿cómo iba a mostrar mis simpatías con las mujeres oprimidas, si no eran dignas de ninguna confianza, si no sabían permanecer de pie durante los últimos minutos de un partido desesperado, en el que nos jugábamos el descenso? Asimismo, ¿qué se podía hacer de un hombre como yo, al que le preocupaba mucho más ir perdiendo por 0-1 contra el Exeter, equipo de Tercera División, que el estado en que se hallase una persona a la que sin duda quería mucho? No creo que ni lo uno ni lo otro tuviera remedio.

Trece años después me sigue avergonzando mi reticencia, mi incapacidad a la hora de prestarle ayuda, y la razón por la que me da vergüenza es en parte la conciencia de que no he cambiado lo más mínimo. No quiero tener que cuidar de nadie mientras esté en un partido de fútbol; mejor dicho, no soy capaz de cuidar de nadie mientras esté en un partido de fútbol. Ahora mismo estoy escribiendo cuando faltan unas nueve horas para que el Arsenal se enfrente al Benfica en partido valedero para la Copa de Europa. Es el encuentro más importante que se disputará en Highbury desde hace años, y mi compañera irá conmigo. ¿Qué pasará si le da un patatús? ¿Tendré la decencia, la madurez, el sentido común de cerciorarme de que reciba las debidas atenciones médicas? ¿O me dará por apartarla a un lado para seguir gritándole al linier, con la esperanza de que todavía respire al término de los noventa minutos, dando por sentado, ojo, que no será necesario jugar una prórroga ni llegar a los penaltis?

Sé que estas preocupaciones vienen dadas por el niño que hay en mí, al cual se le permite rebelarse y salirse por la tangente cuando hay un partido de por medio: ese niño sospecha que las mujeres siempre se desmayarán en un partido, que son débiles, que su presencia en un

estadio a la fuerza terminará en desazón o en desastre, aun cuando mi compañera haya estado en Highbury unas cuarenta o cincuenta veces sin dar ninguna muestra de hallarse al borde del desmayo. (A decir verdad, soy yo el que ha estado a punto de desmayarse en unas cuantas ocasiones, sobre todo cuando la tensión acumulada en los últimos cinco minutos de una eliminatoria de Copa me oprime el pecho y dificulta el riego sanguíneo de mi cerebro, caso de que eso sea fisiológicamente posible; a veces, cuando marca el Arsenal, veo literalmente las estrellas —bueno, veo pequeños estallidos de luz—, y dudo mucho que eso sea señal de una gran robustez física.) Claro que eso es lo que me ha hecho el fútbol. Me ha convertido en un individuo que no arrimaría el hombro si su novia se pusiera de parto en un momento imposible (más de una vez me he preguntado qué sucedería si me tocara ser padre el día en que el Arsenal jugara una final de Copa). Mientras se disputa un partido, soy un crío de once años. Cuando describía el fútbol como retardante, lo decía muy en serio.

WEMBLEY, 3.ª PARTE: EL REGRESO DEL TERROR

ARSENAL — IPSWICH(EN WEMBLEY) 6/5/78

El hecho de que la distribución de localidades para las finales de Copa sea una farsa como una catedral es una verdad universalmente reconocida; los dos clubs implicados, tal como saben de sobra todos los aficionados, reciben menos de la mitad de las localidades, lo cual supone que la otra mitad se la llevan unas treinta o cuarenta mil personas a las que no les interesa directamente el partido. El criterio que sigue la Asociación de Fútbol es que una final de Copa atañe a todo el que esté en el mundo del fútbol, y no sólo a los hinchas. No es mal criterio, creo yo: es muy razonable invitar a los árbitros y a los jueces de línea, a los jugadores aficionados, a las secretarías de la propia asociación, a que presencien el acontecimiento máximo del año futbolístico. A fin de cuentas, existen muchas formas de ver un partido, y en una ocasión como ésta los espectadores neutrales y sin embargo entusiastas tienen un sitio asignado.

El único defecto de este sistema es que estos espectadores neutrales y sin embargo entusiastas, estos impecables funcionarios al servicio del deporte, deciden quieras que no que sus esfuerzos tendrán mejor recompensa no con un viaje a Londres para ver el gran partido, sino con una llamada al reventa de su barrio: más del noventa por ciento de estos espectadores se deshacen de las entradas que les han regalado, y esas entradas terminan en manos de los hinchas a quienes les fueron negadas en primera instancia. Es un proceso absurdo, típica muestra de la escandalosa idiosincrasia que prima en la Asociación de Fútbol: todo el mundo sabe qué va a suceder, y nadie mueve un dedo para impedirlo.

Mi padre me consiguió una entrada para la final contra el Ipswich gracias a sus contactos profesionales, aunque había forma de conseguirla incluso en la universidad, ya que a los «azules», los deportistas de Cambridge, se les envía habitualmente media docena. (Al año siguiente, cuando el Arsenal de nuevo llegó a la final, terminé con dos entradas en mis manos. Una de ellas era la de mi vecino en la residencia universitaria, que tenía cierta relación con uno de los grandes clubs del noroeste de Inglaterra, un club que había tenido sus problemas con la Asociación de Fútbol por su caballerosa forma de distribuir las entradas para la final de Copa: escribió al club pidiendo una, y le fue enviada a su debido tiempo.) Había sin duda muchos más aficionados merecedores de la entrada; me refiero a esa gente que se había pasado la temporada viajando por todo el país para animar al Arsenal en vez de perder el tiempo en la universidad, aunque yo era al menos un auténtico hincha de uno de los equipos finalistas, y por eso mismo tenía más derecho a estar allí que muchas de las personas que también estuvieron en la final.

Los compañeros con que me tocó pasar la tarde eran hombres de mediana edad, afables y atentos, de treinta y muchos o cuarenta y pocos, aunque me quedó muy claro que sencillamente no tenían ni la menor idea de la importancia que revestía aquella tarde para los demás. Para ellos, era una simple salida de sábado por la tarde, una manera como cualquier otra de pasarlo bien. Si me los volviera a encontrar, estoy convencido de que serían incapaces

de recordar el resultado de aquel partido, ni el nombre del autor del único gol (en el descanso estuvieron hablando de política). En cierto modo me dio envidia su indiferencia. Tal vez se pueda defender el argumento de que las entradas de la final de Copa se despilfarran entre los hinchas, tal y como la juventud, divino tesoro, se despilfarra entre los jóvenes. Aquellos hombres, que sabían de fútbol lo justo para salir bien parados del encuentro, disfrutaron activamente del partido, de su dramatismo y su ruido, de su inercia, mientras que yo odié uno por uno todos los minutos que duró, tal como había odiado todas las finales de Copa en las que tomó parte el Arsenal.

Llevaba diez temporadas siendo hincha del Arsenal: prácticamente la mitad de mi vida. En sólo dos de esas diez había ganado el Arsenal algún trofeo; llegaron a la final de Copa en otras dos, y siempre fracasaron estrepitosamente. Ahora bien, esos triunfos y esos fracasos habían tenido lugar durante mis primeros cuatro años de hincha. Había sobrevivido desde los quince años, cuando llevaba una vida determinada, hasta los veintiuno, cuando llevaba otra completamente distinta. Igual que las farolas de gas o los carruajes tirados por caballos —o, quizás, igual que los espirógrafos y las pistolas de juguete Sekiden—, Wembley y la final de Copa empezaban a parecerme algo propio de un mundo anterior al mío.

Cuando llegamos a semifinales de Copa en 1978, y ganamos la eliminatoria, fue como si el sol hubiera salido por fin tras muchos años en los que sólo hubo tardes de noviembre. Los detractores del Arsenal se habrán olvidado de que aquel Arsenal era capaz de hacer un fútbol delicioso, apasionante incluso, o bien se negarán a creerlo: estaban Rix y Brady, Stapleton y Macdonald, Sunderland y el mejor de todos, aunque sólo jugase una temporada: Alan Hudson. Durante unos tres o cuatro meses fue como si aquel equipo fuera capaz de hacernos felices en todos los aspectos en que se puede ser feliz en el fútbol.

Si estuviera escribiendo una novela, el Arsenal habría sido campeón de Copa en el 78. Rítmica y temáticamente, un triunfo encajaría mucho mejor: llegados a este punto, otra derrota en Wembley exigiría demasiado por parte del lector, y pondría a prueba su paciencia y su sentido de la justicia. Las únicas disculpas que puedo aducir por mi torpeza en la elaboración de la trama son éstas: Brady no estaba en condiciones de jugar, y Supermac, que ya había hecho sus declaraciones típicamente insensatas a la prensa, acerca de lo que pensaba hacer con la defensa del Ipswich, estuvo peor que nunca. (Había cometido el mismo error que cuatro años antes, cuando jugaba en el Newcastle: jactarse abiertamente, dándose las de figura primero y fallando a la hora de cumplir. Después del desastre contra el Ipswich, el Guardian hizo a sus lectores una pregunta de concurso sobre la final de Copa: «¿Qué se lleva todos los años a la final de Copa y nunca se llega a utilizar?» La respuesta era sencillamente las cintas con los colores del equipo perdedor, que nunca se llegan a atar a las asas de la copa, aunque un listillo escribió una respuesta en la que sugería que era Malcolm Macdonald lo que nunca se utiliza en una final de Copa.) Fue una final abrumadoramente decantada a favor del Ipswich, aunque no marcaron hasta mediada la segunda parte. Nunca dio la sensación de que pudiéramos empatar, y el 1-0 bastó para apearnos a última hora de la competición.

Así las cosas, había perdido tres de tres en Wembley, y estaba ya convencido de que jamás vería al Arsenal dando la vuelta de honor al estadio. Sin embargo, la del 78 es la derrota que menos me duele, sobre todo porque estaba con personas a las que no les dolió nada, ni siquiera al que llevaba una bufanda rojiblanca (sospechosamente limpia, como si la hubiese comprado al llegar al estadio). Es una extraña paradoja: así como la tristeza del hincha (y es una tristeza de verdad) es privada —todos tenemos una relación individual con nuestro equipo, y creo que en secreto pensamos que ningún otro hincha entiende a fondo por qué hemos sido golpeados con más dureza que cualquier otro—, estamos sin embargo obligados a dolernos en público, rodeados por personas cuyas heridas se expresan de manera distinta que las nuestras.

Muchos hinchas dan rienda suelta a su cólera, ya sea contra su equipo o contra los hinchas del adversario: es una manifestación de furia auténticamente malsonante, que a mí me fastidia y me apena. Nunca he tenido el menor deseo de hacer eso; prefiero estar a solas y pensar, compadecerme un rato y recobrar luego la fuerza suficiente para volver al punto de partida y empezar de nuevo. Esos hombres de negocios se mostraron simpáticos, comprensivos, pero en modo alguno preocupados. Me invitaron a tomar una cerveza que yo rechacé, de modo que me dieron la mano, me transmitieron su pesar y yo desaparecí: para ellos no había sido más que un partido entre tantos, y seguramente a mí me hizo mucho bien pasar el rato con gente que se conducía a las claras como si el fútbol no fuera más que una diversión, como el rugby, el golf o el críquet. No tiene nada que ver con eso, por supuesto, aunque aquella tarde fue interesante e instructiva, por conocer a gente que así lo veía.

RATONES DE CAMELO Y DISCOS DE LOS BUZZCOCKS

CAMBRIDGE UNITED — ORIENT 4/11/78

Lo que pasó fue que Chris Roberts compró un ratón de caramelo en la tienda de Jack Reynolds (El Rey de las Golosinas), le arrancó la cabeza de un mordisco y se le cayó en Newmarket Road antes de comerse el cuerpo: un coche le pasó por encima y lo hizo papilla. El Cambridge United, que hasta entonces había tenido tremendas dificultades en Segunda División (dos victorias en toda la temporada, una en casa y otra fuera), derrotó aquella tarde al Orient por 3-1, y así nació el ritual. Antes de cada partido, todos pasábamos por la tienda de golosinas y nos comprábamos un ratón de caramelo, le arrancábamos la cabeza de un mordisco, como si quitásemos el pasador de seguridad a una granada de mano, y arrojábamos el resto del cuerpo a las ruedas de los coches que pasaran por allí. Jack Reynolds salía a la puerta a mirarnos, meneando la cabeza como si le diéramos pena. El United, protegido de esta manera, aguantó meses enteros imbatido en el Abbey.

Ya sé que tiendo a ser bastante idiota en todo lo relacionado con los ritos: así he sido desde que empecé a ir al fútbol, y también sé que no soy el único. Recuerdo que de pequeño me empeñaba en ir a Highbury con un trozo de plastilina o con alguna estupidez semejante, que me pasaba la tarde entera manoseando. (Empecé a fumar antes incluso de tener la edad en que uno empieza a fumar.) También recuerdo que me empeñaba en comprarle el programa de mano siempre al mismo vendedor, y en entrar en el estadio siempre por el mismo torno.

Ha debido de haber cientos de ridiculeces similares, todas ellas destinadas a garantizar la victoria de uno u otro de mis equipos del alma. Durante la prolongada y desquiciante semifinal contra el Liverpool, en 1980, apagué la radio a mitad del segundo tiempo del último partido; el Arsenal iba ganando por 1-0, y como el Liverpool siempre había conseguido empatar en los últimos minutos del partido anterior, no pude seguir escuchando la retransmisión hasta el final. Puse en cambio un disco de los Buzzcocks, el recopilatorio (los Singles: Going Steady), a sabiendas de que sólo con la cara A podría aguantar hasta que el árbitro señalara el final del encuentro. Ganamos aquel partido, y luego insistí en que mi compañero de piso, que trabajaba en una tienda de discos, pusiera ese disco el día de la final de Copa a las cuatro y veinte de la tarde, aunque no sirvió de nada. (Y aún me ronda la sospecha de que se olvidó.)

He intentado «fumarme» los goles (el Arsenal marcó una vez cuando dos amigos y yo encendíamos un pitillo). He intentado comer chips de cebolla y queso mediada la primera parte; he probado suerte renunciando a grabar en vídeo los partidos que viera en el campo (el equipo parecía haber acusado negativamente todos mis empeños por grabar el encuentro para estudiar el juego cuando llegara a casa). He probado a ponerme mis calcetines de la suerte, y también camisas y sombreros de la suerte; he probado a ir con amigos que para mí daban suerte, e incluso he rehuido a otros que me parecían bastante gafes para el equipo.

Nunca encontré nada (aparte de los ratones de caramelo) que diera resultado. Sin embargo, ¿qué podemos hacer si somos tan débiles? Dedicamos horas cada día, meses cada año, años cada vida, a algo sobre lo que no tenemos el menor dominio. ¿Es de extrañar, me pregunto, que nos veamos obligados a celebrar ingeniosas, raras liturgias destinadas a crear la ilusión de que al fin y al cabo sí tenemos el poder en la mano, tal como ha hecho cualquier comunidad primitiva al verse frente a un profundo misterio, en apariencia insondable?

WEMBLEY, 4.^a PARTE: LA CATARSIS

ARSENAL — MANCHESTER UNITED(EN WEMBLEY) 12/5/79

Yo no albergaba ninguna clase de ambiciones personales hasta que cumplí veintiséis o veintisiete años, cuando tomé la decisión de que podía ganarme la vida escribiendo, dejé mi trabajo y me senté a esperar que los editores y/o las productoras de Hollywood me llamasen y me encargasen lo nunca visto. En la universidad, los amigos seguramente me preguntaron qué planes tenía en la vida, sobre todo porque ya estaba en el último curso; sin embargo, el futuro todavía se me antojaba tan inimaginable y tan poco interesante como cuando tenía cuatro o cinco años, de modo que no tengo ni idea de lo que pude contestar. Lo más probable es que murmurase alguna vaguedad sobre el periodismo o la edición (el exacto equivalente de astronauta o conductor de trenes cuando le toca responder a un estudiante de Bellas Artes que tampoco lo tiene nada claro), aunque para mis adentros ya empezaba a sospechar que como había malgastado tres años sin la menor sensatez, esas profesiones no estarían a mi alcance. Conocía a personas que se habían pasado todos los años de estudiante escribiendo en publicaciones universitarias, aunque no por eso les habían ofrecido trabajo. ¿Qué posibilidades tenía yo? Llegué a la conclusión de que mejor sería no saberlo, y por tanto no solicité ningún trabajo.

Puede que no tuviera ideas sobre mi futuro, pero en cambio tenía grandes ideas sobre mis equipos de fútbol. Dos de estos sueños —que el Cambridge United subiera de Cuarta a Tercera y de Tercera a Segunda División— ya se habían hecho realidad. En cambio, la tercera y más ardorosa ambición, ver al Arsenal alzarse campeón de Copa en Wembley (y puede que a fin de cuentas ésta fuese una ambición personal, ya que mi presencia en el estadio era parte esencial de ella), todavía estaba por cumplirse.

El equipo había jugado muy bien, y volvió a ser finalista por segundo año consecutivo. Les costó cinco partidos eliminar al Sheffield Wednesday, que estaba en Tercera (hace poco, y con su mejor espíritu de servir a la comunidad, la policía de Gran Bretaña manifestó que esa bella y extraña tradición de la Copa según la cual se ha de repetir en campo contrario toda eliminatoria —jugada a partido único— que termine en empate, con lo que a veces se dan auténticos maratones de partidos entre dos mismos equipos, debería pasar a mejor vida); luego lograron un trabajoso empate en campo del Nottingham Forest, que era campeón de Europa; hubo otro espinoso partido en Southampton, que ganamos en la repetición con dos estupendos goles de Alan Sunderland. La semifinal contra el Wolverhampton fue relativamente llevadera, a pesar de que Brady no pudo jugar por lesión: dos goles en la segunda parte, firmados por Sunderland y Stapleton, y de nuevo estábamos en Wembley.

Cuando se cumplía exactamente una década de aquella final de Copa contra el Manchester United, en mayo de 1989, yo estaba esperando noticias sobre un guión que había escrito al mismo tiempo que se evaporaba a toda velocidad la mejor ocasión que tuvo el Arsenal de ganar el Campeonato de Liga en dieciocho años. El guión era un capítulo piloto de una

telecomedia como tantas, pero había llegado más lejos que de costumbre: tuve alguna reunión con ejecutivos del Channel 4 y recibí muestras de entusiasmo, aquello tenía, en fin, muy buena pinta. No obstante, presa de la desesperación causada por un resultado adverso, cuando perdimos contra el Derby en el último partido de la temporada que jugábamos en casa, ofrecí mi trabajo (cuya aceptación habría rescatado mi carrera de escritor y mi autoestima como persona de la inexistencia total, que era hacia donde iban de cabeza), en una especie de ara sacrificial personalísima: si ganábamos la Liga, me daría lo mismo recibir la carta de rechazo. La carta de rechazo llegó a su debido tiempo, y durante meses me dolió una barbaridad, pero también llegó el título de Campeones de Liga. Ahora, dos años después, la decepción ha desaparecido del todo, pero la emoción que me produjo el gol de Michael Thomas aún me pone la carne de gallina cuando lo recuerdo, y sé que en el fondo acerté con el pacto.

En mayo de 1979, el potencial de aquellos pactos era amplísimo y muy complejo. El jueves anterior a la final de Copa, la señora Thatcher estaba en puertas de ganar sus primeras elecciones generales; el jueves siguiente empezaban mis exámenes finales. De estos tres acontecimientos, la final de Copa era obviamente el que más me importaba, aunque también me alarmaba, de forma no menos obvia, la perspectiva de que la señora Thatcher fuera primera ministra. (Puede que en otra semana más tranquila hubiese tenido tiempo y energía para inquietarme por los exámenes, pero la mediocridad de mi expediente universitario ya era inevitable; además, en las universidades británicas es tan fácil obtener la licenciatura como es fácil ir cumpliendo años: basta con aguantar una temporada, y caerá por su propio peso.) Con todo y con eso, lo tremendo del caso es que estaba dispuesto a aceptar un gobierno conservador, de mil amores, si así tenía la garantía de que el Arsenal ganaría la final de Copa; difícilmente podía suponer, ni por asomo, que la señora Thatcher iba a ser el primer ministro que más durase en el cargo desde que empezó el siglo. (De haberlo sabido, ¿habría hecho el mismo pacto? ¿Once años de thatcherismo a cambio de la Copa? Desde luego que no. No me habría conformado por menos de otro doblete.)

El hecho de que los conservadores ganasen con toda comodidad el jueves no significa que yo contase con que ganáramos cómodamente el sábado. Ya sabía que los pactos, igual que modelar plastilina o ponerse una determinada camisa, no es garantía del éxito. Para colmo, el otro finalista era el Manchester United, un equipo como es debido, y no uno que llegaba a la final a morir con honor y a disfrutar de las cervezas del tercer tiempo, como, por ejemplo, en fin, el Ipswich o, qué demonios, el Swindon. El Manchester United era ese tipo de equipo que bien podría hacer caso omiso de todo pacto relacionado nada menos que con unas elecciones generales. ¿Cómo? Marcándonos un montón de goles y vapuleándonos.

Durante casi todo el partido, el United jugó como si todos ellos supieran al dedillo en qué consistía mi pacto, como si encima les hiciera felices cumplir con el papel que tenían adjudicado. El Arsenal marcó dos goles en el primer tiempo: uno a los doce minutos (la primera vez en cuatro partidos en Wembley que veía al Arsenal adelantarse en el marcador) y otro justo antes del descanso. Ese cuarto de hora fue una gozada, un rato de total paz y tranquilidad, de ronca y estruendosa celebración. Casi toda la segunda parte discurrió del mismo modo, hasta que el Manchester United marcó cuando sólo faltaban cinco minutos. Y a falta de dos, a

cámara lenta, de forma traumática y a trancas y barrancas, marcaron otra vez. Habíamos desperdiciado la ocasión: los jugadores y los hinchas del equipo lo sabíamos muy bien. Al ver a los jugadores del Manchester abrazarse en una pifia y felicitarse jubilosos tras la línea de fondo, al otro lado del campo, me quedé con aquella terrible sensación que había tenido de niño, la sensación de que odiaba al Arsenal, de que el club era un pesado fardo con el que ya no podía cargar, aunque nunca en mi vida consiguiera deshacerme de él.

Estaba en lo alto de la grada, con otros hinchas del Arsenal, justo detrás de la portería del Manchester United. Me senté: estaba mareado de dolor, de ira, de frustración, de pura autocompasión. No podía seguir de pie. Otros hicieron igual. Detrás de mí, dos jovencitas lloraban en silencio, y no con exageración ni con pamplinas, que es como lloran las jovencitas en los conciertos de los Bay City Rollers, sino que lloraban de manera que saltaba a la vista su personalísima tristeza.

Aquella tarde me tocó atender a un joven americano amigo de la familia que estaba de visita: sus vagas muestras de simpatía, su evidente desconcierto, bastaron para que mi desazón se tornase alivio y vergüenza. Yo sabía que, en el fondo, no era más que un juego. Sabía que cosas peores pasan en el mar, que la gente se moría de hambre en África, que podría producirse un holocausto nuclear durante los próximos meses; sabía que el marcador aún iba 2-2, qué carajo, y que aún había una posibilidad de que el Arsenal encontrase una salida del cenagal (aunque también era consciente de que había cambiado la marea, de que los jugadores estaban desmoralizados y de que difícilmente podrían ganar en la prórroga). Todo esto que sabía de sobra, sin embargo, no me sirvió de ayuda. Había estado a sólo cinco minutos de ver cumplida la única ambición plenamente articulada que había tenido conscientemente desde que cumplí once años; si está bien visto apenarse cuando alguien no consigue un ascenso, cuando no le dan un Oscar, cuando todos los editores de Londres te rechazan una novela —y nuestra cultura permite apenarse por estas situaciones, aun cuando puede que los implicados sólo hayan tenido ese sueño durante un par de años, y no durante una década, durante la mitad de mi vida, que era el tiempo que había dedicado yo a acariciar mi sueño—, yo tenía todas las de la ley para pasarme dos minutos sentado en un duro banco de cemento procurando contener las lágrimas.

Sólo fueron dos minutos, de verdad. Cuando se reanudó el partido, Liam Brady robó un balón en medio del campo contrario (después dijo que estaba hecho polvo, que sólo pretendía impedir que nos colasen el tercero) y lanzó un pase largo, muy abierto, hacia Rix. Yo estaba mirando esa jugada, pero no la estaba viendo. Cuando Rix se cruzó en la trayectoria del balón y su toque salió fuera del alcance de Gary Bailey, el portero del United, yo no estaba prestando demasiada atención. Entonces, Alan Sunderland llegó a conectar con el balón y lo envió al fondo de la red, delante de nuestras narices, y me puse a gritar no el «Eso es», no el «Gool», no cualquier otro de los gritos que me suelen salir del pecho en momentos así, sino un simple sonido no articulado, un «AAAAARRRRGGGHHH» nacido del alborozo, de la incredulidad, del asombro. De pronto volvieron las personas a la grada, sólo que revolcándose unas con otras, con los ojos desorbitados, sin la menor compostura. Brian, el chaval americano, me miró y sonrió con toda su cortesía, intentando saber dónde tenía las manos en medio del descomunal

alboroto que se armó a su alrededor, para levantarlas y aplaudir con un entusiasmo que, mucho me temo, en realidad no llegó a sentir.

Hice los exámenes finales en una nube, como si estuviera anestesiado, bajo los efectos de una droga benigna e idiotizante. Algunos compañeros, pálidos y ojerosos por culpa del insomnio y la preocupación, se mostraron perplejos por mi estado de ánimo; otros, los aficionados al fútbol, lo entendieron con una punta de envidia. (En la universidad, igual que en el colegio, no había otros hinchas del Arsenal.) Obtuve mi mediocre licenciatura sin ninguna alarma, sin sobresaltos. Dos meses después, cuando por fin se me pasó el cuelgue por la Copa que habíamos ganado, cuando terminaron las celebraciones de fin de curso, empecé a comprender que en la tarde del 12 de mayo había conseguido casi todo lo que había aspirado a conseguir en esta vida, y que no tenía ni idea de lo que iba a hacer con el resto. Tenía veintidós años. De repente, el futuro se me antojó vacío, inhóspito, y me dio miedo.

CÓMO LLENAR UN VACÍO

ARSENAL — LIVERPOOL 1/5/80

Se me hace muy difícil, como a tantos otros, pensar que los años son unidades autónomas, que comienzan el 1 de enero y terminan 365 días después. Iba a decir que 1980 fue para mí un año casi inexistente, vacío, errático, pero sería un error: todo eso sí fue la temporada 79-80. Los hinchas hablan así: nuestros años, nuestras unidades de tiempo, van de agosto a mayo (junio y julio no cuentan; es como si no existieran, sobre todo en los años impares, cuando no hay ni Mundiales ni Copa de Europa de selecciones). Si se nos pregunta cuál ha sido la mejor o la peor época de nuestra vida, casi siempre contestaremos con cuatro cifras: 66-67 para los hinchas del Manchester United, 67-68 para los del Manchester City, 69-70 para los del Everton, etcétera. Ese silencio entre una cifra y otra es la única concesión al calendario que rige en el resto de la civilización occidental. Nos emborrachamos en Nochevieja, igual que todo el mundo, pero la verdad es que damos cuerda al reloj mental cuando se juega la final de Copa, en mayo, y entonces nos dedicamos a pensar en todos los buenos propósitos, en los arrepentimientos y en las renovaciones que la gente normal y corriente procesa por lo común cuando termina el año convencional.

Tal vez tendrían que concedernos el día libre la víspera de la final de Copa, para que pudiéramos reunirnos y celebrarlo. A fin de cuentas, somos una comunidad dentro de una comunidad social, y así como los chinos celebran el Año Nuevo cuando corresponde, y en Londres cierran al tráfico las calles alrededor de Leicester Square, y los chinos londinenses montan una procesión y cenar las delicias tradicionales de la ocasión, y los turistas se acercan a verles, puede que exista una forma con la que nosotros podríamos conmemorar el término de otra temporada cuajada de fracasos deprimentes, de discutibles decisiones arbitrales, de lamentables pases hacia atrás, de penosas negociaciones y fichajes. Podríamos ponernos las espantosas camisetas nuevas del segundo uniforme y cantar todos a una; podríamos comer unos Wagon Wheels —esas galletas dulces que sólo pueden paladear los aficionados al fútbol, ya que sólo se venden en los campos de fútbol— y unas hamburguesas gangrenosas, beber naranjada templada y repugnante en botella de plástico, un refresco que se comercializase especialmente para la ocasión por iniciativa de una empresa llamada Stavros o Edmonton, o algo así. Y podríamos pedir a la policía que nos metiese en vereda... En fin, más vale olvidarlo. Esta terrible letanía me ha hecho entender qué horrorosa es nuestra vida durante esos nueve meses; acabo de darme cuenta de que cuando termina la temporada, lo que más deseo es vivir todos y cada uno de los días de esas doce semanas sin fútbol como si de verdad fuera un ser humano.

Para mí, la temporada 79-80 fue la época en que el fútbol —hasta entonces la columna vertebral de mi vida— me proporcionó el esqueleto entero. A lo largo de toda la temporada no hice otra cosa que ir al pub, trabajar (en un garaje de las afueras de Cambridge, porque no se me ocurrió nada mejor), salir por ahí con mi novia, cuya carrera duraba un año más que la mía, y esperar a que llegaran uno por uno los sábados y los miércoles. Lo más extraordinario fue

que el Arsenal en particular pareció responder a mi necesidad de ir al fútbol tanto como me fuera posible: en aquella temporada disputaron unos setenta partidos, veintiocho de los cuales fueron eliminatorias de una u otra competición. Cada vez que daba muestras de estar más lánguido y apático de lo que me convendría, el Arsenal cumplía al ofrecerme un partido más.

En abril de 1980 estaba harto de mi trabajo, de mi indecisión, de mí. Cuando empezaba a parecer que los agujeros que había en mi vida eran demasiado grandes, imposibles de tapar ni siquiera a base de fútbol, las ganas que tenía el Arsenal de sobresaltarme rozaron el frenesí: entre el 9 de abril y el 1 de mayo jugaron seis partidos de semifinales, cuatro contra el Liverpool en la Copa y dos contra la Juventus en la Recopa. Sólo uno de los seis, la ida de la eliminatoria contra la Juventus, se disputó en Londres. Todo giró en torno a la radio. Lo que recuerdo de aquel mes es simplemente que trabajé, dormí y escuché las retransmisiones de Peter Jones y de Bryon Butler, en directo desde Villa Park, Hillsborough o Highfield Road.

No soy un buen radioyente; muy pocos hinchas lo son. El público es mucho más rápido que los comentaristas: los rugidos y los aullidos preceden a las descripciones de la jugada por varios segundos, y la incapacidad de visualizar el campo me pone mucho más nervioso de lo que estaría en caso de haber ido al estadio o de ver el partido por televisión. Por la radio, cada disparo a puerta del contrario parece dirigido a la escuadra; cada balón al área de tu equipo da miedo; cada libre directo del contrario es siempre al borde del área. Antes de que empezaran a dar partidos por televisión, en los tiempos en que Radio 2 era mi único enlace con las hazañas del Arsenal en campo contrario, casi siempre en partidos de Copa, me sentaba con el dedo en el dial, cambiando de una emisora a otra, desesperado por saber qué estaba ocurriendo, pero igualmente desesperado por tener que oír la retransmisión. Por la radio, el fútbol queda reducido a su mínimo común denominador. Despojado de los placeres estéticos del juego, desprovisto del consuelo de una multitud que se siente igual que tú, sin la sensación de seguridad que da ver que tus defensas y tu portero están más o menos donde tienen que estar, todo lo que te resta es el miedo en estado puro. El desolado y fantasmal aullido con que acompañaba las retransmisiones de Radio 2 por la noche era íntegramente oportuno.

Los dos últimos partidos de aquella semifinal contra el Liverpool, que fueron cuatro partidos en total, estuvieron en un tris de acabar conmigo. En el tercero, el Arsenal abrió el marcador nada más empezar el partido, y defendió su ventaja durante los ochenta y nueve minutos restantes. Sentado, de pie, paseando, fumando, aguanté toda la segunda mitad sin poder ponerme a leer, sin hablar, sin pensar siquiera, hasta que el Liverpool empató en el descuento. El gol del empate fue como si una pistola que me hubiera estado apuntando a la sien durante una hora finalmente disparase; la única y enfermiza diferencia estuvo en que esa bala no puso fin a todo. Al contrario, me obligó a vivir de nuevo toda aquella angustia. En el cuarto partido, tres días después, el Arsenal volvió a adelantarse en el marcador. Fue entonces cuando me entró tanto miedo que apagué la radio y descubrí casualmente las propiedades de talismán que había atribuido a los Buzzcocks. Esa vez el Liverpool ya no empató, y el Arsenal alcanzó su tercera final de Copa en tres años seguidos. Lo malo fue que yo me quedé tan alterado, tan tenso, tan intoxicado por la nicotina, que prácticamente me dio lo mismo.

LIAMBRADY

ARSENAL — NOTTINGHAM FOREST 5/5/80

Durante todo un año aprendí a convivir con la posibilidad de que Liam Brady fuera transferido a otro equipo, tal como a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta los adolescentes americanos aprendieron a convivir con la posibilidad de que se produjera el Apocalipsis de un día para otro. Sabía que antes o después sucedería, y me concedí sin embargo un margen de esperanza; a diario le daba vueltas y más vueltas, leía los periódicos en busca de la menor insinuación de que hubiese firmado un nuevo contrato, estudiaba atentamente la relación que tenía en el terreno de juego con los demás jugadores, no fuera que existieran lazos tan fuertes que no se pudieran romper. Nunca había sentido con tanta intensidad ese aprecio por un jugador del Arsenal: durante cinco años había sido el alma del equipo, y también el centro de una importantísima parte de mí. Las noticias sobre su muy rumoreado deseo de irse del Arsenal no me dejaban a sol ni a sombra, a modo de pequeña mancha sobre la placa de rayos X de mi bienestar.

En su mayor parte, esta fijación es fácil de explicar. Brady era un centrocampista, un pasador, y el Arsenal no ha vuelto a tener a un futbolista semejante desde que se fue. A quienes sólo tengan un conocimiento muy rudimentario del juego, tal vez les sorprenda saber que un equipo de Primera División puede ponerse de hecho a jugar al fútbol sin un solo jugador que sepa pasar bien, pero a los que sí sabemos algo ya no nos sorprende nada: los pases medidos pasaron de moda después de los pañuelos de seda y antes que los plátanos hinchables. Los entrenadores, los managers y también los jugadores, qué remedio, hoy en día están a favor de métodos alternativos para desplazar el balón de una parte del campo a otra, el principal de los cuales consiste en un paredón de músculos plantado sobre la línea divisoria del campo o poco más atrás, que tiene por todo propósito despejar el balón más o menos hacia donde estén los delanteros. Todos los hinchas, todos los aficionados al buen fútbol lamentan este procedimiento. Creo que puedo hablar en nombre de todos nosotros cuando digo que nos gustaban los pases, que en conjunto pensábamos que era positivo. Era grato ver ese accesorio futbolístico de la máxima belleza: un buen jugador era capaz de dar un pase a un compañero que nosotros no habíamos visto, o encontraba un ángulo que nunca se nos hubiese ocurrido, así que aportaba una estupenda geometría al juego; pero los entrenadores quizá percibieron que era demasiado problemático, de modo que dejaron de contar con los jugadores que sabían cómo dar un pase. Aún quedan un par de pasadores en Inglaterra, claro que aún quedan también unos cuantos herreros a la antigua usanza.

La mayor parte de los que tenemos treinta y tantos sobrevaloramos los años setenta. Nos acordamos de aquellos años como si fueran una edad de plata; nos compramos las camisetas de antaño, los vídeos de antaño, y hablamos con respeto y con pesar de Keegan y de Toshack, de Bell y Summerbee, de Hector y Todd. Nos olvidamos de que la selección inglesa ni siquiera logró clasificarse para jugar dos Mundiales seguidos, y pasamos alegremente por alto el hecho de que casi todos los equipos de Primera División contaban al menos con un jugador —Storey en el Arsenal, Smith en el Liverpool, Harris en el Chelsea— que lisa y llanamente era malo de

solemnidad. Los periodistas y locutores tienden a quejarse del comportamiento de los profesionales de hoy en día —la petulancia de Gazza, los codazos de Fashanu, la marrullería del Arsenal en general—, pero se ríen por lo bajo, complacidos, cuando recuerdan cómo volvían Lee y Hunter a los vestuarios tras ser expulsados, o cuando traen a colación que Bremner y Keegan fueron amonestados por haber llegado a las manos en un partido de la Charity Shield. En los años setenta, los jugadores no eran tan veloces, no estaban tan en forma, posiblemente no tenían siquiera una habilidad como los de hoy en día, pero en todos los equipos había al menos uno que sabía pasar el balón.

Liam Brady fue uno de los dos o tres mejores pasadores de los últimos veinte años, razón por la cual era venerado por todos los hinchas del Arsenal. Para mí, de todos modos, fue mucho más que eso. Yo lo adoraba, así de claro, porque era genial y porque, como se suele decir, sudaba la camiseta del Arsenal por todos los poros de la piel (igual que Charlie George en su día, era producto de la cantera). Pero es que además había un tercer elemento, y es que era inteligente. Su inteligencia se manifestaba primordialmente en su manera de pasar, siempre incisivo, imaginativo, continuamente sorprendente, pero también saltaba a la vista fuera del campo: sabía expresarse, tenía opiniones, destilaba un fino humor y vivía el fútbol hasta la médula («Venga, David, cuélaselo», exclamó desde su puesto de comentarista para la televisión cuando su amigo y viejo compañero en el Arsenal, David O'Leary, iba a lanzar el penalti decisivo en la eliminatoria que enfrentó en los Mundiales de 1990 a Rumania contra Irlanda). A medida que fui avanzando por los sucesivos estratos del mundo académico, y que aumentaba el número de personas que distinguían claramente entre el fútbol y la vida del intelecto, Brady siempre estuvo a mano para hacer de puente entre uno y otra.

Por supuesto que la inteligencia no es mala cualidad para un futbolista, máxime si juega en el centro del campo y si es el encargado de construir el ataque del equipo, aunque esa inteligencia no sea equiparable a la que se requiere para disfrutar, por ejemplo, de una «difícil» novela extranjera. Paul Gascoigne tiene inteligencia futbolística a raudales (una inteligencia pasmosa, que comprende entre otros aspectos una coordinación asombrosa y una rapidez insólita a la hora de explotar una situación que cambiará por completo en un par de segundos); y sin embargo es evidente y legendaria su carencia del sentido común más elemental. Todos los jugadores realmente sobresalientes tienen algo ingenioso: el sentido de la anticipación de Lineker, la colocación de Shilton, la profunda sabiduría de Beckenbauer son más producto de su cerebro que mera función de su condición atlética. Sin embargo, el clásico centrocampista es el que más atención recibe gracias a sus atributos cerebrales, sobre todo entre los comentaristas deportivos de los mejores periódicos, pero también entre los hinchas de clase media.

No sólo es debido a que el tipo de inteligencia que poseen Brady y los de su linaje sea la más visible en términos futbolísticos, sino porque es análogo al tipo de inteligencia que más se aprecia en la cultura propia de la clase media. Véanse los adjetivos empleados para describir al jugador que asume las tareas creativas en el juego: «elegante», «sabio», «sutil», «sofisticado», «astuto», «visionario»... Son palabras que igualmente podrían aplicarse a un poeta, a un

cineasta, a un pintor. Es como si el jugador realmente dotado fuera demasiado bueno para este ambiente, y como si a la fuerza hubiera que colocarlo en un plano distinto y más elevado.

Es innegable que algo de esta actitud impregnó mi deificación de Brady. Charlie George, el anterior ídolo de los hinchas del Fondo Norte, nunca había sido mío tal como lo era Liam. Brady era diferente (bueno, claro que no: su formación era más o menos idéntica a la del resto de los futbolistas) por ser lánguido y misterioso, y aunque yo no poseía ninguna de estas cualidades, entendía que mi propia educación me había pertrechado bien para reconocerlas. «El poeta de la zurda», comentaba mi hermana con sequedad cada vez que yo lo citaba, cosa que ocurría a menudo, aunque en esa ironía hubiera una punta de verdad: durante un tiempo, yo quise que los futbolistas fueran distintos de sí mismos en la medida de posible. Aunque fuera una estupidez, aún hay gente que lo desea. Pat Nevin, sobre todo cuando jugaba con el Chelsea, terminó por ser un jugador mucho mejor cuando se dio a conocer que sabía bastante de arte, de libros y de política.

El partido contra el Nottingham Forest, que fue un adormilado empate a cero en un lunes adormecido y gris, festivo para colmo, fue la última aparición de Brady en Highbury. Había llegado a la conclusión de que su futuro estaba en el extranjero, en Italia para más señas, e iba a pasar varios años allá lejos. Acudí a verle, y al final del encuentro dio una triste, lenta vuelta de homenaje acompañado por el resto del equipo. Muy en el fondo de mi ser yo aún esperaba que cambiase de opinión, o que el club se diera cuenta del daño irreparable que se causaría con su marcha. Hubo gente que dijo que el fondo del asunto era mera cuestión de dinero, pero yo preferí no hacerles caso. Preferí pensar que el asunto era debido a todo lo que Italia prometía, a su cultura, su estilo, etcétera, y que por eso se había sentido inclinado a marcharse; pensé que los placeres provincianos de Hertfordshire o de Essex, daba igual dónde viviera, ineludiblemente le habían contagiado un insuperable tedio existencial. De lo que sí estaba seguro por encima de todo fue de que él no quería dejarnos, que estaba desgarrado, que nos quería tanto como nosotros le queríamos a él, que un día volvería.

Siete meses después de perder a Liam cuando se lo llevó la Juventus, perdí a mi novia cuando se la llevó otro hombre, de golpe y porrazo y justo en medio de la primera, decepcionante temporada después de Brady. Y aunque supiera muy bien cuál de las dos pérdidas me dolió más —el traspaso de Liam me produjo pesar, tristeza, pero no me produjo, por fortuna, los insomnios, las náuseas, la imposible, inconsolable amargura que se tienen a los veintitrés años con el corazón destrozado—, creo que de alguna extraña forma Liam y ella se terminaron por enzarzar y confundir en mi forma de ver las cosas. Brady y la chica que había perdido me obsesionaron los dos durante bastante tiempo, puede que cinco o seis años, de modo que quizá fuera previsible que un fantasma se mezclase con otro. Después de la marcha de Brady, el Arsenal puso a prueba a un largo rosario de centrocampistas, unos competentes y otros no, condenados todos ellos por el mero hecho de no ser la persona que intentaban sustituir: entre 1980 y 1986 pasaron por ese puesto Talbot, Rix, Hollins, Price, Gatting, Peter Nicholas, Robson, Petrovic, Charlie Nicholas, Davis, Williams e incluso un delantero centro nato como Paul Mariner.

Y yo viví un largo rosario de relaciones amorosas durante aquellos cuatro o cinco años, unas serias y otras no. Los paralelismos serían inagotables. El regreso de Brady, a menudo muy rumoreado (jugó en cuatro equipos distintos durante sus ocho años en Italia, y antes de cada traspaso los periódicos sensacionalistas británicos siempre publicaron artículos imperdonablemente crueles sobre el hecho de que el Arsenal estuviera a punto de recuperarlo), fue cobrando tintes poco menos que chamánicos. Yo estaba al tanto, cómo no, de que los arranques depresivos, enfermizos y agotadores que tuve durante la primera mitad de los ochenta no fueron debidos, claro que no, a Brady ni a la chica que había perdido. Era algo relacionado con otra cosa, con algo mucho más difícil de entender, con algo que debí de llevar dentro de mí durante mucho más tiempo del que llevé conmigo a esas dos personas absolutamente inocentes. Sin embargo, durante esos aterradores bajones pensaba muchas veces en épocas anteriores, en las últimas veces en que había sido feliz y me había sentido realizado, lleno de energía y de optimismo, y Brady y ella eran los dos parte esencial de aquellas épocas. No es que fueran íntegramente responsables de ello, pero estuvieron presentes en mi felicidad, y con eso me fue suficiente para convertir esas dos historias de amor en los dos pilares gemelos sobre los que recaía todo el peso de una etapa muy distinta, encantada.

Cinco o seis años después de marcharse, Brady volvió efectivamente al Arsenal, con cuyo equipo jugó en el partido de homenaje a Pat Jennings. Fue una extraña noche. Más que nunca estábamos necesitados de su concurso (un gráfico que representara la suerte del Arsenal durante los ochenta a la fuerza semejaría una curva en forma de U), y antes del partido me puse nervioso, aunque no como suele ocurrirme antes de los partidos cruciales; fueron más bien los nervios del antiguo pretendiente que está a punto de embarcarse en una reunión ineludiblemente dolorosa, pero deseada desde hace muchísimo. Supongo que me aferré a la esperanza de que una recepción rayana en el éxtasis y con lágrimas en abundancia sirviera para que a Brady se le encendiera la bombilla, para que cayera en la cuenta de que su ausencia nos convertía a nosotros tanto como a él en un futbolista y un conjunto muy por debajo del nivel que podríamos alcanzar. No ocurrió nada de eso. Jugó en el partido, se despidió con un gesto cordial y volvió a Italia a la mañana siguiente. La siguiente vez que lo vimos llevaba la camiseta del West Ham y nos coló un rosco impresionante, un disparo desde fuera del área que nuestro guardameta, John Lukic, no pudo atajar.

Nunca le sustituimos de forma satisfactoria, pero encontramos a otras personas con otras cualidades distintas. Me costó mucho tiempo comprender que ésa es una manera de afrontar una pérdida tan buena como la que más.

ARSENALESCO

WEST HAM — ARSENAL 10/5/80

Todo el mundo conoce la canción que entonan los hinchas del Millwall con la melodía del «Sailing» de Rod Stewart: «Nadie nos quiere, / nadie nos quiere, / nadie nos quiere, / y nos da igual.» Siempre me ha parecido, la verdad, que es una canción un poco melodramática, y que si alguien podía cantarla con todas las de la ley, somos los del Arsenal.

Todos los hinchas del Arsenal, los más jovencitos y los más talludos, saben de sobra que nadie nos quiere, y casi a diario oímos que aquí o allá se reitera ese rechazo. El aficionado medio al fútbol, si es más o menos conocedor de los medios de comunicación —me refiero a alguien que casi todos los días lea las páginas deportivas de los diarios, que vea la televisión siempre que se la encuentre encendida, que lea una revista o un fanzine de fútbol—, topará con una referencia despectiva para el Arsenal puede que dos o tres veces por semana (calculo que con la misma frecuencia con la que oír una canción compuesta por Lennon y McCartney). Acabo de ver por televisión un nuevo episodio de Saint and Greavsie, en el transcurso del cual Jimmy Greaves daba las gracias al entrenador del Wrexham por haber «entusiasmado a millones de espectadores», aprovechando que ese equipo de Cuarta División nos había eliminado de la Copa. En portada de una revista de fútbol que lleva unos cuantos días dando vueltas por mi casa, se anuncia un apetitoso reportaje titulado: «¿Por qué todo el mundo odia al Arsenal?» La semana pasada se publicó un artículo en un periódico de difusión nacional en el que se vilipendiaba a cuatro jugadores nuestros por su falta de toque artístico; uno de los jugadores insultados de esta forma tenía dieciocho años, y ni siquiera jugaba habitualmente en el primer equipo.

Somos aburridos, tenemos una suerte que no nos la merecemos; somos guarros, petulantes, ricos y malcarados. Y así hemos sido, por lo que yo sé, desde la década de los treinta. Fue entonces cuando el entrenador más grande de todos los tiempos, Herbert Chapman, introdujo un defensor adicional y transformó el modo habitual de jugar al fútbol, siendo así el fundador de la fama que tiene el Arsenal por realizar un fútbol negativo, nada atractivo para el espectador; sin embargo, las alineaciones del Arsenal que más éxito han tenido, y sobre todo el equipo que ganó el doblete en 1971, hizo uso de una defensa tan competente que intimidaba al contrario, y ése fue de hecho su trampolín para saltar al éxito. (Trece de los partidos de liga que jugamos en casa durante aquel año terminaron en 0-0 o en 1-0. En honor a la justicia hay que afirmar que ninguno fue precisamente bonito.) Yo supongo que lo de la «suerte del Arsenal» nació gracias al «qué aburrimiento de Arsenal» que se oía sin cesar en aquellos sesenta años de victorias por 1-0, que tienden a poner a prueba la credulidad y la paciencia de los hinchas contrarios.

Por otra parte, el West Ham es un poco como el Tottenham, un equipo famoso por su poesía, su bravura y su apego a un fútbol fino, fluido («progresivo», según el argot que hoy se utiliza, una palabra que a los que tenemos treinta y tantos nos recuerda inquietantemente el rock

«progresivo» de Emerson, Lake and Palmer y de King Crimson). Todo el mundo mira con buenos ojos a Peters y a Moore, a Hurst y a Brooking y al resto de la «Academia» del West Ham, al igual todo el mundo desprecia a Storey, a Talbot y a Adams, así como la idea global y el planteamiento del Arsenal en el campo. Poco importa que Martin Allen, con su mirada de loco, y Julian Dicks, todo un bruto, representen en la actualidad a los jugadores del West Ham, tal como Van Den Hauwe, Fenwick y Edinburgh representan a los Tottenham Spurs. Poco importa que jugadores tan maravillosamente dotados como Merson, por no hablar del asombroso Limpar, jueguen en el Arsenal. Poco importa que en 1989 y en 1992 fuéramos el equipo que más goles marcó en Primera División. El West Ham y los Spurs son, en puridad, los guardianes de la llama eterna, los únicos que siguen el camino de la verdad; nosotros somos los Cañoneros, los Visigodos, como si el rey Herodes y el sheriff de Nottingham fueran nuestra pareja de centrales, siempre con los brazos en alto y pidiendo el fuera de juego del delantero contrario.

El West Ham, adversario del Arsenal en la final de Copa de 1980, estaba en aquella temporada en Segunda División. Por ser de categoría inferior, todo el mundo se compadecía de ellos. Para mayor disfrute del país entero, perdió el Arsenal. San Trevor de Inglaterra marcó el único gol del partido y así liquidó al monstruo odioso: el ataque de los vándalos había sido repelido, los niños podrían dormir sanos y salvos esa noche en sus casas. Así pues, ¿qué nos queda a los hinchas del Arsenal, que durante casi toda la vida nos hemos dejado identificar con los malos de todas las películas? Nada, no nos queda nada. Nuestro estoicismo, nuestro aguante frente a todas las ofensas, es poco menos que emocionante.

Hoy en día, lo único que se recuerda de aquel partido es, por un lado, el raro gol de cabeza que marcó Brooking; por otro, la monstruosa falta que le hizo todo un profesional como Willie Young a Paul Allen precisamente cuando éste, el jugador más joven que hasta entonces había participado en una final de Copa, estaba a punto de marcar uno de los goles más bonitos y más románticos que jamás se hubiesen visto en Wembley. Allí de pie en las graderías de Wembley, entre los callados y azorados hinchas del Arsenal, con el ensordecedor abucheo que nos llegaba de los hinchas del West Ham y de los espectadores neutrales por igual, me pareció inconcebible el cinismo demostrado por Young.

Pero aquella misma noche, al ver el resumen por televisión, tuve que reconocer para mis adentros que una parte de mí en realidad había disfrutado con semejante faltón, y no porque hubiese impedido marcar a Allen (el partido estaba casi terminado, habíamos perdido, eso ya era lo de menos), sino por ser un lance tan cómico, tan paródicamente «arsenalesco». ¿Quién sino un defensa del Arsenal podría haber lesionado de aquella forma a un chaval de diecisiete años que encima era miembro de la «Academia» del West Ham? Motson o Davies, no recuerdo bien cuál de los dos, se mostró oportuna y pomposamente molesto por ese lance del juego. Para mí, hartado de oír que los buenos habían vapuleado a los malos, aquella vehemencia con que el comentarista dio a entender que estaba en posesión de la verdad fue una provocación. En cierto modo, me recordó la ocasión en que Bill Grundy, el presentador televisivo, provocó a los Sex Pistols para que hablasen y se comportasen con absoluta grosería durante su primera actuación en un programa de televisión. Fue en 1976, y luego tuvo el descaro de manifestar su

indignación frente a la conducta de los Pistols. El Arsenal, he ahí el primer punk auténtico: nuestros centrales estaban al parecer satisfaciendo una necesidad pública, ya que a la sociedad en general le hacía falta un talante delictivo, sólo que inofensivo y paródico, mucho antes de que apareciesen Johnny Rotten y compañía.

LA VIDA DESPUÉS DEL FÚTBOL

ARSENAL — VALENCIA 14/5/80

Los equipos de fútbol son extraordinariamente imaginativos cuando se trata de causar verdadera pena entre sus seguidores. Empiezan ganando en Wembley, en una final de Copa, y luego lo tiran todo por la borda; se ponen en cabeza de la tabla y dejan de repente de ganar puntos; empatan los partidos difíciles fuera de casa y pierden la eliminatoria en su propio campo; una semana ganan al Liverpool de visitante y a la semana siguiente pierden con el Scunthorpe; te seducen a mitad de temporada, te hacen pensar que sí, que son firmes candidatos al título, y sin previo aviso cambian de tercio. Siempre que piensas que ya sabes claramente qué es lo peor que podría suceder, se sacan de la manga una inesperada novedad.

Cuatro días después de perder una final de Copa, el Arsenal perdió otra: contra el Valencia, en la final de la Recopa. La temporada de los setenta partidos disputados quedó en agua de borrajas. Fuimos superiores a los españoles, pero no pudimos marcar. La final se resolvió en la lotería de los penaltis. Brady y Rix fallaron sus lanzamientos (hay quien dice que Rix no volvió a ser el mismo después del trauma que vivió aquella noche, y es cierto que ya nunca recuperó la forma física que tenía a finales de la década de los setenta, por más que siguiera jugando en la selección nacional), y no hay más que hablar.

Que yo sepa, no hay otro equipo en Inglaterra que haya perdido dos finales en una misma semana, por más que en años posteriores, cuando perder una final era lo máximo que los hinchas del Arsenal nos atrevíamos a soñar, me pregunté por qué me sentí tan abatido entonces. Sin embargo, aquella semana también tuvo un efecto secundario beneficioso, purgante: después de pasar seis semanas enteras metido hasta el cuello en semifinales y finales, escuchando la radio y buscando como un alma en pena una entrada para el partido de Wembley, toda ocupación futbolera desapareció como por ensalmo y no supe con qué sustituirla. Al final no me quedó más remedio que pensar despacio en lo que iba a hacer con mi vida, en vez de pensar a todas horas en lo que iba a hacer el entrenador del Arsenal. Pedí plaza en un curso de pedagogía para profesores, en Londres, y me juré, aunque no sería ésa la última vez, que nunca volvería a dejar que el fútbol fuese el sustitutivo de mi vida, por más que el Arsenal llegara a jugar cien partidos en una temporada.

PARTE DEL JUEGO

ARSENAL — SOUTHAMPTON 19/8/80

Llega el primer partido de la temporada, y siempre estás más dispuesto a tolerar casi cualquier cosa. Durante el verano hubo un montón de fichajes y traspasos: fichamos a Clive Allen por un millón de libras, no nos terminó de convencer tras dos amistosos de pretemporada y lo canjeamos por Kenny Samson (un goleador por un defensa: así somos en el Arsenal), sin darle tiempo a jugar un partido en serio. Por eso, aunque se hubiese marchado Liam y aunque el Southampton no fuera precisamente el adversario más atractivo, nos reunimos más de cuarenta mil espectadores.

Algo salió mal: no abrieron suficientes tornos, o bien la policía cometió una chapuza en el control de la multitud, o lo que sea, pero se produjo una enorme avalancha, un apretón increíble en las entradas del Fondo Norte por Avenell Road. Pude aguantar de pie pese a quedar aprisionado; en un momento, tuve que levantar los brazos para ganar un poco de sitio, porque los puños se me hincaban en el pecho, en el estómago. Tampoco es que fuera nada del otro mundo: los hinchas se han visto mil veces en situaciones en las que por espacio de unos segundos todo se pone así de feo. No obstante, recuerdo haber respirado con dificultad cuando ya me acercaba a la cola de entrada (estaba tan constreñido que no podía llenarme los pulmones de aire fresco); es decir, que sí estuve un poco peor que de costumbre. Cuando por fin pasé por el tornio, me tomé el tiempo necesario para recuperarme del agobio, y me fijé en que todos los demás estaban haciendo lo mismo.

Lo que pasa es que yo confiaba en el sistema: sabía que de ninguna manera podría morir en un apretón así, ya que eso nunca había ocurrido en un partido de fútbol. Lo que pasó en Ibrox..., bueno, aquello fue distinto, fue una alucinante combinación de factores; además, aquello había sido en Escocia, durante un partido de la máxima rivalidad entre Celtics y Rangers de Glasgow, y ya se sabe que esos partidos suelen ser problemáticos. Pues no: en Inglaterra había alguien, no sé exactamente dónde, que sí estaba al corriente de lo que estaba haciendo, y además existía ese sistema, que nadie se había tomado la molestia de explicarnos, pero que servía para impedir ese tipo de accidentes. Podría dar la impresión de que las autoridades, el club, la policía misma, en algunas ocasiones apuraban en exceso la suerte y estaban a favor de jugársela, si bien eso sucedía porque no habían comprendido debidamente cómo se organizan las cosas. En aquel tumulto de Avenell Road, aquella noche, había gente riéndose, poniendo cara de asfixia; se reían y se lo tomaban a coña porque estaban a muy pocos metros de unos cuantos agentes de policía, a pie y a caballo, que no sentían ninguna preocupación por lo que estaban viendo. Y sabían que esa proximidad era garantía de su propia seguridad. ¿Cómo puede uno morir cuando tiene ayuda tan cerca?

Nueve años después, pensé sin embargo en aquella noche: me acordé de aquella ocasión cuando tuve noticias del desastre de Hillsborough, y después la he vuelto a recordar muchísimas veces, cuando te da la sensación de que hay demasiada gente en el campo, o

cuando piensas que el gentío está distribuido de forma irregular por las gradas. He pensado que podría haber muerto aquella noche, y que en algunas ocasiones he estado en cambio más cerca de morir de lo que estoy dispuesto a reconocer. A fin de cuentas, no existía un plan preconcebido: todo el mundo se había echado en brazos de la suerte.

MI HERMANO

ARSENAL — TOTTENHAM 30/8/80

En todo el país tiene que haber muchos padres que hayan experimentado el rechazo más cruel y más aplastante: sus hijos han terminado por ser hinchas de otro equipo distinto del suyo. Cuando considero la posibilidad de ser padre, y lo hago cada vez más a menudo, teniendo en cuenta que mi reloj biológico se acerca a la medianoche, soy consciente de que me entra un miedo cervical si se me ocurre pensar en este tipo de traición. ¿Qué haría yo si mi hijo o mi hija decidieran, a los siete u ocho años de edad, que su padre está loco, y que el Tottenham o el West Ham o incluso el Manchester United es el equipo de sus amores? ¿Cómo pasaría yo ese trago? ¿Haría lo que ha de hacer un padre decente, es decir, aceptar que mis días en Highbury están contados, y comprar un par de abonos de temporada para ir a White Hart Lane o a Upton Park? No, ni de broma. Bastante infantil soy yo cuando hablamos del Arsenal, y difícilmente podría acceder a los caprichos de un niño. Le explicaría por el contrario que, aunque sin duda respetaría cualquier decisión de ese tipo, si tanto desea ir a ver a los suyos tendría que ir por su cuenta, con su dinero, bajo su responsabilidad. A ver si así se entera el mocoso de lo que vale un peine.

En más de una ocasión he tenido la fantasía de una final de Copa que enfrentase al Tottenham y al Arsenal. En esa fantasía, mi hijo estaría tan embelesado, tan tenso y, en el fondo, sería tan desdichado como lo era yo cuando empecé a ser hincha del Arsenal, sólo que él sería hincha de los Spurs; como no habríamos conseguido entradas para ir a Wembley, nos quedaríamos en casa para ver el partido por televisión. En el último minuto del partido, ese viejo guerrero que es Kevin Campbell marca el gol de la victoria... y yo estallo de alegría y frenesí, me pongo a dar saltos por el cuarto de estar, con los puños al aire, burlándome, mofándome de mi propio hijo, obviamente traumatizado. Mucho me temo que sería capaz de algo semejante; de ahí que lo más sensato, el acto realmente maduro que debería realizar esta misma tarde sin más tardanza, si es que de veras me conozco bien, es ir a hacerme una vasectomía sin dudarle. Si mi padre hubiera sido hincha del Swindon Town allá por 1969, en aquella espantosa tarde que pasamos en Wembley, y si hubiese reaccionado en consecuencia, no nos habríamos dirigido la palabra durante veintidós años como poco.

A estas alturas, ya he superado con éxito un obstáculo de estas características. En agosto de 1980, mi padre y su familia regresaron a Inglaterra tras haber vivido durante más de diez años en Francia y en Estados Unidos. Mi hermanastro Jonathan tenía trece años y estaba loco por el fútbol, en parte debido a mi influencia, en parte por haber vivido en Estados Unidos cuando la ya extinta Liga de Fútbol de los Estados Unidos estaba en su cénit. Por eso, rápidamente me lo llevé a ver al Arsenal, sin darle tiempo a que averiguase lo que por entonces se ventilaba en White Hart Lane, donde jugaban Hoddle y Ardiles, que era infinitamente más interesante que lo que se cocía en Highbury, con Price y Talbot.

Ya había estado antes en Highbury, en 1973: con seis años de edad, se pasó la tarde temblando sin poder controlarse, y sin comprender lo que ocurría asistió a una eliminatoria de la tercera ronda que jugamos contra el Leicester.

No obstante, lo había olvidado, así que un derby de la máxima rivalidad local, tan a principio de temporada, fue como empezar desde cero. No fue un mal partido; desde luego, no hizo presagiar los malos tiempos que estaban por venir: Pat Jennings, portero descartado por el Tottenham, mantuvo a raya a Crooks y a Archibald durante casi toda la primera parte, y el penoso portero que sucedió a Pat como cancerbero de los Spurs (no recuerdo si era Daines o Kendall) se tragó una bola fácil de parar. Luego, Stapleton les dio la puntilla con un estupendo globo.

Sin embargo, no fue el fútbol lo que cautivó a Jonathan. Fue la violencia. A nuestro alrededor, todo el mundo parecía enfrascado en una pelea: en el Fondo Norte, en el Fondo del Reloj, en la parte baja de la Banda Este, en la parte alta de la Banda Oeste. A cada tanto, un inmenso desgarrón se abría sin previo aviso en el prieto tejido formado por los hinchas presentes en las gradas: los policías tenían que separar a las facciones enfrentadas, y mi hermanito estaba que se salía de excitación; cada dos por tres se volvía hacia mí, con la cara resplandeciente de fruición y de incredulidad. «Esto es increíble», dijo una y mil veces. Después de aquello no tuve mayores problemas con él: me acompañó al siguiente partido, que fue un encuentro soso y apacible, una eliminatoria de Copa de la Liga contra el Swansea; me acompañó a casi todos los partidos de la temporada. Ahora tenemos abonos de temporada en dos localidades contiguas y es él quien me lleva en coche al estadio, así que la cosa ha salido francamente bien.

¿Es hincha del Arsenal simplemente porque durante muchísimo tiempo ha esperado ver cómo la gente se acuchillaba en las gradas? ¿O lo es porque me miraba con respeto, tal como efectivamente fue durante un tiempo, cuando era más joven, y por tanto confió en mí y dio por buena mi elección del equipo? Sea como fuere, lo más probable es que yo no tuviese ningún derecho de imponerle a Willie Young y a John Hawley y la trampa del fuera de juego que practica el Arsenal para el resto de su vida, que es lo que he terminado haciendo. Por eso me siento responsable, pero no me arrepiento. Si no hubiera sido capaz de garantizar su lealtad a la causa, si él hubiese decidido buscarse sus agonías de futbolero en otra parte, nuestra relación habría sido de naturaleza muy diferente, posiblemente mucho más sosegada.

No obstante, he aquí una curiosidad: Jonathan y yo estamos sentados en las gradas de Highbury, semana tras semana, en parte por culpa de las desazonantes circunstancias que condujeron a su existencia. Mi padre abandonó a mi madre para irse a vivir con la suya, y así nació mi hermanastro. De algún modo, eso fue lo que me hizo hincha del Arsenal. No deja de ser extraño, así pues, que mi particular manía le haya sido transferida a él, como si fuera una especie de defecto genético.

PAYASOS

ARSENAL — STOKE CITY 13/9/80

¿Cuántos partidos así hemos visto desde que se marchó Brady y hasta la llegada de George Graham? El equipo visitante es correoso, mediocre, no tiene demasiadas ambiciones, se conforma con salir bien librado; su entrenador (Ron Saunders, Gordon Lee, Graham Turner o, en este caso, Alan Durban) está decidido a llevarse un empate de Highbury, y sale con cinco defensas, cuatro centrocampistas que antes jugaron en la defensa y un desamparado hombre en punta aislado de todos, dispuesto a cazar los saques largos de su guardameta. Sin Liam, y después de aquella temporada sin Frank Stapleton, el Arsenal no tenía el ingenio ni la imaginación necesaria para atravesar la defensa contraria; puede que ganásemos, con un par de goles de córners sacados al primer palo o con un tiro lejano desviado por un defensa y un penalti; puede que empatásemos, 0-0 seguro; puede que perdiésemos por 0-1 con un gol de churro; pero la verdad es que no importaba gran cosa. El Arsenal no tenía ni de lejos calidad suficiente para ganar la Liga, aunque le sobraba competencia para no quedar muy abajo; semana tras semana, año tras año nos presentábamos en el estadio sabiendo perfectamente que lo que íbamos a presenciar nos deprimiría profundamente.

Aquel partido contra el Stoke encaja punto por punto en el molde: un primer tiempo sin goles; luego, en medio del creciente descontento de los aficionados, dos goles de última hora (irónicamente, si se piensa en la estatura descomunal de los tres centrales que alineó el Stoke, gracias a sendos cabezazos de los jugadores más bajos del Arsenal, Sansom y Hollins). Nadie, lo que se dice nadie, ni siquiera yo, podría haberse acordado del partido de no ser por la rueda de prensa que concedió Alan Durban después del encuentro: se cabreó por la manifiesta hostilidad de los periodistas frente a su equipo y su táctica. «Si quieren divertirse —les soltó a bocajarro—, vayan al circo a ver a los payasos.» Esa frase fue una de las citas futbolísticas más famosas de la década. A los periódicos de calidad en concreto les encantó, ya que resumía sin esfuerzo el meollo de la moderna cultura del fútbol: he ahí la prueba concluyente de que el fútbol se había desnaturalizado, de que a nadie le importaba otra cosa que no fueran los resultados, de que el antiguo espíritu corintio —lo importante es participar— había muerto, de que ya nadie lanzaba el sombrero al aire para celebrar una jugada de ingenio. ¿Por qué iba a ser el fútbol distinto de cualquier otra rama de la industria del espectáculo? Es difícilísimo encontrar a muchos productores de Hollywood y empresarios teatrales del West End interesados por las ganas que tiene el público de divertirse. ¿Por qué iban a salirse los entrenadores de los grandes equipos con la suya?

Durante estos últimos años, no obstante, he terminado por creer que Alan Durban tenía toda la razón del mundo. Su trabajo no consistía en dar diversión a los espectadores. Su trabajo era más bien mirar por los intereses de los hinchas del Stoke City, esto es, evitar las derrotas fuera de casa, mantener al equipo vivo en Primera División y ganar quizás unos cuantos partidos de Copa para aliviar las penas. Los hinchas del Stoke se habrían conformado con empatar a cero aquel partido, tal como los del Arsenal nos quedamos contentos con un empate sin goles en

campo del Tottenham, del Liverpool o del Manchester United; en casa, en cambio, esperamos ganar más o menos a cualquiera, y nos da igual cómo lo consigamos.

El imperativo de los resultados a la fuerza implica que los hinchas y los periodistas vean los partidos de manera radicalmente distinta. En 1969, en Highbury vi jugar y marcar un gol a George Best con el Manchester United. La experiencia debería haber sido muy profunda, como ver bailar a Nijinsky u oír cantar a María Callas, y aunque a veces comente aquel partido en términos semejantes cuando hablo con aficionados más jóvenes, o con los que se perdieron la actuación de Best por la razón que fuese, esa versión tan cariñosa es esencialmente falsa: aquella tarde me pareció odiosa. Cada vez que recibía la pelota me daba verdadero pánico, y supongo que incluso deseé que se hubiese lesionado. Y cuando he visto jugar a Law y Charlton, a Hoddle y Ardiles, a Dalglish y Rush, a Hurst y Peters, me ha ocurrido eso mismo: no he gozado nunca con nada de lo que hayan hecho esos jugadores en Highbury (aunque en algunas ocasiones haya tenido que admirar a regañadientes jugadas que les han hecho a otros equipos). El libre directo de Gazza contra el Arsenal, en una semifinal de Copa disputada en Wembley, fue simplemente asombroso: uno de los goles más sencillamente magistrales que he visto en la vida..., si bien sigo deseando de todo corazón no haberlo visto: ojalá no lo hubiese marcado. A decir verdad, durante todo el mes que precedió al partido casi llegué a rezar para que Gascoigne no jugase, y así se subraya la especificidad del fútbol en el mundo del espectáculo: ¿quién pagaría una entrada de las más caras para ir al teatro, con la esperanza de que la estrella estuviera indispuesta ese día?

A un espectador neutral tuvo que entusiasmarle el glorioso teatro organizado en aquel instante por Gascoigne, claro está. Pero había muy pocos espectadores neutrales en el estadio. Había hinchas del Arsenal, tan pasmados como yo mismo, y había hinchas del Tottenham, que fliparon tanto o más con el segundo gol, un remate de Gary Lineker desde dos metros de la línea de gol, después de una melé en el área chica: más que flipar, se subieron por las paredes, porque con un 2-0 a los diez minutos de empezar el partido, el Arsenal estaba ya muerto y enterrado. ¿Dónde está, pues, la relación entre el hincha y el espectáculo, teniendo en cuenta que el hincha tiene una relación esencialmente problemática con algunos de los momentos estelares del juego?

Existe esa relación, qué duda cabe, aunque dista mucho de ser clara y directa. Por ejemplo, el Tottenham está en general considerado como un equipo que realiza un fútbol realmente bueno, mejor que el del Arsenal, pero no tiene tantos seguidores como el Arsenal; los equipos que tienen fama de hacer un fútbol sobre todo espectacular (el West Ham, el Chelsea, el Norwich), no tienen colas de hinchas que lleguen a dar la vuelta a la manzana. Para casi todos nosotros, el modo en que juegue nuestro equipo es algo que carece de relevancia. Muy pocos hemos elegido realmente a nuestros clubs: nuestros clubs se nos han presentado sobre la marcha, y eso es todo. Cuando bajan de Segunda a Tercera División, cuando traspasan a sus mejores jugadores, cuando fichan a jugadores que no dan pie con bola, cuando rifan la pelota por enésima vez en dirección a un delantero centro que mide casi dos metros y medio, pero que no la suele cazar nunca, nos limitamos a maldecir por lo bajo, nos marchamos a casa, nos

pasamos dos semanas preocupados y cabizbajos, y volvemos el día que corresponda para volver a sufrirlo todo en nuestras carnes.

Por mi parte, yo soy primero hincha del Arsenal y, después, aficionado al fútbol (sí, una vez más debo decir que ya me sé todos los chistes). Nunca seré capaz de gozar con el gol de Gazza, y existe infinidad de momentos semejantes a ése. Conste que sé bien qué es el fútbol espectáculo: he disfrutado una barbaridad en las contadas ocasiones en que el Arsenal ha sabido jugar así. Cuando otros equipos que no están en competición directa con el Arsenal juegan con auténtico genio, con brío y calidad, también sé apreciarlo y agradecerlo. Igual que todo el mundo, he lamentado durante mucho tiempo y en voz bien alta las deficiencias del fútbol que se practica en Inglaterra, la permanente fealdad del fútbol que caracteriza a nuestra selección nacional, pero la verdad es que, en el fondo, esto no es más que charla de pub, nada más. Quejarse de que el fútbol sea aburrido es como quejarse de que El rey Lear tenga un final tan triste: es no haber entendido nada, y eso es lo que atinadamente apuntó Alan Durban, a saber, que el fútbol es un universo alternativo, tan serio y tan estresante como el trabajo, con las mismas preocupaciones, esperanzas y desilusiones, con las mismas alegrías ocasionales. Yo voy al fútbol por muchas y variadas razones, pero no voy buscando entretenimiento. Cuando miro a mi alrededor un sábado cualquiera y veo todas esas caras que delatan el pánico, la reconcentración y el mal humor, me doy cuenta de que los demás sienten lo mismo que yo. Para el hincha convencido, el fútbol espectáculo existe al igual que existen esos árboles que se desploman en medio de la jungla: hay que presuponer que esas cosas ocurren, sólo que no está uno en condiciones de apreciarlas. Los periodistas deportivos y los amantes del sillón y el televisor, bien dotados del espíritu corintio, son los indios amazónicos: saben más que nosotros, aunque, visto de otro modo, saben muchísimo menos.

EL MISMO ARSENAL DE SIEMPRE

ARSENAL — BRIGHTON 1/11/80

Un partido penoso entre dos equipos que daban pena. Dudo mucho que cualquiera de los que estuviesen allí recuerde nada de aquel partido, tal como es indudable que mis dos compañeros de aquella tarde, mi padre y mi hermanastro, habían olvidado el encuentro a la mañana siguiente. Yo solamente lo recuerdo (¡solamente!) porque fue la última vez que estuve en Highbury con mi padre, y aunque quién sabe si no iremos todavía alguna que otra vez (últimamente ha hecho un par de mínimas alusiones), ese partido tiene un aura propia del final de toda una época.

El equipo estaba prácticamente en las mismas condiciones en que nos lo habíamos encontrado doce años antes, y estoy seguro de que él se quejó del frío y de la ineptitud del Arsenal; estoy seguro de que yo volví a sentirme responsable de ambas calamidades, de que quise pedir disculpas. Yo tampoco era muy distinto, a grandes rasgos y yendo a lo que cuenta, del mozalbete que era doce años atrás. No sé bien cómo, pero seguía siendo tan negativo como cuando era un niño, aunque como ya había empezado a tener constancia de ese talante apagado, reconcentrado y tristón, y como ya entendía en qué consistía, parecía más siniestro, más amenazador que años antes. Y el equipo estaba allí, cómo no, mezclado con todo lo demás, encabezando mis bajones o bien siguiéndolos a rastras, no sé bien qué sería más exacto.

En cambio, otras cosas sí habían cambiado ya para siempre, y sobre todo a mejor, especialmente en lo tocante a mis tratos con mi «otra» familia. Mi madrastra había dejado de ser «el Enemigo»: en nuestra relación empezó a darse una auténtica calidez que ninguno de los dos hubiese podido prever años antes. Tampoco había existido ningún roce con los niños, pero por encima de todo lo demás mi padre y yo habíamos alcanzado de forma casi imperceptible una etapa en la que el fútbol había dejado de ser el principal método de discurso que existía entre nosotros dos. Viví con él y con su familia en Londres durante toda la temporada 1980-1981, el año en que terminé mis estudios para dedicarme a dar clases; fue la primera vez que vivimos de esa forma desde que yo era niño, y fue como la seda. Teníamos otras cosas entre manos, tal como las hemos tenido desde entonces. Supongo que el fracaso de su primer matrimonio aún debe de estar mezclado de algún modo en todo eso, pero hemos logrado dar forma a una relación que, a su manera, funciona bien, y aunque todavía nos encontremos con frustraciones y dificultades, no creo que sean síntomas de una ruina, ni tampoco pienso que los problemas que tenemos sean peores, ni mucho menos, que los que tienen mis amigos con sus padres; a decir verdad, nos llevamos mucho mejor que la mayoría.

Todo esto no lo tenía en mente por entonces, claro está, porque al menos en lo que a mí se refiere, un triunfo en casa por 2-0 contra el Brighton carecía de un significado especial, y seguramente ya llegaría el día en que los dos fuésemos juntos a un partido por última vez. Lo cierto es que nuestro partido de estreno tampoco había sido muy halagüeño. Es mejor dejarnos

allí a los tres: mi padre añadiendo a su té en vaso de plástico unas gotas de su petaca, quejándose como un viejo gruñón por tener que ver al mismo, maldito Arsenal de siempre, mientras yo cambio de postura cada dos por tres en mi asiento, incómodo y deseoso de que todo vaya a mejor, y Jonathan, todavía pequeño, pálido y helado, por lo que yo sé, desearía que su hermano y su padre hubiesen encontrado una forma distinta de resolver sus problemas allá en el año de 1968.

UNA DE «TRIVIAL PURSUIT»

ARSENAL — MANCHESTER UNITED 24/2/81

Más o menos en esta época me perdí, así de claro, y estuve extraviado unos cuantos años. Entre un partido en casa (contra el Coventry) y el siguiente (un partido entre semana, contra el Manchester City), rompí con mi novia. Todo lo que desde hacía ni se sabe cuánto se me estaba pudriendo por dentro empezó a supurar y salir al exterior; empecé a hacer prácticas de enseñanza en un complicado colegio del oeste de Londres, y el Arsenal arrancó un empate en campo del Stoke, aunque cayó derrotado en campo del Forest. Fue muy raro ver trotar a los jugadores aquella tarde, igual que lo habían hecho tres semanas antes: se me ocurrió que deberían haber tenido la decencia de reinventarse, de reconocer que los rostros y el físico y las carencias que habían mostrado en el partido contra el Coventry pertenecían a una época muy lejana.

Si hubiese habido partidos todos los días de la semana por la noche, y todos los fines de semana por la tarde, habría ido sin dudar, ya que los partidos hacían las veces de marcas de puntuación (aunque sólo fueran comas) entre desoladas frases a lo largo de las cuales bebía demasiado y fumaba demasiado y así me quitaba un peso de encima de manera tan veloz que resultaba gratificante. Ese partido lo recuerdo con gran claridad sólo porque fue el primero; después, empezaron a confundirse unos con otros, y a la vista está que no ocurrió gran cosa en el terreno de juego, aparte de que Talbot y Sunderland metieran a duras penas un par de goles.

Sin embargo, el fútbol había adquirido un nuevo significado en relación con mi carrera profesional. Se me había ocurrido la brillante idea —y creo que se les ocurre a todos los jóvenes profesores de mi cuerda— de que mis grandes aficiones (el fútbol y la música pop en concreto) serían de gran ayuda a la hora de conectar con mis alumnos. Pensé que podría «identificarme» con «los chavales» porque entendía muy bien el valor que para ellos tenían los Jam o el propio Laurie Cunningham. No se me pasó por la cabeza que en el fondo yo era tan pueril como mis aficiones, y que si bien, sin duda, dispuse de una especie de conexión más o menos privilegiada, eso no me iba a servir para ser mejor profesor. A decir verdad, el principal problema —a saber, que en los días más complicados terminaba armándose en el aula un alboroto del demonio— resultó exacerbarse cuando hice gala de mi adscripción a un bando determinado. «Soy hinchas del Arsenal», dije con mi mejor talante de profesor majito y enrollado el día en que tuve que presentarme ante un grupo especialmente difícil de alumnos de segundo. «¡Buuuu!», me contestaron ruidosamente, sin cortarse ni un pelo.

Al segundo o tercer día, pedí a un grupo de tercero que anotase en un papel su libro preferido, su canción preferida, etcétera, e hice una ronda por toda el aula, hablando con todos ellos uno por uno. De ese modo descubrí que el peor de todos, el que se sentaba al fondo, el que llevaba un corte de pelo inequívocamente mod y mostraba un gesto de desdén permanente (y que era también, forzosamente, el que tenía un vocabulario más amplio y el que mejor sabía redactar),

estaba completamente entregado a todo lo que tuviera que ver con el Arsenal. Di un respingo. Cuando le hice mi correspondiente confesión no hubo ninguna comunicación seria, no se produjo un afectuoso abrazo a cámara lenta; muy al contrario, me llevé una mirada de absoluto desprecio. «¿Tú? —dijo—. ¿Tú? ¿Qué leches sabrás tú de eso?»

Por un instante hice el esfuerzo de verme a través de sus ojos: un imbécil con corbata, con una sonrisa obsequiosa, deseoso de agradar y desesperadamente dispuesto a colarse como un gusano en lugares en los que no tenía ningún derecho de asomar la nariz. Y lo entendí. Pero ocurrió otra cosa: se adueñó de mí una rabia surgida de los trece años que llevaba yo en el infierno de Highbury, una negativa en redondo a renunciar a uno de los elementos más importantes de mi identidad, y menos aún a dejar que quedase desvirtuado, minimizado, y monté en cólera.

La locura que me entró adoptó una extraña forma. Quise agarrar al muchacho por las solapas y zarandearlo contra la pared, gritándole sin parar. Quise dejárselo muy claro: «¡Sé mucho más de lo que tú llegarás a saber en tu vida, mocoso de medio pelo, so bobo!» Pero me di cuenta de que no era aconsejable. Por eso, me quedé en blanco unos instantes, y con gran sorpresa por mi parte (como si las viese con mis propios ojos a medida que las iba barbotando), lancé un torrente de preguntas de Trivial que ni siquiera supe dónde tenía almacenadas. «¿Quién marcó el gol que nos dio la victoria en la final de la Copa de la Liga del 69? En el 72, ¿quién sustituyó a Bob Wilson en la portería cuando tuvo que salir en camilla en un partido en campo del Aston Villa? ¿A quién nos trajimos del Tottenham canjeándolo por David Jenkins? ¿Quién...?» Fue empezar y no parar; el muchacho se quedó en su pupitre, a la vez que las preguntas le rebotaban contra la cabeza como si fuesen bolas de nieve. El resto de la clase nos miraba en silencio, algo perplejos por lo que estaba pasando.

Al final, funcionó, o al menos logré convencer al muchacho de que yo no era el menda por quien me había tomado. A la mañana siguiente, después del partido contra el Manchester City —el primer partido en casa después de mi estallido de trivialidades—, los dos conversamos tranquila y cordialmente acerca de la desesperada necesidad que tenía el equipo de contar con un nuevo centrocampista, y ya no volví a tener ningún problema con él durante el resto de mis prácticas. Lo que sin embargo me preocupó fue que no pude dejarlo pasar, y que el fútbol, el gran retardante, no me había permitido comportarme como un adulto frente a la pulla de un simple mozalbete. La enseñanza, entendía yo, era por definición un trabajo para adultos, y yo parecía haberme quedado atascado en algún lugar cercano al día en que cumplí catorce años: en el mismo curso en que estaban aquellos chavales, así de claro.

ENTRENADOR

MI COLEGIO — OTRO COLEGIO ENERO DE 1982

¿Quién no ha visto Kes, la película de Ken Loach? Me había muerto de la risa al ver a Brian Glover en el papel de profesor que se harta de regatear a sus alumnos, que no le llegan ni siquiera al ombligo. No para de materializar sus fantasías en el campo de fútbol, por patético que sea: abusa de ellos, se pita penaltis a favor, retransmite la jugada a la vez que la protagoniza... Penoso. Mi amigo Ray, director del colegio de Cambridge en el que había entrado a trabajar como profesor de lengua inglesa, con el salario mínimo y la categoría mínima (fue Cambridge porque allí salió la posibilidad de trabajar, porque aún tenía amigos allí y porque mi año de prácticas en Londres me había aconsejado evitar los colegios de Londres mientras fuera posible), contaba infinidad de anécdotas de la vida misma, referidas a directores de escuelas que se autodesignaban árbitros de los partidos más importantes del colegio, y que expulsaban al delantero más incisivo del equipo contrario, aunque fuera un chaval de quince años, a los cinco minutos de empezar el partido. Estaba muy al tanto, cómo no, del modo en que el fútbol escolar suele llevar a los profesores a comportarse de forma asombrosamente estúpida.

Y sin embargo, ¿qué hubiese hecho cualquier otro en mi caso, al comprobar que sus alumnos de quinto iban perdiendo por 2-0 en el descanso, en un partido de la máxima rivalidad local (bien, es verdad que el fútbol escolar no tiende a deparar muchos derbies de la máxima rivalidad local), al decidir entonces introducir un astuto cambio táctico en el descanso? ¿Qué hubiera hecho si los chicos acortasen distancias primero, y luego, ya sobre el tiempo reglamentario, cuando te quedas ronco de pura frustración, de impotencia, empatasen el partido? Probablemente cualquiera se hubiese encontrado como yo, dando brincos con los puños en alto, soltando alaridos desde luego indignos e impropios de un profesor. Justo antes de caer al suelo, recuerdas quién se supone que eres, recuerdas qué edad tienen esos chavales, y te sientes como un perfecto imbécil.

EN EL TERRENO DE JUEGO

ARSENAL — WEST HAM 1/5/82

Al volver la vista atrás, hay que reconocer que lo que estaba ocurriendo en las gradas iba a peor a pasos agigantados, y que tarde o temprano sucedería algo que de alguna forma diera la vuelta a todo el asunto y lo cambiase para siempre. Según mi experiencia, hubo más violencia en los años setenta —quiero decir que hubo peleas más o menos todas las semanas—, aunque durante la primera mitad de los ochenta, con los ultras organizados en bandas como la F-Troop del Millwall o la Inter-City Firm del West Ham (aparte de las tarjetas de visita que estas bandas dejaban al parecer sobre los malheridos cuerpos de sus víctimas), sin contar a la hinchada de la selección inglesa y su presunta ideología pro nazi, favorable al Frente Nacional, la violencia fue tornándose menos previsible y mucho más fea. La policía confiscaba cuchillos, machetes y otras armas que yo no supe reconocer, artefactos con púas y demás; tampoco conviene olvidar la famosa fotografía de un hincha con un dardo clavado en la nariz.

Una hermosa mañana de primavera, en 1982, llevé a Mark, el hijo de Ray, todavía adolescente, a Highbury. Íbamos a ver un partido contra el West Ham, y le expliqué antes de entrar en el campo, de forma anticuada e insufrible, cómo y dónde podían surgir las complicaciones, caso de que llegaran a producirse. Le señalé la zona superior derecha del Fondo Norte y le dije que probablemente allí habría hinchas del West Ham camuflados, sin hacer gala de sus colores, que seguramente estarían rodeados por la policía, y que de ese modo serían inofensivos, o que quizás intentasen pasar por debajo del tejado para expulsar por la fuerza a los hinchas del Arsenal que estuvieran en esa zona; por eso mismo nosotros estábamos a salvo, en la parte inferior y a la izquierda, que es donde yo llevaba algunos años viendo los partidos. Me pareció que se mostraba debidamente agradecido por mis consejos y mi protección.

A la sazón, tras echar una ojeada de experto, le pude asegurar que allí arriba no había «Hammers». Nos acomodamos para ver el partido y a los tres minutos de empezar se oyó un descomunal rugido a nuestras espaldas, acompañado por ese ruido terrible, sobrecogedoramente apagado, que emiten las botas con suela de goma al golpear contra la tela de los vaqueros. Los que estaban tras nosotros se nos vinieron encima, y nos vimos empujados hacia el campo. Se oyó otro rugido colectivo, miramos alrededor y vimos que se esparcían unas humaredas espesas y amarillentas. «¡Cojones, gases lacrimógenos!», gritó alguien, y aunque luego por fortuna resultó una falsa alarma, el grito inevitablemente degeneró en pánico. Era tanta la gente que salía a duras penas del Fondo Norte, bajando a trompicones hacia el murete que nos separaba del campo, que al final no tuvimos otra opción: Mark y yo, igual que otros centenares de espectadores, saltamos al sacrosanto césped del terreno de juego en el momento en que el West Ham se disponía a sacar un córner. Allí permanecimos unos instantes, un tanto cohibidos por la vergonzosa sensación de pisar el área chica en pleno partido oficial de la Primera División. El árbitro pitó para indicar a los jugadores que se retirasen a los vestuarios. Ahí terminó más o menos nuestra implicación en el incidente. Nos escoltó la

policía en nuestro trayecto a lo largo del terreno de juego, hasta llegar al Fondo del Reloj, desde donde vimos el resto del partido más bien en silencio.

Hay aquí, no obstante, una horrible, una espantosa ironía. En Highbury no existen vallas que separen las graderías del perímetro del terreno de juego. Si hubieran existido, los que nos vimos empujados aquella tarde al campo habríamos corrido serio peligro. Dos años más tarde, en el transcurso de una semifinal de Copa entre el Everton y el Southampton que se disputó en campo del Arsenal —hasta cuartos de final, las eliminatorias se disputan a partido único en un campo que se escoge por sorteo; las semifinales se juegan en campo neutral—, unos cuantos centenares de idiotas, seguidores del Everton para más señas, se lanzaron al terreno de juego cuando ya al final del segundo tiempo su equipo marcó el gol de la victoria, y la Asociación de Fútbol Profesional (aunque ahora hayan vuelto a cambiar de criterio) decidió que Highbury no era un estadio apto para la disputa de semifinales, a menos que el club vallase el campo entero. Hay que anotar en el haber eterno del Arsenal que el club se negó a aceptar esta imposición (al margen de los aspectos relacionados con la seguridad de los espectadores, una valla siempre es un estorbo visual), a pesar de arriesgarse a perder unos ingresos considerables. En Hillsborough, en cambio, sí había vallas: hasta 1989 fue un estadio considerado apto para un partido de semifinales, y fue precisamente en una semifinal de Copa entre el Liverpool y el Nottingham cuando murieron todas aquellas personas. Fueron las vallas, el elemento que había permitido la celebración del encuentro, las que acabaron con sus vidas al impedirles escapar de la avalancha humana saltando al terreno de juego.

Después del partido con el West Ham, un joven hinchas del Arsenal recibió una puñalada en una de las calles próximas al estadio: falleció allí mismo, para poner una espeluznante nota final a una tarde que ya había sido deprimente. Cuando volví al colegio al lunes siguiente, me despaché a gusto ante una clase de alumnos de segundo, explayándome en todo lo relativo a la cultura de la violencia. Procuré demostrarles que la parafernalia tipo hooligan que ellos mismos gastaban —botas Doctor Martens, cazadoras verdes de cremallera, cortes de pelo puntiagudo— era en el fondo como echar más carne al asador, alimentar el proceso de la violencia callejera. En el fondo, ellos eran demasiado jóvenes, y yo estuve demasiado incoherente. Además, existía algo bastante nauseabundo, por más que yo no lo apreciase en su momento, en el hecho de que yo, precisamente yo, estuviese explicándoles a un grupo de jovencitos de provincias que vestirse en plan duro no quería decir que uno fuese un duro, y que aspirar a ser un duro, sobre todo, era una ambición patética.

LA FAMILIA MONSTER Y QUENTIN CRISP

SAFFRON WALDEN — TIPTREEMAYO DE 1983

Estoy dispuesto a ver en directo cualquier partido de fútbol, donde sea, a la hora que sea, sin que importen siquiera las condiciones climatológicas. Entre los once y los veinticinco años visité con relativa frecuencia el campo de York Road, donde jugaba el Maidenhead United en la liga regional de aficionados; algunas veces incluso les acompañé en sus partidos fuera de casa. (Estuve con ellos el gran día de 1969, cuando ganaron la Copa Berks and Bucks al derrotar al Wolverton por 3-0 en la final, que se jugó —si mal no recuerdo— en campo del Chesham United. Otra vez, en Farnborough, salió un individuo del edificio del club para ordenar a los hinchas del equipo visitante, a nosotros, que no armásemos tanto jaleo.) En Cambridge, cuando no había partido del United ni del Arsenal, me acercaba hasta Milton Road, donde jugaba otro equipo local, el Cambridge City; cuando empecé a dar clase, acompañaba a mi amigo Ray a ver a su yerno, Les, cuya planta e impecable conducta en el campo le daban un inequívoco aire de Gary Lineker aficionado. Jugaba en el Saffron Walden.

Parte del encanto que tiene el fútbol de aficionados se debe a la gente que va a ver los partidos: parte de la gente que iba a verlos, aunque no toda, eran seres asquerosamente chiflados, arrastrados quizás a la locura por la calidad del fútbol que habían visto durante años. (También hay chalados en las gradas de los estadios de Primera División, claro: en compañía de mis amigos, me he pasado muchas temporadas procurando rehuir a uno que se plantaba en el Fondo Norte, cerca de nosotros, semana tras semana. Pero se les nota menos por hallarse rodeados de tantos otros consumidores ocasionales.) En Milton Road había un viejo al que habíamos apodado «Quentin Crisp» por la desarmante feminidad de su cabello blanco y su cara arrugada como una pasa.^[3] Se ponía un casco de motorista durante los noventa minutos, y se pasaba las tardes dando vueltas y vueltas alrededor del campo, como un perro perdiguero ya viejo e inútil (se le veía a veces solo, en un lateral del campo en el que no había gradas, yendo de un lado a otro por el barro, entre los despojos, deportivamente dispuesto a completar su circuito), insultando sin parar a los jueces de línea —«Voy a escribir a la Asociación de Fútbol, te voy a denunciar»— cada vez que le quedaban a tiro. En York Road había (puede que aún haya) una familia entera a la que todos llamábamos los Monster, debido a cierta estrafalaria y desafortunada apariencia física, que habían asumido por su cuenta las funciones de acomodar al público, unas doscientas personas que en modo alguno necesitaban tales servicios. Y estaba también Harry Taylor, un viejo muy reviejo y bastante simple, que no se quedaba nunca a ver los partidos de los martes, porque era el día que le tocaba bañarse. Cuando llegaba, lo saludaba el público en pleno cantando «Harry Harry, Harry Harry, Harry Harry, Harry Taylor» al son del conocido cántico de los Hare Krishna. Puede que por su propia naturaleza, el fútbol de aficionados atrae a personas de este estilo, y lo digo con pleno conocimiento de causa. Soy una de las personas que han sentido esa atracción.

Lo que siempre he deseado es encontrar un punto en el que pudiera entregarme del todo a los patrones, a los ritmos del fútbol, sin tener que preocuparme por el resultado. Tengo la

impresión de que, si se dieran las circunstancias precisas, el fútbol podría servir como una especie de terapia estilo New Age: el frenético movimiento de los jugadores de uno y otro equipo podría de alguna forma absorber todo lo que me corroe por dentro y disolverlo, aunque nunca funciona de ese modo. Primero me distraen las excentricidades: los hinchas, los gritos de los jugadores («¡Dale caña, a ver si lo dejas para el arrastre!», le insistió Micky Chatterton, nuestro héroe del Maidenhead, a un compañero que aquella tarde se las tenía que ver con un extremo particularmente habilidoso en el regate), la inconfundible y destartalada forma de presentar el espectáculo (el Cambridge City daba por megafonía la melodía de Match of the Day, aunque muchas veces la cinta se ralentizaba hasta terminar con un penoso chirrido en el momento culminante). Y una vez estoy ya entregado, todo me importa: no pasa mucho hasta que el Maidenhead, el Cambridge o el Saffron Walden empiezan a importarme más de lo que debieran, vuelvo a meterme a fondo en lo que está pasando, y así es imposible que funcione la terapia.

El minúsculo campo del Saffron Walden es uno de los sitios más bonitos en los que he visto jugar al fútbol. Allí, la gente siempre me ha parecido pasmosamente normal. Iba al campo porque iban Ray, Mark y su perro Ben, y también iba porque jugaba Les. Al cabo de poco tiempo, cuando empecé a conocer a los jugadores, iba porque me encantaba ver a un delantero que era una joya, aunque también muy perezoso, y que se llamaba —aunque parezca increíble— Alf Ramsey. Se rumoreaba que fumaba como un carretero. Muy al estilo clásico de Greaves y algún otro de su especie, en el campo no hacía nada más que marcar un gol o dos por partido.

Cuando el Saffron Walden derrotó al Tiptree por 3-0 y ganó no sé qué trofeo, en una apacible tarde de mayo, la ocasión estuvo revestida de una calidez muy especial, que el fútbol profesional jamás podría igualar ni de lejos. Un público no muy numeroso, pero que animaba a los suyos sin desfallecer; un buen partido; un equipo cuyos jugadores tenían auténtico cariño por el club (Les no jugó nunca en ningún otro equipo; al igual que sus compañeros, vivía en el pueblo)... Al final del encuentro, cuando los espectadores invadieron la cancha no fue con ánimo agresivo, ni jactancioso, ni por robar la escena a quienes en realidad correspondía, que es lo que ocurre casi siempre que el público invade el terreno de juego, nada de eso: fue para felicitar al equipo entero, formado por los hermanos, los hijos o los maridos de casi todos los presentes. Hay algo muy agrio y que resulta vertebral en la experiencia de animar a un equipo de los grandes, al respecto de lo cual no se puede hacer otra cosa que vivir a cuerdas con ello y aceptar que el deporte profesional es agrio casi por definición. En cambio, a veces es muy grato tomarse unas breves vacaciones y olvidarse de esa afición tan extenuante. Me pregunto qué pasaría si todos los jugadores del Arsenal fueran habitantes de los distritos N4 o N5, gente del barrio, y si tuvieran otro empleo, si jugaran solamente por gusto, por amor al equipo. Ya sé que es ponerse sentimental, pero es que los equipos similares al Saffron Walden inspiran verdadero sentimiento: a veces uno tiene la impresión de que sería muy grato que la música del Equipo A, con la que se saluda por megafonía a los jugadores del Arsenal en el momento en que saltan al césped, se ralentizase y terminara por encasquillarse, tal como pasaba con las cintas del Cambridge City. Los jugadores se mirarían unos a otros antes de partirse de risa.

CHARLIE NICHOLAS

ARSENAL — LUTON 27/8/83

¿Cómo no vas a ver malos presagios por todas partes? En pleno verano de 1983, al cabo de dos años, renuncié alegremente a mi trabajo de profesor para dedicarme por completo a escribir; quince días más tarde, el Arsenal fichó contra todo pronóstico a Charlie Nicholas, el jugador más famoso del momento en el fútbol británico, el Niño Cañón, el jugador de los Celtics de Glasgow, que la temporada anterior había marcado en la liga escocesa cincuenta y tantos goles. ¡Por fin algo digno de verse! Con Charlie en el equipo, me dio por pensar que de ninguna manera podría fracasar yo con los ingeniosos y sensatos guiones que había empezado a escribir, el primero de los cuales, por cierto —ah, insondables misterios de la creatividad—, trataba sobre un profesor que decide ponerse a escribir.

Ahora es sencillo darse cuenta de que nunca debí vincular la trayectoria de Charlie con la mía, pero en aquel momento se me antojó irresistible. El optimismo de Terry Neill y de Don Howe, por no hablar de la prensa, me arrastraron: el aprecio por Charlie, la moda a que dio lugar, terminaron por ser una fiebre durante aquel verano del 83 (a decir verdad, había quedado como un idiota en los periódicos sensacionalistas antes de dar una sola patada al balón), así que muy pronto me fue facilísimo creer que los periódicos en realidad estaban hablando de mí. No entiendo cómo, pero me pareció perfectamente comprensible que estaba a punto de convertirme en el Niño Cañón de las series televisivas primero y de los teatros del West End después (por más que no tuviera entonces ni idea de lo uno ni de lo otro, por más que hubiese expresado más de una vez un olímpico desprecio por todo el mundillo de la escena).

La fina, palmaria sincronía con que ocurrió aquello todavía me deja estupefacto. La última vez en que habíamos visto un radiante amanecer fue en el 76, cuando Terry Neill se hizo cargo del equipo y Malcolm Macdonald fichó por el club: en aquel entonces, yo estaba a punto de entrar en la universidad. Y el radiante amanecer que vivimos cuando llegó Charlie un año después (estuvimos durante dos meses al frente de la clasificación de Primera División, y jugábamos tan bien como nadie recordaba ya), se produjo cuando por fin dejé atrás unos cuantos líos de lo más lamentable allá en Cambridge, cuando me instalé de nuevo en Londres dispuesto a empezar una vida nueva. Puede que los equipos de fútbol, igual que las personas, estén perpetuamente inmersos en un nuevo arranque, siempre listos para empezar de cero; puede ser, claro, que el Arsenal y yo mismo hayamos vivido más que los demás, razón por la cual nos adecuamos estupendamente el uno al otro.

A la sazón, Charlie terminó por ser un indicador bastante exacto de mi suerte. Fui a ver su primer partido, por descontado, igual que otros cuarenta mil espectadores más o menos, y no lo hizo mal: no marcó, pero jugó bien en su puesto y al final ganamos por 2-1. Aunque en su siguiente partido marcó dos goles en el campo del Wolverhampton, eso fue todo lo que hizo en la Liga hasta después de Navidad (en noviembre, consiguió un gol en partido valedero para la Copa de la Liga en el campo del Tottenham). En el siguiente partido que jugamos en casa, contra el Manchester United, me pareció lento e incapaz de conectar con los demás, y el

equipo fue barrido: perdimos por 2-3, pero nunca llegamos a estar dentro del partido. (A decir verdad, no marcó en Highbury hasta el 27 de diciembre, cuando convirtió un penalti contra el Birmingham, que celebramos con tanto fervor como si le hubiese metido tres roscos en un partido al mismísimo Tottenham.) Abreviando, su primera temporada fue un desastre, tal como lo fue para todo el equipo. El entrenador, Terry Neill, fue despedido tras una racha lamentable entre noviembre y comienzos de diciembre.

El otro Niño Cañón, en su versión literaria, terminó su imaginativo guión y recibió una carta en la que se le decía que su obra había sido rechazada, aunque también le animaban a seguir en la brecha. Luego empezó otro que también fue rechazado, aunque no con tanta amabilidad. Entretanto, se dedicaba a trabajar en toda clase de empleos, casi todos de lo menos halagüeño: clases particulares, corrección de pruebas y sustituciones a profesores de instituto..., para ir tirando y pagar el alquiler. Tampoco dio ninguna muestra de estar a punto de marcar antes de Navidad, y nadie habría supuesto que llegaría a marcar hasta que pasaran unas cuantas navidades. Si hubiera sido un hinchas del Liverpool y hubiera unido su suerte con la de Ian Rush, allá por mayo fácilmente habría ganado el Premio Booker.

En 1983 yo tenía veintiséis años; Charlie Nicholas acababa de cumplir veintiuno. Durante unas cuantas semanas, a la vez que empecé a fijarme en la gran cantidad de cortes de pelo calcados del de Charlie y en los muchísimos pendientes que empezaron a verse en los graderíos, según empecé a lamentar que mi calvicie incipiente no me permitiera sumarme a la moda, caí en la cuenta de que mis héroes nunca iban a envejecer tal como yo iba envejeciendo. Tarde o temprano yo cumpliría treinta y cinco, cuarenta, cincuenta; los jugadores, en cambio, no: Paul Merson, Rocastle, Kevin Campbell... Como mínimo, tengo diez años más que los jugadores que más me gustan del actual once del Arsenal. Soy incluso un año mayor que David O'Leary, que es el veterano, que ya no tiene el ritmo ni el recorrido que tuvo en tiempos: sus apariciones con el once inicial se reducen al mínimo, para proteger sus baqueteadas articulaciones y su resistencia, cada vez más mermada. Sin embargo, da lo mismo. A todos los efectos, se mire por donde se mire, sigo siendo veinte años más joven que O'Leary, diez años más joven que todos esos chavales que andan por los veinticuatro años. En un sentido de veras importante, soy más joven que todos ellos: ellos han hecho cosas que yo no haré jamás, y a veces tengo la sensación de que si una sola vez pudiera marcar un tanto en el Fondo Norte, si una sola vez pudiera celebrar el gol frente a los hinchas, quizá podría dejar atrás de una vez por todas, para siempre, todas estas historias pueriles.

SIETE MESES DE HIPO

CAMBRIDGE UNITED — OLDHAM ATHLETIC 1/10/83

Era el comienzo de otra de las típicas temporadas del Cambridge. Ganaron un partido, empataron dos, perdieron dos, pero siempre habían empezado así. A principio de octubre fui con mis amigos a ver al Cambridge ganar al Oldham (en cuya alineación, por cierto, estaban Andy Goram, Mark Ward, Roger Palmer y Martin Buchan), por 2-1. Con ese resultado se instalaron en la cómoda mediocridad de la zona templada de la tabla, su hábitat natural, y nosotros volvimos a casa plena y felizmente preparados para pasar otra temporada más o menos insulsa.

Y eso fue todo. Entre el 1 de octubre y el 28 de abril no pudieron ganar al Palace en casa, al Leeds fuera, al Huddersfield en casa, al Portsmouth fuera, al Brighton y al Derby en casa, al Cardiff fuera, al Middlesbrough en casa, al Newcastle fuera, al Fulham en casa, al Shrewsbury fuera, al Manchester City en casa, al Barnsley fuera, al Grimsby en casa, al Blackburn fuera, al Swansea y al Carlisle en casa, al Charlton y al Oldham fuera, al Chelsea en casa, al Brighton fuera, al Portsmouth en casa, al Derby fuera, al Cardiff y al Wednesday en casa, al Huddersfield y al Palace fuera, al Leeds en casa, al Middlesbrough fuera, al Barnsley en casa y al Grimsby fuera: treinta y un partidos sin ganar, todo un récord de la Liga de Fútbol (no miento: se puede comprobar en los anales), y diecisiete de ellos se jugaron en casa... Yo presencié los diecisiete, aparte de unos cuantos partidos en Highbury. Sólo me perdí la derrota del Cambridge United en casa, contra el Derby, en la tercera ronda de la Copa: la chica con la que vivía me invitó a pasar el fin de semana en París con ella, a modo de regalo de Navidad. (Cuando vi la fecha en los billetes, fui vergonzosamente incapaz de ocultar mi desilusión, y ella se sintió comprensiblemente dolida.) Mi amigo Simon sólo pudo ver dieciséis de los diecisiete encuentros de Liga: se dio un golpe en la frente contra una estantería llena de libros horas antes del partido que nos enfrentó al Grimsby el 28 de diciembre; su novia tuvo que esconderle las llaves del coche, porque él insistió, a pesar de estar aturdido, medio conmocionado, en hacer el viaje desde Fulham hasta el Abbey.

De todas formas, sería absurdo fingir que mi lealtad fue dolorosamente puesta a prueba: en ningún momento se me ocurrió abandonar al equipo simplemente porque fuera incapaz de ganar a nadie. A decir verdad, esta racha de derrotas (que inevitablemente dio por resultado el descenso) fue cargándose de un dramatismo propio, un dramatismo que habría brillado por su ausencia si los acontecimientos hubiesen discurrido con normalidad. Al cabo de un tiempo, cuando una victoria pareció haberse convertido no se sabía cómo en una opción inviable, fuimos adaptándonos a un orden diferente, y aspiramos a momentos que sustituyeran el placer del triunfo: goles, empates, muestras de valentía a despecho de una suerte que nos era abrumadoramente hostil (y hay que decir que en ciertas ocasiones el equipo tuvo una mala suerte terrible, terrible, tal como a la fuerza ha de pasarle a un equipo que no consigue ganar un partido durante más de seis meses). Ésas pasaron a ser las causas de una celebración moderada, y ocasionalmente burlesca. En todo caso, el Cambridge adquirió cierta notoriedad

de lo más dudosa a lo largo del año. Así como anteriormente se había considerado que sus resultados no eran dignos de mención siquiera, ahora siempre aparecían reseñados en las páginas de Sports Report. Cuando digo a más de uno que yo estuve al pie del cañón durante todo el tiempo que duró la racha, comprendo que tiene cierto caché social en algunos sectores.

Al final, gracias a este período, mucho más que en toda mi historia de hincha de fútbol, aprendí que lisa y llanamente es lo de menos que las cosas se tuerzan, que los resultados no tienen nada que ver. Tal como ya he dado a entender, me gustaría ser una de esas personas que tratan al equipo de su barrio como tratan al restaurante de su barrio, llegando a retirarle la confianza en el supuesto de que le sirvan basura. Por desgracia (y ésta es una de las razones por las cuales el fútbol se ha metido en tantos fregados que después no ha tenido que limpiar), hay muchos hinchas como yo. Para nosotros, el consumo es lo que cuenta: la calidad del producto es algo insustancial.

EL ALIVIO

CAMBRIDGE UNITED — NEWCASTLE UNITED 28/4/84

A finales de abril llegó a jugar al Abbey el Newcastle, equipo en el que militaban nada menos que Keegan, Beardsley y Waddle. Estaban entre los primeros de la Segunda División, y necesitaban ganar a toda costa para asegurarse el ascenso; el Cambridge ya había descendido matemáticamente desde muchas jornadas antes. Al Cambridge le pitó el árbitro un penalti a favor en los primeros minutos del encuentro, y marcó el 1-0. Teniendo en cuenta la historia reciente del equipo, no fue para echar las campanas al vuelo: tal como habíamos aprendido a lo largo de los meses anteriores, existían infinitas maneras de convertir una ventaja inicial en una derrota final. No obstante, ya no hubo más goles. Durante los últimos cinco minutos del encuentro, cuando el Cambridge se dedicó a despejar la bola y enviarla a la grada, e incluso fuera del estadio, cualquiera hubiese dicho que estaban a punto de ganar la Copa de Europa. Cuando el árbitro pitó el final, los jugadores (la mayor parte de los cuales habían sido fichados durante la temporada, o bien sacados de los reservas del equipo para intentar poner fin a la mala racha, pero que nunca habían estado en un equipo ganador), se abrazaron y saludaron felices y contentos a los extasiados hinchas del equipo. Por vez primera desde el mes de octubre, el encargado de la megafonía pudo poner «I've Got a Lovely Bunch of Coconuts». A la larga no supuso nada, y en la siguiente temporada volvieron a descender de categoría, pero después de un invierno largo y desolado aquellas dos horas fueron sencillamente memorables.

Fue la última vez que asistí al Abbey. En verano decidí marcharme de Cambridge y dejar al United para volver a Londres y al Arsenal. Sin embargo, aquella tarde —excéntrica, divertida, alborozada desde una determinada óptica, y, desde otra, tan triste que bien se me podría haber partido el corazón, aparte de ser privada en un sentido en que el fútbol no suele serlo (pues posiblemente había menos de tres mil hinchas del Cambridge en aquel partido contra el Newcastle) supuso el final perfecto de mi relación con el club. A veces, cuando me da la sensación de que animar a un equipo de Primera División es una tarea desagradecida, indefendible, la verdad es que les echo mucho de menos.

PETE

ARSENAL — STOKE CITY 22/9/84

«Tienes que conocer a un amigo mío que...» Es una frase que la gente me dice a cada paso. «Es un gran hincha del Arsenal.» Luego conozco al amigo en cuestión y resulta que, a lo sumo, se toma la molestia de comprobar cómo ha quedado el Arsenal en el periódico del domingo; en el peor de los casos, es incapaz de citar el nombre de un solo jugador desde los tiempos de Dennis Compton. Estas citas a ciegas nunca han salido bien. Yo siempre he sido demasiado exigente, y a la parte contraria nunca le ha interesado el compromiso.

Por eso, no esperaba gran cosa cuando alguien me presentó a Pete en Seven Sisters Road, poco antes de un partido contra el Stoke. Sin embargo, fue un emparejamiento perfecto, tanto que me ha cambiado la vida. Pete era (y aún es) tan idiota como yo en todo este asunto: tiene la misma ridícula memoria que yo, la misma propensión a permitir que su vida quede dominada durante nueve meses al año por el calendario de Liga y la programación televisiva. Le puede ese mismo miedo en la boca del estómago antes de cada partido importante, es superior a sus fuerzas; se sume en la misma tristeza sorda después de las derrotas más duras. No deja de tener interés que manifieste la misma tendencia que yo a la hora de permitir que su vida vaya un poco a la deriva, las mismas confusiones que yo a la hora de precisar qué es lo que quisiera hacer en la vida; pienso que, como yo, ha dejado que el Arsenal dé contenido a unos cuantos huecos que debieran estar ocupados por otras cuestiones, pero ya se sabe que eso lo hacemos todos.

Tenía veintisiete años cuando le conocí. Sin su influencia, supongo que me habría dejado llevar a la deriva hasta alejarme del club a lo largo de los años siguientes. Me iba a acercando a esa edad en la que a veces comienza uno a dejarse llevar a la deriva (aunque las cosas hacia las que uno debería dejarse llevar, como es la vida doméstica, los hijos, un trabajo que realmente importe, no estaban ni mucho menos a tiro); pero con Pete sucedió lo contrario. Se agudizó muchísimo nuestro apetito futbolero, y el Arsenal volvió a metérsenos a los dos hasta la médula.

Puede que también la cronología tuviera bastante peso: al comienzo de la temporada 1984-1985, el Arsenal fue líder de Primera División durante unas cuantas jornadas. Nicholas jugaba con una habilidad sensacional en el centro del campo; Mariner y Woodcock parecían formar la fuerza de ataque que tantos años llevábamos buscando; la defensa era sólida, y así ocurrió que uno más de aquellos chispazos de optimismo me iluminó por dentro, y me llevó a creer de nuevo en que si la suerte del equipo podía cambiar para bien, también mi suerte podría mejorar. (En Navidad, tras una serie de resultados decepcionantes tanto en mi caso como en el del club, volvimos a vernos sumidos en el cenagal del abatimiento.) Puede que si Pete y yo nos hubiéramos conocido al comienzo de la siguiente temporada, que fue deprimente, las cosas no hubieran salido del mismo modo; puede que ni siquiera hubiésemos tenido los mismos

incentivos para que nuestra sociedad particular funcionase durante aquellos primeros partidos, que fueron decisivos.

De todos modos, sospecho que la calidad del fútbol que desarrolló el Arsenal a comienzo de temporada tuvo muy poco que ver con todo lo demás. Existía toda una agenda más o menos oculta, en la que se ventilaba sobre todo nuestra común incapacidad para salir adelante en todo lo que estuviera lejos de Highbury, así como nuestra común necesidad de fabricarnos un iglú que nos protegiera de los gélidos vientos que soplaban a mediados de los ochenta, cuando los dos empezábamos a rondar la treintena. Desde que conocí a Pete en 1984, me he perdido menos de media docena de partidos jugados por el primer equipo del Arsenal en un total de siete años (cuatro durante el primer año, por culpa de los continuos sobresaltos que aún se daban en mi vida personal, y ninguno a lo largo de las cuatro temporadas siguientes), y he viajado a más partidos jugados fuera que durante todos los años anteriores. Y aunque haya hinchas que no se han perdido ni un solo partido, en casa o fuera, durante años enteros, durante décadas, a mí me hubiese dejado boquiabierto mi actual listado de asistencia a los partidos si lo hubiera sabido en 1975, cuando por espacio de unos cuantos meses maduré y dejé de ir al estadio, o incluso en 1983, cuando mi relación con el equipo era cortés, cordial incluso, pero distante. Pete me empujó hasta más allá del borde del abismo, y a veces no sé bien si agradecerérselo o no.

HEYSEL

LIVERPOOL — JUVENTUS 29/5/85

Cuando salí por piernas de Cambridge y volví a Londres, en pleno verano de 1984, encontré trabajo dando clases de inglés a estudiantes extranjeros en una escuela del Soho. Fue un trabajo meramente temporal, que no sé cómo llegó a durar cuatro años, aunque en el fondo se pareciera al hecho de que todo aquello en lo que invirtiera mis fuerzas, ya fuese por letargo, por azar o por miedo, daba la impresión de durar mucho más de lo debido. Da lo mismo: me encantaba aquel trabajo, me encantaban los alumnos (en su mayor parte, jóvenes europeos que se habían tomado un tiempo para aprender inglés, aunque estaban inmersos en sus licenciaturas). Aunque la enseñanza me dejaba abundante tiempo libre para dedicarme a escribir, no escribí ni media página, y me pasé largas tardes en los cafés de Oíd Compton Street con otros profesores o con un nutrido grupo de jóvenes italianos estupendos. Era una manera espléndida de perder el tiempo.

Estaban al corriente, por descontado, de mi afición al fútbol (el asunto salía a relucir sin que yo supiera cómo en más de una conversación de clase). Por eso, cuando los alumnos italianos empezaron a quejarse en la tarde del 29 de mayo de que no tenían acceso a ningún televisor, de que no podrían ver cómo se cepillaba la Juve al Liverpool en la final de la Copa de Europa, yo mismo me ofrecí a presentarme esa noche en el colegio, con las llaves, para que todos juntos viésemos el partido.

Cuando llegué, se habían reunido docenas de alumnos; yo era el único no italiano en el lugar. Me vi arrastrado por su animoso antagonismo y por mi vago patriotismo, y di el paso de convertirme en hincha honorario del Liverpool aunque sólo fuese por una noche. Cuando encendí el televisor, Jimmy Hill y Terry Venables aún estaban comentando los prolegómenos. Bajé el volumen para que los estudiantes y yo mismo pudiéramos hablar del partido, y anoté en la pizarra unos cuantos términos de vocabulario futbolístico mientras esperábamos el pitido inicial. Al cabo de un rato, cuando las conversaciones fueron apagándose poco a poco, los chicos se empeñaron en saber por qué no había empezado aún el partido, y quisieron enterarse de lo que estaban diciendo los ingleses. Hasta ese momento no comprendí a fondo qué estaba pasando.

Así, me vi en el brete de explicarles a un grupo de guapos y jóvenes italianos de uno y otro sexo que en aquel estadio de Bruselas los hooligans ingleses habían causado la muerte de treinta y ocho personas, en su mayor parte hinchas de la Juventus. No tengo ni idea de cómo me habría sentido si hubiese visto el partido en mi casa. Me habría invadido la misma cólera que sentí aquella noche en el colegio, la misma desesperación, la misma vergüenza terrible y nauseabunda; dudo mucho, en cambio, que hubiese tenido la misma necesidad urgente de pedir disculpas no una, sino varias veces, sin cesar, aunque es posible que sí. Con toda certeza habría llorado en la intimidad de mi salón por la demencial, inapelable estupidez del

suceso. Allí en el colegio no pude llorar. Tal vez supuse que sería un descaro que un inglés llorase delante de unos cuantos italianos la noche de Heysel.

Durante todo el año de 1985, nuestro fútbol dio claras muestras de ir cuesta abajo, de culo y sin frenos, de forma imparable, hacia un suceso como aquél. Por ejemplo, se produjo la asombrosa bronca de los hinchas del Millwall en Luton, cuando la policía tuvo que salir en desbandada, y la cosa pareció que iba a más, hasta extremos que nunca se habían visto en un campo de fútbol en Inglaterra al menos (fue cuando a la señora Thatcher se le ocurrió su absurdo plan para obligar a todos los asistentes a un partido de fútbol que llevaran un documento de identidad como condición para permitirles la entrada al campo). Se produjo también el incidente del Chelsea contra el Sunderland, cuando los hinchas del Chelsea invadieron el terreno de juego y la emprendieron a golpes contra los futbolistas. Estos disturbios se produjeron a pocas semanas de distancia, y no son más que lo mejorcito de todo lo realmente sucedido. Tarde o temprano tenía que pasar lo de Heysel, tal como tarde o temprano llega la Navidad.

Al final, la sorpresa estuvo en que todas esas muertes fueran causadas por algo tan inocuo como las carreras, una costumbre a la que la mitad de los jóvenes hinchas del país se habían dedicado en un momento u otro, y que sólo tenía por objeto amedrentar a los adversarios y divertir a los que participaban. Los hinchas de la Juve —muchos eran hombres y mujeres elegantes, de clase media— no tenían por qué saber en qué consistía esa costumbre. ¿Cómo iban a saberlo? Carecían del complejo y pormenorizado conocimiento de la conducta que es —o era— propia de las masas en Inglaterra, el conocimiento que todos nosotros habíamos absorbido sin darnos cuenta. Cuando vieron a una muchedumbre de hooligans ingleses vociferando a pleno pulmón y corriendo hacia ellos, les entró el pánico y echaron a correr en bloque hacia uno de los extremos de la gradería. Se desmoronó uno de los muros de carga, y en el caos consiguiente muchas personas murieron por aplastamiento. Fue una horrorosa forma de morir, y es probable que todos viésemos cómo morían aquellas personas. Todos nos acordamos del hombretón barbudo, el que tenía cierto aire de Pavarotti, implorando con una sola mano un auxilio que nadie le pudo prestar.

Parte de los hinchas del Liverpool que fueron posteriormente detenidos tuvieron que sentirse genuinamente pasmados. En cierto modo, su delito consistió nada más que en el hecho de ser ingleses. Lo que había ocurrido fue que las prácticas propias de su cultura, sacadas de contexto y transferidas a otro lugar donde nadie las comprendía, habían dado por resultado la muerte de muchas personas. «¡Asesinos! ¡Asesinos!», les gritaron los hinchas del Arsenal a los del Liverpool en diciembre del mismo año en que sucedió la tragedia de Heysel. Sospecho, sin embargo, que si se reprodujeran con exactitud las circunstancias de aquel momento entre cualquier grupo de aficionados ingleses, y entre dichas circunstancias cuento un dispositivo de la policía municipal irremediablemente inadecuado (Brian Glanville, en su libro titulado *Champions of Europe*, explica que la policía belga se quedó de una pieza al comprobar que la violencia se desataba antes del comienzo del partido, cuando una simple llamada telefónica a cualquier comisaría metropolitana de Inglaterra les habría puesto sobre aviso), un estadio aberrantemente ruinoso, un conjunto particularmente reprochable de hinchas contrarios, una

planificación lamentablemente penosa por parte de las autoridades futbolísticas competentes, sin duda volvería a suceder lo mismo.

Creo que por eso mismo me dieron tanta vergüenza los sucesos de aquella noche. Sabía que los hinchas del Arsenal podrían haber hecho tres cuartos de lo mismo, y era consciente de que si el Arsenal hubiese jugado aquella noche en Heysel yo seguro que habría estado allí, no metido en peleas ni en carreras, pero sí como parte integral de la comunidad que había dado pie a esa clase de comportamiento, hasta el punto de considerarlo absolutamente natural. Y todo el que haya hecho uso del fútbol tal y como ha sido utilizado en incontables ocasiones, por el intenso olor a bestia que siempre confiere a quien así lo use, también tuvo que sentirse avergonzado. Y es que el auténtico meollo de la tragedia fue precisamente éste: había sido posible que los hinchas viesan por televisión un reportaje, por ejemplo, de los disturbios que se produjeron en el Luton-Millwall, o del apuñalamiento que tuvo lugar en el Arsenal-West Ham, y había sido posible que se sintieran horrorizados y asqueados, sólo que sin tener la menor sensación de estar implicados en todo aquello. Los autores de dichas acciones no eran ni de lejos las personas que los demás podíamos entender, ni menos aún identificarnos con ellas. Ahora bien, la chiquillada que en Bruselas resultó mortal era perteneciente de forma clara y definitiva al continuum de acciones en apariencia inofensivas y sin embargo amenazantes — cánticos violentos, gestos obscenos, todas las muestras de conducta incivil— que una muy amplia minoría de hinchas había llevado a cabo durante poco menos que veinte años. En dos palabras, Heysel fue parte orgánica de una cultura en la que muchos, y me incluyo, habíamos tomado parte activa. Ya no era posible ver a aquellos hinchas del Liverpool y preguntarte: «¿Quiénes son éstos?» Esa pregunta sí pudimos hacérsela honestamente al ver a los hinchas del Millwall en Luton, al ver a los del Chelsea en su campo, en un partido de la Copa de la Liga. Esta vez sabíamos de sobra quiénes eran.

Aún me avergüenza reconocer que vi el partido. Debería haber apagado el televisor y decir a todos que se fueran a casa; debería haber tomado la decisión unilateral de que el fútbol ya no importaba, de que no importaría nada durante un tiempo. Todas las personas que conozco, más o menos, lo vieran donde lo viesan, siguieron pegadas al televisor. En aquella escuela de idiomas en la que yo daba clase, a nadie le importó un pimiento quién ganase la Copa de Europa, aunque todavía quedó una última, indeleble huella de obsesión en todos nosotros, que nos llevó a hablar de un modo u otro sobre el dudoso penalti que dio a la Juventus el triunfo por 1-0. Yo prefiero pensar que tengo a mano toda clase de respuestas acerca de casi todas las irracionalidades que tienen que ver con el fútbol. Sé que ésta desafía toda explicación.

MORIR CON LAS BOTAS PUESTAS

ARSENAL — LEICESTER 31/8/85

La temporada que siguió a Heysel fue la peor de cuantas recuerdo, y no sólo por la pobreza del juego que demostró el Arsenal, aunque es verdad que eso no me sirvió para ver las cosas con buenos ojos (y lamento decir que si hubiésemos ganado la Liga o la Copa, estoy convencido de que podría dar a aquella tragedia, a todos aquellos muertos, alguna clase de perspectiva), sino también y muy en especial porque todo parecía envenenado a raíz de lo que había ocurrido en el mes de mayo. Las puertas de acceso al campo, que llevaban años cayéndose a trozos sin que nadie se diera cuenta, estaban más deterioradas que nunca, y los grandes boquetes de las graderías de repente saltaban a la vista. En los partidos, el ambiente era comedido. Sin acceso a las competiciones europeas, el segundo, tercer y cuarto lugar en la clasificación carecían de relevancia (uno de estos puestos antes era garantía de que el equipo jugase la Copa de la UEFA). A resultas de ello, la mayor parte de los encuentros de la segunda vuelta fueron mucho más insulsos que de costumbre.

Una de mis alumnas italianas, una joven que tenía en Turín un abono de temporada para ir a los partidos de la Juve, se enteró no sé cómo de que me entusiasmaba el fútbol, y me pidió permiso para ir conmigo a Highbury a ver el partido contra el Leicester. Aunque estuviera muy a gusto con ella, aunque no se presente muy a menudo la ocasión de charlar con una mujer y además del continente europeo sobre las diferencias que hay entre su obsesión y la mía, dudé mucho hasta decir que sí. No fue ni mucho menos porque no pudiera llevar a una jovencita al Fondo Norte, entre los vándalos (aun siendo italiana, hinchas de la Juventus, a sólo tres meses y medio de lo ocurrido en Heysel): tal como habíamos visto en mayo, la gente con la que pasaba los sábados por la tarde estaba familiarizada con los síntomas de la enfermedad inglesa, y ella ya había tenido tiempo de desechar mis torpes y piadosas disculpas por los hinchas del Liverpool. Fue más bien porque me daba vergüenza todo el tinglado: la calidad inexistente, lamentable, del fútbol que jugaba el Arsenal, el estadio medio vacío, el público tranquilo y desinteresado. Una vez allí, dijo que se lo había pasado bien, e incluso añadió que la Juventus también era un desastre a principio de temporada (el Arsenal marcó en el primer cuarto de hora y dedicó el resto del partido a especular y mantener a raya a un decepcionante Leicester). Yo no me tomé la molestia de decirle que nunca habíamos hecho un fútbol mejor que ése.

Durante mis anteriores diecisiete años de aficionado, ir a un partido de fútbol siempre tuvo algo que superaba y que iba más allá de los complicados y distorsionados sentidos que encierre en lo personal. Aunque no ganásemos, siempre habíamos tenido a un Charlie George o a un Liam Brady, un público nutrido y ruidoso, algunas perturbaciones fascinantes, sociopatológicas, o bien había vivido las malas rachas del Cambridge United, o las interminables repeticiones de las eliminatorias de Copa en que tomaba parte el Arsenal. Sin embargo, al verlo todo con los ojos de una chica italiana, me di cuenta de que la etapa post-Heysel consistía lisa y llanamente en que allí no pasaba nada de nada. Por vez primera, el fútbol parecía despojado de todas sus

cualidades y reducido a su subtexto. Sin todo lo que había supuesto, seguramente habría podido quitarme del vicio, tal como millares de aficionados parecían a punto de hacer.

VOLVER A EMPINAR EL CODO

ARSENAL — HEREFORD8/10/85

Creo que conviene distinguir entre el tipo de gamberrismo de los hooligans que tiene lugar en este país y el tipo de gamberrismo en el que participan los hinchas ingleses cuando están en el extranjero. La mayor parte de los hinchas con que he hablado sostiene que el alcohol nunca ha tenido una gran influencia en los brotes de violencia doméstica (ha habido disturbios incluso en partidos matinales, idea que tenía por objeto impedir que la gente fuese al pub antes del partido). Al viajar al extranjero, en cambio, con la tienda libre de impuestos abierta en el ferry, con los largos y aburridos trayectos de tren, con las doce horas que se suelen pasar en una ciudad desconocida, sin distracciones, hasta que empiece el partido..., el problema es completamente distinto. Hay afirmaciones de testigos presenciales que ratifican la muy extendida embriaguez de los hinchas del Liverpool antes del partido de Heysel (aunque también conviene tener muy presente que la policía de Yorkshire tuvo la desvergüenza de insistir en la idea de que el alcohol fue uno de los factores del desastre de Hillsborough), y se sospecha que muchas batallas campales desatadas por los hinchas ingleses a comienzo de los ochenta, en Berna, en Luxemburgo y en distintas ciudades de Italia, fueron alimentadas (aunque muy probablemente no fueron inducidas) por el alcohol.

Después de Heysel hubo muchas autoflagelaciones tan angustiadas como por otra parte pendientes desde hacía tiempo; inevitablemente, el alcohol concentró buena parte de esas autoinculpaciones, y antes de que empezara la siguiente temporada se había prohibido la venta de bebidas alcohólicas en nuestros estadios. Algunos hinchas montaron en cólera: para ellos, el alcohol no pasaba de tener una tenue relación con el gamberrismo de los hooligans, y la verdadera intención de ese gesto no era otra que obviar la necesidad de tomar medidas radicales. Se decía que todo era desastroso: la relación entre los clubs y los hinchas, el estado de los terrenos de juego, la carencia de instalaciones, la ausencia de representación de los aficionados en cualquier toma de decisiones, en fin, todo; prohibir la venta de bebidas alcohólicas cuando todo el mundo bebía en los pubs (tal como han apuntado muchos hinchas, es imposible emborracharse dentro de un estadio, teniendo en cuenta la gran cantidad de gente que espera que le sirvan) no iba a servir de nada.

Estoy de acuerdo con todo esto: cualquiera diría que es de cajón. No obstante, es difícil afirmar que con más lavabos, con un representante de la hinchada en la directiva de cada club, Heysel nunca habría ocurrido. Lo cierto es que prohibir la venta de bebidas alcohólicas no fue negativo, no podía serlo: no iba a generar más violencia, y es posible incluso que evitara dos o tres peleas. Como mínimo, demostraba además que nos habíamos tomado en serio el arrepentimiento. La prohibición podría haberse considerado como un pequeño pero muy sentido mensaje a aquellos italianos que pudieran haber perdido a un ser muy querido porque unos cuantos gilipollas habían bebido más de la cuenta.

¿Y qué ocurrió? Los clubes se quejaron, porque la prohibición afectaba sus relaciones con los hinchas más adinerados. Se levantó la prohibición. El 8 de octubre, diecisiete semanas después de Heysel, Pete y yo, con otros dos amigos, optamos por comprar una localidad de asiento en la parte inferior de la Banda Oeste para ver un partido de Copa de la Liga. Era una noche desangelada; para nuestro asombro, pudimos tomarnos una ronda de chupitos con el fin de entrar un poco en calor. Había cambiado la norma, y en vez de «Alcohol no», ahora era «Prohibido el alcohol a la vista del terreno de juego», como si fuese la vertiginosa combinación de la hierba y el whisky lo que en realidad nos hiciera perder los estribos y volvernos locos de remate. Así pues, ¿qué fue de toda la penitencia de cilicio y autoacusaciones? En la práctica, ¿qué estaban haciendo los clubs para demostrar que éramos muy capaces de dominar nuestros impulsos y que un buen día podríamos jugar contra otros equipos europeos sin cepillarnos a la mitad de sus hinchas? La policía había tomado medidas, los hinchas habían tomado medidas (fue este ambiente de honda desesperación post-Heysel el que dio pie a la publicación de *When Saturday Comes*, todo un salvavidas, y de los demás fanzines de los clubs; así se creó la Asociación de Aficionados al Fútbol, cuyo presidente, Rogan Taylor, fue un portavoz perfecto, un cúmulo de pasión y de inteligencia, durante las semanas que siguieron a Hillsborough, cuatro años más tarde), pero mucho me temo que los clubs no hicieron nada de nada. Ese gesto mínimo y conmovedor les habría costado unas cuantas libras, así que optaron por ahorrárselo.

HUNDIDO EN LA MISERIA

ASTON VILLA — ARSENAL 22/1/86

ARSENAL — ASTON VILLA 4/2/86

El partido que jugamos en campo del Villa, para cuartos de final de la Copa de la Liga en enero del 86, fue uno de los mejores que recuerdo: una fantástica hinchada en un estadio fenomenal, que no visitaba desde que era pequeño; un buen partido y un resultado razonable (1-1 tras una primera parte en la que marcó Charlie Nicholas y un comienzo de la segunda en el que dominamos por completo, con fallos garrafales en sendas ocasiones de Rix y de Quinn). También hubo aquella noche un interesante elemento histórico: el aire gélido de enero, al menos a nuestro alrededor, estaba cargado de humo de marihuana, y fue la primera vez en que de verdad comprendí que existía una cultura de gradería diferente de la mía, aunque sólo empezase a surgir por entonces.

Después de Navidad habíamos vivido una especie de revival comprimido: le ganamos al Liverpool en casa y al Manchester United fuera en dos sábados consecutivos, justo cuando las cosas empezaban a ponerse feas de verdad. (Antes de la victoria frente al Liverpool habíamos perdido por 6-1 contra el Everton, y luego pasamos tres sábados seguidos sin comer un rosco. En el segundo sábado a que me refiero, empatamos sin goles en casa contra el Birmingham, que luego bajó a Segunda, en el que tuvo que ser sin duda el peor partido en toda la historia de la Primera División.) Empezamos a coger confianza, a mimar algunas aspiraciones —cosa que siempre termina por ser una tontería—, pero de febrero hasta el final de temporada todo se fue cayendo a pedazos.

La noche de aquel partido en casa contra el Aston Villa, repetición de los cuartos de final de la Copa de la Liga, fue seguramente la peor noche que he pasado en la vida, un nuevo bajón en una relación que ya estaba tachonada de decepciones semejantes. No fue sólo por la forma en que perdimos (aquella noche Don Howe puso a Mariner en la línea de medios y dejó a Woodcock en el banquillo), ni tampoco fue porque ya no quedase ningún adversario potente en la Copa de la Liga, por lo cual deberíamos al menos haber llegado a Wembley (si hubiésemos eliminado al Aston Villa, nos esperaba el Oxford en semifinales); tampoco fue porque ya no pudiéramos ganar ningún título por sexto año consecutivo. Fue mucho más que todo esto, aun cuando estas cuestiones ya fueran sobrado motivo de desolación.

En parte fue mi propia depresión latente, mi permanente búsqueda de una salida, mi deseo de disfrutar con lo que viese en Highbury aquella noche. Más aún que eso, estaba como de costumbre a la espera de que el Arsenal me enseñase que las cosas no siempre van a peor, que las malas rachas terminan tarde o temprano, que se puede cambiar de hábitos, que no es posible perder muchos partidos seguidos. De todas formas, el Arsenal tenía opiniones propias: fue como si se hubiesen empeñado en enseñarme que los bajones sí pueden ser permanentes, que hay personas, como hay clubs, que nunca encuentran la forma de salir del agujero en que

se han encerrado. Aquella noche, y también durante los días que siguieron, tuve la sensación de que tanto el Arsenal como yo mismo habíamos metido la pata demasiadas veces, de que habíamos dejado por pura desidia que todo siguiera tal cual durante demasiado tiempo, de que ya nada nos saldría bien. Volví a tener la impresión, sólo que esta vez fue mucho más profunda, mucho más aterradora, de que estaba encadenado al club, y por tanto a esta miserable vida, para siempre.

Me quedé pasmado y agotado por la derrota (1-2, aunque en verdad marcamos a última hora, cuando ya estábamos vencidos): a la mañana siguiente, una amiga me llamó al trabajo y, al percibir el cansancio y el abatimiento de mi voz, me preguntó qué me pasaba. «¿No te has enterado?», le contesté a duras penas. Me pareció realmente preocupada, y cuando le conté lo que había ocurrido, noté en su voz un pasajero alivio —a fin de cuentas, no era lo que ella momentáneamente había temido que me pasara—; de todos modos, recordó con quién estaba hablando, y el alivio dejó su lugar a toda la simpatía que fue capaz de transmitirme. Yo sabía que en realidad ella no entendía el dolor que me atenazaba, y tampoco habría tenido el valor de explicárselo: esa idea, la idea de que estaba atorado, metido en un callejón sin salida, y la convicción de que mientras el Arsenal no saliese del atolladero yo tampoco podría salir..., esa idea era estúpida, abominable (pues dotaba de un significado totalmente nuevo al concepto del descenso de categoría), y, peor aún, supe en ese instante que estaba convencido de su realidad.

SALIR DEL ATOLLADERO

ARSENAL — WATFORD 31/3/86

No fueron sólo los resultados conseguidos después del partido contra el Aston Villa, supongo, lo que hizo ver a la directiva del Arsenal que era preciso tomar cartas en el asunto, por lamentables que fueran: la derrota por 3-0 en partido de Copa contra el Luton se ha citado (en el vídeo Historia del Arsenal, 1886-1986, por ejemplo) por ser el partido que provocó la dimisión de Don Howe como entrenador, aunque todo el mundo sabe que es mentira. Howe dimitió en realidad después de ganar por 3-0 al Coventry, pues se enteró de que el presidente del club, Peter Hill-Wood, se había puesto en contacto con Terry Venables a sus espaldas.

Habíamos oído algunas pitadas, gritos que pedían la marcha de Howe desde el Fondo Norte, entre el partido con tra el Villa y su dimisión. Sin embargo, cuando dejó el puesto el equipo se hundió en gran parte por estar sin entrenador, y los gritos y las pitadas empezaron a manifestar hostilidad contra el presidente, aunque yo no pude sumarme a esa corriente. Ya sé que la directiva trataba los asuntos de mayor importancia de manera bastante turbia y solapada, pero había que hacer algo. Aquella alineación del Arsenal —repleta de cracks excesivamente bien pagados, convencidos de ser la releche— nunca sería tan mala como para bajar, pero tampoco podría tener calidad suficiente para ganar algún título, y aquel atolladero en que estábamos daba ganas de ponerse a chillar a voz en cuello por pura frustración.

La novia que tenía entonces, que había intentado —sin lograrlo— entender qué me pasaba al día siguiente del partido contra el Aston Villa, fue conmigo a ver el partido contra el Watford: su primera experiencia del fútbol en vivo y en directo. En cierto modo, fue una infame presentación: había menos de veinte mil hinchas en el campo, y la mayor parte de los asistentes habían ido sólo para dejar constancia de su desacuerdo con todo lo ocurrido. (Yo me hallaba en otra categoría: la de los que estábamos allí porque siempre habíamos estado allí.)

Después de que los jugadores hubiesen cometido fallo tras fallo durante una hora más o menos, poniéndose con un 2-0 en contra, sucedió algo muy raro: el Fondo Norte cambió de bando, olvidándose de su lealtad de toda la vida. Cada ataque del Watford era recibido con un rugido de ánimo; cada fallo (y hubo cientos) daba pie a un «¡Ay!» de conmiseración. Tuvo su gracia, desde luego, pero también fue desesperante. Allí estaban los hinchas del equipo que habían sido absolutamente despojados del derecho al voto, y no se les ocurrió manera más dañina de expresar su disgusto que dar la espalda al equipo; efectivamente, fue una especie de automutilación. En ese momento fue patente que habíamos tocado fondo, y eso fue un alivio. Sabíamos que fuera quien fuese el nuevo entrenador (Venables enseguida dejó muy claro que no tenía ningunas ganas de verse enzarzado en semejante follón) ya nada podría empeorar.

Tras el partido hubo una manifestación espontánea frente a la puerta principal del estadio, aunque no fue nada fácil calibrar con un mínimo de precisión qué pedía la gente. Unos exigían a gritos que Howe volviera al banquillo, otros sólo daban rienda suelta a una ira inconcreta, pero muy tangible. Nos acercamos por allí para echar un vistazo, pero ninguno de nosotros hizo acopio de la rabia suficiente para tomar parte en la manifestación. Desde mi particular punto de vista, aún recuerdo mi conducta pueril y melodramática ante aquella llamada telefónica al día siguiente, aunque en esa línea la manifestación fue curiosamente reconfortante, ya que la chica que tuvo que tolerar mi mala leche pudo comprobar que yo no era el único, que existía toda una comunidad muy afectada por lo que le estaba pasando a su Arsenal del alma, más afectada de hecho que por cualquier otra cosa. Todo lo que he procurado explicar acerca del fútbol, es decir, que no es una vía de escape, un mero entretenimiento, sino una visión muy distinta del mundo, ella lo entendió con claridad. De algún modo, me sentí justificado, libre de culpa.

1986-1992

GEORGE

ARSENAL — MANCHESTER UNITED 23/8/86

Mi madre tiene dos gatos. Uno se llama O'Leaiy y el otro se llama Chippy, que era el apodo de Liam Brady. En las paredes del garaje de su casa aún se ven las pintadas que dejé yo hace veinte años: «¡RADFORD, SELECCIÓN!» y «¡CHARLIE GEORGE!» Si le insisto lo suficiente, mi hermana Gill aún se sabe de memoria casi toda la alineación del equipo que ganó el doblete.

En mayo de 1986, Gill me llamó a la academia de idiomas en que yo trabajaba a la hora del recreo matinal. Ella estaba contratada entonces por la BBC, y ya se sabe que la Corporación de Radiodifusión Británica anuncia las grandes noticias por megafonía interna tal como llegan, sobre la marcha: cortesía de la casa para sus empleados.

—George Graham —me dijo. Le di las gracias y colgué.

Así han sido las cosas en mi familia, así son. Lamento que el Arsenal también se haya inmiscuido en la vida de los demás.

No fue un nombramiento precisamente imaginativo. Era evidente que George estaba en segundo o tercer lugar a la hora de aspirar al puesto, diga lo que diga el presidente. Es posible que si no hubiese jugado en el equipo de forma sobresaliente en los tiempos en que yo empecé a ir a Highbury, ni siquiera se le hubiese tenido en cuenta. Procedía del Millwall, equipo al que había rescatado del descenso directo y luego de la promoción, pero no recuerdo que allí causara una gran sensación. Y me preocupaba que su falta de experiencia lo llevara a tratar al Arsenal como si fuese otro equipo de Segunda División, que careciera de miras, que contratase a jugadores de medio pelo, que se concentrase sobre todo en no perder su puesto, que se olvidase de atacar a los demás grandes. En un principio, mis temores parecieron estar sólidamente fundados: el único jugador que fichó durante su primer año fue Perry Groves, del Colchester, por 50.000 libras esterlinas, aunque luego traspasó de inmediato a Martin Keown y poco después a Stewart Robson, jóvenes futbolistas a los que conocíamos bien, a los que admirábamos. La plantilla se redujo muchísimo: Woodcock y Mariner se habían marchado, se marchó Caton, y no los sustituyó nadie.

Ganó su primer partido en casa, contra el Manchester United, gracias a un gol de Charlie Nicholas muy al final del partido, y nos volvimos a casa con una sensación de precavida satisfacción. Perdió los dos siguientes; a mediados de octubre empezaba a estar apurado. Empatamos en casa, sin goles, contra el Oxford: un resultado comparable a lo más pobre que hubiésemos visto durante los seis años precedentes, hasta el punto de que los hinchas que me

rodeaban empezaron a insultarle, comprensiblemente indignados por la parsimonia que se percibía en su conducta. Sin embargo, a mediados de noviembre, tras vapulear al Southampton por 4-0 (hay que reconocer que marcamos los cuatro tantos después de que el portero titular del Southampton fuera sustituido por lesión), subimos a la parte más alta de la clasificación, donde el equipo permanecería durante un par de meses, aunque eso no fue todo: faltaba mucho, muchísimo por venir. Convirtió el Arsenal en un equipo que nadie por debajo de los cincuenta años había visto jamás en Highbury, y salvó —en todos los sentidos que entraña la palabra— a todos los hinchas del Arsenal. Y los goles..., tras tantas victorias por 1-0 en Highbury, empezaron a llegar de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, y alguna tarde cayeron seis. Durante los últimos siete meses, he visto nada menos que cinco veces a tres jugadores distintos marcar tres goles en un solo partido.

El partido contra el Manchester fue significativo por otra razón: fue mi primer partido como titular de un abono de temporada. Durante el verano, Pete y yo habíamos comprado los abonos —localidades de asiento incluso— no porque contásemos con que el nuevo entrenador pudiera cambiar las cosas, sino porque habíamos terminado por aceptar tal cual era nuestra adicción incurable. De nada nos serviría fingir que el fútbol era una afición pasajera, ni tampoco pensar que seríamos más selectivos a la hora de elegir los partidos que fuésemos a ver. Vendí un montón de singles viejos que habían alcanzado cierto valor en el mercado de los coleccionistas y aproveché las ganancias para amarrarme a la suerte de George. A veces lo he lamentado, aunque nunca me ha durado mucho.

De todas las relaciones futbolísticas que se pueden contraer, la más interesante es sin duda la que existe entre el hincha y su club. La relación entre el hincha y el entrenador, sin embargo, puede ser igual de poderosa. Los jugadores rara vez están en condiciones de alterar por completo nuestro tono vital, pero los entrenadores sí pueden.

Cada vez que se nombra a uno nuevo es posible darse a soñar grandes hazañas, más incluso de las que nos inspiró su antecesor. Cuando un entrenador del Arsenal dimite o es cesado en el cargo, se trata de un momento tan lúgubre como la muerte de un monarca: Bertie Mee dejó el puesto casi a la vez que dimitía Harold Wilson, pero es innegable que la primera dimisión me causó una impresión más honda que la segunda. Los primeros ministros de la nación, por chalados, injustos o perversos que sean, no tienen el poder de hacerme lo que me puede hacer un entrenador del Arsenal. No es de extrañar que, si pienso en los cuatro con los que he convivido en estos años, los considere casi parientes cercanos.

Bertie Mee era un abueleto amable, levemente espiritual y perteneciente a una generación mucho mayor, que yo desde luego no lograba comprender. Terry Neill fue como un padrastro, muy dado al compañerismo, al buen humor, que no terminaba de caerte bien por mucho empeño que pusiera. Don Howe era como un tío no carnal, malcarado e imperturbable, aunque era muy posible —e imprevisible también— que se le diera especialmente bien hacer algún truco de magia en las reuniones familiares por Navidad. En cambio, George... George es mi padre, sólo que menos complicado y mucho más aterrador que el de verdad. (Es desconcertante que incluso se parezca físicamente a mi padre: un hombre muy erguido,

vestido con inmaculada elegancia, apuesto, al que le gusta la ropa cara, los trajes de buen corte.)

Sueño con George con cierta frecuencia, quizá tan a menudo como con mi otro padre. En los sueños, como en la vida, es un hombre duro, decidido, constante, indescifrable; habitualmente expresa cierto desagrado hacia mí, por haber percibido en mí algún tipo de flaqueza, muchas veces de índole sexual. Me siento horrorosamente culpable. A veces, en cambio, es justo al revés: le sorprende robando o dándole una paliza a alguien, y me despierto sintiéndome más limitado. No me hace gracia pensar durante mucho tiempo en estos sueños, en el significado que puedan tener.

George terminó su quinta temporada en el Arsenal tal como había empezado la primera, ganándole en casa al Manchester United, sólo que esta vez Highbury rezumaba felicitaciones y alborozo, en vez del escepticismo de aquella vez: cuarenta y cinco minutos antes de que comenzase el partido, habíamos ganado el Campeonato Nacional de Liga correspondiente a 1991, y el estadio desbordaba sonrisas, colorido, alborotos. Sobre la tribuna superior de la Banda Oeste colgaba una gran pancarta en la que sólo se decía: «George, tú sí que sabes.» De forma harto peculiar, esa leyenda aisló y definió muy bien la relación filial que yo tenía con él. Él sí que sabía, tal como raras veces saben los padres de verdad. Aquella noche mágica, todas sus meteduras de pata (la venta de Lukic, el fichaje de Linighan, el empeño que puso con Groves) empezaron a parecer otras tantas muestras de una insondable sabiduría. Es posible que los chiquillos quieran que sus padres sean así, que actúen sin explicar nunca sus actos, para triunfar y extasiarnos, para poder decir entonces: «Tú dudabas de mí, pero yo tenía razón. Ahora, ya puedes confiar en mí. No te queda más remedio.» Una de las maravillas que tiene el fútbol es que puede hacer realidad este tipo de sueños imposibles.

UNA FANTASÍA MASCULINA

ARSENAL — CHARLTON ATHLETIC 18/11/86

Es típico que yo recuerde el primer partido al que me acompañó ella, mientras que ella no se acuerda. Hace un momento, me he asomado por la puerta del dormitorio y le he preguntado quién era el contrario, cómo quedó el marcador, quiénes marcaron los goles. Lo único que ha sabido contestar es que ganó el Arsenal y que Niall Quinn metió uno. (2-0; el otro gol fue cortesía de uno de los defensas del Charlton.)

Justo es decir que por aquel entonces, durante nuestros primeros meses de relación, tuvimos algunos problemas (causados por mí) y no creo que ninguno de los dos pensara que íbamos a durar mucho tiempo. Tal como ahora lo cuenta, ella pensó que el fin estaba cerca, y eligió ir a ver al Charlton una lluviosa y fría noche de noviembre por pensar que no iba a tener muchas más oportunidades de ir a Highbury conmigo. No fue un gran partido, pero sí un buen momento para ir, porque el Arsenal estaba en medio de una sensacional racha de veintidós partidos sin perder, y el público era muy numeroso, estaba animado, los jóvenes del equipo (Rocky, Niall, Adams, Hayes, que con el tiempo se convirtió inexplicablemente en su jugador preferido) jugaban de maravilla, y el sábado anterior habíamos ido todos a Southampton para ver jugar al nuevo líder de la Liga-Alargó el cuello e intentó ver todo lo que pudo; después del partido fuimos al pub y comentó que le gustaría volver a Highbury otro día. Es lo que siempre dicen las mujeres, y eso por lo común significa que les gustaría ir, sí, pero en su próxima reencarnación, o incluso en la siguiente. Por descontado, le contesté que podía ir siempre que quisiera; acto seguido preguntó que cuándo habría otro partido que se jugase en sábado y en casa. Llegó ese sábado y me acompañó al partido, y después estuvo en casi todos los partidos que jugamos en casa durante el resto de la temporada. Ha ido incluso a ver jugar al Arsenal en Villa Park y en Carrow Road, así como en otros campos de los equipos londinenses. Y un año adquirió su abono de temporada. Aún va de vez en cuando, y sabe reconocer a todos los titulares de la alineación del Arsenal sin la menor dificultad, aunque no cabe duda de que se le ha pasado el entusiasmo inicial, y mi constante y desmedida intensidad le fastidia cada vez más, a medida que nos hacemos viejos.

No quisiera pensar que todo eso fue lo que salvó nuestra relación: de hecho, sé que no fue así. Sin embargo, tuvo un efecto en principio lujurioso. El repentino interés que mostró por el Arsenal complicó las cosas, que bastante confusas estaban. El 1 de enero de 1987 fuimos a ver un partido contra el Wimbledon que acabó con victoria nuestra por 3-1 Ese día empecé a darme cuenta de por qué las mujeres que no sólo toleran, sino que incluso participan activamente en el ritual del fútbol, se han convertido para muchos hombres en una especie de fantasía. Conozco a hombres que han arruinado las alegrías de la noche anterior y la tradicional calma familiar de un día festivo al arrastrarse a Goodison, o a donde fuera, por ver un partido matinal, tras el cual han regresado a casa para encontrarse con tensiones y con miradas de reproche de las que sólo ellos son responsables, mientras que yo vivía en la

afortunada tesitura de ir a Highbury porque formaba parte orgánica de nuestra manera de pasar el día.

De todos modos, después empecé a preguntarme si compartir mi entusiasmo por el Arsenal era realmente lo que yo deseaba. Una vez, en la fase máxima de su repentina pasión, vimos a un padre arrastrar y reñir a su hijo a la entrada del estadio; yo comenté de pasada que nunca llevaría a mi hijo o a mi hija al campo hasta que no tuviese edad suficiente de ir porque realmente le apeteciese; esto nos llevó a una conversación sobre la futura organización del cuidado de un hijo nuestro los sábados por la tarde, y esa conversación me obsesionó durante varias semanas, durante meses después. «Supongo que tendríamos que turnarnos para ver los partidos de casa», dijo ella, y supuse que había querido decir que ella intentaría ir de vez en cuando a Highbury, que una vez al mes podría dejar a nuestros hijos al cuidado de otra persona, aunque no más a menudo, y que ella iría siempre que pudiera. Lo que en realidad quiso decir fue que nos turnaríamos los dos para ir a un partido sí y a otro no, es decir, que yo me iba a pasar la mitad de los partidos jugados en casa escuchando Sport on Five o Capital Gold (no sé, Capital Gold tiene menos gancho, pero te mantiene al corriente de los partidos jugados por todos los equipos londinenses), mientras ella iba a ocupar mi localidad, viendo a mi equipo, al equipo que yo le había descubierto a ella pocos años antes. ¿Qué ventaja tiene compartir esta pasión? Los amigos cuyas compañeras detestan el fútbol van a todos los partidos que se les antoje; en cambio, pese a tener una relación aparentemente ideal con una mujer que sabe muy bien por qué el Arsenal ya no es lo que era, ya que Smithy no es nuestro delantero centro, a mí me espera un futuro en el que tendré que estar sentado en el cuarto de estar, viendo Postman Pat con la ventana abierta, suspirando como un condenado para que una ráfaga de viento lleve hasta mí al menos uno de los clamores de la multitud. No era lo que yo me había imaginado después del partido contra el Charlton, cuando ella dijo que le gustaría ir otra vez.

Pero eso no es todo. Durante toda mi vida de futbolero he vivido con personas —mi madre, mi padre, mi hermana, mis novias, mis compañeros de piso— que han tenido que aprender a soportar los cambios de ánimo que produce el fútbol en mí. Todos ellos lo han conseguido más o menos con buen humor, con auténtico tacto. Y de pronto me encontré viviendo con una persona que pretendía pasar por esos estados anímicos. No me hizo ninguna gracia. Su alborozo después de la final de la Copa de la Liga en 1987... ¡pero si no era más que su primera temporada! ¿Qué derecho tenía de alardear en el pub aquel domingo por la noche, con un gorro del Arsenal encasquetado en la cabeza? Ningún derecho, así de claro. Para Pete y para mí, aquél fue nuestro primer título desde 1979. Ella sólo llevaba cuatro meses yendo al campo: ¿cómo iba a entender cómo nos sentíamos nosotros? «Eh, que no ganamos títulos todas las temporadas, ¿sabes?», le dije varias veces, y se lo dije con la insensata y biliosa envidia de un padre cuyo hijo, zampándose una barrita de Mars, nunca ha vivido las privaciones del racionamiento y la guerra.

Bien pronto averigüé que la única manera que tenía para reclamar mi posesión exclusiva de todo el territorio emocional no era otra que entablar una especie de guerra sorda, a fuerza de malhumor, con la convicción de que al tratarse de fútbol yo podía ponerme más de morros, más

enfurruñado, que cualquier aspirante al título de «pelma futbolero» que me encontrase en las gradas. Al final le gané esa guerra de desgaste, tal como había supuesto. El desenlace se produjo a finales de la temporada 88-89: tras perder en casa contra el Derby, tenía toda la pinta de que íbamos a perder el Campeonato después de habernos pasado casi toda la temporada en cabeza de Primera División. Aunque estaba desconsolado de verdad (esa noche incluso fui a ver a Eric Porter en el Old Vic, nada menos que en El rey Lear, pero el drama no me llegó a cautivar, ya que no entendí cuál era el problema de Lear), alimenté todos y cada uno de los trocitos de mi pena hasta que alcanzó proporciones monstruosas y aterradoras, me porté groseramente con tal de dejar bien clara cualquier cuestión que me importase, y tuvimos — cómo no— una discusión tremenda (sobre si ir o no a casa de unos amigos a tomar el té): en cuanto empezó la bronca, supe que el Arsenal volvía a ser mío y sólo mío. No le quedó más alternativa que insistir en que sólo era un juego (aunque ella no empleó esas palabras, y más vale, el sobreentendido no pudo estar más claro), que siempre quedaba la temporada siguiente, que ese año aún tampoco estaba todo perdido. Salté triunfalmente al oír esas palabras.

«¡Es que no lo entiendes!», le grité. Llevaba meses con ganas de pegar ese grito, porque era verdad. Creo que en cuanto me hubo dado esa oportunidad, en cuanto pude pronunciar las palabras que todo hinchista lleva consigo como si fueran una tarjeta de donante de riñones, el asunto quedó zanjado. ¿Qué le quedaba a ella? Podía intentar ponerse aún más borde que yo, o fingirlo; si no, sólo le quedaba batirse en retirada, ceder terreno, dejarme a mí las agonías y el éxtasis, aprovechar incluso su desazón para reforzar la mía. Es una persona demasiado amable para pretender siquiera ganarme a fuerza de cabreos y pataletas, así que optó por la segunda solución. Puedo decir con total seguridad, e incluso con descaro, que en esta casa soy yo el más chiflado por el Arsenal, y que cuando tengamos hijos, si es que los tenemos, en mi localidad de asiento sólo tendrá cabida mi trasero. Me avergüenzo, por supuesto que me avergüenzo por haber tenido que jugar tan sucio, pero es que hubo una temporada en la que lo pasé realmente fatal.

DE HAMPSTEAD A TOTTENHAM

TOTTENHAM — ARSENAL 4/3/87

Si este libro tuviese un centro, estaría exactamente aquí, la noche de un miércoles de marzo de 1987 en que fui desde la consulta de un psiquiatra, en Hampstead, a White Hart Lane, el campo del Tottenham Spurs, para presenciar el desempate de la semifinal de la Copa de la Liga. No lo había planeado así: la visita a Hampstead estaba prevista desde mucho antes que fuera necesario jugar un desempate. Ahora que intento explicar por qué me ha ralentizado el fútbol, a la vez que me ha acelerado, y el modo en que el Arsenal y yo mismo terminamos revueltos hasta ser imposibles de diferenciar en mi manera de ver las cosas, esta conjunción en particular se me antoja improbablemente idónea.

Es más sencillo explicar por qué tuvieron que jugar un desempate el Arsenal y los Spurs que explicar por qué tuve que ir a visitar al psiquiatra, así que empezaré por lo fácil. Los dos encuentros de la semifinal se habían saldado con un resultado total de 2-2. La prórroga que se jugó el domingo en White Hart Lane no bastó para que uno de los dos equipos quedara fuera de la competición, por más que cuatro goles raquíticos en tres horas y media de fútbol sean un índice inadecuado del agotador drama vivido en ambos encuentros. En el partido de ida, en Highbury, Clive Allen celebró su característico gol de depredador del área dando un salto y cayendo adrede de espaldas, desde más de metro y medio de altura. Fue una de las expresiones de júbilo más excéntricas que he visto en la vida. Paul Davies falló un gol cantado a menos de dos palmos de la línea. Hoddle lanzó un fantástico tiro con rosca que pegó en el larguero. El pobre Gus Caesar, atormentado hasta perder toda dignidad por las travesuras de Waddle (el exiguo equipo del Arsenal tuvo que esforzarse al máximo, rozando a cada paso el desastre), hubo de ser sustituido por el único jugador de campo que teníamos en el banquillo, un jovencito llamado Michael Thomas que nunca había jugado con el primer equipo.

En el segundo encuentro Allen volvió a marcar muy pronto: los Spurs iban ganando por 2-0 en el cómputo total, y dispusieron de cuatro unos contra uno frente a Lukic. El Arsenal siguió aguantando, y los Spurs no materializaron ningún mano a mano de los cuatro. En el descanso, anunciaron por megafonía cómo podrían solicitar los socios del Tottenham las entradas para la final de Wembley, momento torpe y provocador, de la máxima desfachatez, que sin embargo sirvió para que los aletargados hinchas del Arsenal despertasen del todo (después supimos que el equipo también reaccionó al oír el anuncio desde el vestuario), hasta el punto de que cuando salieron los nuestros para jugar la segunda parte fueron recibidos por un orgulloso y desafiante clamor. Con esta muestra de ánimo, el equipo valerosamente volvió a meterse en el partido, y aunque al menos sobre el papel Adams, Quinn, Hayes, Thomas y Rocastle no tuvieran nada que hacer contra Waddle, Hoddle, Ardiles, Gough y Allen, primero Viv Anderson —de modo irregular— y después Niall —con auténtica brillantez— marcaron y lograron forzar la prórroga. Deberíamos haber ganado la eliminatoria en esos treinta minutos adicionales; tanto Hayes como Nicholas tuvieron sendas ocasiones de acabar con ellos. Teniendo en cuenta las oportunidades de que había dispuesto el Tottenham en los dos encuentros y nuestra

desventaja de dos goles cuando ya habían transcurrido tres cuartas partes de la eliminatoria, el desempate era seguramente lo máximo a que podíamos aspirar. Después del partido, George salió al césped y lanzó una moneda para decidir en qué estadio iba a disputarse el partido decisivo. Miró hacia nosotros y señaló el barro de White Hart Lane para indicar que había perdido el sorteo, a lo que los hinchas del Arsenal contestaron con otro rugido: les habíamos ganado a los Spurs en su campo dos veces seguidas en cuestión de semanas (el partido de Liga, a principio de enero, había terminado con 1-2), mientras que en Highbury sólo habíamos logrado una derrota y un empate con ellos. El miércoles estaríamos allí una vez más.

Fue así como llegó el desempate. El fútbol es así de fácil. Y si alguien quiere saber cómo llegamos a la semifinal de la Copa de la Liga, eso también es fácil: eliminamos al Nottingham Forest en partido de cuartos de final jugado en Highbury, y antes eliminamos al Manchester City, al Charlton y al Huddersfield en la segunda ronda. Antes del Huddersfield no tuvimos que enfrentarnos a otros equipos modestos. Salta a la vista el contraste que existe entre las recias líneas rectas y claras de una competición de Copa y los sinuosos y enmarañados caminos de la vida: ojalá pudiera trazar uno de esos diagramas en los que se anotan los cruces entre diversos equipos antes de llegar al triunfo final, para poner así de manifiesto de qué modo terminé yo jugando en el poco conocido césped que constituye en realidad la alfombra de la consulta de un psiquiatra de Hampstead.

Lo mejor que puedo hacer es lo que sigue. Durante la primavera de 1986 terminé por sentirme radicalmente frustrado, hasta perder la paciencia, a raíz de mi incapacidad para encontrar un trabajo que de veras me apeteciera hacer, siete años después de haber terminado mis estudios, aunque no era menor la frustración que me invadía a raíz de mi fracaso con aquella chica que había perdido seis años antes, consistente en mi incapacidad de establecer una relación amorosa sana y permanente, a la vez que las relaciones temporales y enfermizas, en las que habitualmente tomaba parte un tercero, me salían a porrillo. Como había invertido muchísimo tiempo en conversar con el director de mi academia de idiomas, un hombre que por entonces estudiaba para especializarse en psicoterapia de corte jungiano, y como me había interesado efectivamente lo que él me había dicho acerca del valor de la psicoterapia, no sé cómo terminé yendo a ver una vez por semana a una señora de Bounds Green.

Una enorme parte de mí rechazaba de plano esas visitas. ¿Se había tomado Willie Young la molestia de ir a una terapia alguna vez? ¿Y Peter Storey? ¿Y Tony Adams? A pesar de todo, cada martes iba a sentarme en un inmenso sillón, a acariciar las hojas de una planta de caucho que pendía sobre mi cabeza, y a intentar hablar acerca de mi familia y mis trabajos, mis relaciones y, por hache o por be, del Arsenal. Al cabo de unos meses de acariciar las hojas de la planta parece ser que saltó una especie de tapa, con lo cual perdí los últimos residuos de ese optimismo que me había sacado de toda clase de atolladeros a lo largo de los años precedentes. Tal como sucede con todas las depresiones que acosan a las personas que han tenido más suerte de lo habitual, me daba vergüenza la mía, ya que no existía al parecer ninguna causa que la explicase de modo convincente. Tuve la sensación de haber descarrilado en algún momento, sin haberme dado cuenta hasta mucho después.

No tenía ni idea de en qué momento pudo haber pasado lo que pasó. Ni siquiera estaba seguro de qué vía de ferrocarril había abandonado. Tenía amigos a montones, y amigas, y novietas; tenía trabajo, estaba en contacto con todos mis familiares inmediatos, no había tenido que pasar por esa amarga experiencia que es la muerte de un ser querido, tenía un sitio donde vivir decentemente..., aún iba por el camino que debía recorrer, así que ¿cuál era, con precisión, la naturaleza de ese descarrilamiento? Sólo sé que me sentía inexplicablemente desafortunado, maldito, aunque de un modo que difícilmente resultaría visible para una persona que no tenga trabajo, que no tenga familia, que no tenga quien le quiera. Sabía que estaba condenado a vivir sumido en toda clase de insatisfacciones: mi talento, fuera el que fuese, no iba a obtener reconocimiento ninguno; mis relaciones con otras personas se irían al garete cada dos por tres, debido a una serie de circunstancias que escapaban a mi control. Y como esto lo sabía con toda seguridad, no tenía ningún sentido pretender que podría rectificar la situación si encontrase un trabajo estimulante, así de claro. Por eso dejé de escribir (si has nacido con mala estrella, como era mi caso, carece de sentido empeñarse en algo que ineludiblemente traería consigo la humillación, el rechazo perpetuo) y me impliqué en todas las relaciones triangulares y debilitadoras que pude trabar, contentándome con que las cosas fueran así, sin alivio ninguno, durante el resto de mi vida o, mejor dicho, de mi terrible inexistencia.

A decir verdad, no era un futuro que nadie pudiera contemplar con el menor grado de entusiasmo, y aunque la terapia fue lo que al parecer había suscitado toda esta desolación, también me pareció que necesitaba seguir en ello: el poco sentido común que aún pudiera quedarme me llevaba a pensar que muchos de estos problemas eran cosa mía, y no del mundo que me rodeaba. Intuía que eran problemas de índole psicológica, no real; sospechaba que no había nacido con mala estrella, que en el fondo era un caso clínico de naturaleza autodestructiva, que necesitaba literalmente que alguien me examinase el coco. Sólo que estaba poco menos que arruinado; no podía seguir visitando a mi señora de Bounds Green, así que ella me remitió al hombre de Hampstead, el cual tenía en su mano la posibilidad de remitirme de nuevo a ella, sólo que pagando una tarifa reducida, en el supuesto de que se quedara convencido de que yo estaba realmente enfermo. Y así ocurrió que este hincha del Arsenal —seguro que hay unos cuantos hinchas que aborrecen al Arsenal, repartidos por todo el país, a los que este episodio posiblemente les resulte tan gloriosamente significativo como hilarante— se vio obligado a visitar a un psiquiatra antes de presenciar el desempate de la semifinal de la Copa de la Liga, con objeto de convencer a dicho profesional de que estaba loco. Conseguí la recomendación que necesitaba; ni siquiera tuve que enseñarle mi abono de temporada.

Viajé en metro de Hampstead a Baker Street, de Baker Street a King's Cross, de King's Cross a Seven Sisters, y allí tomé un autobús para llegar hasta Tottenham High Road. A partir de Baker Street, momento en que el viaje de regreso de la consulta del psiquiatra se convirtió en viaje de ida a un estadio de fútbol, empecé a sentirme mejor, mucho menos aislado, más centrado (aunque en el último tramo del trayecto volví a encontrarme mal, si bien se trataba de un reconfortante malestar debido a los prolegómenos del encuentro, con el estómago revuelto y el cuerpo entero fatigado sólo de pensar en el esfuerzo emocional que me esperaba); ya no tuve que explicarme adónde iba, dónde había estado; de nuevo me encontraba inmerso en la

normalidad. De nuevo percibía el valor del instinto gregario; estaba en el fondo demasiado contento de experimentar esa pérdida de identidad que exige la multitud. Y entonces fue cuando se me ocurrió que nunca iba a ser capaz de explicar, ni tampoco de recordar con una mínima exactitud, cuándo y cómo había comenzado la noche en cuanto tal noche. Pensé que, a fin de cuentas, el fútbol tampoco es tan buena metáfora a la hora de representar la vida.

Habitualmente aborrezco los partidos entre el Arsenal y el Tottenham, sobre todo cuando nos toca jugar en su campo, ya que el territorio hostil pone a flor de piel lo peor que los hinchas del Arsenal llevamos dentro. Ahora ya nunca voy a White Hart Lane. «Roberts, ojalá se muera tu mujer de un cáncer», gritó a mis espaldas un hombre, hace ya unos años. En septiembre de 1987, poco antes de que David Pleat se viera obligado a dimitir de su puesto de entrenador del Tottenham tras las desagradables acusaciones vertidas sobre su vida privada en los periódicos sensacionalistas, estuve sentado entre varios miles de personas que gritaban: «¡Maníaco sexual! ¡Maníaco sexual! ¡QUE LO AHORQUEN! ¡QUE LO AHORQUEN!» Y quizá sea comprensible, pero entendí que yo era un alma demasiado delicada para ese tipo de diversiones. Las muñecas hinchables que pasaban de mano en mano, alegremente, en la zona en que me encontraba, y los centenares de gafas con un par de tetas en vez de cristales que aquella tarde eran de rigor entre los hinchas del Arsenal más comprometidos con la causa, tampoco contribuyeron a que un liberal sensible como yo se sintiera más a sus anchas. Y en 1989, cuando los Spurs nos ganaron en White Hart Lane por vez primera en cuatro años, hubo un comportamiento colectivo realmente feo y molesto en la grada que ocupábamos los hinchas del Arsenal después de que terminase el partido; rompieron los asientos, y eso fue demasiado para mí. Los cánticos antisemitas, por más que el Arsenal tenga tantos aficionados judíos como el Tottenham, son obscenos e imperdonables. Durante estos últimos años, la rivalidad entre ambas hinchadas ha terminado por estar intolerablemente cargada de odio.

De todos modos, una eliminatoria de Copa es bien distinta. Los aficionados más viejos entre los que tienen abono de temporada, los que odian al Tottenham, aunque no con esa rabia babosa y violenta que manifiestan algunos veinteañeros y no pocos treintañeros, sienten suficiente motivación para realizar el desplazamiento al campo contrario, y así se diluye al menos en parte la bilis que llevan dentro. El resultado, y el fútbol, importa mucho más que en casi todos los partidos de Liga que puedan disputar el Arsenal y el Tottenham, equipo que durante casi todas las temporadas, a lo largo de los últimos veinte años, se ha encontrado en la mitad de la tabla. Por ello existe una especie de motivo que justifica la agresividad. Paradójicamente, cuando el juego importa de veras, la identidad de los adversarios importa mucho menos.

En cualquier caso, sé que mi sensibilidad de clase media no fue indebidamente herida, y que tampoco hubo cánticos alusivos a la conducta sexual de nadie, ni se mencionó un cáncer que amargase mi recuerdo de aquella tarde. Fue un partido rápido y abierto, muy parecido al del domingo, y una vez más nos pasamos todo el primer tiempo viendo cómo Clive Allen rondaba la desprotegida portería que teníamos delante de las narices. Cuanto más pasaba el tiempo, más miedo me daba el Arsenal. El equipo se rejuvenecía casi con cada partido (Thomas, sustituto de Caesar en el partido de ida, iba a jugar su primer partido completo como centrocampista), y aunque llegamos al descanso con empate a cero, por fin marcó Allen el gol

que había cantado varias veces nada más empezar el segundo tiempo. Poco después, Nicholas tuvo que salir del campo en camilla, y le sustituyó Ian Allison, un meritorio reserva, que no era ni de lejos el hombre capaz de salvar el partido, y se acabó.

Un par de filas por delante de la mía, una larga hilera de hombres y mujeres de mediana edad, con las mantas sobre las piernas, pasándose de un lado a otro los termos de caldo, entonaron la canción irlandesa que los hinchas más viejos, los de las localidades de asiento —nunca he oído una versión entonada en el Fondo Norte— y todo el que se supiera la letra cantaban en las noches memorables. («Y entonces se levantó y la volvió a cantar / entera, de cabo a rabo») se sumó al cántico. Por eso pensé que, cuando faltaban seis o siete minutos para el final, al menos recordaría la ocasión con cariño, por más que me dejase con una amarga y deprimente conclusión. Fue entonces cuando Allison, a trompicones y sin convencer a nadie, enfiló el carril del 10 y logró conectar un flojísimo disparo que engañó por completo a Clemence al entrar casi con culpabilidad por el primer palo. Hubo una enorme explosión de alivio, de alborozo sin cortapisas. Y el Tottenham terminó por desmoronarse, tal como les había ocurrido el domingo: en el transcurso de los dos minutos siguientes, Hayes cortó un pase hacia atrás de la defensa contraria para clavarlo en el lateral de la red, Thomas caracoleó hasta el borde del área, con ese punto de suficiencia que más adelante íbamos a adorar y a detestar casi a la vez, para lanzar el balón a la base del poste. En mi vídeo, cuando Anderson se dispone a sacar un fuera de banda, se ve que los hinchas del Arsenal dan literalmente botes de emoción. Y aún faltaban más cosas por llegar. Cuando el reloj digital del campo del Tottenham se detuvo a los noventa minutos de partido, Rocastle se hizo con un pase cruzado sin dueño claro, lo bajó con el pecho y empalmó a la red lejos del alcance de Clemence. Casi a renglón seguido el árbitro señaló el final del encuentro, y las hileras de espectadores desaparecieron para ser sustituidas por un estremecido amasijo de humanidad presa del éxtasis.

Fue la segunda vez de los tres o cuatro momentos que en mi vida de aficionado impenitente he vivido un delirio tan grande que no llegué a saber qué estaba haciendo; todo quedó en blanco por espacio de unos instantes. Sé que un hombre de cierta edad que estaba detrás de mí me agarró por el cuello y no me soltó ni de broma, y que cuando volví a encontrarme en un estado más o menos próximo a la conciencia, el resto del estadio estaba desierto, con la salvedad de unos cuantos hinchas del Tottenham que nos miraban pasmados, tan patidifusos que no se podían mover siquiera (mentalmente imagino sus caras blancas, aunque estábamos demasiado lejos para detectar la palidez provocada por el estado de shock en que debían de hallarse), y de los propios jugadores del Arsenal, que hacían cabriolas debajo de nosotros, tan alborozados y seguramente tan flipados con su victoria como nosotros mismos.

Todos seguíamos en el campo veinte minutos después del final del partido, pero luego salimos atronando a la calle. Pete y yo volvimos en su coche a la Taberna del Arsenal, donde nos quedamos a propósito hasta mucho después de la hora de cierre, para disfrutar del resumen del partido en la pantalla grande de televisión y para que yo pudiera beber más, mucho más de la cuenta.

La depresión con la que había tenido que convivir durante la mayor parte de la década de los ochenta hizo las maletas y se dispuso a largarse esa misma noche. Al cabo de un mes me encontraba mucho mejor. Inevitablemente, una parte de mí desearía que hubiera sido otra cosa la responsable de mi cura: el amor de una mujer buena de verdad, un pequeño triunfo literario, una visión trascendente en el transcurso de algo como el concierto de Live Aid, o que mi vida quedara bendecida, que valiera la pena vivirla; en fin, algo valioso, verdadero, cargado de sentido. Me avergüenza confesar que un bajón que había durado toda una década comenzó a disiparse porque el Arsenal ganó a los Spurs en una eliminatoria de la Copa de la Liga (me sentiría algo menos avergonzado si hubiera sido en partido de Copa, pero ¡la Copa de la Liga...!), y debo decir que a menudo he intentado explicarme por qué sucedió de esa manera. La victoria fue importantísima para todos los seguidores del Arsenal, por supuesto: llevábamos siete años sin rondar ni de lejos una semifinal, y ese declive empezaba a parecer algo ya terminal. Y puede que incluso exista una explicación médica válida: podría haber ocurrido que el monstruoso chute de adrenalina liberado por una concluyente victoria muy de última hora en una semifinal contra el Tottenham, en la que íbamos perdiendo a falta de siete minutos para el final, con todas las esperanzas perdidas, hubiera corregido tal vez alguna especie de desequilibrio químico en el cerebro, o algo parecido.

La única explicación convincente que realmente se me ocurre es que aquella noche dejé de sentirme desafortunado, y que la miseria y los atolladeros que habían provocado tanta desesperación tan sólo un día antes habían sido por fin descartados, aunque no por mí, como era de esperar, sino por el Arsenal; por eso, me subí a hombros del equipo, y el equipo me llevó a la luz que de pronto nos inundó a todos nosotros. El empujón que me dio el equipo, por si fuera poco, me permitió separarme de él al menos en ciertos aspectos: aunque sigo siendo uno de los hinchas más incondicionales del Arsenal, y aunque sigo yendo a todos los partidos que jugamos en casa, aunque siento las mismas tensiones y las mismas alegrías, las mismas desesperaciones que he sentido siempre, ahora he comprendido que el equipo tiene una identidad radicalmente diferente de la mía, hasta el punto de que sus éxitos y sus fracasos nada tienen que ver con los míos. Esa noche dejé de ser un chiflado del Arsenal, y aprendí desde cero, otra vez, a ser un hincha, incluso maniático y peligrosamente obsesivo, pero sin pasar de ser un hincha.

OTRO SÁBADO MÁS

CHELSEA — ARSENAL 7/3/87

Todos fuimos al campo del Chelsea al sábado siguiente, más que nada para que la fiesta continuase, aunque sólo duró otro cuarto de hora: un fallo de Hayes o un pase hacia atrás de Caesar, no recuerdo exactamente qué, dio pie a los aullidos de frustración que bien pudieran haberse oído en el campo cualquier otro sábado de los últimos años. El hincha futbolero medio carece notoria, casi salvajemente de sentimientos.

De todos modos, es preciso decir que Stamford Bridge, el campo del Chelsea, no es ni mucho menos el lugar adecuado para que prosperen la indulgencia, la comprensión, el afecto y los ojos más o menos humedecidos. En el campo del Chelsea, los partidos son inevitablemente aburridos; no es ni mucho menos de extrañar que el único encuentro que perdió el Arsenal durante la temporada del 91, cuando ganamos el Campeonato sin oposición ninguna, fuese el disputado en Stamford Bridge. La pista de atletismo que circunda el terreno de juego distancia a los jugadores de la hinchada, y como los aficionados situados en uno y otro fondo se hallan absolutamente a la intemperie (y corren el riesgo de calarse hasta los huesos en el supuesto de que caiga un chaparrón), el ruido de los espectadores apenas vale de nada. A juzgar por mi propia experiencia, la fama que tienen los hinchas del Chelsea por su gamberrismo implacable, por su insensato racismo y por su penosa forma de abordar casi cualquier cosa, la tienen bien merecida, y todo el mundo es consciente de que se está más seguro en las localidades de pie, con el respaldo de una labor policial organizada a conciencia, que sentado, ya que de este modo uno tiene cierta tendencia a quedarse aislado, a ser reconocido, a terminar hecho trizas, tal como le ocurrió a un amigo mío hace ya unos años.

Y el partido siguió su curso, y se nubló el cielo, y el Arsenal fue a peor, hasta el lógico extremo de conceder un gol de ventaja al adversario, cosa que en su desganada y apática resaca fue todo un exceso. Y uno ahí, de pie en medio de una enorme grada a la que poco le falta para venirse abajo, con los pies primero helados y luego calientes por culpa del frío; los hinchas del Chelsea haciendo gestos y burlas hacia donde estamos nosotros, y uno se pregunta por qué se ha tomado semejante molestia, cuando en el fondo sabía, no ya en lo más profundo del corazón, sino también de forma muy cerebral, que el partido iba a ser un coñazo, que los jugadores iban a ser el colmo de la ineptitud, que todos los sentimientos engendrados el miércoles anterior iban a menguar hasta quedar en nada, insulsos, antes de que pasaran sólo veinte minutos del partido del sábado; en el fondo, sabía que si me hubiese quedado en casa, si me hubiese ido a comprar discos, esos rescoldos habrían seguido ardiendo como mínimo durante una semana más. Sin embargo, éstos son los partidos, las derrotas por 1-0 en campo del Chelsea, que dan sentido a todos los demás. Precisamente por haber visto tantos se siente auténtico alborozo en esos otros que sólo salen de muy tarde en tarde, cada seis, siete o diez años.

Al final del partido, los hinchas del equipo visitante logramos manifestar gratitud y respeto hacia nuestro equipo, más que nada en reconocimiento de sus hazañas recientes, si bien había sido una tarde deprimente, una ceremonia en la que todos saldamos las deudas pendientes, mero trabajo de zapa, nada más. Con todo y con eso, mientras esperábamos a que nos dejaran salir del estadio (una cosa más sobre el Chelsea: tienes que permanecer como poco media hora en las gradas, hasta que las calles de los alrededores queden limpias de hinchas amenazantes), se ahondó el espanto de la experiencia vivida, de modo que adquirió una especie de gloria perversa. Los que estábamos allí nos hicimos acreedores a una medalla.

Sucedieron dos cosas distintas. Primero, empezó a nevar: la incomodidad se hizo tan intensa que te entraban ganas de reírte de tu sombra por tolerar aún la perra vida de hincha que llevabas; después, salió un hombre con una máquina de rodillo que empezó a pasar meticulosamente por el terreno de juego. No era el típico viejo irascible, la leyenda viva que suele haber en todos los clubs, sino un joven descomunal, con un monstruoso corte de pelo estilo skinhead, que obviamente aborrecía al Arsenal con toda la pasión de los seguidores del Chelsea. Según conducía la máquina del rodillo por delante de nosotros, nos dedicó un gesto con el dedo corazón levantado, sonriendo encantado de la vida, como un maniaco; a la vuelta, repitió su gesto obsceno, y así una y otra vez, según apisonaba el césped. Iba, venía, nos levantaba el dedo y vuelta a empezar. Y tuvimos que permanecer de pie, mirándolo, mientras caía la nieve sobre nosotros. Fue un restablecimiento adecuado, cabal, de los servicios mínimos.

DÍAS DORADOS

ARSENAL — LIVERPOOL (EN WEMBLEY) 11/4/87

Por otra parte, hay días dorados. Mi depresión estaba ya curada del todo; solamente sentía ese sitio en el que antes notaba el dolor, y era en el fondo una sensación placentera, parecida al momento en que uno se ha recuperado de una intoxicación accidental y puede comer de nuevo: el dolor de los músculos del estómago es sencillamente placentero. Faltaban seis días para que cumpliese treinta años, y tenía la impresión de que todo estaba en condiciones, aunque fuera por los pelos; tenía la impresión de que los treinta años eran como la catarata que hay al final del río, y que si hubiese estado por los suelos al llegar allí sin duda me habría precipitado al vacío. Por eso me sentó tan bien la proximidad de los treinta; por eso me sentó tan bien ver de nuevo al Arsenal en Wembley: con un equipo de jóvenes promesas, con un nuevo entrenador, la Copa de la Liga se me antojaba un entremés delicioso, inimaginablemente sabroso, y no el segundo plato. Había cumplido veintitrés años la última vez que estuvimos allí todos juntos; tanto para mí como para el equipo, aquellos siete años habían sido horribles, imprevisibles, pero ahora habíamos salido por fin del túnel y estábamos en plena luz.

Y la luz del día era maravillosa, perfectamente adecuada: lucía el sol de abril. Aunque uno siempre sea consciente del momento en que acaba el invierno, por largo y tedioso que haya sido ese invierno, no hay nada como un campo de fútbol, especialmente si es Wembley, para tener muy presente que ha terminado el invierno: estás a la sombra de la cubierta de las gradas viendo la luz en el terreno de juego, un césped verdísimo, y casi tienes la sensación de estar en el cine, viendo una película que transcurre en un exótico país. Lucía el sol fuera del estadio igual que dentro, cómo no, aunque no parecía que así fuera, debido a ese truco óptico que se produce en los campos de fútbol: el rectángulo de sol está precisamente ahí para que te hagas esa idea.

Antes de que comenzara el partido ya se tenía esa deliciosa impresión. Aunque jugábamos contra el Liverpool (cierto es que era un Liverpool en uno de sus momentos menos poderosos, antes de Beardsley y Barnes y después de Dalglish, que aquel día estaba en el banquillo de los suplentes), era de suponer que iban a perder; sin embargo, yo había logrado persuadirme de que no importaba, de que era más que suficiente que el equipo y yo mismo estuviéramos de nuevo en Wembley con motivo de una gran ocasión. Cuando Craig Johnston habilitó a Rush, que hizo una pausa, se tomó su tiempo y con gran autoridad y exactitud puso la bola fuera del alcance de nuestro guardameta —a Lukic le faltó poco para desviarla con la mano izquierda—, me dolió bastante, pero no me sorprendió, y desde luego me mantuve en la determinación de no dejar que el gol y la derrota que irremisiblemente iba a producirse desbaratasen mi recuperación y echaran a perder mi nuevo optimismo primaveral.

Ahora bien, Charlie logró el empate antes del descanso, después de un tiro suyo al poste que produjo un barullo fenomenal en el área pequeña del Liverpool. En una segunda parte de fútbol excepcional, en la que ambos equipos jugaron con elegancia, con destreza, con ganas, un

suplente nuestro, el pobre y vilipendiado Perry Groves, se zafó de Gillespie, cruzó un pase a la frontal del área, Charlie se revolvió con el balón controlado, tiró a puerta, la pelota rebotó en un defensa y despistó a Grobbelaar para llegar mansamente a la red. Fue una jugada de tal languidez, y la pelota entró tan lentamente, que llegué a pensar que no llevaba la fuerza necesaria para cruzar del todo la línea de gol, o que alguien la sacaría sin dar tiempo a que el árbitro verificase que había entrado. Al final, sin embargo, llegó a tocar la red. Nicholas y Groves —uno fichado al Celtic por casi tres cuartos de millón de libras; el otro, fichado al Colchester por la decimoquinta parte de esa suma— corrieron al fondo y bailaron juntos de alegría, solos los dos delante de todos nosotros. Jamás habrían soñado que iban a bailar uno con otro, y jamás repetirían el baile, a pesar de lo cual allí estaban, unidos los dos por un breve instante, irrepetible en los ciento un años de historia del club, en una muestra de colaboración francamente fortuita. Así ganó el Arsenal la Copa de la Liga, que no es precisamente el trofeo más prestigioso, aunque sí fue entonces mucho más de lo que Pete y yo, y todos los hinchas del Arsenal, podríamos haber deseado con mínimo fundamento durante los dos años anteriores. Fue una especie de recompensa por nuestra ciega perseverancia.

Hay una cosa que tengo por segura en esto de ser un hincha: no se trata de un placer indirecto, a pesar de que todo parezca indicar lo contrario. Los que digan que prefieren jugar, en vez de ir a ver un partido, yerran por completo. El fútbol es un contexto en el que ver se convierte en hacer, y no en el sentido aeróbico del término, ya que ver un partido, fumar como un descosido mientras dura el encuentro, beber después del partido, comer patatas fritas en el camino de vuelta a casa, seguramente son actividades que no te harán ningún bien, como sí lo haría un poco de ejercicio al estilo de Jane Fonda, o como se supone que hace bien corretear de un lado a otro por el campo. Pero cuando se da un triunfo de uno u otro tipo, el placer no irradia de los jugadores a los hinchas, no llega de forma pálida y aminorada hasta los que estamos al final de las gradas; nuestra diversión no es una variante aguada de la diversión del equipo, por más que sean los jugadores los que marcan los goles y suben después las escaleras de la tribuna de Wembley para recibir el saludo de la princesa Diana. La alegría que nos inunda en tales ocasiones no tiene nada que ver con la celebración de la buena suerte que hayan tenido otros, sino que es una celebración muy nuestra. Cuando se produce una derrota desastrosa, la tristeza que se apodera de nosotros es, en efecto, una forma de autocompasión. Todo el que aspire a comprender de qué manera se consume el fútbol tiene que entender esto antes que ninguna otra cosa. Los jugadores no son más que nuestros representantes, elegidos por el entrenador y no designados por nosotros, a pesar de lo cual siguen siendo nuestros representantes. A veces, si uno mira con verdadero tesón, logra ver las barras que los unen línea por línea, y los mangos que desde la banda nos permiten moverlos. Soy parte del club tal y como el club es parte de mí, y lo digo a sabiendas de que el club me explota, de que no tiene en cuenta mi punto de vista, de que a veces me trata como a un cero a la izquierda, de manera que mi sentimiento de conexión orgánica con el club no tiene nada que ver con la tozudez, la confusión y otros malentendidos sentimentales en torno al funcionamiento del fútbol profesional. Aquel triunfo en Wembley me perteneció a mí tanto como perteneció a Charlie Nicholas o a George Graham (¿recuerda Nicholas aquella tarde con tanto cariño como yo, teniendo en cuenta que Graham prescindió de su concurso al comenzar la temporada siguiente, para traspasarlo al mejor postor?), y me lo trabajé tan a fondo como ellos. La única

diferencia que hay entre ellos y yo estriba en que yo he invertido más horas, más años, más décadas que ellos, y por eso comprendo mejor qué sucedió aquella tarde. Por eso aprecio con más dulzura por qué sigue brillando el sol cada vez que la recuerdo.

PLÁTANOS

ARSENAL — LIVERPOOL 15/8/87

Como mi compañera no es muy alta que digamos, y como por esa razón tiene bastantes inconvenientes a la hora de ir al campo a una localidad de pie, prescindí de mi abono de temporada y compré dos entradas de asiento en la parte más alta de la Banda Oeste para ver desde allí el partido inaugural de la temporada. Fue la tarde en que Smith debutó con el Arsenal; fue la tarde en que Barnes y Beardsley debutaron con el Liverpool. Hacía calor, Highbury estaba de bote en bote.

Estábamos a la altura del punto de penalti del Fondo del Reloj, así que gozamos de una perspectiva fenomenal del cabezazo de Davis, en plancha, que sirvió para igualar el gol con el que Aldridge abrió el marcador, y también vimos de maravilla el fabuloso cabezazo de Nichol, a más de doce metros de la línea de gol, que le dio el triunfo al Liverpool en el último minuto. Y también vimos con terrorífica claridad el extraordinario comportamiento de la hinchada del Liverpool, situada algo más abajo que nosotros, hacia la derecha.

En el libro que ha dedicado a Barnes y a diversas cuestiones raciales en torno al Liverpool, titulado *Out of His Skin* [«Fuera de su pellejo»], Dave Hill sólo menciona de pasada aquel partido en el que debutó Barnes («Los hinchas del Liverpool volvieron a casa entusiasmados; toda sombra de duda sobre la chifladura de fichaje que había hecho el entrenador durante el verano empezó a disiparse»). Dedicó, sin embargo, bastante más atención al partido que disputó el Liverpool semanas después en Anfield, en su campo, contra el Everton. Fueron partidos de la Copa de la Liga. En esos partidos, los hinchas del Everton se hartaron de gritar «¡Negropool! ¡Negropool!» y «¡En el Everton somos blancos!». (No deja de ser un misterio que el Everton todavía no haya sabido encontrar a un jugador negro suficientemente bueno: nunca han alineado a un jugador de color.)

Sin embargo, el partido en el que debutó Barnes sí arrojó unos cuantos datos que a Hill le hubiesen venido muy bien: todos los allí presentes vimos con claridad meridiana, cuando los dos equipos estaban calentando antes del pitido inicial, que desde la grada en la que estaban aislados los hinchas del Liverpool caían al campo plátanos y más plátanos. Los plátanos tenían por objeto anunciar, para quienes no conozcan del todo bien los códigos con que se insulta a quien sea desde la grada, que había un mono en el terreno de juego. Como los hinchas del Liverpool nunca se habían tomado la molestia de venir cargados de plátanos a los partidos que habían jugado antes en campo del Arsenal, si bien nosotros siempre hemos tenido en el equipo al menos un jugador negro desde 1980, no queda más remedio que deducir que el mono al cual aludían no podía ser otro que John Barnes.

Los que hayan visto jugar al fútbol a John Barnes, un hombre tan bien parecido, tan elegante, o los que le hayan visto conceder una entrevista, o tan sólo salir al campo de juego, y los que además hayan estado cerca de los orangutanes obesos, balbuceantes, incapaces de emitir

más que un gruñido tras otro, que tienen a bien tirar plátanos al campo e imitar a un mono, captarán en un visto y no visto la ironía que encierra esta situación. (Es posible que existan racistas atractivos, inteligentes, elegantes, pero jamás pisan, ni de broma, un campo de fútbol.) Cabe que los plátanos no fueran una expresión de odio entre razas, sino una grotesca forma de dar a alguien la bienvenida; cabe que estos liverpoolianos, teniendo en cuenta su famosa rapidez de ingenio, tan sólo quisieran dar la bienvenida a Barnes de una manera tal que, a su juicio, él no dejara de entenderla, así como los hinchas de los Spurs dieron a Ardiles y a Villa una bienvenida con confeti al más puro estilo argentino en el 78. (Ya sé que cuesta trabajo creer esta teoría, aunque no más de lo que cuesta creer que pueda haber tantísimos hinchas emponzoñadamente molestos por la llegada de uno de los mejores futbolistas del mundo precisamente a su equipo.) En fin: por más histérica e irónica que pudiera resultar la escena, sea lo que fuere lo que quisieron expresar los hinchas del Liverpool, fue un espectáculo nauseabundo, repugnante.

El Arsenal, en términos generales, ya no tiene problemas con esta chusma, aunque sí los tiene con otra clase de chusma, especialmente con los antisemitas. Tanto en las localidades de a pie como en las de asiento hay hinchas negros; nuestros mejores jugadores —Rocastle, Campbell, Wright— son negros, y gozan de una enorme popularidad. Aún es posible hoy en día oír a un idiota u otro que de vez en cuando se burla de los negros que juegan en los equipos contrarios. (Una vez, en un partido que se jugaba de noche, me di la vuelta muy cabreado para plantar cara ante un hincha del Arsenal que no dejaba de imitar a un mono cada vez que Paul Ince, el defensa del Manchester United, tocaba la bola. ¡Y me encontré con que era ciego, un racista ciego!) A veces, cuando un negro del equipo contrario comete una falta, o falla una buena oportunidad de marcar, o también cuando no falla, y cuando discute con el árbitro, me veo temblando, presa del pánico, por culpa de un presentimiento bastante liberal, dicho sea de paso. «Por favor, por favor —murmuro para mis adentros—, que nadie diga nada. Por favor, que no me lo estropeen.» (Y digo bien: que no me lo estropeen, ojo, no digo que no se lo estropeen al pobre individuo que se ve en la obligación de jugar a muy pocos metros de un perverso fascista, deseoso de estar en una escuadrilla de cualquier tropa de asalto: he ahí la autocompasión y la indulgencia que se concede tan a menudo el librepensador de hoy en día.) Es entonces cuando un hombre de Neanderthal se pone en pie, señala a Ince, o a Wallace, o a Barnes, o a Walker, y este servidor tiene que contener la respiración... Es entonces cuando le llama comemierda, soplapollas o quién sabe qué otra obscenidad, y te inunda en ese momento una absurda sensación de orgullo metropolitano, de orgullo culto, porque ahí falta el epíteto, y sabes que no sucedería eso mismo si estuvieras viendo un partido en la zona de Mersey, o en el oeste, o incluso en el nordeste del país, o en cualquier sitio donde no exista una auténtica comunidad multirracial. La verdad es que tampoco hay mucho por lo que estar agradecido o satisfecho, es cierto, teniendo en cuenta que un hombre insulta a otro llamándole comemierda, en vez de insultarle llamándole negro comemierda.

Es un tanto pobre comentar que aborrezco el acoso a los jugadores negros que se produce de forma rutinaria dentro de algunos terrenos de juego. Si de veras tuviese agallas, una de dos: a) habría tenido que plantarles cara a los que más recalcitrantemente se esparcen con esta triste actividad, o b) habría tenido que decidir no ir a más partidos. Antes de plantarle cara a ese

racista ciego del que hablaba antes hice algunos cálculos un tanto apresurados: ¿sería un tío muy duro? ¿Serán muy duros sus colegas? ¿Aguantarán el tirón los míos? Y en esas estaba cuando noté algo, quizás un punto algo quejumbroso en su manera de hablar, que me llevó a la conclusión de que difícilmente me iba a llevar una paliza, así que actué en consecuencia, aunque esto no suele ser lo corriente. Es más frecuente que opte por la idea de que esa clase de individuos, igual que los individuos que fuman con todo descaro en el metro, saben perfectamente bien qué están haciendo, por lo cual sus excesos tienen por único objeto intimidar a los demás, sean blancos o negros, sobre todo si se sienten inclinados a reaccionar ante ese comportamiento abusivo. Y por lo que se refiere a la idea de no ir a más partidos..., lo que lógicamente debo decir es que los campos de fútbol están abiertos a todo el mundo, no sólo a los vándalos y a los racistas, y que si las personas decentes dejan de ir al fútbol, el fútbol estará en un serio aprieto. Hay una parte de mí que cree firmemente en esto que acabo de decir. (La hinchada del Leeds ha conseguido cosas asombrosas para poner coto al pésimo ambiente que impregnaba su estadio.) En cambio, otra parte de mí sabe que no podría hacerlo, precisamente por la potencia de mi obsesión.

Deseo todas las cosas que desean los hinchas como yo: que los comentaristas de las retransmisiones expresen su malestar y su indignación más a menudo, que el Arsenal insista en expulsar a los hinchas que mencionen en sus cantos a Hitler y las cámaras de gas, en vez de estar continuamente amenazando con esa expulsión sin llevarla a efecto; desearía que todos los jugadores, blancos y negros por igual, manifestaran su disgusto por estos asuntos. (Por ejemplo, si Neville Southall, el portero del Everton, se largase del campo para protestar cada vez que sus propios hinchas hicieran ruidos alusivos, los problemas que se producen por esta razón en Goodison Park terminarían de la noche a la mañana. En fin, ya sé que las cosas no se hacen así.) Por encima de todo, desearía ser de una disposición más virulenta y tener una estatura inmensa, para poder resolver todos los problemas que se produzcan a mi alrededor de manera equiparable a la mala leche que me entra.

EL REY DE KENILWORTH ROAD

LUTON — ARSENAL31/8/87

Los amigos y familiares que no entienden de fútbol jamás se han encontrado con una persona tan apasionada como yo. En efecto, están convencidos de que no se puede estar tan obsesionado como yo lo estoy. En cambio, sé que hay gente para la cual mi grado de dedicación al equipo —ir a ver todos los partidos jugados en casa, un puñado de partidos fuera, más uno o dos partidos del segundo equipo, o de los juveniles, por temporada— resultaría de todo punto insuficiente. Hay gente como Neil Kaas, un hincha del Luton que nos llevó a mi hermanastro y a mí a ver al Arsenal en Kenilworth Road, campo del Luton, en calidad de invitados suyos, ya que el Luton había prohibido la presencia en su estadio de cualquier hincha del equipo contrario, que son obsesos en los que todo rastro de timidez o de falta de confianza en sí mismos ha sido borrado a conciencia. A su lado, yo parezco el diletante debilucho que, según sospechan ellos, en el fondo soy.

Ocho detalles que el lector no sabía acerca de Neil Kaas:

1. Viajaría a Plymouth un miércoles por la noche, por descontado, gastando de ese modo un preciado día de vacaciones. (Ha viajado a Wigan, a Doncaster y a donde sea; a la vuelta de un partido disputado entre semana en Hartlepool se averió el autobús, y tanto él como sus compañeros vieron Loca academia de policía 3 nada menos que siete veces.)
2. Cuando lo conocí, acababa de volver de un kibbutz; cuando lo conocí mejor, me asombró que hubiera sido capaz de alejarse de los hinchas del Luton por un tiempo más o menos prolongado. Me explicó que se había ido porque los hinchas del Luton estaban pensando en organizar un boicot contra el club, dejando de asistir a todos los partidos jugados en casa, para protestar contra el proyecto de construir un nuevo estadio en Milton Keynes, localidad cercana a Luton. Neil era consciente de que por más que hubiese respaldado el boicot con total sinceridad, sería incapaz de cumplir su promesa, a menos que se fuera al fin del mundo, cosa que hizo.
3. Tras una complejísima concatenación de circunstancias, tan alambicada que no es éste el lugar para relatarla, presencié un partido contra el Queens Park Rangers desde el palco presidencial. David Evans lo presentó al resto de la directiva como «el próximo alcalde de Luton Town».
4. Él solo, sin ayuda de nadie, ha conseguido que Mike Newell y otros jugadores dejaran de militar en el equipo. ¿Cómo? Es fácil: asegurándose de estar siempre junto al túnel de vestuarios, para insultar incesante y duramente a todo el que a su juicio no sea digno de vestir los colores del Luton o de pisar el césped de Kenilworth Road.

5. Un reportaje publicado por el Independent hizo alusión a un bocazas con voz de sirena de barco, que se sienta en la tribuna del campo del Luton. Dicho bocazas, según ese artículo de prensa, impedía que los espectadores sentados a su alrededor disfrutasen mínimamente del partido. Después de ver a Neil, sólo se me ocurre que, lamentablemente, se trata de él.

6. Asiste a todas las veladas en que el club abre sus puertas a los hinchas, y en esas ocasiones consigue hablar con el entrenador y con la directiva, aunque recientemente ha empezado a sospechar que ya no le van a permitir hacer preguntas. Esto le saca de sus casillas; conste que parte de las preguntas que hace no tienen nada de preguntas: son ruidosos alegatos y calumnias de todo tipo, que casi siempre hacen hincapié en la incompetencia del otro.

7. Ha escrito al ayuntamiento de Luton Town para proponer que se erija una estatua en memoria de Radomir Antic: gracias a un gol que marcó en el último minuto en Maine Road, el Luton evitó el descenso a Segunda División.

8. Los domingos por la mañana, horas después de regresar de quién sabe dónde, ausente desde el sábado por la tarde, juega en el Bushey «B» (un equipo que tuvo la desgracia de ver cómo le descontaban dos puntos porque el perro del portero había detenido un lanzamiento del contrario en la misma línea de gol) en una liga regional, aunque últimamente ha tenido no pocos problemas de disciplina, con su entrenador y con los árbitros, y en el momento de escribir este capítulo ocupa plaza en el banquillo de los suplentes.

Toda esta letanía encierra una verdad sobre Neil, aunque no sea toda la verdad. Es un hombre con una animada e irónica forma de ver sus propios excesos, y que habla de ellos como si fueran cosa de otro, quizá de su hermano pequeño. Lejos de Kenilworth Road es encantador, interesante y siempre cortés, al menos con los desconocidos. Cabe deducir, pues, que la chifladura que le acomete sempiternamente los sábados sólo es imputable al Luton.

El Luton no es un club de los grandes. Ni siquiera tiene muchos seguidores. Cuando juegan en casa, la hinchada alcanza a lo sumo la tercera o cuarta parte de la que congrega el Arsenal. Lo memorable de ver aquel partido con él no fue el juego, que terminó con un aburrido 1-1, después de adelantarnos por mediación de Davis, sino la impresión de propiedad que emana de una persona que, con gran satisfacción por su parte, ha decidido adueñarse del club. Cuando nos dirigíamos a nuestros asientos, me dio la impresión de que Neil conocía a uno de cada tres espectadores, y con la mitad de los conocidos se detuvo a charlar. Cuando va a ver un partido en campo contrario, no lo hace en calidad de anónimo, rodeado por un inmenso ejército invasor, sino en calidad de personaje visible y reconocible, rodeado a lo sumo por doscientos hinchas de su equipo, puede que incluso menos en los problemáticos partidos que se disputan entre semana.

Con eso y con todo, ese detalle forma parte de su atractivo: él es el Señor del Luton, el Rey de Kenilworth Road. Cuando sus amigos se enteran de los resultados del sábado, sea por radio o por televisión, o por el marcador simultáneo de otros campos en los que se disputan partidos

de Liga, piensan lisa y llanamente «Neil Kaas» cada vez que el Luton marca un gol. Neil Kaas, 0 — Liverpool, 2. Neil Kaas se salva del descenso gracias a un gol en el último minuto. Neil Kaas gana la Copa de la Liga. Etcétera.

Ése es también uno de los atractivos que tiene el fútbol para mí, aunque yo jamás podría aspirar a ser una definición del Arsenal en el sentido en que Neil y el Luton se definen mutuamente. Ese atractivo ha surgido lentamente con el paso de los años, pero es sumamente poderoso: me agrada pensar que hay gente que se acuerda de mí con cierta regularidad.

Y sé de buena tinta que esto sucede. La noche del 26 de mayo de 1989 volví a mi piso tras una noche salvaje, y me encontré con catorce o quince mensajes telefónicos de amigos residentes en distintos puntos de Gran Bretaña e incluso del continente europeo, con algunos de los cuales hacía meses que no hablaba. A menudo, al día siguiente de una calamidad o un triunfo del Arsenal, recibo llamadas telefónicas de amigos, incluso de amigos que no entienden de fútbol, que se han acordado de mí gracias a un periódico, a un vistazo casual a las páginas deportivas, a un informativo especial sobre fútbol al final del telediario. (A ver si demuestro lo que quiero decir: acabo de bajar a recoger el correo, y había una postal, una nota de agradecimiento de una amiga a la que hice un favor más bien banal y nada espectacular hace unas cuantas semanas, y de la cual no había vuelto a tener noticias. Al principio me extrañó que me diera las gracias precisamente ahora; no contaba con que ella hiciera ese gesto. La posdata: «Siento lo del Arsenal», sirve de perfecta explicación.)

Aunque sepas bien que cualquier cosa —Mickey Rourke, las coles de Bruselas, la estación de metro de Warren Street, un dolor de muelas: las asociaciones espontáneas que tienen contigo los demás son tan inagotables como privadas— puede poner a una persona a pensar en algo que terminará pasando a través de ti, no tienes ni idea de cuándo puede ocurrir. Es algo imprevisible, mero fruto del azar. Con el fútbol, estas asociaciones al azar no existen: sabes de sobra que en una noche como la del título de Liga del año 89, en una tarde como la del desastre de Wrexham en el 92, estás en la mente de docenas, puede que incluso de cientos de personas. Y eso me encanta, así de claro: me encanta que las novias de antaño, u otras personas con las que he perdido el contacto, a las que posiblemente nunca más vuelva a ver, estén viendo a televisión y pensando momentáneamente, sólo que todas ellas al mismo tiempo, en Nick, así de simple; me encanta que todas a la vez se alegren o se entristezcan por mí. Eso no le pasa a nadie más, sólo a nosotros.

MI TOBILLO

ARSENAL — WIMBLEDON 19/9/87

No recuerdo cómo fue. Seguramente pisé mal la pelota, o hice algo no menos torpe. Y en el momento no me di cuenta de lo que me había pasado. Cuando salí cojeando de la cancha de fútbol sala, lo único que supe fue que el tobillo me dolía una barbaridad, y comprobé que se me empezaba a hinchar a ojos vista. Cuando iba en el coche de mi compañero de piso, de vuelta a casa, sí me entró verdadero miedo: era la una menos cuarto, yo no podía caminar, y tenía que estar sin falta en Highbury a las tres en punto, o antes.

En casa, me quedé sentado con una bolsa de guisantes congelados en precario equilibrio sobre el tobillo, sopesando las opciones que tenía. Mi compañero de piso, su novia y la mía me sugirieron que, como estaba inmovilizado y obviamente muy dolorido, debía quedarme en casa a oír la radio, sólo que esa opción estaba obviamente descartada. En cuanto caí en la cuenta de que iría al partido fuera como fuese, en cuanto supe que había taxis y localidades de asiento en la parte baja de la Banda Oeste, hombros de amigos en los que apoyarme en caso necesario, el pánico desapareció para dejar paso a una simple cuestión de logística.

Al final, no fue tan tremendo. Cogimos el metro a Arsenal en vez de a Finsbury Park —hay que andar menos— y vimos el partido en las localidades de pie, no en la zona en que siempre nos situábamos dentro del Fondo Norte, a cubierto, aun cuando lloviznó durante toda la segunda parte, en la que no hubo goles, sino en una zona en la que yo pude apoyarme contra una barandilla y aguantar las bajadas en masa de los hinchas del Fondo Norte cuando marcara el Arsenal. Aun así... Calarse hasta los huesos, e insistir en que todos los demás se calasen conmigo, y temblar de dolor y pasarlas canutas a la ida y a la vuelta, tampoco me pareció un precio excesivo. Lo pagué de buena gana, sobre todo teniendo en cuenta el cataclismo que hubiera supuesto la alternativa.

EL PARTIDO

COVENTRY — ARSENAL 13/12/87

Pete y yo salimos más o menos a las doce del mediodía, supongo, para asistir a un partido que se iba a disputar el domingo a las tres, y llegamos justo a tiempo. Fue un partido infame, espantoso, del que más vale no hablar. Empate a cero y un frío gélido. Para colmo, lo daban en directo por la tele; podríamos habernos quedado tranquilamente en casa. Tengo que reconocer que mi capacidad de autoanálisis me falla aquí por completo. No sé por qué fuimos, pero fuimos.

No vi un partido de Liga en directo por televisión hasta 1983, igual que cualquier aficionado de mi generación. Cuando era pequeño, no daban mucho fútbol por televisión: una hora el sábado por la noche, otra hora el domingo por la tarde, a veces algún partido entre semana (nunca entero), cuando nuestros equipos disputaban partidos en Europa. Rara vez veíamos los noventa minutos en directo. Algunas veces, se retransmitían en directo los partidos de la selección inglesa, y la final de Copa, y puede que la final de la Copa de Europa... Dos o tres partidos al año como mucho.

Obviamente, era ridículo. Las semifinales de Copa, o los partidos decisivos del Campeonato de Liga, no se televisaban en directo; a veces ni siquiera nos daban los resúmenes. (En 1976, cuando el Liverpool le quitó el Campeonato de Liga al Queens Park Rangers por un pelo, vimos los goles en el telediario, pero nada más: había un montón de normas televisivas que nadie entendía del todo bien.) A pesar de la tecnología que ha dado pie a los satélites, a la televisión en color, a las pantallas de veinticuatro pulgadas, etcétera, teníamos que pegar la oreja a los transistores. A la sazón, los clubes comprendieron que se podía ganar un dineral con la tele, y que las cadenas televisivas estaban dispuestas a pagar esa pasta; a partir de aquel momento, la conducta de la Asociación de Fútbol Profesional ha recordado a la de la mítica muchachita que se sale de un convento. La Liga de Fútbol Profesional dejará que cualquiera haga lo que le apetezca: cambiar la hora del comienzo del partido, el día incluso previsto, los equipos, las camisetas, da igual. No hay nada que les parezca excesivo. Mientras, los hinchas, los clientes de pago, están considerados como idiotas más o menos graciosos, más o menos fáciles de engañar. La fecha que se anuncia en la entrada no tiene ningún peso: si la LTV o la BBC deciden cambiar el partido para que se juegue en un momento que les convenga más, lo harán sin ningún reparo. En 1991, los hinchas del Arsenal que se habían propuesto viajar a Sunderland para presenciar un encuentro crucial descubrieron que, con la interferencia de la televisión (la hora prevista pasó de las tres a las cinco), el último tren de regreso a Londres había salido antes de que concluyera el encuentro. ¿Y qué más daba? Sólo a nosotros nos importó: a nadie que de veras contase.

Seguiré yendo al campo a ver los partidos que se televisen en directo desde Highbury, sobre todo porque tengo la entrada pagada. En cambio, que no cuenten conmigo para ir a Coventry, a Sunderland o a donde sea, si puedo quedarme en casa a ver el partido, y espero que mucha

gente haga lo mismo. Un buen día, la televisión se percatará de nuestra ausencia. Al final, por muchos micrófonos de ambiente que pongan entre el público, serán incapaces de reproducir el ambiente de verdad, porque allí no habrá nadie: todos nos habremos quedado en casa a ver el partido. Y cuando llegue ese día, espero que los entrenadores y los directivos se ahorren la pomposa y amargada declaración en la que se quejen por nuestra volubilidad.

NO HAY POR QUÉ DISCULPARSE

ARSENAL — EVERTON 24/2/88

Sé que me he disculpado infinidad de veces a lo largo de estas páginas. El fútbol ha significado mucho, muchísimo para mí, y ha terminado por representar demasiadas cosas. Sospecho que he presenciado demasiados partidos, que me he gastado demasiado dinero, y que he estado pendiente del Arsenal cuando debería haberlo estado de otras cosas; sospecho que he pedido demasiada indulgencia a los amigos y familiares. Y hay sin embargo ocasiones en las que ir a ver un partido es la ocupación más válida y más satisfactoria que se me ocurre a la hora de planificar mis ratos de ocio. El partido del Arsenal contra el Everton, un partido de vuelta de otra semifinal de la Copa de la Liga, fue una de esas ocasiones, es así de sencillo.

Se jugó cuatro días después de otro partido inmenso, el que nos enfrentó al Manchester United en eliminatoria de Copa, que el Arsenal ganó 2-1 aunque McClair lanzase un penalti muy por encima del larguero, enviando el balón a un Fondo Norte que se encontraba literalmente en éxtasis, teniendo en cuenta que era el último minuto del encuentro (y conste que Nigel Winterburn lo persiguió implacable, lamentablemente hasta la línea de medio campo después de su fallo garrafal, en una de las primerísimas muestras de la indisciplina de equipo con que el Arsenal nos iba a avergonzar en lo sucesivo). Fue una semana enorme, en la que nos juntamos cincuenta y tres mil espectadores el sábado y cincuenta y un mil el miércoles.

Aquella noche ganamos al Everton por 3-1, 4-1 en total, y fue un cómodo triunfo que el Arsenal se había ganado a pulso, aunque tuvimos que esperar a que se produjera. Faltaban cuatro minutos para el descanso cuando Rocastle superó la trampa del fuera de juego del Everton, dribló la salida de Southall y marcó a puerta vacía. Tres minutos después Hayes hizo lo propio, sólo que esa vez Southall lo derribó a dos palmos de la línea de gol. Lanzó el penalti el propio Hayes y, como McClair, lo tiró a las nubes. La gente estaba de los nervios, frustrada y angustiada; al mirar en derredor sólo se veían caras de circunstancias, absorbidas por la preocupación, y se oía ese susurro que se extiende por las gradas después de un incidente especialmente dramático, y que se prolonga durante el descanso, ya que hay mucho de qué hablar. Al empezar la segunda parte, Thomas lanza un tiro corto por encima de Southall, y marca. Te entran ganas de reventar de puro alivio, y el estruendo con que se celebra el gol tiene una especialísima hondura, una calidad que sólo se encuentra cuando todos los presentes en el campo, exceptuando a los hinchas del equipo contrario, ponen en ese rugido colectivo todo lo que sienten, y hasta los que ocupan las localidades más caras gritan sin contenerse. Y aunque Heath logra acortar distancias poco después, Rocastle enmienda el fallo de antes y Smith marca otro gol: todo Highbury, los cuatro costados del campo, bulle y se desgañita y se abraza ante la perspectiva de estar de nuevo en una final, en Wembley, y sobre todo por el modo en que lo hemos conseguido. Es extraordinario saber que tienes un papel que desempeñar en todo esto, que la velada no hubiera sido igual sin tu presencia, sin el concurso de varios miles de personas iguales que tú.

Puede que sea absurdo, pero aún no me he animado a decir que el fútbol sea un deporte maravilloso, y por supuesto que lo es. Los goles tienen el valor de lo raro, sin punto de comparación por ejemplo con las canastas en baloncesto, las carreras en béisbol, los sets en tenis, y siempre quedará el suspense y la emoción de ver a alguien cuando consigue hacer algo que sólo se suele hacer tres, cuatro veces a lo sumo en todo un partido si tienes suerte, y si no, ni una. Me encanta el ritmo que tiene, la inexistencia de fórmulas preconcebidas; me encanta cómo pueden los bajos con los altos, los enclenques con los fuertes (véase a Beardsley contra Adams), cosa que no ocurre en ningún otro deporte de contacto; me encanta que el mejor equipo no siempre sea el que gana. Tiene lo mejor del atletismo (con el debido respeto por Ian Botham y la delantera de la selección inglesa, son poquísimos los jugadores gordos que destaquen por su calidad); es sensacional la forma en que combina la fuerza con la inteligencia. Permite que los jugadores parezcan realmente estéticos, y lo hace de una forma que en casi todos los deportes resultaría imposible: un cabezazo en plancha perfectamente coordinado, una volea perfectamente conectada, permiten que el cuerpo alcance una postura y una elegancia que muchos deportistas jamás podrían exhibir.

Pero eso no es todo. Durante partidos como el de la semifinal contra el Everton, aunque es cierto que las noches como aquella escasean mucho, se tiene la muy poderosa sensación de estar exactamente en el lugar adecuado y a la hora precisa. Cuando estoy en Highbury en una noche de las grandes, o en Wembley, cómo no, en una tarde más grande aún, tengo la sensación de estar en el centro del universo. ¿En qué otra situación puede sentirse uno así? Puede que cuando tengas una entrada estupenda para la noche del estreno de un nuevo espectáculo de Andrew Lloyd Webber, aunque en el fondo sabes que ese espectáculo va a estar en cartel durante años y años, así que después tendrás que decir a todo el mundo que tú lo viste antes que cualquier otro, cosa que no resulta nada atinada, por no decir que suele estropear por completo el efecto. Puede, si no, que te ocurriese cuando viste a los Stones en Wembley, aunque hasta una cosa así se repite hoy en día con bastante frecuencia, por lo cual carece del impacto tremendo y único que tiene un partido de fútbol. No es una noticia, en el sentido en que una semifinal Arsenal-Everton puede ser noticia: al ver el periódico del día siguiente, da lo mismo qué periódico lea cada uno, encontrará que se ha dedicado un amplio espacio a relatar la noche que uno vivió el día anterior, la noche a la que tanto contribuyó por el mero hecho de estar allí y de gritar a voz en cuello.

Esto es algo que no se encuentra jamás fuera de un campo de fútbol. En todo el país, no es posible estar en ningún otro lugar y sentirse como si uno estuviera realmente en el centro de todo. Da lo mismo a qué discoteca vayas, a qué función teatral, a qué película, a qué concierto, a qué restaurante: la vida habrá seguido en marcha en otra parte, sin tener en cuenta nuestra ausencia, tal como siempre sucede. En cambio, cuando estoy en Highbury en un partido como éste, tengo la sensación de que el resto del mundo se ha parado, de que está congregado a las puertas del estadio, en espera de saber cuál ha sido el resultado.

BIENVENIDO A INGLATERRA

INGLATERRA — HOLLANDAMARZO DE 1988

En 1988 empecé a trabajar para una empresa comercial de Extremo Oriente. Me contrataron al principio como profesor de inglés, aunque enseguida quedó bien claro que mis alumnos, cuadros medios de la administración de la empresa, estaban mucho más perplejos por los requerimientos que les planteaba a cada paso la central que por la dificultad de la lengua inglesa. De ese modo, la enseñanza pasó a mejor vida y yo me dediqué a lo que sólo sabría describir como «otras ocupaciones», ya que una descripción global de lo que hice entonces es algo que escapa a mis posibilidades. Escribí infinidad de cartas a toda clase de abogados, y un largo ensayo sobre Jonathan Swift que fue traducido y enviado por fax a la central; supe definir a plena satisfacción de mi empresa qué era el agua potable; me informé a fondo sobre los planes urbanísticos de Hampton Court y tomé fotografías del Museo del Motor de Beaulieu; visité a no pocos directores de otros tantos departamentos locales de Asistencia Social para hablar con ellos sobre el tema de los orfanatos; me tuve que meter a fondo en muy dilatadas negociaciones sobre centros ecuestres en Warwickshire y sobre los perros de raza que se crían en Escocia. Al menos, era un trabajo muy variado.

Los directivos trabajaban con un tesón pasmoso: por contrato, tenían que dar el callo de ocho de la mañana a ocho de la tarde, de lunes a viernes, y el sábado de ocho de la mañana a dos de la tarde, pero ese horario era meramente orientativo. La jornada de doce horas, como el famoso almuerzo de Gordon Gekko, estaba hecha para los peleles. Ahora bien, cuando a tres de mis alumnos les dije que Gullit y Van Basten iban a estar en la ciudad, para echar un pulso de ingenio con Lineker, Shilton y compañía, la tentación fue para ellos irresistible, y me indicaron que les comprase entradas y que esa noche los acompañase al partido, en plan carabina, para que no se perdieran el disfrute de la velada.

Cada dos años más o menos se me suele olvidar qué experiencia miserable es ir a Wembley a ver un partido de la selección inglesa. Vuelvo a las andadas. En el 85 fui a ver un partido de clasificación para los mundiales, quince días después de la muerte de Jock Stein, y tuve que aguantar los cánticos más obscenos y aberrantes que se puedan imaginar. Cuatro años después estuve en otro, sólo que me tocó sentarme entre gente que saludaba con el brazo en alto, en plan nazi, cuando sonó el himno nacional. No consigo recordar por qué se me ocurrió que las cosas cambiarían en un amistoso contra Holanda, pero comprobé a la postre que lo mío fue en aquella ocasión un vergonzoso error de cálculo.

Afinamos al máximo el programa: caminábamos por Wembley Way un cuarto de hora antes de que empezara el partido, y llevábamos en el bolsillo las entradas que nos daban derecho a ocupar las localidades de asiento reservadas de antemano; estaba encantado con la organización de experto que había demostrado. Según nos acercábamos a la puerta correspondiente, tuvimos que aguantar una carga policial indiscriminada, con policías montados a caballo, y nos vimos obligados a retroceder en compañía de otros centenares de

espectadores que llevaban su entrada en el bolsillo. A mis colegas les entró el pánico. Nos reagrupamos y de nuevo nos encaminamos al estadio. Esta vez, nuestras entradas —que nos habían costado doce libras a cada uno— fueron consideradas, bien que de muy mala gana, como certificados de nuestro legítimo interés, y se nos permitió aproximarnos a las puertas. Cuando llegábamos, comenzó el partido e Inglaterra marcó un gol casi de inmediato, pero nos lo perdimos: aún estábamos tramitando la entrada al campo. Una de las puertas estaba medio arrancada de las bisagras, y un policía nos informó de que muchas personas se habían colado sin entrada.

Una vez dentro del campo, nos quedó muy claro que nuestros asientos ya no eran nuestros. Los pasillos del estadio estaban repletos de gente como nosotros, todos con la entrada ya inservible en la mano, temerosos de dar la cara ante los skins que ocupaban nuestros asientos. No había un solo acomodador a la vista. «Vaya, ahí vienen los putos chinos», comentó un tío que estaba con un grupo de jóvenes cuando me vio bajar con mis acompañantes por las escaleras, para encontrar un sitio desde el que pudiéramos ver al menos un trozo del terreno de juego. No me tomé la molestia de traducir el comentario. Nos quedamos allí de pie más o menos media hora; Holanda se puso por delante en el marcador por 2-1. El pelo estilo rastafari que llevaba Gullit, primera razón por la que se habían agotado las entradas, dio pie a toda clase de imitaciones de un mono cada vez que tocaba el esférico. Antes del descanso nos rendimos y nos volvimos a casa. Me dio tiempo a ver el resumen del partido por televisión.

Más de uno me ha comentado que ahora en Wembley las cosas están cambiando, y que la gente que va a ver los partidos de la selección, después del Mundial de Italia 90, con la pasión que despierta Gascoigne y el encanto de Lineker, empieza a ser muy distinta. Es algo que sucede con cierta frecuencia cuando un equipo funciona bien, aunque no sea por sí solo causa para albergar esperanzas, ya que en cuanto se ponen a jugar mal se suele perder a ese tipo de aficionados. Me da la impresión, y no es una hipótesis que pueda demostrar con pruebas contundentes, aunque da lo mismo, de que los equipos malos tienen una hinchada tan mala como ellos.

Hoy en día, sólo los más tozudos tienen alguna duda sobre el lazo que une las condiciones socioeconómicas reinantes con la violencia en el fútbol, aunque ¿a qué se debe que, por ejemplo, los hinchas del Birmingham City tengan una reputación muchísimo peor que los del Sunderland? Aun cuando diéramos por hecho, sólo en aras de la argumentación, que la zona del oeste de las Midlands padece el mismo tipo de depresión socioeconómica que asola la región del noreste del país, ¿cómo se explica entonces el impecable comportamiento que tienen los hinchas del Aston Villa? Dos equipos de la misma ciudad: uno juega en Primera División, y otro agoniza en Tercera. Cuando el Leeds, el Chelsea y el Manchester City estaban en Segunda, sus hinchas eran el terror de toda población en que tuvieran partido de Liga; cuando el Millwall subió a Primera, su fama de monstruos, de bestias, de violentos incontrolados, se disipó como por ensalmo casi del todo. Yo dudo mucho que el fútbol por sí solo cambie a las personas; no se trata de eso, aun cuando exista un elemento de orgullo compensatorio en todo esto. («Puede que no seamos un equipo sensacional, pero te podemos dejar para el arrastre.») Es mucho más. ¿Cómo podría expresarlo con un poco de tacto? Existe

una proporción más elevada de majaras entre los hinchas más duros y recalcitrantes, los que no se rinden nunca, los que están dispuestos a cualquier cosa por su equipo, que entre los aficionados capaces de entender que en un momento dado pueden acabar hasta la coronilla.

Así las cosas, entre una multitud de veinticinco mil personas siempre habrá varios cientos de gamberros pependieros. Cuando se trata de cinco, seis mil personas, esos mismos cientos de indeseables estarán presentes, sólo que de buenas a primeras esa minoría pasa a tener más peso, y el club tiene que cargar con la mala fama que le endosan. Y cuando el club tiene la fama que tiene, empieza a resultar atractivo para quienes buscan ante todo las broncas, los brotes de violencia que entraña esa fama. Eso es lo que ocurrió, creo yo, con el Chelsea y el Millwall a finales de los setenta y a principio de los ochenta; es lo que ocurrió también con la selección de Inglaterra entre la eliminación del Mundial de 1974 y la clasificación para jugar la fase final del Mundial de Italia en 1990. Durante todo ese tiempo fue un equipo desesperado, que atrajo a hinchas bastante desesperados.

El problema es que a menos que un equipo juegue bien, a menos que gane competiciones y llene su estadio en cada partido, los clubs no pueden permitirse, así de claro, alejar a las personas a las que según se presupone han de purgar. Pienso al menos en un presidente de un club que últimamente ha mostrado una muy notoria ambivalencia con respecto a no pocos personajes muy desagradables que sin embargo han mantenido a su club a flote. Tampoco he percibido la menor campaña por parte de las autoridades inglesas para expulsar a un tipo de hinchas y atraer a otros muy distintos (cualquier campaña de este tipo la han llevado a cabo los propios hinchas); en el fondo, saben muy bien por qué lado han untado la mantequilla en la rebanada de pan.

Intenté arreglar el desastre de aquella velada: propuse a mis compañeros de trabajo que vinieran a Highbury, pues sabía que allí nadie los iba a molestar, tanto si ocupásemos localidades de asiento como si optásemos por ir a uno de los fondos para ver el partido de pie. Ahora bien, todas las veces que lo propuse ellos se limitaron a mirarme sonrientes, como si mi invitación fuera el ejemplo extremo del incomprensible sentido del humor que tenemos los ingleses. Creo que siguen pensando que me paso todos los sábados por la tarde aguantando la carga de la policía montada, para refugiarme después en uno de los pasillos del campo, aterrado e incapaz de reclamar el asiento que he pagado de mi bolsillo. A la luz del partido contra Holanda, esa suposición es desde luego la más acertada desde su punto de vista. De haber estado en su pellejo, lo primero que hubiese hecho es llamar por teléfono a la central, el mismo jueves por la mañana, para suplicar aunque fuese de rodillas un puesto en cualquier otra ciudad del mundo, lejos de los chiflados del fútbol.

GUS CAESAR

ARSENAL — LUTON (EN WEMBLEY)24/4/88

La final de la Copa de la Liga de aquel año fue un desastre. A veces vuelvo a revivir cada instante: 2-1 cuando faltaban diez minutos para el final, y después de un segundo tiempo absolutamente decantado hacia uno de los dos equipos, quizás el más claro que he visto nunca (Hayes tira al poste, Smith al larguero, Smith se encuentra en un mano a mano con Dibble, pero no consigue batirle), el balón se encuentra en el punto de penalti: Rocastle ha sido zancadilleado, y Winterburn se dispone a...

No. Ha vuelto a fallar otra vez, quizá la cuadragésima vez desde aquella tarde de abril. Mis ensueños son tan gráficos que de verdad me cuesta un verdadero esfuerzo asimilar que ya no tendrá otra oportunidad, y cuando logro volver a encontrarme en el metro en el que voy, o a leer el libro que estoy leyendo, lo hago con una lentitud pasmosa, ridícula, sólo cuando me obligo a reconocer, cuando me obligo a repetirme en silencio que el partido ha terminado, que ya no tiene vuelta de hoja, que nunca más volverá a darse. Claro que... si Winterburn hubiese marcado (¿por qué no se ofreció ningún otro a tirar el penalti, si una final en Wembley no es el sitio más adecuado para que un jugador se estrene en esa suerte?), no cabe duda de que habríamos ganado por 3-1, seguro, y así habríamos conservado la Copa que ganamos el año anterior. Pero no marcó, y el Luton se creció en la adversidad y marcó dos goles en los últimos siete minutos del partido, para ganar por 3-2. Sea justo o injusto, los hinchas del Arsenal con los que he hablado de este partido culpan a un solo hombre: César Augusto.

Hemos tenido tantos jugadores en el primer equipo que no es de extrañar que los hinchas los hayan puesto a caldo con los años, aunque no todos eran malos: Ure, Sammels, Blockley, Rix, Chapman, Hayes, Groves... Incluso Michael Thomas, al que la gente vituperó durante la segunda mitad de la temporada en la que ganamos el título de Liga y durante buena parte de la siguiente temporada. Gus en cambio era diferente. Nunca se entabló ningún debate sobre su talento. Hayes, Groves, Thomas y Rix tenían más o menos partidarios entre los hinchas, Gus no tenía ninguno, al menos que yo recuerde: el momento más bajo de su carrera en el Arsenal seguramente se produjo con motivo de una penosa derrota por 1-0 en campo del Wimbledon en enero de 1990. Todos los pases al portero, todos los cortes que logró hacer sin provocar un desastre, fueron recibidos con irónicos vítores y con aplausos durante el partido entero. No llego a imaginar cómo podría aguantar cualquiera semejante humillación en público.

Poco después de que dejase de dar clases para ponerme a escribir con la idea de ganarme así la vida, leí un libro titulado El buscavidas, escrito por Walter Tevis. Me entusiasmó sobre todo el personaje de Eddie el Rápido, que en la película estaba interpretado por Paul Newman, tal como me había impactado la idea de que yo era el Niño Cañón cuando Charlie Nicholas vino al Arsenal procedente del Celtic. Como el libro trataba al parecer sobre todo aquello que uno deseaba ser, sobre algo realmente difícil —escribir, llegar a ser un buen futbolista, lo que

fuera—, lo leí con gran atención. En un momento dado (¡Dios, Dios, Dios!) llegué a copiar éstas palabras en un papel que clavé encima de mi mesa de trabajo:

De eso se trata en el fondo, maldita sea: hay que comprometerse hasta el final con la vida que uno ha escogido. Y hay que recordar que uno la ha escogido: hay mucha gente que ni siquiera puede elegir. Eres un tío listo, eres joven, tienes talento, ya te lo he dicho.

A medida que iba acumulando cartas de rechazo, esas palabras me sirvieron de consuelo, y cuando me empezó a entrar el miedo al pensar en las cosas que todo el mundo tenía y yo no: una carrera profesional, un piso estupendo, algo de dinero para gastar en el fin de semana; los amigos y la familia intentaron darme aliento y tranquilidad: «No te preocupes; tú sabes que vales mucho», me decían. «Todo te va a salir bien, ten paciencia.» Yo sabía que sí, que era bueno, y que me había dedicado en cuerpo y alma a la vida que había elegido. Mis amigos, y los amigos de Eddie el Rápido, no podían equivocarse en pleno, así que me lo tomé con calma y me senté a esperar. Ahora me doy cuenta de que estaba muy equivocado, pero lo sé porque me lo dijo Gus Caesar.

Gus es la prueba viviente de que la fe en uno mismo, la determinación de llevar a buen puerto la vocación que uno tiene (y aquí no hablo de arrogancia, sino de la sana confianza en uno mismo, que tan necesaria es para sobrevivir), puede ser perniciosamente errónea. ¿Se había comprometido Gus con la vida que había elegido? Claro que sí. Sin ese grado de compromiso, nadie llega a estar en el primer equipo de uno de los grandes clubs de Primera División. ¿Y tenía muy claro que era bueno? Por supuesto; tenía razones de peso. En el colegio ya tenía que haber sido mucho, muchísimo mejor que sus compañeros, así que lo elegirían para el equipo del colegio, y luego para jugar en un equipo infantil más representativo; ahí seguiría siendo mejor que todos los demás, de largo, así que aparecerían los ojeadores para ofrecerle una plaza de aprendiz no en el Fulham, el Brentford o incluso el West Ham, sino en el poderoso Arsenal. Y no termina ahí la cosa, porque si se observa la alineación de cualquier equipo juvenil de la Primera División de hace cinco años, no es fácil reconocer la mayoría de los nombres, ya que casi todos han desaparecido. (Por ejemplo, he aquí el equipo juvenil del Arsenal en abril de 1987: Miller, Hannigan, McGregor, Hillier, Scully, Carstairs, Connelly, Rivero, Cagigao, S. Ball, Esqulant. De todos ellos, sólo Hillier ha llegado a lo más alto, aunque Miller sigue en el equipo, en calidad de afamado portero reserva. Scully sigue jugando al fútbol profesional, aunque no en el Arsenal, ni en ningún equipo de Primera División. El resto ha desaparecido, y ha desaparecido de un club que tiene fama de dar a sus jugadores las oportunidades que merecen.)

Gus en cambio sobrevive. Pasa a jugar con el segundo equipo. De pronto, todo le sale bien: Don Howe se ve en un aprieto, y decide cargar de jóvenes el primer equipo: Niall Quinn, Hayes, Rocastle, Adams, Martin Keown. Cuando Viv Anderson es sancionado con un partido, en Navidad de 1985, Gus debuta con el primer equipo como lateral derecho, para colmo en Old Trafford, y ganamos por 0-1, así que ingresa en la lista de los defensas que han mantenido el marco a cero en el campo del Manchester United.

Howe es despedido, le sustituye George Graham, que mantiene a Gus. Se sienta en el banquillo durante unos cuantos partidos en la primera temporada de George. Las cosas siguen yéndole bien, aunque no tanto como a Rocastle, Hayes, Adams y Quinn, jugadores que disfrutaban de una primera temporada excepcional. Cuando se anuncia la alineación de la selección inglesa sub-21, está repleta de jugadores del Arsenal, y Gus Caesar se encuentra entre ellos. Los seleccionadores de Inglaterra, como los hinchas del Arsenal, empiezan a confiar implícitamente en la política juvenil del club, hasta el punto de que Gus es convocado aun cuando no juegue habitualmente. El porqué es lo de menos: está reconocido como uno de los mejores veinte jóvenes futbolistas del país.

Llegado a este punto, hay que perdonarle a Gus que bajara un poco la guardia. Es joven, tiene talento, está comprometido a fondo con la vida que ha elegido, y seguramente parte de las dudas que acosan a todo el mundo con sueños a largo plazo ha tenido que disiparse. En una etapa así, hay que fiarse de la opinión de los demás (yo me fiaba de la opinión de los amigos y de los agentes, y de todo el que pudiera pillar para que leyese mis escritos y me dijera que estaban muy bien), y cuando entre los demás se incluyen dos entrenadores del Arsenal y el seleccionador inglés, hay que suponer que no hay motivos para preocuparse.

Al final, resulta que todos se han equivocado de plano. De momento, Gus ha superado con gran comodidad todos los obstáculos que le han salido al paso, pero es que incluso en una etapa tan avanzada cabe la posibilidad de tropezar y caer. Seguramente, la primera vez que nos damos cuenta de que algo no funciona del todo bien es en enero de 1987, en el partido de ida de la semifinal contra el Tottenham: Caesar se encuentra obvia y dolorosamente fuera de sus casillas cada vez que lo encara uno de los delanteros de los Spurs. A decir verdad, parece un conejo petrificado por los faros de un coche, clavado en el sitio cada vez que Waddle, Allen o quien sea le hace un caño o se va de su marca, momento en que lanza una patada o un codazo de forma patética, horrorosa, hasta que George y Theo Foley deciden poner fin a su desgracia y lo sustituyen. Pasa un tiempo hasta que dispone de una nueva oportunidad. La siguiente aparición suya que recuerdo es contra el Chelsea en Stamford Bridge, en un empate a uno, una semana o puede que dos antes de aquella final contra el Luton. En la primera parte hay un momento en que lo encara Dixon, y lo vuelve de un lado, de otro y de otro más, tal como hacía tu padre contigo cuando eras un crío; después de semejante baño, se zafa de él y tira a puerta, aunque falla por muy poco. Todos sabíamos que iba a haber problemas en Wembley desde el momento en que salió O'Leary por lesión y sólo contábamos con Gus para sustituirlo. Gus deja para última hora su penoso espectáculo: cuando encajamos un gol a siete minutos del final, da una patada tan violenta a un contrario que él mismo se cae. A esas alturas, parece un tipo de la calle que hubiera ganado un concurso para aparecer como central en una final, en Wembley, sin tener nada que ver, ni de lejos, con un futbolista profesional. En el caos que se produce, Danny Wilson baja la cabeza para marcar el gol del empate del Luton.

Eso es todo. Fin de la historia. Permanece en el club otros tres o cuatro años más, pero no pasa de ser el defensa central al que se recurre cuando todos los demás están lesionados. Tuvo que haberse dado cuenta, cuando George fichó a Bould y a Linigham, y luego a Pates, con Adams y O'Leary en el equipo, de que no tenía un gran futuro por delante: estaba en sexto

o séptimo lugar para ocupar dos plazas en el primer equipo. Al término de la temporada 90-91 se le dio carta de libertad y fue fichado por el Cambridge United; al cabo de dos meses lo dejaron marchar al Bristol City; dos meses después recaló en el Airdrie. Para llegar a donde llegó, está claro que Gus Caesar tenía más talento que cualquier otro jugador de su generación (nosotros, los demás, sólo podemos soñar con tener esa habilidad), pero también parece evidente que no le bastó.

El deporte y la vida, sobre todo la vida en el arte, no son exactamente análogos. Una de las grandezas del deporte es su cruel claridad: no existe, por ejemplo, un mal corredor de los cien metros lisos, ni un lamentable defensa central con una suerte tremenda. En el deporte, las cosas están más claras que el agua. No existe un delantero centro genial que se muera de hambre en una buhardilla, porque el sistema de ojeadores funciona a la perfección. (Los ojeadores ven jugar a todo el mundo.) En cambio, hay infinidad de malos actores, malos músicos o malos escritores que sin embargo se ganan la vida decentemente: son gente que sabe estar en el momento adecuado y a la hora adecuada, gente cuyo talento ha sido sobrevalorado. Con eso y con todo, pienso que hay una auténtica resonancia en la historia de Gus Caesar: contiene una pavorosa lección para todos los aspirantes convencidos de que su inapelable idea del destino (y no conviene confundir esta idea del destino con la arrogancia: Gus Caesar no fue nunca un futbolista arrogante) es lo que cuenta. Gus tuvo que entender que era bueno, tal como cualquier grupo de música pop que haya tocado alguna vez en el Marquee sabe que está destinado a tocar en el Madison Square Garden y a salir en portada del New Musical Express, tal como cualquier escritor que haya enviado un manuscrito a Faber and Faber sabe que le falta un par de años para conseguir el Premio Booker. Se tiene absoluta confianza en esa sensación; se siente la fuerza y la determinación que da, como si fuese un chute de heroína que te recorre las venas... Y resulta que no significa nada de nada.

A TIRO DE PIEDRA

ARSENAL — SHEFFIELD WEDNESDAY 21/1/89

Parecía de cajón trasladarse a esa zona, aunque fuera por otras razones: el dinero se estira muchísimo más en las zonas más decrepitas del norte de Londres que en Shepherd's Bush o en Notting Hill, y el transporte público está muy bien (a cinco minutos de King's Cross, con dos líneas de metro y millones de autobuses). De todos modos, vivir a tiro de piedra del campo, a un paseo de Highbury, fue el cumplimiento de una lamentable ambición que llevaba arrastrando desde hacía veinte años, y de poco serviría intentar revestirlo de lógica.

Fue divertido buscar piso por allí. Uno de los muchos pisos que fui a ver tenía una terraza desde la que se contemplaba gran parte de la fachada del estadio: se veían esas letras enormes, «RSEN» nada más, aunque era suficiente para que a mí se me acelerase el pulso. Y el piso que al final compró otra persona, aunque lo teníamos apalabrado, estaba en el recorrido que traza el autobús del club cuando ganamos alguna competición. Las habitaciones eran más pequeñas y menos luminosas que las que tenemos ahora, pero desde el cuarto de estar se veía toda la Banda Oeste. Durante el tiempo que llevo dedicado a escribir este libro, podría haber hecho una pausa, mirar por la ventana y volver al Amstrad con las pilas cargadas.

Tuvimos que conformarnos al final con un piso que da a Finsbury Park y que no tiene una panorámica tan espiritual como aquélla. Aun cuando uno se suba a un taburete y se asome por la ventana, no se llega a ver ni siquiera la banderola de campeones de Liga, que en estos momentos (aunque mucho me temo que no va a durar) sigue estando en nuestro poder. No obstante... ¡la gente aparca el coche en mi calle antes de cada partido! Los días de viento, la megafonía del estadio se oye con toda claridad nada más abrir las ventanas. (No sé si se oirán también los clamores, como es lógico, ya que nunca estoy en casa cuando el equipo juega en casa; pero me gusta pensar que las celebraciones más ruidosas sí que llegan hasta aquí. Puede que un día le pida prestada la grabadora a mi cuñado, que tiene una Sony fenomenal, para colocarla junto a la ventana y dejarla en marcha, sólo por comprobar si se oye o no.) Lo mejor de todo fue que a los pocos días de mudarnos, iba caminando por la calle —esto ocurriótal como lo cuento— y me encontré en el suelo, sucio y un tanto rasgado, un cromó de Peter Marinello que tenía unos veinte años de antigüedad. No es posible imaginar qué contento me puse al comprobar que residía en una zona tan cargada de interés arqueológico, tan imbuida de mi propio pasado.

Cuando doblamos la esquina de la calle, por la radio de la furgoneta que habíamos alquilado para hacer la mudanza supimos que Kevin Richardson había marcado un tanto en Goodison Park, el tercero de nuestra victoria por 1-3 (y conste que el gol de Everton no llegó a cruzar la línea), que se me antojó un buen presagio. Estaba sin embargo a la espera del sábado siguiente, que iba a ser mi primer partido de veras en casa, contra el Sheffield Wednesday: a mis treinta y un años, por fin iba a ser capaz de recorrer Avenell Road, atravesar los tornos de entrada y dirigirme al Fondo Norte en calidad de auténtico londinense del norte de la ciudad.

¿Qué esperaba encontrarme cuando abrí la puerta de la calle a las tres menos veinte (¡a las tres menos veinte, nada menos!) de un sábado por la tarde, para encaminarme hacia el campo? Imagino que supuse que iba a ser como la típica descripción de los barrios periféricos que se suele hacer en las series televisivas, que todas las puertas se abrirían exactamente al mismo tiempo, que hombres vestidos de la misma forma echarían a caminar por la calle, todos con sus maletines, sus paraguas y sus periódicos. En mi calle, por supuesto, saldrían de sus casas los hinchas del Arsenal, todos con la gorra calada y la desvaída bufanda rojiblanca. Al verme, todos me saludarían con una sonrisa, de modo que inmediatamente pasaría a ser un querido y muy valorado miembro de la feliz comunidad obrera del Arsenal.

No se abrió ninguna puerta. En mi calle no hay un solo hincha del Arsenal. Algunos vecinos son exactamente eso que hace años se denominaba yuppies, a los que el fútbol se la trae floja; otros son gente de paso, okupas o realquilados que nunca estarán el tiempo suficiente para cogerle el gusto. Los demás..., no sé. Es imposible desarrollar una teoría que valga para todos; es imposible explicar en qué consiste ese gusto. Sólo sé que hace años sí había un hincha en mi calle, un joven que iba por ahí con la camiseta del equipo, pero debió de marcharse a otra parte al poco de llegar nosotros. Aparte de él, bien podría haber estado de nuevo en Maidenhead, de no ser por los coches que van de un lado a otro en busca de sitio para aparcar los días en que hay partido en casa.

Sospecho que me mudé a este barrio con unos veinte años de retraso. Durante las dos últimas décadas, me parece que la hinchada del barrio ha menguado constantemente. Según informaciones del propio club, un enorme porcentaje de los hinchas reside en los condados de los alrededores de Londres (cuando venía de Cambridge en tren los días de partido, los vagones se llenaban de hinchas del Arsenal mucho antes de llegar a Hatfield). En Londres, tanto en campo de los Spurs y del Chelsea como en Highbury, y también en campo del West Ham, aunque en menor medida, el fútbol se ha convertido en un pasatiempo al aire libre para la gente de los alrededores. La demografía ha variado sustancialmente, y toda aquella gente que iba caminando al estadio desde Islington, Finsbury Park y Stoke Newington, ha desaparecido: han muerto o han vendido la casa para irse a vivir a Essex, a Hertfordshire o a Middlesex. Y aunque todavía se ve a veces a más de uno con la camiseta del equipo, y aunque haya tenderos del barrio a los que les interesa saber el resultado (uno de los individuos que lleva el quiosco de la estación es un hincha devoto y sabio, aunque su hermano sea del Chelsea), aquí estoy más solo de lo que nunca llegué a pensar que estaría a finales de los sesenta, hace un montón de años, cuando le daba la brasa a mi padre para que se comprase una casa en Avenell Road. Él siempre dijo que acabaría harto de vivir en un sitio así.

TIRANÍA

ARSENAL — CHARLTON21/3/89

Ahora escribo acerca de mí. El muchacho que tan torpemente se abría camino a lo largo de la primera parte de este libro ya no está ahí. El joven que pasó la mayor parte de los años que van desde que cumplió veinte hasta que tuvo veintinueve absolutamente liado consigo mismo ya no está ahí. Ya no puedo utilizar la edad, o la juventud, para explicarme cómo soy.

A medida que envejezco, la tiranía que ejerce el fútbol en mi vida, y en la vida de las personas que me rodean, empieza a ser menos razonable, menos atrayente. Los familiares y los amigos saben de sobra, tras largos años de agotadora experiencia, que el calendario de los partidos es el que tiene la última palabra en cualquier cita que podamos convenir; entienden, o aceptan al menos, que los bautizos, las bodas y cualquier otra reunión semejante, que en otras familias serían prioridades incuestionables, conmigo sólo se pueden fijar tras la debida consulta. El fútbol es así considerado como un hándicap que es preciso superar de un modo u otro, casi siempre por medio de un rodeo. Si yo estuviera condenado a vivir en una silla de ruedas, nadie organizaría nada en un último piso sin ascensor, así que ¿por qué iban a planear una reunión una tarde de sábado en pleno invierno?

Igual que cualquier persona, tengo un papel periférico en la vida de casi todas las personas que conozco, y a esas personas no les suele importar nada el calendario de Primera División. He recibido invitaciones de boda que muy a regañadientes, pero de forma inevitable, he tenido que rechazar, si bien siempre me esmero en aducir una disculpa socialmente aceptable, relacionada con problemas familiares o dificultades laborales: «Jugamos en casa contra el Sheffield United» no sería una excusa apropiada en tales situaciones.

Además, hay que tener en cuenta los imprevisibles desempates de las eliminatorias de Copa, los partidos entre semana, los partidos que pasan del sábado al domingo sin previo aviso, debido siempre a la programación televisiva. Y así tengo que declinar invitaciones que coinciden con un hipotético partido, así como las que coinciden de hecho con un partido de verdad. (O bien organizo algo, pero suelo advertir a los implicados que tal vez desconvoque la reunión en el último momento, cosa que a menudo no es fácil de tragar.)

Es cada vez más jodido, y a veces resulta inevitable que alguien se sienta herido. El partido contra el Charlton se iba a disputar la misma noche en que una amiga muy íntima celebraba su cumpleaños con una fiesta a la que sólo había invitado a cinco personas. En cuanto me di cuenta del conflicto de intereses que se iba a producir, me entró el pánico de costumbre sólo de pensar que se iba a jugar un partido en casa sin mi asistencia; la llamé por teléfono con gran congoja y le dije qué había pasado. Esperaba que se riese y que me diera su absolución, pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro, y a juzgar por su tono de voz, por la desilusión y la hastiada impaciencia que transmitía, entendí que no me iba a perdonar. Por el contrario, dijo una de

esas frases terribles: «Haz lo que te parezca mejor» o «Haz lo que quieras»; algo así, una de esas

frases escalofriantes que tienen por objeto sondear tu estado de ánimo. Le dije que lo iba a pensar, aunque los dos nos dimos cuenta de que no iba a pensarlo ni un minuto, y entendimos que yo había quedado como el gusano insignificante que de hecho soy. Fui al partido, y me alegré de ir, porque Paul Davies marcó uno de los golazos más impresionantes que haya visto nunca en Highbury, con un cabezazo en plancha, después de esprintar a toda máquina y cruzar el campo entero tras un ataque sostenido del Charlton.

Hay dos cuestiones que se plantean a raíz de incidentes como éste. En primer lugar, he comenzado a sospechar que mi relación se da más con Highbury que con el equipo: si ese partido se hubiera jugado en Selhurst Park o en Upton Park, estadios que no son ni mucho menos inaccesibles, como cabría pensar, para un hombre tan obsesionado como yo, no habría ido, desde luego. Por eso, ¿de qué se trata en el fondo? ¿Por qué me va la vida en ver al Arsenal en un rincón de Londres, pero no en otro cualquiera? Según la jerga de los psicoterapeutas, ¿cuál es la fantasía oculta en todo esto? ¿Qué es lo que imagino que me sucedería si no fuese a Highbury al menos una vez, si me perdiese un partido que podría haber sido crucial en la carrera por el Campeonato de Liga, pero que ni de lejos prometería una de esas diversiones que nadie se quiere perder? Creo que la respuesta es la siguiente: me aterra la idea de que en el siguiente partido, después de haberme perdido uno, no entendería parte de lo que sucediera, una canción, la antipatía de la gente hacia uno de los jugadores, lo que fuera. En ese caso, el sitio que mejor conozco del mundo entero, el único sitio al margen de mi casa en el que me siento total e incuestionablemente a mis anchas, se convertiría en algo ajeno para mí. Me perdí el partido contra el Coventry en 1991 y el partido contra el Charlton en 1989, pero en ambas ocasiones estaba de viaje en el extranjero. Y aunque la primera ausencia se me hizo muy rara, saber que estaba a varios cientos de kilómetros del estadio me ayudó a controlar el pánico hasta hacerlo tolerable; la única vez que estaba en Londres pero no en Highbury cuando jugaba el Arsenal (estaba en Victoria, haciendo cola para sacar una entrada para el Skytrain de Freddie Laker, mientras ganábamos al Queens Park Rangers por 5-1: era septiembre de 1978, y el hecho de que recuerde el resultado y el adversario es de lo más significativo), me sentí abrumadoramente inquieto.

Un buen día, seguramente pronto, eso mismo sucederá otra vez. Lo sé. Una enfermedad (aunque he ido a Highbury con gripe, con un tobillo roto, con toda clase de achaques que no entrañasen rápido acceso a un cuarto de baño), el primer partido de un futuro hijo, una función teatral en su escuela (a una cosa así no faltaría, desde luego..., pero mucho me temo que cometa la tontería de no estar presente, garantizando de ese modo que el niño se pase un montón de horas en un diván, en Hampstead, allá por el año 2025, explicándole a un incrédulo psiquiatra que durante su infancia yo siempre antepuse al Arsenal), un fallecimiento en la familia, un asunto de trabajo...

Y todo esto me lleva a la segunda cuestión que se desprende de estos problemas: el trabajo. Mi hermano tiene ahora un trabajo que le exige más horas de las acostumbradas, y aunque hasta la fecha no recuerdo que se haya perdido un partido por una cosa así, es cuestión de

tiempo: llegará. Un buen día, en esta temporada o en la que viene, alguien convocará una reunión inesperada que no terminará hasta las ocho o las nueve, y se tendrá que quedar repasando un comunicado interno a cinco o seis kilómetros del lugar en que Paul Merson esté humillando a un defensa contrario. No le hará ninguna gracia, pero tampoco habrá podido elegir, así que se encogerá de hombros y seguirá a lo suyo.

Dudo mucho que yo pudiera dedicarme a un trabajo así, por los motivos que he resumido antes. Si lo hiciera, confío en que podría encogerme de hombros; confío en que no me diera un berrinche, en que no me pusiera a suplicar por puro miedo, quedando como una persona que aún ha de llegar a un acuerdo con las exigencias de la vida adulta. Los escritores tenemos más suerte que casi todos los demás, pero un buen día, supongo, tendré que hacer algo, lo que sea, en un momento desastrosamente inconveniente para mis intereses: tendré por ejemplo la oportunidad única de entrevistar a una persona que sólo podrá recibirme a primera hora del sábado por la tarde, o bien tendré un plazo de entrega irrevocable que me lleve a pasar la tarde de un miércoles delante del ordenador. Los escritores como es debido también realizan giras promocionales, o bien son invitados a un programa de televisión, de radio, a toda clase de situaciones trufadas de peligros, así que quizá llegue el día en que tenga que hacer frente a esa realidad. De momento, no se ha dado el caso. Los editores de este libro no pueden contar con que escriba de forma más o menos razonable sobre una neurosis como la mía y pedirme después que me pierda unos cuantos partidos en casa para contribuir a promocionar el libro. «Eh, que yo estoy loco, ¿recuerda?» Eso les diría. «¡Si es que de eso se trata! ¡Imposible! ¿Cómo pretende que vaya a firmar ejemplares a una librería, a leer un par de capítulos un miércoles por la noche?» Y así sobrevivo un poco más.

¿Es realmente pura coincidencia, una suerte fenomenal, que no me haya encontrado aún en una situación en la que forzosamente tenga que perderme un partido durante los diez años que llevo ganándome así la vida? (Ni siquiera mis superiores en aquella empresa de Extremo Oriente, habitualmente tan desconcertados por las compulsiones de la vida social, tuvieron la menor duda de que el Arsenal tenía absoluta prioridad.) ¿No será más bien que mi obsesión ha dado forma a mis ambiciones? Por mí, preferiría pensar que no, claro que no, porque las consecuencias serían alarmantes: todas las opciones que creí tener cuando era un adolescente no habrían existido en realidad, y el partido contra el Stoke, en 1968, me habría impedido de hecho llegar a ser empresario, médico o periodista de verdad. (Igual que tantos otros hinchas, nunca se me ha pasado por la cabeza la idea de dedicarme al periodismo deportivo. ¿Cómo iba a redactar la crónica de un Liverpool-Barcelona cuando habría dado cualquier cosa por estar en Highbury viendo al Arsenal contra el Wimbledon? Uno de los temores más recónditos que tengo es que me paguen un día un dineral por escribir sobre el partido que más me apetece ver.) Prefiero pensar que mi libertad a la hora de ir a Highbury cuando hay partido no es más que un efecto secundario y fortuito del camino que he escogido. Prefiero dejar así las cosas.

HILLSBOROUGH

ARSENAL — NEWCASTLE 15/4/89

Los que habían ido al estadio con un transistor empezaron a levantar rumores, pero en realidad no supimos nada hasta el descanso, cuando no se dio el resultado de la semifinal que jugaban el Liverpool y el Nottingham Forest. Incluso entonces nadie tenía la menor idea de la salvajada que había tenido lugar. Al término de nuestro partido, una aburrida victoria por 1-0, sin pena ni gloria, todo el mundo sabía que habían muerto algunas personas. Algunos, los que habían estado en Hillsborough en las grandes ocasiones, alcanzaron a adivinar en qué parte del estadio se había producido la tragedia. De todos modos, a los que dirigen los asuntos futbolísticos nunca les han importado nada los malos presagios de los hinchas.

Cuando llegamos a casa, estaba claro que aquello no había sido otro accidente futbolístico de los que se producen cada equis años, en los que mueren dos o tres desafortunados, y que son tenidos por las autoridades competentes como uno de los riesgos que en general entraña nuestra diversión. El número de muertos aumentaba a cada minuto —siete, veinte, cincuenta y tantos, al final noventa y cinco—; con un mínimo sentido común, cualquiera pudo darse cuenta de que las cosas nunca volverían a ser como antes.

Es fácil comprender por qué los familiares de los muertos quieren llevar a juicio a la policía del sur de Yorkshire: el error de apreciación que cometió tuvo consecuencias catastróficas. Sin embargo, por muy claro que esté que la policía hizo aquella tarde un trabajo nefasto, sería pecar de ánimo vengativo acusarles de algo más que de simple incompetencia. Somos muy pocos los que hemos tenido la desgracia de ver cómo un error profesional nuestro ha desembocado en la muerte de otros. La policía de Hillsborough nunca pudo garantizar la seguridad de los espectadores, al margen de las puertas que abriesen o no: ningún despliegue policial en un campo de fútbol podría haberlo hecho. Aquello pudo pasar en cualquier otro campo, en Highbury, quizás en las escaleras de cemento por las que se sale del Fondo Norte a la calle (y no hace falta ser muy fantasioso para imaginar algo así) o en Loftus Road, campo del Queens Park Rangers, donde son miles los hinchas que sólo pueden llegar a uno de los fondos pasando por una estrecha cafetería. Y se habría iniciado una investigación, se habrían publicado reportajes en la prensa, se habría culpado a la policía, a los acomodadores, a los hinchas borrachos, a quien fuera. Pero no habría sido correcto, no, si todo el suceso se basara en una premisa tan ridícula.

La premisa era ésta: los estadios de fútbol, contruidos en la mayoría de los casos hace unos cien años (el campo del Norwich, con cincuenta y ocho años de antigüedad, es el más reciente de la Primera División), tienen capacidad para acoger entre quince mil y sesenta y tres mil espectadores sin que ninguno de ellos corra peligro. Imagínese a toda la población de una pequeña localidad (mi pueblo tiene una población de unos cincuenta mil habitantes) empeñada en entrar en unos grandes almacenes: he ahí una imagen que da buena idea del desenlace que cabe esperar. Todas esas personas se encontraban de pie, en grupos de diez o doce mil

individuos, sobre gradas de cemento muy inclinadas y en algunos casos al borde de la ruina, rehabilitadas aunque en esencia idénticas a las de hace muchas décadas. En tiempos en que los únicos proyectiles que se lanzaban al aire eran los sombreros, esa situación no garantizaba ninguna seguridad: en Burnden Park, Bolton, murieron treinta y tres personas en 1946 al venirse abajo las barreras de seguridad; el desastre de Ibrox en 1971 fue el segundo que tuvo lugar en dicho estadio. En la época en que el fútbol pasó a ser foro de las guerras entre bandas, cuando lo prioritario fue la contención, y no la seguridad (de nuevo las vallas que separan las localidades del césped), una tragedia descomunal estaba al caer. ¿Cómo esperar que no sucediera tal cosa? Con muchedumbres de más de sesenta mil espectadores, lo único que cabe hacer es cerrar las puertas, decir a todo el mundo que se apriete y rezar, rezar mucho. El desastre de Ibrox, en 1971, fue un espantoso aviso que nadie tomó en consideración. Tuvo causas específicas, pero el responsable fue en definitiva el modo que tenemos de ver el fútbol, en medio de multitudes demasiado grandes, en estadios que son demasiado viejos.

Esos estadios fueron construidos para una generación de hinchas que no tenían coche, que ni siquiera se fiaban mucho del transporte público, y por eso se construyeron en el centro de zonas residenciales repletas de callejuelas. Veinte, treinta años después, las zonas de captación se expandieron una enormidad; la gente empezó a realizar desplazamientos de quince, treinta e incluso sesenta kilómetros para ir al campo, pero no ha cambiado nada. Ése fue el momento de construir nuevos estadios en las afueras de las ciudades, con grandes aparcamientos y con medidas de seguridad adecuadas. Así se hizo en el resto de Europa, a raíz de lo cual los campos de Italia, de España, de Portugal y de Francia, son más grandes, mejores, más seguros. En cambio, es característico que en un país cuya infraestructura por fin empieza a deteriorarse a ojos vista no nos preocupásemos de tal cosa. Aquí, son decenas de miles los hinchas que han de recorrer estrechos y tortuosos túneles bajo tierra, o aparcar el coche en doble fila, en calles estrechas y tranquilas, mientras las autoridades competentes en materia de fútbol parecen contentas de seguir como si nada hubiera cambiado, ni la conducta, ni la procedencia de los hinchas, ni los métodos de transporte, ni el propio estado de los campos, que no en vano empiezan a estar un tanto deteriorados al cabo de un siglo. Fue mucho lo que hubiera podido hacerse, lo que había tenido que hacerse, y no se hizo nada: todo el mundo siguió como si tal cosa año tras año, y así hasta que hubo pasado todo un siglo, hasta Hillsborough. Hillsborough fue el cuarto desastre futbolístico que tuvo lugar en Gran Bretaña después de la guerra, el tercero en el que un gran número de personas fueron aplastadas hasta morir debido a un fallo difícil de precisar en el control de la multitud; fue el primero que se atribuyó a algo muy distinto de la mala suerte. Por eso, quien quiera puede culpar a la policía de haber abierto la puerta menos indicada en el momento menos indicado, pero yo entiendo que así se pasa por alto el quid de la cuestión.

Como ya es bien sabido, el Informe Taylor recomendó, en mi opinión acertadamente, que todos los estadios de fútbol sólo tuvieran localidades de asiento. Esta iniciativa traería consigo nuevos riesgos; por ejemplo, una posible repetición del desastre de Bradford, un incendio en el que murieron muchas personas porque se había permitido que bajo las gradas del estadio se

acumulase gran cantidad de basura altamente inflamable. Los asientos por sí solos no bastarán para eliminar a los hooligans; si los clubs pecasen de absoluta estupidez, llegarían incluso a exacerbarlos. Los mismos asientos podrían ser utilizados como armas, y una larga hilera de personas sentadas obstruiría toda intervención policial cuando se diera un altercado, si bien los estadios con localidades de asiento darían a los clubs un mayor control sobre el tipo de persona que ocupa parte de las localidades. Lo que en el fondo importa es que disminuiría mucho la probabilidad de morir como murieron tantos en Ibrox y en Hillsborough, y la condición no es otra que seguir al pie de la letra las recomendaciones del Informe Taylor. Por lo que a mí respecta, eso es lo único que de veras importa.

En el momento en que escribo estas líneas, el Informe Taylor ha levantado enérgicas protestas entre los hinchas y en algunos clubs. Son muchas las dificultades con que tropieza su aplicación. Transformar los estadios para que sean más seguros será una operación muy cara, y muchos clubs no disponen del dinero necesario. Con objeto de recaudar esas sumas, algunos clubs van a subir notablemente el precio de las entradas, o bien van a poner en práctica planes como los de los bonos y obligaciones del Arsenal y del West Ham, lo cual posiblemente implique que muchos jóvenes varones de clase obrera, entre los que se cuenta tradicionalmente la hinchada de cualquier equipo, serán excluidos del club. Habrá hinchas que quieran seguir con sus localidades de pie. (Y no, creo, porque estar de pie sea una manera en sí misma superior de ver un partido de fútbol, ni mucho menos. No sólo resulta incómodo, sino que cualquier persona que no mida un metro noventa de estatura disfruta de una visión reducida del campo. A muchos hinchas les preocupa que el fin de la cultura de las gradas lleve consigo el fin del ruido y del ambientazo de un campo, el fin de todo lo que da al fútbol lo que tiene de memorable, pero hay que recordar que los fondos de asientos que hay en Ibrox son más ruidosos que el Fondo Norte y el Fondo del Reloj juntos; las localidades de asiento no convierten automáticamente un campo de fútbol en una iglesia.) El aforo de todos los estadios tendrá que reducirse; algunos sólo tendrán cabida para un número de espectadores mucho menor del que habitualmente asiste a los partidos. Por último, algunos clubs tendrán que cerrar sus puertas.

He escuchado y he leído con calma los argumentos de cientos de hinchas que no están de acuerdo con el Informe Taylor y que consideran el futuro del fútbol como una versión modificada de su pasado, con gradas más seguras y con mejores instalaciones, pero no como algo radicalmente distinto. Cada vez que un club habla de construir un nuevo estadio se arma un tremendo jaleo; cuando el Arsenal y el Tottenham comentaron la posibilidad de compartir un mismo estadio —y esto sucedió hace unos cuantos años—, que creo que estaba previsto construir en Alexandra Palace, arreciaron las protestas («¡Hay que velar por la tradición!»), y a raíz de todo ello hoy nos encontramos con un conjunto de pequeños campos de fútbol. El Estadio de la Luz, en Lisboa, tiene un aforo de 120.000 espectadores; el Bernabeu, en Madrid, tiene cabida para 95.000; el campo del Bayern de Múnich tiene un aforo de 75.000; el Arsenal, el equipo más grande de la ciudad más grande de Europa, sólo podrá albergar a 40.000 aficionados cuando se termine esta reconversión.

No queríamos nuevos campos, y ahora no queremos los viejos, al menos si han de ser rehabilitados para garantizar nuestra seguridad, y si los clubs tienen que pasarnos factura por ello. «¿Y si me apetece llevar a mis hijos a un partido? No me lo podré permitir.» Claro está que tampoco podemos permitirnos llevar a los niños a Barbados, a Le Manoir aux Quat' Saisons ni a la ópera. Cuando llegue la Revolución está claro que tendremos la posibilidad de hacer todo eso cuando nos venga en gana. Hasta ese día, sin embargo, este argumento parece más bien inviable, más una queja que una objeción razonada.

«¿Y los clubs pequeños, que tal vez terminen entre la espada y la pared?» Que el Chester tuviera que desaparecer sería muy triste para sus dos mil socios; yo en su lugar me sentiría desolado. Ahora bien, ésa no es razón suficiente para permitir que los clubs pongan en grave peligro la vida de sus hinchas. Si los clubs han de desaparecer por no tener dinero suficiente para realizar las modificaciones que se estiman necesarias en sus estadios, con el deseo expreso de evitar otra tragedia como la de Hillsborough, que así sea. Ya sé que es duro. Si son clubs sin recursos, como el Wimbledon, el Chester y otros tantos, eso se debe en gran parte a que no hay gente suficiente que se preocupe por el hecho de que sobrevivan o de que desaparezcan (Wimbledon, con un equipo en Primera División, es una zona de gran densidad de población, a pesar de lo cual concentraba a muy poca gente antes incluso de tener que desplazarse a la otra punta de Londres), lo cual ya dice mucho. No obstante, la opinión contraria es que no existe la menor posibilidad de morir aplastado en las gradas de esos campos. Forzar a los clubs a instalar localidades de asiento para hinchas que disfrutan de sitio de sobra es una ridiculez.

«¿Y los hinchas que han apoyado al club en las duras y en las maduras, pagando en gran parte el salario de los jugadores? ¿Cómo es posible que los clubs se planteen siquiera la posibilidad de mandarlos a freír espárragos?» Este argumento llega directamente al corazón del consumo del fútbol. En otro capítulo he intentado explicar que si los clubs erosionan su cantera de seguidores, fácilmente se verán envueltos en dificultades de toda clase; en mi opinión, cometerán un craso error si llegan a ese extremo. Es evidente que de alguna manera hay que pagar las mejoras que se introduzcan en los estadios; es inevitable que suba mucho el precio de las entradas. Casi todos hemos aceptado que a la fuerza tendremos que aflojar como mínimo otras dos libras más para ver jugar a nuestros equipos. No obstante, los planes previstos por el Arsenal y el West Ham van mucho más allá: utilizar esas subidas de precio para cambiar a un tipo de hinchada por otro muy distinto, para quitarse de encima a los hinchas de antaño y hacerse con otro grupo más adinerado, es un tremendo error.

Aun así, se trata de un error que los clubs tienen absoluta libertad de cometer. Los clubs de fútbol no son hospitales o escuelas, no tienen la menor obligación de franquearnos la entrada al margen de nuestra posición financiera. Es interesante, y muy revelador, que la oposición contra estos planes haya adquirido tintes de cruzada, como si los clubs tuvieran algún tipo de obligación moral con sus hinchas. ¿Qué es lo que nos deben los clubs a cualquier hincha? Yo he desembolsado miles de libras esterlinas para ver al Arsenal durante estos últimos veinte años, pero cada vez que mi dinero ha cambiado de manos he recibido algo a cambio: la entrada de un partido, un billete de tren, un programa de mano. ¿En qué se diferencia el fútbol

de una sala de cine o de una tienda de discos? La diferencia reside en que todos nosotros tenemos esa pasmosa lealtad a nuestros colores, y en que hasta hace poco todos dábamos por sentado que asistiríamos a todos los partidos que jugase nuestro equipo durante el resto de nuestra vida. Ahora empieza a dar la sensación de que eso no será posible al menos para algunos, aunque tampoco suponga el fin del mundo. Podría darse el caso de que el aumento del precio de las entradas sirviera para mejorar la calidad del fútbol que deseamos presenciar; puede que los clubs estén en condiciones de disputar menos partidos, los jugadores se lesionarán menos veces, no habrá motivo para disputar torneos basura, como la Copa ZDS que se ideó cuando los clubs británicos fueron excluidos de las competiciones continentales. Hay que mirar de nuevo a Europa: en Italia, en Portugal y en España las entradas para ver un partido son mucho más caras, pero en esos países se permiten el lujo de contar con los mejores jugadores de Europa y de Sudamérica. (Y también están menos obsesionados que nosotros por las ligas de las categorías inferiores. Existen clubs de Tercera y Cuarta División, pero se trata de jugadores semiprofesionales, que no influyen en la estructura competitiva. La Primera División tiene absoluta prioridad, y el ambiente futbolístico es tanto más sano.)

A lo largo de los años hemos terminado por confundir el fútbol con otra cosa, con algo más necesario, y así se explica que esos gritos de protesta sean tan sentidos y muestren tanta indignación. Todo lo miramos desde la cúspide de una montaña hecha de pasión partidista; no es de extrañar que nuestros planteamientos estén equivocados. Puede que sea hora de bajarnos de esa montaña y de ver lo que ve el resto del mundo.

En su mayor parte, lo que vio el resto del mundo no pudo ser más sensato, más frío y más pragmático. Aquella semana, la portada de *The Economist* recogía la extraordinaria ofrenda de flores, banderas y enseñas que los hinchas del Liverpool y del Everton formaron en la boca de gol del Kop, en Anfield Road. El titular, colocado nítidamente sobre el larguero, decía así: «El deporte que ha muerto.» Compré esa revista por primera y única vez en mi vida, y me quedé boquiabierto al comprobar que estaba de acuerdo con todos sus postulados. Tal vez fuera previsible que una revista llamada *The Economist* fuera la mejor pertrechada para desenmarañar el intrincado extremo al que había llegado el fútbol; a fin de cuentas, se trata de una industria multimillonaria, aunque no tenga dos peniques que juntar.

The Economist respecto a lo inevitable del desastre: «Hillsborough no fue solamente un accidente, una calamidad. Fue la brutal demostración de una serie de fallos sistemáticos.» Sobre el estado de los terrenos de juego: «Los estadios de Gran Bretaña recuerdan hoy en día a las prisiones de máxima seguridad, aunque la debilidad de la normativa vigente ha permitido que los clubs finjan que la seguridad de las masas es compatible con la arquitectura carcelaria.» Sobre las autoridades futbolísticas: «Cuando se trata de la complacencia y la incompetencia, no hay cárteles que valgan. De los cárteles que perviven en Gran Bretaña, la Liga de Fútbol Profesional es uno de los más descarados y más perezosos.» Sobre los propietarios de los clubs: «Igual que los magnates de la prensa que antaño campaban por sus respetos, están dispuestos a pagar cualquier precio con tal de conseguir prestigio, que para ellos se reduce a tener jugadores estrella, y no tiene nada que ver con la comodidad y la modernización de los estadios.» Y sobre lo que es preciso hacer: «Con un menor número de

clubs, con estadios en mejores condiciones, reviviría el interés de los que durante los últimos diez años se han alejado del fútbol.»

Estos posicionamientos, y otros que contenía ese número, todos ellos bien informados, bien argumentados, ajenos a los rodeos y los intereses creados de las autoridades futbolísticas, ajenos al odio que el gobierno manifestó hacia el fútbol (si no sirvió para otra cosa, Hillsborough acabó al menos con la ridiculez del documento de identidad que ideó Thatcher), ajenos a las distorsionadas obsesiones de los hinchas, a mí me ayudaron a ponerme a contemplar toda la debacle del fútbol con una calma que se aproximaba bastante a la claridad. Después de Hillsborough, cuando mucha gente ajena al fútbol empezó a interesarse por el modo en que este deporte funciona, quedó bien claro hasta qué extremo nos habíamos atrincherado todos en la forma de ver las cosas por y para el fútbol. Esa forma de ver las cosas, tal como se demuestra en algunas partes de este libro, dista mucho de ser la más atinada.

El 1 de mayo, quince días después, el Arsenal jugó contra el Norwich en Highbury: fue nuestro primer partido después del desastre. Fue una espléndida tarde de día festivo; el Arsenal jugó de maravilla, ganamos por 5-0 y, por lo que atañe a todos los que estuvimos allí aquella tarde, y me incluyo, todo pareció de nuevo en consonancia con el mundo. Había terminado el período de luto, las cámaras de televisión estaban en el campo, lucía el sol, el Arsenal marcaba goles a espuertas... Tras la desolación de esa quincena anterior, el partido adquirió cierto aire de celebración. Es cierto que fue una celebración cansada, en sordina, pero fue una celebración a pesar de todo. Vista desde hoy en día, resulta particularmente extraña.

¿En qué estábamos pensando todos aquella tarde? ¿Cómo demonios llegó a jugarse de nuevo el Nottingham Forest-Liverpool? En cierto modo, todo eso forma parte de lo mismo. Fui a ver el Arsenal-Norwich y me encantó, del mismo modo que vi la final entre el Liverpool y la Juventus después del desastre de Heysel, y todo por las mismas razones que explican que el fútbol apenas haya cambiado nada en todo un siglo: porque las pasiones que desata el fútbol lo consumen todo, incluyendo el tacto y el sentido común. Si es posible presenciar un partido de fútbol y disfrutarlo sólo quince días después de que casi un centenar de personas haya muerto en otro partido —y conste que es posible, yo doy fe, a pesar del realismo que adopté después de Hillsborough—, quizá sea un poco más fácil entender la cultura y las circunstancias que permiten que se produzcan esas muertes. Aparte del fútbol, no hay nada que realmente importe.

EL MOMENTO CULMINANTE DE TODA ESTA HISTORIA

LIVERPOOL — ARSENAL 26/5/89

En todo el tiempo que llevo viendo fútbol, veintitrés temporadas, sólo son siete los equipos que han ganado el Campeonato de Liga de Primera División: el Leeds United, el Everton, el Arsenal, el Derby County, el Nottingham Forest, el Aston Villa y —nada menos que once veces— el Liverpool. Durante mis primeros cinco años, cinco equipos distintos se alzaron con el título. Me pareció que el Campeonato de Liga era algo que sólo se conquistaba muy de vez en cuando, y que aunque hubiese que esperar, antes o después llegaría. En cambio, según pasaron los años setenta y luego los ochenta, empezó a darme por pensar que el Arsenal quizá nunca más volviera a ganar la Liga durante toda mi vida. No es tan melodramático como parece. Los hinchas del Wolverhampton que celebraron en 1959 el tercer título de Liga logrado en sólo seis años difícilmente podían imaginar que iban a pasar gran parte de las tres décadas siguientes dando tumbos por Segunda y Tercera División; los aficionados del Manchester City que eran cuarentones cuando el equipo azul ganó la Liga por última vez en 1968 ya han cumplido setenta y tantos.

Igual que cualquier otro hincha, la inmensa mayoría de partidos que he ido a ver han sido partidos de Liga. Como las más de las veces el Arsenal no ha tenido auténticas posibilidades de ganar la Liga después de Navidad, y como tampoco ha estado nunca cerca de bajar a Segunda, calculo que más o menos la mitad de esos partidos han sido intrascendentes, al menos según definen los periodistas deportivos esos partidos en los que nadie se juega nada. Nadie se muerde las uñas, nadie se retuerce las manos, nadie pone cara de tensión. No te duele la oreja por tenerla noventa minutos apretada contra un transistor, desesperado por saber cómo le va al Liverpool o a otro rival; a decir verdad, nadie se ve baqueteado por la agonía de la desesperación, y a nadie se le salen los ojos de las órbitas por el éxtasis que pueda producir el resultado. La única importancia que tienen esos partidos es la que cada uno, y no la tabla clasificatoria de Primera División, quiera endosarles.

Puede que tras diez años así, el Campeonato se convierta un buen día en algo en lo que se cree o no se cree, algo similar a Dios. Hay que reconocer que es posible, por supuesto, y hay que intentar respetar el punto de vista de los que han conseguido seguir siendo creyentes. Aproximadamente entre 1975 y 1989 yo perdí la fe en el título. Al comienzo de cada temporada sí tenía alguna esperanza; en un par de ocasiones, como a mediados de la temporada 86-87, cuando estuvimos en cabeza de la clasificación durante ocho o nueve jornadas, a punto estuve de salir de mi caverna de agnóstico impenitente. Sin embargo, en lo más profundo de mi corazón supe que nunca llegaría a suceder, tal como sabía, como pensaba de pequeño, que nunca se va a encontrar una cura, un remedio para la muerte, antes al menos de que yo me haga viejo.

En 1989, dieciocho años después de ganar la Liga por última vez, a regañadientes y con un inexcusable punto de estupidez me dejé arrastrar por la creencia de que sí era posible que el

Arsenal ganase el Campeonato. Estuvieron en cabeza de la clasificación entre enero y mayo; durante el último fin de semana de la temporada que se prolongó por los sucesos de Hillsborough, estaban cinco puntos por delante del Liverpool y faltaban sólo tres partidos. El Liverpool tenía un partido fácil, pero se daba por supuesto que Hillsborough y las tensiones resultantes de la catástrofe les pesarían tanto que difícilmente ganarían los tres. El Arsenal, a su vez, tenía dos partidos en casa, frente a equipos en teoría más débiles. El otro partido era precisamente contra el Liverpool en su campo de Anfield Road, y con ese partido iba a concluir la temporada en Primera División.

En cuanto me hice miembro renacido de la Iglesia de los Creyentes en el Campeonato del Último Día, el Arsenal perdió gas de forma catastrófica. Perdieron de forma inexplicable contra el Derby en Highbury; en el último partido jugado en casa, contra el Wimbledon, malgastaron las dos veces en que se pusieron por delante en el marcador para terminar con un patético empate a dos, precisamente contra un equipo al que habían vapuleado por 1-5 en el primer partido de la temporada. Después del partido contra el Derby tuve una discusión endemoniada con mi compañera sobre si ir o no a tomar el té en casa de unos amigos. En cambio, después del partido contra el Wimbledon ya no me quedaba ni gota de rabia en las venas: sólo me quedaba una aplastante desilusión. Por primera vez comprendí a las mujeres que en las series de televisión se han quedado tan destrozadas por una historia de amor frustrada, y que ya no se permiten el lujo de enamorarse de nadie más: hasta entonces nunca había pensado que fuera posible elegir, pero entendí que me había dejado exponer en toda mi desnudez, cuando podría haber seguido siendo un tío duro, cínico y correoso. Nunca más, nunca dejaría que volviera a pasarme una cosa así. Me había portado como un perfecto imbécil, lo entendí sobre la marcha, tal como supe que me harían falta varios años para recuperarme del terrible disgusto que había supuesto estar tan cerca del triunfo y aun así fracasar.

Sin embargo, no todo había terminado. Al Liverpool le quedaban dos partidos, uno contra el West Ham y otro contra nosotros. Los dos los disputarían en Anfield Road. Como ambos equipos estaban tan a la par, las posibilidades matemáticas del caso eran realmente complicadas: si el Liverpool ganase al West Ham por la diferencia que fuera, a nosotros nos bastaría con ganarles por la mitad. Si el Liverpool ganase por 2-0, nosotros tendríamos que ganar por 0-1 para conseguir el título. A la postre, el Liverpool ganó por 5-1, así que nosotros teníamos que ganar por dos goles de diferencia. «EL ARSENAL NO TIENE NADA QUE RASCAR», fue el titular de la última página del Daily Mirror.

No fui a Anfield Road. El partido estaba programado para un momento muy anterior, en plena temporada, y el resultado seguramente no habría sido tan determinante. Cuando quedó bien claro que ese partido iba a decidir el Campeonato de Liga, ya no quedaba ni una sola entrada. Por la mañana fui a Highbury a comprarme una camiseta del equipo, pues supuse que algo tenía que hacer, si bien es cierto que ponerse la camiseta del equipo delante del televisor no iba a servir, hay que reconocerlo, para transmitir muchos ánimos al equipo. No obstante, tuve muy claro que a mí me ayudaría a sentirme mejor. A mediodía, cuando aún faltaban ocho horas para el comienzo del encuentro, ya se habían reunido decenas de autocares en los alrededores del estadio. Al volver a casa, deseé buena suerte a todo el que me encontré por allí; el buen

ánimo que tenía todo el mundo («Tres a uno», «Dos a cero, ya verás», y hasta un salvaje «Cuatro a uno, seguro») en aquella hermosa mañana de mayo me imbuyó de tristeza y de lástima por todos ellos, como si aquellos jóvenes de uno y otro sexo, valientes, confiados, tan positivos, estuvieran a punto de marcharse a la batalla del Somme, en vez de ir a Anfield a perder, en el peor de los casos, toda su fe.

Fui a trabajar por la tarde, y muy a mi pesar me puse enfermo de puro nerviosismo. Al terminar, me fui directamente a casa de un amigo que vive a sólo dos calles del Fondo Norte y que también es hincha del Arsenal, con la idea de ver el partido con él. Aquella noche todo fue memorable, desde el momento mismo en que salieron los dos equipos al campo y los jugadores del Arsenal llegaron corriendo hasta el Kop para ofrecer ramos de flores a los espectadores de aquella zona. Y a medida que fue pasando el tiempo, quedó bien claro que el Arsenal iba a caer con la cabeza bien alta, luchando hasta el final. En ese momento me di cuenta de lo bien que conozco a mi equipo, las caras de los jugadores, sus gestos, y del inmenso aprecio que siento por todos y cada uno de ellos. La sonrisa desdentada de Paul Merson, su corte de pelo estilo soul; los viriles y empecinados esfuerzos de Adams, decidido a aceptar sus propias limitaciones; la potencia y la elegancia de Rocastle, la diligencia de Smith... Me di cuenta de que podría muy bien perdonarles que hubieran estado tan cerca y que sin embargo no lo consiguieran: eran jóvenes, habían hecho una temporada excepcional, y un hincha en realidad no puede pedir más.

Me excité mucho cuando marcamos nada más empezar la segunda parte, y me excité más cuando a falta de diez minutos Thomas tuvo una ocasión inmejorable, que sin embargo acabó en manos de Grobbelaar. Sin embargo, el Liverpool estaba cada vez más fuerte, empezó a disfrutar de algunas oportunidades al final, y el reloj sobrepreso en la esquina del televisor ya indicaba que habían terminado los noventa minutos: me dispuse a esbozar mi mejor sonrisa en honor de un equipo fenomenal. «Si el Arsenal pierde el Campeonato tras haber gozado de una ventaja tan clara al frente de la clasificación, no deja de ser auténtica justicia poética que pierdan ganando el último partido, aun cuando no parece que vayan a ganar», dijo uno de los comentaristas, creo que David Pleat, mientras Kevin Richardson era atendido de una lesión en la banda y toda la gente del Kop ya celebraba la consecución del título. «Pues les va a parecer un flaco consuelo», apostilló Brian Moore. Flaco consuelo, qué duda cabe, para todos nosotros.

Richardson por fin se puso en pie: habían pasado noventa y dos minutos, y sin embargo logró quitarle el balón a John Barnes en nuestra área de penalti. Lukic lanzó un pase largo a Dixon, Dixon inevitablemente se lo pasó a Smith, Smith dio un pase al hueco mirando al tendido, un prodigio de ingenio futbolístico, y Thomas se encontró con una ocasión toda suya para darle el título de Campeón al Arsenal. «¡Ésa es la buena!», aulló Brian Moore, y aun entonces me di cuenta de que me contenía, de que me apoyaba en la reciente experiencia de mi endurecido escepticismo, y pensaba que, bueno, al menos ha faltado muy poco, en vez de pensar por favor, Michael, por favor, Michael, por lo que más quieras, no falles, no puedes fallar, por favor, Dios mío, déjale que marque. Y de pronto Thomas dio un salto mortal y yo me tiré por el suelo, y todos los que estaban conmigo en el cuarto de estar se me echaron encima. Dieciocho años, dieciocho, olvidados en un santiamén.

¿Cuál puede ser la analogía correcta de un momento así? En el brillante libro que ha escrito Pete Davies sobre los Mundiales del 90, titulado *All Played Out*, comenta que los jugadores suelen utilizar símiles sexuales para intentar explicar qué se siente cuando se marca un gol. Lo entiendo bastante bien, al menos en algunos de los momentos más trascendentes de un día laboral como cualquier otro. Por ejemplo, el tercer gol que marcó Smith cuando le ganamos al Liverpool en diciembre de 1990, cuatro días después de la paliza que nos dio el Manchester United al ganarnos por 2-6 en casa, me sentó de maravilla: una perfecta liberación tras una hora de excitación creciente. Y hace cuatro o cinco años, en campo del Norwich, el Arsenal marcó cuatro goles en dieciséis minutos, tras ir por detrás durante casi todo el partido. Fue un cuarto de hora que también tuvo un cariz sexualmente ultraterreno.

El problema que aquí se plantea con la metáfora del orgasmo es que un orgasmo, por muy placentero que sea, es algo familiar, que se puede incluso repetir (al cabo de un par de horas si uno se ha comido un buen plato de espinacas) y que es previsible, al menos en el caso de un hombre: por así decir, cuando te embarcas en una relación sexual, ya sabes qué te espera. Puede que si no hubiese hecho el amor durante dieciocho años, y si hubiese renunciado a toda esperanza de hacer el amor durante otros dieciocho, y si de golpe y porrazo, de imprevisto, se presentase una oportunidad... Puede que en tales circunstancias fuera posible recrear una aproximación bastante exacta al momento que viví en Anfield. Aun cuando no cabe la menor duda de que hacer el amor es una actividad mucho más grata que ver un partido de fútbol (no hay empates a cero, ni el contrario practica la trampa del fuera de juego, no te llevas ningún disgusto copero y encima estás calentito), en condiciones normales no engendra sensaciones tan intensas como las que produce ganar el Campeonato en el último minuto, que es algo que sólo sucede una vez en la vida.

Ninguno de los momentos que la gente suele describir como los mejores de sus vidas me parecen en modo alguno análogos. Dar a luz debe de ser algo extraordinariamente conmovedor, pero carece del elemento sorpresa, que es crucial, y además es algo que dura demasiado. Ver cumplida una ambición personal —un ascenso, un premio, lo que sea— no entraña ese factor muy de última hora, ni la sensación de impotencia total que sentí yo aquella noche. ¿Qué otra experiencia podría aportar ese atributo de lo repentino? Puede que recibir un premio enorme en la lotería, pero es que ganar una fortuna es algo que afecta a una parte de la psique radicalmente distinta, y carece del éxtasis comunitario que se tiene en el fútbol.

Hay que llegar a la conclusión de que no hay literalmente nada que lo describa. He agotado todas las opciones disponibles. No recuerdo ninguna otra cosa que haya podido codiciar durante veinte años (¿hay algo que se puede codiciar razonablemente durante tantísimo tiempo?), ni tampoco recuerdo nada que haya deseado tanto lo mismo de niño que de adulto. Por eso, pido tolerancia para quienes describimos un logro puramente deportivo como el mejor momento de nuestras vidas. No es que nos falte imaginación, ni tampoco llevamos una vida triste y yerma; lo único que sucede es que la vida real es más tenue, más apagada, y contiene un potencial menor para entrar en un delirio inesperado.

Cuando el árbitro señaló el final del encuentro (otro momento en el que se me paró el corazón, cuando Thomas se volvió atrás y dio un pase a Lukic, perfectamente inofensivo, aunque lo hizo con una frialdad que yo no hubiera sentido ni de lejos), salí corriendo a la licorería de Blackstock Road. Iba con los brazos abiertos, como un niño que jugase a volar en avioneta. Según iba corriendo, algunas ancianas salieron a la puerta y aplaudieron mi gesto como si fuera Michael Thomas en persona. Acto seguido —aunque sólo me di cuenta después— me desplumó un comerciante que, al venderme una botella de champán, se dio perfecta cuenta de que la luz de la inteligencia se me había apagado en los ojos. Oí los gritos de alborozo en los pubs y en las tiendas, en las casas de los alrededores; a medida que los hinchas fueron congregándose en Highbury, algunos envueltos en banderas, otros encima de los coches que tocaban el claxon sin parar, todos repartiendo abrazos a perfectos desconocidos, y cuando llegaron las cámaras de televisión para filmar la fiesta y dar la noticia en el último telediario del día, cuando los empleados del club se asomaron a las ventanas para saludar al gentío, se me ocurrió que en el fondo me alegraba de no haber ido a Anfield, de no haberme perdido esa explosión de alegría casi al más puro estilo latino que se produjo espontáneamente en mi barrio. Al cabo de veintiún años ya no sentí, al contrario que en el año del doblete, que si no iba a los partidos no tendría derecho a participar en las celebraciones. Había hecho mi tarea durante años y más años, y estaba en todo mi derecho, estaba donde me correspondía estar.

LOCALIDADES DE ASIENTO

ARSENAL — COVENTRY22/8/89

He aquí unas cuantas cosas que me han ocurrido desde que cumplí treinta años: soy titular de un crédito hipotecario, he dejado de comprar el New Musical Express y The Face; inexplicablemente, he comenzado a guardar los ejemplares atrasados de la revista Q en una estantería del cuarto de estar; he tenido un sobrino; he comprado un reproductor de cedés; tengo un asesor fiscal; me he percatado de que hay algunos estilos musicales —el hip-hop, el indie, el trash metal— que me suenan exactamente igual, ya que no descubro la melodía; prefiero los restaurantes antes que los clubs nocturnos; prefiero cenar con los amigos antes que ir a una fiesta; me resulta verdaderamente antipática la sensación de tener la barriga llena de cerveza, aunque me sigue gustando tomar una pinta de vez en cuando; he empezado a tener auténtica pasión por algunos muebles; he comprado un tablero de corcho que he colocado en la cocina; empiezo a tener algunas opiniones —sobre los okupas que viven en mi calle, por ejemplo, y sobre las fiestas irracionalmente ruidosas— que no son del todo coherentes con lo que pensaba al respecto cuando era joven. Y en 1989 compré un abono de temporada con derecho a localidad de asiento, a pesar de haber pasado quince años de pie en el Fondo Norte. Estos detalles no explican todo mi proceso de envejecimiento, pero sí revelan buena parte.

Un buen día te hartas. Yo me harté de las colas, de los apretones, de bajar dando tumbos por la mitad de la grada cada vez que el Arsenal marcaba un gol, y de que mi vista de la portería más cercana siempre quedase parcialmente ocluida en los partidos importantes. Me dio además la sensación de que llegar al estadio sólo con dos minutos de antelación sobre la hora prevista, sin padecer ninguna desventaja por ello, era algo sumamente recomendable. La verdad es que no eché de menos la gradería; de hecho, seguí disfrutándola en calidad de trasfondo repleto de ruido y de colorido, más incluso que cuando estaba allí de pie. Aquel partido contra el Coventry fue el primero que vimos sentados. Thomas y Marwood marcaron delante de nosotros, en nuestro fondo, entrando desde nuestra banda.

Somos cinco: Pete, cómo no, además de mi hermano y mi novia, aunque últimamente suele dejarle el sitio a otro, y yo, aparte de Andy, más conocido como el Rata cuando éramos dos chiquillos que veíamos los partidos desde el Recinto de los Escolares. Me lo encontré en el Fondo Norte durante la segunda temporada de George en el banquillo, una década después de haberlo perdido de vista, y también se mostró dispuesto a olvidarse de las graderías de pie.

Lo que uno hace en realidad cuando adquiere un abono de temporada en localidad de asiento es subir un punto su pertenencia al club. Yo tenía mi sitio en las graderías, pero carecía de todo derecho de propiedad. Si me encontraba en mi sitio a un hincha ocasional en un partido de los grandes, no me quedaba más remedio que poner cara de perplejidad. Ahora en cambio tengo mi propio asiento en el estadio, y ese asiento es como mi casa: tengo compañeros de piso, vecinos con los que mantengo relaciones cordiales y con los que hablo de los asuntos que nos

interesan a todos, como puede ser la necesidad de un nuevo centrocampista, de un delantero, de otra forma de jugar. Encajo a la perfección en el estereotipo del hincha y aficionado al fútbol que va envejeciendo, pero no me arrepiento. Al cabo de un tiempo, te hartas de vivir al día, partido a partido, con lo puesto, y te entran ganas de tener garantías de que el resto de tus días estén debidamente asegurados.

FUMAR

ARSENAL — LIVERPOOL 25/10/89

Recuerdo ese partido por razones más bien convencionales, porque un suplente de nuestro equipo, Smith, marcó al final el gol de la victoria, y porque así eliminamos de la Copa al viejo enemigo de siempre. Pero lo recuerdo sobre todo porque fue la única vez en toda la década de los ochenta y, hasta ahora, de los noventa en que tuve el torrente sanguíneo sin una gota de nicotina. Había intentado dejar de fumar anteriormente: durante la primera mitad de la temporada 83-84 consumía chicles de nicotina, pero nunca logré dejarlo del todo. En octubre de 1989, tras una visita a la consulta de Allen Carr, el gurú antitabáquico, pasé diez días sin fumar nada, y ese partido cayó en medio de una etapa tan desdichada.

Quiero dejar de fumar. Igual que muchas personas que también quieren dejar ese vicio, estoy firmemente convencido de que la abstinencia está a la vuelta de la esquina. No compro un cartón ni siquiera en las tiendas libres de impuestos, no compro mecheros, ni tampoco cajas de cerillas de cocina, porque teniendo en cuenta que lo de dejar de fumar es inminente, sería tirar el dinero. Lo que ahora mismo, en este instante, me impide dejar de fumar de una vez por todas, es lo que siempre me lo ha impedido: una racha de trabajo especialmente duro, que requiere esa concentración que sólo se puede tener gracias a un Silk Cut, o bien el miedo a la abrumadora tensión doméstica que sin duda acompañaría a una desesperación tan grande, y, aunque sea inevitable y patético, también el Arsenal.

Me da muchísimo margen de acción. Hay que tener en cuenta cómo será la primera mitad de la temporada, antes de que empiecen las eliminatorias de Copa, antes de que la Liga se caliente de veras. Y hay que tener en cuenta los momentos como éste: mi equipo está apeado de casi todo a finales de enero, así que me esperan casi cinco meses de tardes aburridas, pero sin duda ajenas a todas las tensiones. (En cambio, tengo que escribir este libro, y los plazos de entrega...) Y hay temporadas —el Campeonato que conquistamos en el 88-89, por ejemplo, o la aspiración al doblete en el año 90-91, cuando todos los partidos que jugamos entre enero y mayo fueron cruciales— en que no podría contemplar siquiera cómo voy a permanecer ahí sentado sin fumar. ¿Que perdemos por dos goles de diferencia contra el Tottenham, en una semifinal de Copa disputada en Wembley y no puedo fumar? Es inconcebible.

¿Me voy a esconder siempre detrás del Arsenal? ¿Será siempre mi excusa para seguir fumando, para no poder irme fuera los fines de semana, para no aceptar trabajos que puedan impedirme ver los partidos que jugamos en casa? El partido contra el Liverpool fue equivalente, según entiendo, al modo que tuvieron los jugadores de indicarme que no era culpa suya, que soy yo quien está al mando de mis actos; y aunque de hecho recuerdo que sobreviví a la velada sin lanzarme al terreno de juego y sin zarandear a los jugadores como un idiota, se me olvida todo en cuanto llega el siguiente partido y me convengo de que éste no es el momento más adecuado para vencer mi adicción a la nicotina. Ya he comentado antes que tener al

Arsenal subido a la chepa durante años y años es un auténtico hándicap. Pero es un hándicap que sé utilizar, que expreso al máximo y que me da todo su valor.

SIETE GOLES Y UNA BRONCA

ARSENAL — NORWICH 4/11/89

Para que un partido sea real, verdaderamente memorable, es decir, ese tipo de partido después del cual vuelves a casa rebotando de satisfacción, es necesario que contenga tantos rasgos, de estos siete, como sea posible:

1. Goles: tantos como sea posible. Existe un argumento según el cual los goles empiezan a perder peso en un triunfo especialmente fácil, pero esto nunca ha supuesto para mí el menor problema. (Cuando el Arsenal ganó por 7-1 al Sheffield Wednesday, disfruté del último gol tanto como del primero). Si los goles han de caer de uno y otro bando, es mejor que el contrario marque primero: me gustan muy especialmente las victorias por 3-2 en casa, tras haber remontado un 0-2 adverso y sobre todo si ganamos en el último minuto.
2. Lamentables errores arbitrales: prefiero que el Arsenal sea la víctima y no el beneficiario de las cantadas arbitrales, al menos mientras no nos cuesten el partido. La indignación es un ingrediente crucial en la experiencia futbolística perfecta. No puedo estar de acuerdo con los comentaristas que defienden que el árbitro ha estado bien si ha conseguido pasar inadvertido (aunque tampoco me agrada, como a cualquier otro, que el árbitro pare el juego cada dos por tres). Prefiero que se haga notar, prefiero chillarle y sentirme engañado por sus decisiones.
3. Un público bullicioso: según mi experiencia, el gentío suele ser sensacional cuando su equipo va perdiendo y sin embargo juega bien; he ahí una de las razones por las que remontar un 0-2 para acabar con 3-2 es mi marcador preferido.
4. Lluvia, un campo embarrado, etc.: el fútbol en el mes de agosto, sobre un terreno de juego perfecto, verde como una alfombra, resulta estéticamente más atractivo, aunque a mí me gusta que haya algo de caos resbaladizo en la boca de gol. Cuando el barro o el agua son excesivos, ni uno ni otro equipo puede jugar bien, pero ver a un jugador que resbala unos metros cuando realiza una entrada al contrario, o cuando intenta llegar al remate de un balón cruzado, es algo insuperable. Y también se intensifican las pasiones cuando se ve el partido bajo la lluvia.
5. Que el adversario falle un penalti: el portero del Arsenal, John Lukic, era el rey del penalti, y por eso he visto unos cuantos fallos del equipo contrario en la pena máxima. Mi preferido sigue siendo el de Brian McClair, el horror del último minuto en la quinta eliminatoria de la Copa de 1988: lo tiró tan por encima del larguero que por poco sale por encima del tejado del Fondo Norte. Sin embargo, conservo un cariño residual por el intento fallido de Nigel Clough, también

en el último minuto, de un partido de Liga en 1990. Falló el lanzamiento, el árbitro ordenó que se repitiera y volvió a fallar.

6. Que un jugador contrario reciba la tarjeta roja: «Es decepcionante ver cómo reacciona el público», comentó Barry Davies durante un partido de cuartos de final de la Copa entre el Portsmouth y el Nottingham Forest, en 1992, cuando un jugador del Forest, Brian Laws, fue expulsado: los hinchas del Portsmouth se volvieron locos de alegría, y ¿qué podía esperar el comentarista? Para los hinchas, una expulsión siempre será un momento mágico, aunque es crucial que no se produzca demasiado pronto. Una expulsión en el primer tiempo suele dar por resultado una victoria fácil y aburrida para el equipo que se queda con los once (por ejemplo, Forest-West Ham, semifinal de Copa de 1991), o bien una reorganización defensiva impenetrable en el equipo que se queda con diez, y el partido pierde todo el encanto que pudiera tener. En cambio, las expulsiones en el segundo tiempo, sobre todo si el partido está igualado, son de lo más gratificante que se pueda imaginar. Si tuviera que escoger una sola expulsión que llevarme a una isla desierta, tendría que ser la de Bob Hazell, de los Wolves, que tuvo que irse a la ducha en el último minuto de una eliminatoria de Copa disputada en Highbury en 1978: el marcador estaba 1-1. Si recuerdo bien, le dio un manotazo en la cara a Rix, que en ese momento pretendía quitarle el balón para lanzar un córner sin perder tiempo. Gracias a ese córner, Macdonald se vio libre por primera vez en todo el partido del implacable marcaje a que lo había sometido Hazell, y conectó un cabezazo sensacional que nos dio la victoria. También disfruté una barbaridad con la larga y solitaria caminata de Tony Coton en Highbury en 1986 — ver a un portero expulsado tiene algo especial— y la agresión homicida de Massing a Caniggia, seguida por su saludo de despedida a los espectadores en el partido inaugural de los Mundiales de 1990.

7. Algún tipo de «incidente desgraciado»(véase, «una tontería», «un absurdo», «algo desagradable»): aquí entramos en un resbaladizo terreno moral; es evidente que los jugadores tienen la responsabilidad de no provocar a un público que las más de las veces es altamente inflamable. Una pelea entre los jugadores del Coventry y del Wimbledon, una lluviosa tarde de noviembre y ante un público medio adormecido, que no llegará a los diez mil espectadores, no tiene nada que ver con una pelea entre jugadores del Celtic y de los Rangers de Glasgow, teniendo en cuenta el incontrolable sectarismo y el encono que existe en las gradas. Sin embargo, hay que aceptar la conclusión, no sin pesar, no sin cierto grado de tristeza muy relacionada con el espíritu corintio, de que no hay nada como una buena bronca para animar un partido aburrido. Los efectos secundarios siempre son provechosos —los jugadores y el público se meten más a fondo en el partido, se espesa la trama, se acelera el pulso—, y mientras el partido no degenera a raíz de la bronca y no devenga un partido agrio, a cara de perro, las broncas entre los jugadores a mí me parecen un rasgo deseable en un partido, como puede serlo una bonita terraza o una chimenea en una casa. Si yo fuera periodista deportivo o representante de las autoridades competentes, no cabe duda de que me callaría en este sentido: emitiría algún que otro comentario de repulsa, insistiría en que los infractores respondieran de sus desmanes ante la justicia. Los rifirrafes, como las drogas blandas, no tendrían ninguna gracia si contasen con la sanción oficial. Por suerte, sin embargo, no tengo esa responsabilidad: soy un hincha, no tengo el deber de acatar la disciplina de la moral.

En el partido Arsenal-Norwich que se jugó a finales de 1989 se marcaron siete goles, y el Arsenal remontó un 0-2 para ponerse 3-2 primero y terminar ganando por 4-3. Hubo dos penaltis, uno en el último minuto, con empate a 3 en el marcador (por cierto, los dos fueron lamentables errores arbitrales)... y el meta del Norwich, Gunn, paró el lanzamiento, aunque el rebote cayó a pies de Dixon, que llegó a conectar un tiro que entró rodando mansamente a puerta vacía. Y entonces se armó la de Dios: más o menos todos, salvo el portero del Arsenal, se liaron a empujones y puñetazos, en una bronca que por un momento pareció que no acabaría jamás, aunque seguramente sólo duró unos segundos. No hubo expulsiones, pero da lo mismo: ¿quién no hubiese gozado con un partido así?

Los dos equipos fueron duramente multados, solución que sin duda fue un acierto. En situaciones como ésta, la Asociación de Fútbol Profesional no podría haberles remitido una carta en la que agradeciera a los jugadores que efectivamente dieran a los hinchas todo lo que éstos querían presenciar. Y teniendo en cuenta los problemas que iba a tener después el Arsenal, y que comento en otra sección, aquella pelea ha perdido retrospectivamente parte de su encanto. No obstante, es como estar en el centro del universo: después del partido nos fuimos a casa sabiendo que habíamos visto en directo el acontecimiento deportivo más cargado de sentido que se dio en la tarde, un momento del cual aún íbamos a hablar durante semanas, meses, un momento que iba a ser noticia, un momento por el cual todo el mundo te iba a preguntar el lunes por la mañana, nada más llegar al trabajo. Al final, uno tiene que reconocer que fue un privilegio estar allí, ver cómo todos aquellos hombres ya maduros quedaron como imbéciles delante de treinta y cinco mil espectadores. Yo no me lo hubiese perdido por nada del mundo.

SADAM HUSEIN Y WARREN BARTON

ARSENAL — EVERTON 19/1/91

Un detalle poco conocido: los hinchas y aficionados al fútbol nos enteramos antes que nadie de que había comenzado la guerra del Golfo. Estábamos viendo la televisión, esperando el resumen de la ronda de la Copa de la Liga que había enfrentado al Chelsea y al Tottenham; eran casi las doce de la noche, y Nick Owen miró su monitor de sobremesa, anunció la noticia y expresó su deseo de que pronto pudiéramos volver al partido de Stamford Bridge. (La crónica del encuentro que publicó el Daily Mirror al día siguiente fue por cierto muy curiosa de leer en aquellas circunstancias: «Las constantes oleadas atacantes del Chelsea dejaron al Tottenham a merced de su fortuna, agarrado al resultado como si fuera a un clavo ardiendo».) La ITV ganó a la BBC por unos minutos de diferencia.

Como casi todo el mundo, tuve miedo: miedo de que se desencadenara un conflicto nuclear, miedo de que se utilizaran armas químicas, miedo de la implicación de Israel, de que muriesen centenares de miles de personas. El sábado a las tres de la tarde, sesenta y tres horas después de que comenzara el conflicto, estaba más desconcertado que nunca, al menos al comienzo de un partido de fútbol. Había visto demasiada televisión, había tenido demasiados sueños espeluznantes.

Además, entre el gentío se oyeron gritos nuevos. Los del Fondo Norte cantaron: «Sadam Husein es maricón» y «A Sadam Husein le acojona el Arsenal». (El primer mensaje no requiere apenas ninguna decodificación; en el segundo, «Arsenal» hace referencia a la hinchada, no al equipo, por lo que se trata de una frase de autobombo, y no de ridiculización, que revela paradójicamente cierto respeto por el líder iraquí, inexistente en la especulación sobre sus preferencias sexuales. Posiblemente, una ideología más o menos coherente sea mucho pedir.)

Fue una experiencia interesante, ver un partido cuando el mundo estaba en guerra. Desde luego, fue una experiencia que no había tenido nunca. ¿Cómo iba a convertirse Highbury en el centro del universo, si había un millón de hombres dispuestos a matarse unos a otros a ciento cincuenta mil kilómetros de allí? Fácil: el gol de Merson al comienzo de la segunda parte nos dio un triunfo por 1-0, que en sí mismo jamás hubiese bastado para distraer la atención centrada en Bagdad. En cambio, cuando supimos que Warren Barton había marcado de falta directa en Anfield, y que el Wimbledon derrotó al Liverpool, nos pusimos en cabeza de la clasificación por vez primera en toda la temporada, y así volvió a quedar todo en su sitio. A ocho puntos del líder en diciembre, y en enero con uno de ventaja sobre el segundo clasificado. A las cinco menos cuarto, nos olvidamos de Sadam y Highbury entero cantaba de gozo.

TÍPICO DEL ARSENAL

ARSENAL — MANCHESTER UNITED 6/5/91

En mayo de 1991 volvimos a ganar la Liga por segunda vez en tres años y por tercera vez en toda mi vida. Al final no tuvimos que vivir el dramatismo de 1989: el Liverpool se quedó sin aire en las velas y nosotros nos llevamos el título sin oposición. La noche del 6 de mayo, el Liverpool perdió en campo del Nottingham Forest antes de que nosotros jugásemos en casa contra el Manchester United, y ese partido se convirtió lógicamente en una alborozada y ruidosísima celebración.

Si existe alguna temporada ejemplar en la historia del Arsenal, fue sin duda ésta. No sólo perdimos un único partido en toda la temporada; encajamos nada más que dieciocho goles, aunque esas estadísticas ya son representativas de la tradicional tenacidad del equipo. Además, conquistamos el Campeonato a pesar de un antagonismo y una adversidad rayanos en la comedia. Nos quitaron dos puntos por habernos liado —retrospectivamente hay que reconocer que fue una insensatez— en otra bronca fenomenal, cuando aún no había pasado ni un año de la monumental trifulca contra el Norwich; poco después, nuestro capitán fue encarcelado por la policía, tras lucirse con una idiotez tan sensacional como fue conducir su vehículo con un alto grado de embriaguez. Y estos incidentes se fueron amontonando tanto dentro como fuera del terreno de juego: peleas, reportajes en la prensa sensacionalista sobre la aberrante conducta de nuestros borrachines, despliegues de petulancia en masa, indisciplina a raudales (llamativa en campo del Aston Villa a finales de 1989, cuando casi todo el equipo rodeó a un desamparado juez de línea después de terminarse el partido, acosándolo con gestos y con gritos hasta el punto de que los que habíamos acompañado al equipo no pudimos evitar sentir una intensísima vergüenza), etcétera, etcétera, etcétera. Cada una de estas transgresiones aisló más y más al equipo y a sus seguidores, alejándonos de la mojigatería biempensante de todos los que en el resto del país aborrecían al Arsenal sin paliativos. Highbury se convirtió en una especie de Isla del Diablo situada en el norte de Londres, cuna de los malhechores y los bellacos.

«Méтанse los dos puntos por el puto culo», cantaba la multitud muerta de la risa, sin cesar, con ocasión del partido contra el Manchester United, y aquello empezó a parecer una canción que recogía la quintaesencia del Arsenal: quédense con nuestros puntos, encarcelen a nuestro capitán, odien nuestra manera de jugar, que se jodan todos. Fue nuestra noche triunfal, una muestra colectiva de solidaridad y de desafío al mundo, en donde no hubo zonas grises de placer vicario para ninguno de nosotros: fue una aclamación de las virtudes de todo aquello que carece de virtudes. El Arsenal no es el Nottingham Forest, el West Ham ni el Liverpool, equipos que inspiran el afecto o la admiración de los demás hinchas. Nosotros no compartimos nuestros gozos con quien no sea de los nuestros.

No me agrada reconocer que en estos últimos dos años el Arsenal se ha pasado de bronquista y de pendenciero a lo largo de las temporadas, por supuesto que no. Hubiese preferido que

Tony Adams no se diera un garbeo temerario por una zona residencial después de ponerse de cerveza hasta las orejas; hubiese preferido que el club no costeara todos los gastos acarreados por la detención y el juicio, y que incluso lo suspendiera de empleo y sueldo mientras tanto; hubiese preferido que Ian Wright no les escupiera a los hinchas del Oldham, que Nigel Williams no se hubiese enzarzado en una alucinante pelea contra un hincha que estaba en primera fila, en Highbury. En conjunto, son incidentes lamentables. En cierto sentido, también debo decir que mis sentimientos no tienen nada que ver. En la experiencia de ser del Arsenal desempeña un papel importante el hecho de ser detestado por el resto del mundo, y en una época en la que prácticamente todos los equipos practican la trampa del fuera de juego y emplean a un defensa adicional, es posible que estos desagradables sucesos sean la forma que tiene el Arsenal de subir la apuesta inicial para contar con más opciones de quedarse con todo el territorio en liza.

Al final, el porqué se comporta el Arsenal de esta forma es una cuestión que no tiene demasiado interés. Sospecho que la respuesta ha de ser que se comporta así precisamente porque es el Arsenal, porque han entendido cuál es el papel que les ha tocado desempeñar en el esquema genérico del fútbol. Más interesante, en cambio, es esta otra cuestión: ¿cómo afecta a los hinchas? ¿Cómo acusa tu psique este comportamiento, cuando uno se ha comprometido de por vida con un equipo que todo el mundo odia a muerte y que además disfruta odiando a muerte? ¿Son los hinchas como esos perros que terminan por parecerse a sus amos?

Hay que contestar enfáticamente que sí. Los hinchas del West Ham que yo conozco viven con una idea innata de la autoridad moral propia de los parias; los del Tottenham siempre se dan ese aire de sofisticación falsa, de descaro impostado; los del Manchester United destilan una grandeza frustrada que es poco corriente, y los del Liverpool son simplemente el no va más, una pasada. En cuanto a los del Arsenal... Es imposible creer de veras que no nos afecte amar algo que para el resto del mundo es lisa y llanamente detestable. Desde el 15 de marzo de 1969, he sido muy consciente del aislamiento que provoca mi equipo, en el supuesto de que no llegue a exigirme ese aislamiento a mí como a todos los demás hinchas. Mi compañera piensa que mi tendencia a adoptar una actitud desafiante, como si estuviera continuamente acosado, sobre todo cada vez que me llevo una pequeña contrariedad o cuando me parece descubrir un gesto desleal, es algo que he aprendido del Arsenal. Es posible que tenga razón. Igual que el club, yo no estoy pertrechado de una piel especialmente gruesa y resistente; mi hipersensibilidad ante las críticas supone que tengo tendencia a levantar el puente levadizo para dedicarme a llorar amargamente mi mala suerte, en vez de darme prisa en ofrecer la mano a quien sea para seguir como si tal cosa. Con un estilo genuinamente «arsenalesco», me trago lo que me echen, pero no lo puedo aguantar.

Aquel segundo Campeonato, aunque no fuera tan apasionante como el primero, sí resultó mucho más satisfactorio, y más ejemplar sobre todo del talante del Arsenal: el club y los hinchas cerramos filas y franqueamos, con una determinación magnífica, con una tozudez inigualable, todas las insuperables dificultades que nosotros mismos nos habíamos creado. Fue un triunfo no sólo del equipo, sino de todo lo que el equipo ha terminado por representar y, por

extensión, de todo lo que somos los hinchas del Arsenal. El 6 de mayo fue nuestro, y los demás que se pudran.

JUGAR

AMIGOS — OTROS AMIGOS

TODOS LOS MIÉRCOLES POR LA NOCHE

Empecé a jugar al fútbol en serio —es decir, empecé a importarme de veras lo que estaba haciendo, en vez de dedicarme a mimar los movimientos de los jugadores para que el profesor de turno no me soltara la bronca— al mismo tiempo que empecé a ver partidos. Jugué partidos en el colegio, con una pelota de tenis; jugué partidos de dos contra dos o tres contra tres con un balón de plástico, medio deshinchado, en la calle; jugué partidos con mi hermana en el jardín de casa, en los que ganaba el que primero marcase diez tantos, y le daba nueve goles de ventaja, a pesar de lo cual amenazaba con marcharse si yo marcaba uno solo. Jugué partidos con el aspirante a portero profesional que vivía en mi pueblo, casi siempre después de ver The Big Match el domingo por la tarde, y nos dedicábamos a escenificar los partidos de Liga en que más goles se habían marcado en toda la jornada. Yo comentaba la jugada al tiempo que la protagonizaba. Jugué al fútbol sala en el polideportivo del pueblo antes de ir a la universidad, y allí jugué en el segundo o en el tercer equipo de la residencia universitaria. Jugué con el equipo de profesores cuando daba clase en Cambridge, y en verano jugaba dos veces por semana con los amigos; durante los últimos seis o siete años, todos los chiflados del fútbol que he conocido se reúnen en un campo de fútbol sala en el oeste de Londres. En resumidas cuentas, llevo dos tercios de mi vida jugando al fútbol, y me gustaría jugar durante las tres o cuatro décadas que aún me quedan por delante.

Soy delantero. Mejor dicho, no soy portero, ni defensa ni centrocampista, y no sólo recuerdo sin ninguna dificultad los goles que he marcado hace diez o quince años, sino que, en privado y para mis adentros, me produce un gran placer acordarme de aquellos goles, aunque sé que muy posiblemente este tipo de autocomplacencia terminará por dejarme ciego. No será preciso decir que no soy un buen jugador, aunque por suerte eso mismo es cierto en el caso de los amigos con los que suelo jugar. Somos pasables, de modo que ese partido semanal vale la pena: todos los días en que jugamos hay uno que marca un golazo sensacional, una volea desde fuera del área o un fino toque para culminar una laberíntica carrera por entre los pasmados defensas del equipo contrario, y todos pensamos en secreto en ese gol, aunque con la debida culpabilidad (los hombres adultos no deberían tener este tipo de sueños), hasta el siguiente encuentro. Unos cuantos estamos ya calvos, aunque nos recordemos que eso nunca ha sido un impedimento para Ray Wilkins, o para aquel excepcional extremo de la Sampdoria cuyo nombre ahora mismo no recuerdo; muchos tenemos unos cuantos kilos de más; casi todos pasamos de los treinta y tantos años. Y aunque exista un acuerdo tácito según el cual no está permitido hacer entradas demasiado duras, con gran alivio por parte de los que nunca hemos sabido entrar así al contrario, durante estos dos últimos años me he dado cuenta de que los jueves por la mañana me despierto medio paralizado por los dolores en las articulaciones, los calambres, los tirones musculares y los golpes que me he llevado el miércoles por la noche en el tendón de Aquiles. Me paso dos días enteros con la rodilla hinchada y dolorida, herencia

de un desgarró del ligamento medio que me hice en un partido hace años (y la operación a la que me tuve que someter debió de ser la experiencia más cercana que he vivido a la del auténtico futbolista). No sé si alguna vez tuve auténtica capacidad para cambiar de ritmo sobre la marcha, pero la he terminado por perder debido a que los años no pasan en balde y a que tampoco llevo una vida muy sana. Cuando se terminan los sesenta minutos de partido estoy colorado, exhausto, y mi camiseta del Arsenal (modelo antiguo) se me queda empapada de sudor.

Es lo máximo que me ha acercado a ser un profesional: en mi residencia universitaria, dos o tres chavales del primer equipo (yo estaba en el tercer equipo en mi último año) jugaban con los azules, un equipo compuesto por los once mejores futbolistas de toda la universidad. Que yo sepa, dos jugadores que estaban en mi época con los azules llegaron a ser profesionales. El mejor de ellos, el fenómeno de la universidad, era un delantero rubio que parecía rebosar talento como les ocurre a las estrellas. Jugó de suplente en el Torquay United de la Cuarta División; puede que llegase a marcar algún gol. Otro jugó con el Cambridge City —el City, el equipo de Quentin Crisp, el de la penosa cinta con la música de Match of the Day, el de los doscientos seguidores—, no con el United. Era defensa central; fuimos a verle alguna vez, y era con mucho el más lento de todo el campo.

Por eso, si hubiera llegado a ser el número uno de mi residencia universitaria, en vez de ser el número veinticinco, el treinta, quizá hubiera estado a mi alcance, con suerte, quedar a la altura del betún en un lamentable equipo semiprofesional. El deporte no te permite soñar como se sueña en cambio cuando uno se dedica a la escritura, la interpretación teatral o la pintura, e incluso cuando uno trabaja de cuadro medio en una empresa: cuando tenía once años, yo ya sabía que nunca iba a jugar en el Arsenal. Y once años es una edad demasiado tierna para saber algo tan inapelable y tan espantoso.

Por fortuna, es posible ser futbolista profesional sin haber pisado un solo terreno de juego en el que se dispute un partido de Liga, y sin tener la inmensa fortuna de contar con el físico, la elegancia, la potencia, el talento o la resistencia de un futbolista. Ahí están los gestos y las muecas, los ojos cerrados y los hombros caídos cuando fallas una buena oportunidad, la palmada que te da el compañero cuando marcas, los puños cerrados y los aplausos con que tus compañeros te animan, los brazos abiertos y las palmas de las manos hacia arriba para indicar que estás en mejor posición, y que tu compañero de equipo en el fondo es un chupón, el dedo con que señalas adónde quieres que te envíen un pase y, después de recibir el pase en perfectas condiciones y pifiarla, la mano en alto para reconocer lo uno y lo otro. A veces, cuando recibes el balón de espaldas a la portería y fallas por un par de metros, en el fondo sabes que has hecho lo que tenías que hacer, ni más ni menos, y que de no ser por la barriga (claro que ahí está Molby) o por la calvicie (y de nuevo hay que pensar en Wilkins y en aquel extremo de la Sampdoria, ¿Lombardo se llamaba?), por tu escasa estatura (Hillier, Limpar), en fin, que de no ser por todas esas circunstancias periféricas, tendrías la planta de Alan Smith en una situación idéntica.

UN REVIVAL DE LOS AÑOS SESENTA

ARSENAL — ASTON VILLA 11/1/92

Una parte de mí tuvo verdadero miedo de escribir todo esto en forma de libro, al igual que una parte de mí tuvo miedo de explicar al terapeuta con pelos y señales qué había terminado por significar para mí todo esto: me preocupaba que al escribir, al explicarlo, de algún modo todo se esfumase, y que me quedara con un gran vacío allí donde antes tuve el fútbol. Por suerte no ha sido así, al menos de momento. Lo que en cambio ha ocurrido es más perturbador: he terminado por disfrutar de la miseria que me produce el fútbol. Estoy deseoso de que ganemos más Campeonatos de Liga, estoy deseoso de pasar una tarde en Wembley, de ganar en el último minuto al Tottenham Spurs en White Hart Lane, por supuesto que sí. Cuando lleguen esos momentos, me volveré tan majara como el que más. Pero tampoco me va la vida en que lleguen cuanto antes. Prefiero que ese placer aún me haga esperar. He pasado tanto tiempo muerto de frío, aburrido, desdichado, que cuando el Arsenal juega realmente bien me siento leve pero inconfundiblemente desorientado, aunque eso no debería haberme preocupado en modo alguno, porque todo lo que sube tiene que bajar.

Empecé a escribir este libro durante el verano de 1991. El Arsenal era flamante campeón de Liga, y estaba a punto de participar en la Copa de Campeones de Europa por primera vez en veinte años. Tenían el mejor equipo, unas posibilidades sensacionales, una defensa fuera de serie, un ataque de lujo, un entrenador que era la astucia personificada; después del último partido de la temporada 90-91, en el que aplastaron al pobre Coventry por 6-1, con cuatro goles en los últimos veinte minutos, los periódicos no hablaban más que de nosotros:

«LISTOS PARA ARRASAR EN EUROPA»;

«HAY CAÑONEROS PARA RATO»,

«SOMOS LOS MEJORES DE LA HISTORIA»,

«EL CAMPEÓN APUNTA AL TROFEO MÁS PRESTIGIOSO».

En mis tiempos nunca hubo nada comparable a este optimismo desatado. Hasta los amigos que en el fondo odian al Arsenal predecían una marcha triunfal hasta la gran final de la Copa de Europa, así como otro título de Liga, por descontado.

Pasamos por un breve bache a comienzo de temporada, pero el equipo estaba de nuevo en forma cuando empezaron las eliminatorias de la Copa de Europa a mediados de septiembre: aplastaron al campeón de Austria por 6-1 en una eliminatoria espléndida, que según pensamos dejaría aterrados al resto de los equipos contendientes. En la siguiente ronda empatamos con el Benfica en Lisboa, viajé en uno de los aviones fletados por el club; presencié un meritorio empate a uno delante de ochenta mil portugueses, en el muy impresionante Estadio de la Luz. En el partido de vuelta, en Highbury, nos dieron sopas con honda; jugaron mejor, sudaron más

la camiseta, y ahí acabó el sueño seguramente hasta dentro de otros veinte años. Y luego nos caímos de la pugna por el título de Liga debido a una penosa racha que coincidió más o menos con las navidades. De forma increíble, se produjo el cataclismo de que nos apeara el Wrexham de la Copa: un equipo que la temporada anterior había acabado el último de Cuarta División, cuando el Arsenal fue el primero de Primera División.

Fue una rara experiencia esa de empeñarme en escribir sobre lo desdichada que había sido en gran parte mi vida de aficionado al fútbol, precisamente en medio de la gloria y las esperanzas que vivimos después de ganar el Campeonato de Liga. Cuando la temporada se fue al traste y no nos quedó más que un mísero puñado de polvo, cuando Highbury volvió a ser el lugar de encuentro de los hinchas desdichados y de los jugadores descontentos, cuando el futuro empezó a parecer tan deprimente que fue imposible recordar por qué nos ilusionamos alguna vez con una brillante perspectiva, volví a sentirme nuevamente muy cómodo dentro de mi piel. La Gran Debacle de 1992 tuvo algo mágico. El Wrexham fue como una brillante y auténtica rememoración del Swindon, sin duda humillante, pero que precisamente por eso mismo me permitió revivir los traumas de mi niñez; al mismo tiempo, yo intentaba rememorar el aburrido, aburridísimo Arsenal de los años sesenta, de los setenta y, sí, en efecto, de los ochenta, y Wright, Campbell y Smith tuvieron el detalle de no marcar más goles, de darse un aire de ineptos perfectamente comparable al de sus colegas a lo largo de la historia.

En el partido contra el Aston Villa, una semana después del hundimiento del Wrexham, mi vida entera pasó ante mis ojos. Empatamos a cero con un equipo de medio pelo, en un partido absolutamente insignificante, delante de una multitud inquieta, a veces enojada pero en su mayor parte tolerante, y hacía un frío tremendo, como sólo ocurre en lo más crudo del invierno... Lo único que faltó fue Ian Ure y una de sus pifias, y también mi padre, gruñón y mosqueado, medio muerto de frío en el asiento de al lado.